

EN UN MUNDO DE HIELO, ELLA ARDERÁ

SANGRE DE HIELO

«Fantasía, aventuras y romance.

Una novela perfecta para fans de *La reina Roja*, de Victoria Aveyard.»

School Library Journal



ELLY BLAKE

EN UN MUNDO DE HIELO, ELLA ARDERÁ

SANGRE DE HIELO

«Fantasía, aventuras y romance.

Una novela perfecta para fans de *La reina Roja*, de Victoria Aveyard.»

School Library Journal



rocaeditorial ●

ELLY BLAKE

Sangre de hielo

Elly Blake

Traducción de Laura Fernández



Rocaeditorial

SANGRE DE HIELO

Elly Blake

DESCUBRE UN MUNDO EN EL QUE EL FUEGO Y EL HIELO
SON ENEMIGOS MORTALES.
PERO CUANDO SE UNEN, EXISTE LA ESPERANZA.

Ruby, una joven de diecisiete años, es una sangre de fuego que ha escondido sus poderes de calor y llamas de la cruel clase gobernante, los sangre de hielo. Pero su madre es asesinada mientras trataba de protegerla, y los rebeldes le piden su ayuda para detener al cruel rey, que está sediento de sangre. Ruby acepta salir de la clandestinidad en la que siempre ha vivido desesperada por vengar la muerte de su madre.

A pesar de sus impredecibles habilidades, Ruby se ejercita con los rebeldes, liderados por Arcus, un joven tan exasperante como irresistible, quien solo ve en ella una simple arma para la batalla. Ahora Ruby tendrá la oportunidad de derrocar al despiadado rey que le ha arrebatado todo, y también al distante joven del que ahora está enamorada.

ACERCA DE LA AUTORA

Elly Blake es autora del *best seller* internacional *Sangre de hielo*. Se graduó en Literatura Inglesa y ha trabajado como diseñadora gráfica y reportera en distintas revistas de negocios. Vive en Ontario con su marido y sus hijos. Esta es su primera novela, con la que ha cautivado a millones de lectoras en EE. UU. y Canadá.

ACERCA DE LA OBRA

«Un mundo fantástico, repleto de personajes extraordinarios, una historia de amor maravillosa. Las amantes de la fantasía juvenil devorarán esta novela.»

MORGAN RHODES

«Esta cautivadora y trepidante novela ilumina sus páginas con magia, romance y acción. Las lectoras pedirán la segunda entrega de inmediato.»

BOOKLIST

«Sangre de hielo es una novela impresionante. Llena de fantasía, acción y romance.»

ALEXANDRA OTT

«Trepidante, llena de magia e intriga, Sangre de hielo te mantendrá helada hasta la última página para después dejarte ardiendo por más.»

LORI M. LEE

Índice

Portadilla

Acerca de la autora

Dedicatoria

PRIMERA PARTE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

SEGUNDA PARTE

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

Agradecimientos

Créditos

Para Darren, Nicklas, Aleksander y Lukas.
Siempre os querré.

PRIMERA PARTE

*P*use la mano sobre el fuego.

Las chispas saltaron de la chimenea y se me posaron en los dedos: el fuego atrae al fuego. Relucieron como si fueran gemas líquidas sobre mi piel. Utilicé la mano libre para acercarme un montón de nieve derretida y avancé poco a poco con las rodillas. Estaba preparada para empaparme con ella en caso de que las chispas prendieran.

Que era precisamente lo que pretendía.

Todavía faltaban seis semanas para el solsticio de invierno, pero mi pueblo, situado en lo alto de las montañas, ya estaba cubierto por una gruesa capa de nieve. Mi abuela solía decir que la auténtica forma de poner a prueba los poderes de alguien con la sangre de fuego era en el frío. Pero solo me había enseñado las cosas más básicas antes de morir. Y mi madre me había hecho prometer que nunca las pondría en práctica.

Aunque no pude mantener esa promesa. Si los soldados del rey me descubrían, ¿no era mejor que supiera cómo hacer uso de mi calor?

Cerré los ojos y me concentré en mi corazón, intenté tirar hacia arriba y hacia fuera del calor que había reunido tal como me había enseñado mi abuela. Si lo hacía bien, las minúsculas chispas que tenía en la mano se convertirían en llamas.

«Venga, chiquitina, pequeña llama, ¿dónde estás?»

Después de pasar años oyendo que debo sofocar mi fuego, esconderlo, conseguir que sea invisible, tengo que esforzarme mucho para encontrarlo cada vez que quiero hacerlo. Pero ahí estaba, un minúsculo tirabuzón de calor que se agitaba en mi interior. Lo empujé hacia delante, era un hilillo reticente que creció un poco, luego un poco más.

«Eso es.» Contuve la respiración por miedo a romper el hechizo.

Sopló una racha de aire helado que me puso el pelo en la cara. Las chispas

de mis dedos se apagaron; la llama volvió a esconderse en mi corazón.

Mi madre cerró de un portazo y tapó con la colcha la grieta que quedaba abierta al pie de la puerta; su figura de huesos finos se estremeció bajo la capa.

—Está helando fuera. Estoy aterida.

Cuando la vi temblar, me hice a un lado para apartarme de la chimenea.

—Pensaba que estabas ayudando a una mujer a dar a luz.

—Todavía no era el momento.

Cuando vio las altas llamas de la chimenea, abrió los ojos como platos. Acto seguido, los entornó.

Me encogí de hombros, me había desanimado.

—Hacía mucho frío.

—Ruby, estabas practicando. —Conocía de sobra ese tono de decepción—. Si alguien ve lo que estás haciendo, basta solo una persona para avisar a los soldados del rey. El verano ha sido muy húmedo y se ha acabado el grano, la gente haría cualquier cosa para sobrevivir, como por ejemplo aceptar una recompensa por...

—Ya lo sé. No hace falta que me lo digas más.

—¿Y entonces por qué lo estás haciendo? Ya es bastante difícil cuando no estás intentando utilizar tus poderes.

Hizo un gesto con la mano para señalar una montaña de harapos medio quemados. En el suelo todavía quedaban manchas de combustión.

Me ardieron las mejillas.

—Siento haber perdido los estribos el otro día. Otra vez. Pero esta noche he estado a punto de controlar la llama.

Negó con la cabeza, un gesto cargado de tensión que me dio a entender que no serviría de nada suplicar. Me rodeé el cuerpo con los brazos y me mecí un poco. Al poco, mi madre alargó sus dedos agrietados por el viento para recogerme un mechón de pelo, del que siempre había dicho que era una suerte que fuera negro en lugar de rojo, como el de otras personas con la sangre de fuego. Quizá tuviera la piel demasiado morena para ser una niña del norte, pero en aquel pueblo tan tranquilo nadie se fijaba mucho, allí nadie tenía poderes, ni de hielo ni de fuego.

—Soy consciente de que tus poderes forman parte de ti —dijo con suavidad—. Pero estoy tan preocupada que por las noches no puedo dormir. ¿Cómo vamos a guardar el secreto si insistes en utilizar tu fuego, incluso

sabiendo que se puede descontrolar?

Era la misma pregunta que me había hecho yo una y otra vez a lo largo de los últimos meses, cuando había decidido empezar a practicar con mis poderes. Le respondí de la misma forma:

—¿Cómo voy a aprender a controlarlos si no los utilizo nunca? Y si aquí no estamos a salvo, ¿por qué no nos vamos a un lugar donde podamos estarlo?

—No insistas. Ya sabes que nunca conseguiríamos llegar a la frontera, y aunque lo lográsemos, estaríamos en el frente.

—La costa...

—Ahora está muy vigilada.

—Tendríamos que habernos marchado hace años —dije con amargura—. Deberíamos vivir en Sudesia, con el resto de nuestra gente.

Mi madre apartó la mirada.

—Bueno, ahora estamos aquí, y no tiene sentido pasarse el día pensando en lo que no tenemos. —Suspiró cuando vio la escasa pila de leña—. Ruby, ¿era necesario que utilizaras la mitad de los troncos que nos quedaban para hacer fuego?

Me tragué el sentimiento de culpa.

—No echaré más troncos al fuego.

—Cuando se apague, nos congelaremos.

—Yo te daré calor. Puedes dormir pegada a mí.

Di una palmada en mi colchón, que había colocado junto a la chimenea, alejado, lo justo, del alcance de las chispas que pudieran saltar.

Suavizó la mirada y sonrió.

—Tú eres mejor que cualquier fuego. Nunca me quemas, por mucho que me acerque.

—Exacto. Una hija con la sangre de fuego puede ser muy útil.

Soltó una carcajada que me encandiló el corazón.

—Me siento muy agradecida, créeme. —Me abrazó con fuerza; jadeó y se rio cuando notó las oleadas de calor que emanaban de mi cuerpo—. Es como abrazar un pollo recién horneado. Me parece que te iría bien dar un paseo para enfriarte un poco. Ve a ver si encuentras algo de leña para reemplazar los troncos que has utilizado.

Me fui abriendo paso entre los montones de nieve. Los copos siseaban al fundirse contra mis espinillas, que asomaban por encima de las botas. El viento aullaba desde el sudoeste, me arrancó la capucha de la cabeza y sus dedos con olor a pino acariciaron mi pelo. El viento era duro, pero, como había estado practicando con mis poderes, mi piel seguía estando más caliente de lo normal. Mi madre me había pedido que fuera a buscar algo de leña para llevarla a casa, pero también quería que me tranquilizara. Suponía que sería mejor expulsar parte de ese calor allí fuera.

Ya lo había hecho antes, me había escabullido a altas horas de la noche para internarme en el bosque desierto y cubierto de nieve, había metido las manos en el fuego que había prendido a toda prisa y había tratado de controlar las llamas. Lo único que había conseguido era chamuscar el dobladillo del abrigo.

Recogí un puñado de palitos y los cogí con fuerza. El bosque contenía el aliento, reinaba un silencio inquietante, salvo por el susurro del viento en las copas de los árboles. Ya sabía que allí nunca iba nadie, pero seguía mirando a hurtadillas a mi alrededor mientras el corazón me latía con fuerza en los oídos. Cerré los ojos y busqué la minúscula llama que había encontrado hacía un rato. Noté como se calentaban los palos que tenía en la mano.

El viento cambió de dirección y, de pronto, empezó a soplar desde el norte trayendo consigo los vestigios de una tormenta húmeda de invierno. Me estremecí y apreté los palos con más fuerza esforzándome para que el frío no se me colara por los poros de la piel y me robara el calor del cuerpo.

De pronto, oí un ruido de pasos en el bosque.

Solté los palos y me subí a una roca, de la que se desprendieron grandes montones de nieve. El camino giraba con brusquedad hacia el noroeste y descendía por una pendiente protegida de la nieve por un saliente. Al cabo de pocos segundos, vería a quienquiera que se estuviera acercando sin que esa persona pudiera verme a mí.

Lo primero que apareció fue una capucha; después un casco metálico que brillaba entre los troncos, gris bajo el cielo de acero. El azul de las túnicas de aquellos hombres derramó una sorprendente ráfaga de color en el paisaje completamente blanco.

Eran un grupo de soldados que rompían el silencio con sus pesados y crujientes pasos y con el eco de sus voces.

La sangre se me concentró en el corazón y el miedo se convirtió en calor.

Me habían advertido miles de veces sobre los soldados del rey, pero yo siempre me repetía que aquellas montañas estaban demasiado altas, que éramos demasiado insignificantes para que se molestaran en venir a buscar sangre de fuego. Esperaba que solo estuvieran de paso al bajar de las yermas tierras del norte. Pero nuestra cabaña estaba justo en la dirección que seguían. Podrían pararse a saquear nuestra despensa o quedarse a pasar la noche. No podíamos arriesgarnos a que se acercaran demasiado a mí y notaran el calor que irradiaba mi piel.

Bajé de la roca y corrí hacia casa tratando de no hacer ruido mientras me abría paso entre árboles y arbustos, empleando el sotobosque y mis conocimientos de aquel recodo de tierra para ocultarme.

Cuando llegué a nuestra cabaña, mi madre estaba sentada junto al fuego, su larguísima trenza colgaba por detrás del respaldo de la silla de mimbre trenzado.

—Soldados —dije, y entré corriendo para lanzarle su gruesa capa, que seguía secándose junto al fuego—. En el bosque. Si se paran aquí...

Mi madre se me quedó mirando boquiabierta un segundo antes de empezar a moverse. Utilizó un trapo para hacer un hatillo y metió dentro un poco de queso seco y pan, después se tambaleó hasta la desgastada mesa de madera, donde se secaban las plantas medicinales al calor del fuego. Habíamos pasado varias horas recogiendo aquellas plantas tan valiosas; ninguna de las dos soportaba la idea de dejarlas allí. Las empaquetamos lo más rápido que pudimos, enrollándolas, con los dedos temblorosos, en tiras de tela.

Pero entonces la puerta se estrelló contra la pared y las plantas se cayeron de la mesa. Dos hombres emergieron de la oscuridad nevada, ambos llevaban un blasón en forma de flecha blanca en el chaleco azul.

—¿Dónde está la sangre de fuego?

Los pequeños ojos del soldado nos miraban a mí y a mi madre alternativamente.

—Nosotras somos sanadoras.

Me asustó percibir el temblor que asomaba por debajo del valor de mi madre.

Uno de los hombres se internó en la cabaña en tres grandes zancadas, me arrinconó y me agarró de los brazos. Se me apelmazó la garganta cuando percibí el intenso hedor a sudor y a aliento rancio. Me puso una gélida mano en el cuello. Yo quería volver la cabeza y morderle la muñeca, golpearle,

arañarle, hacer lo que fuera para que me quitara las manos de encima, pero me detuvo la imagen de la espada que llevaba colgada a un costado.

—Está ardiendo —anunció curvando un poco el labio.

—Tiene fiebre —dijo mi madre con desesperación.

Yo respiré hondo y me estremecí. «Oculta tu calor. Reprímelo. Tranquilízate.»

—Te voy a pegar la fiebre —le advertí, intentando evitar que me temblara la voz.

—Lo tuyo no se pega.

Me empujó en dirección a la puerta agarrándome con fuerza del brazo derecho. Forcejeé intentando soltarme y tiré un cubo de bayas rojas que había recogido antes de la última nevada. Se esparcieron por el suelo como gotas de sangre y el soldado las aplastó con las botas cuando me sacó a la luz de la luna.

Noté una gran presión en el pecho. Era como si el fuego de la chimenea me hubiera trepado por las costillas y quisiera salir. Mi abuela me había descrito la sensación, pero nunca había experimentado nada parecido. Era como un pinchazo ardiente que me presionaba las costillas desde dentro. Me dieron ganas de arrancarme la piel solo para dejarlo salir.

El dolor fue aumentando hasta que estuve convencida de que me mataría. Grité y me rodeó una nube de aire caliente que envolvió a mi atacante. El soldado me soltó y cayó al suelo aullando de dolor.

Corrí de nuevo hacia la cabaña, donde mi madre forcejeaba con el otro soldado, que la estaba arrastrando hacia la puerta. Cogí un tronco de la pila de leña y lo utilicé para darle un buen golpe en la cabeza. Se desplomó y quedó inmóvil en el suelo.

Cogí a mi madre de la mano y salimos por la puerta en busca de la noche. El soldado al que yo había quemado seguía a cuatro patas y se estaba poniendo nieve en la cara.

Corrimos lo más rápido que pudimos entre los espesos montículos de nieve, alejándonos de nuestra cabaña, de ese lugar que siempre había sido cálido y seguro, mientras una oleada de miedo y confusión me dejaba la mente tan entumecida como los dedos. Tenía que llevarme a mi madre de allí, ponerla a salvo. Cuando llegamos a una bifurcación del camino, giré hacia la derecha, en dirección al bosque, donde podríamos perdernos entre los abetos, cuyo follaje era tan espeso que la nieve no llegaba al suelo.

—Demasiado frío —jadeó mi madre tirándome de la mano—. No hay refugio. El pueblo.

Después de dejar atrás varias granjas y las sombras de las casas, mi madre empezó a caminar más despacio, y yo medio tiré de ella, medio la arrastré, por entre las horribles oleadas de nieve helada que cubrían el camino. Cuando avanzábamos con esfuerzo por detrás de la tienda del herrero, vi unas luces naranjas moviéndose en la plaza del pueblo.

—Antorchas —susurré tirando de la mano de mi madre.

No parecía real. Desde que me alcanzaba la memoria, había ido al pueblo al menos una vez a la semana, no solo a comprar comida y provisiones, también para alejarme de la soledad de nuestra diminuta cabaña, para intercambiar saludos y sonrisas con la gente, para disfrutar del olor a pan recién hecho y de alguna ráfaga ocasional de agua de rosas que desprendían las esposas y las hijas de los tenderos. Aunque no tenía amigos de verdad, había personas que siempre me devolvían los saludos, que se alegraban de que les diera recuerdos de parte de mi madre para un padre, una hermana o un hijo enfermo.

Ahora mi acogedor mundo se había roto como un jarrón de cristal que se hubiera precipitado contra un suelo de piedra, derramando su familiaridad y su seguridad. Eran cosas que jamás recuperaría. Ya no reconocía los olores de siempre, ahora percibía el humo acre de las antorchas y el hedor de demasiados caballos montados por jinetes sucios.

Dimos media vuelta, pero cuando pasábamos entre dos edificios, emergieron de la oscuridad tres soldados con la flecha blanca en el pecho, parecían espectros. Nos apresaron antes de que pudiéramos reaccionar. Nos empujaron hasta la plaza, donde aguardaban grupos de personas asustadas y despeinadas, como si las hubieran sacado de la cama. Me retorcí y me di la vuelta en busca de una escapatoria, pero no podía abandonar a mi madre. Aguardaba en silencio y muy quieta a mi lado.

—¿Esta es la chica con la sangre de fuego?

Era un hombre alto, tenía los pómulos muy marcados y una barba rubia. Hablaba con un tono muy exigente. Llevaba los botones del abrigo tan bien pulidos que relucían.

Contemplé los rostros familiares de las personas de mi pueblo. Graham, el molinero, y su hija Flax. Los granjeros Tibald, Brecken y Tom, y sus esposas, Gert, Lilly y Melody. Todos habían acudido a mi madre en busca de un

tratamiento cuando habían estado enfermos, pero estaba segura de que no sabían nada sobre mí. Yo siempre había ido con mucho cuidado. Y habíamos sido todos muy buenos vecinos.

Un chico de mi edad se adelantó. El corazón me dio un brinco cuando advertí que era Clay, el hijo mayor del carnicero. Cuando celebramos el festival de la cosecha, me había llevado a un lado mientras el resto del pueblo bailaba alrededor del fuego. Su mano había temblado dentro de la mía mientras compartíamos un beso en la oscuridad. Se había retirado al sentir mis labios, tan calientes contra los suyos, pero no había apartado la mano. Después de aquello, nos habíamos robado algunas miradas siempre que yo iba a comprar a la tienda de su padre.

—Es esa, capitán —dijo Clay con los labios temblorosos—. Ella mató a mi hermano.

Mi madre jadeó y me estrechó la mano. Yo tenía todo el cuerpo entumecido.

Hacía algunas semanas, el padre de Clay había llamado a mi madre. Su hijo pequeño se negaba a mamar. El bebé tenía la piel fría. Mi madre probó todos los ungüentos y los remedios que conocía; al final me había llevado con ella para ver si mi calor natural podía calentarle la piel al bebé. Pero el bebé murió. Me pasé tres días llorando.

—Sabes que eso es mentira —susurré—. Yo intenté salvarlo.

—¡Sangre de fuego! —gritó el padre de Clay—. Tú tienes la culpa de todo. Negué con la cabeza, no podía creerlo.

—¿Clay? ¿Has sido tú quien ha avisado a los soldados?

Clay torció el gesto, pero no contestó. Me dio la espalda, sin más.

Como advertidos por una orden silenciosa, los aldeanos se retiraron al tiempo que los soldados se acercaban. Un momento después, mi madre y yo éramos las únicas que quedaban en el centro de la plaza: dos mujeres temblorosas rodeadas de antorchas en llamas.

—Hay una forma de saberlo —anunció el capitán sosteniendo la antorcha frente a él con un brillo de placer en su mirada gélida—. Los sangre de fuego no arden.

—¡Apártate, mamá!

La tiré al suelo.

Teníamos las antorchas prácticamente encima, eran seis o siete, venían de todos lados, el calor me ardía en la cara. El fuego de una de ellas saltó hasta

la tela de mi vestido. Las llamas me devoraron la ropa y rugieron en mis oídos. Tenía la piel muy caliente, pero no ardía.

El capitán dio un paso adelante y se llevó la mano a la espada, pero mi madre se abalanzó sobre él. Le arañó la cara y le hizo sangre. Intenté apartarla, pero, cuando me acerqué, la bota del capitán impactó contra mi pecho. Caí al suelo entre jadeos y el fuego de mi vestido siseó hasta convertirse en vapor al contacto con la nieve.

Mientras intentaba ponerme de rodillas, él levantó la espada: casi con pereza. Golpeó a mi madre en la cabeza con la empuñadura y se oyó un crujido repugnante.

Ella se desplomó en el suelo como si fuera una muñeca rota, su largo cabello quedó extendido sobre la nieve, ralo y delicado. Era como si alguien lo hubiera dibujado con un trozo de carbón.

Gateé hasta ella y la cogí de los hombros. La llamé. Le posé las manos en el pecho, en el cuello, buscaba el latido de su corazón, fuerte y constante, como ella. Pero estaba inmóvil.

El mundo se congeló.

«No. No. No.»

La tímida llama que anidaba en mi pecho se convirtió en un río de calor completamente descontrolado. No me importaba. ¿Qué sentido tenía ocultarlo ahora? Respiré hondo: fue un jadeo que se apoderó del aire del cielo, los árboles y el mundo. El viento parecía girar a mi alrededor, era como el ojo de un tornado.

Solté el aire.

Las llamas que me cubrían el cuerpo se expandieron, erupcionaron con un rugido y giraron a toda prisa hacia delante. El caos de hombres que se contorsionaban presa del pánico nubló mi vista. Los soldados se tiraron al suelo y empezaron a meter las caras y las manos en la nieve.

La figura inmóvil de mi madre estaba a mi espalda, tenía el pelo y las extremidades revueltas. Alargué las manos para alcanzarla, pero alguien me agarró de los hombros. Intenté atacar con los puños y busqué en mi mente ese pozo de llamas que había encontrado en lo más profundo de mi ser.

El calor murió cuando me metieron en el abrevadero de los caballos; atravesé una capa de hielo y me interné en un agua que me apuñaló la piel como si en ella hubiera mil agujas. Las ásperas paredes de madera se me pegaban a los costados. Me incorporé. El frío me quemaba por dentro.

Alguien volvió a empujarme hacia abajo. Me agarré a los bordes del abrevadero y clavé las uñas en la madera.

Al final me sacaron. Salí escupiendo agua y respirando grandes bocanadas de aire helado.

El capitán tenía la cabeza iluminada por el parpadeo de una luz naranja. Se agachó, me agarró del pelo y acercó su cara a la mía. La tenía roja y le habían salido ampollas en las mejillas.

—Pagarás por lo que nos has hecho a mí y a mis hombres. Lo pagará todo tu pueblo.

El fuego ya había empezado a arder a su espalda, salía humo negro de los porches y de las casas. Algunos de los aldeanos intentaron detener a los soldados, cuyas antorchas buscaban las paredes de madera, montañas de leña y carros mientras aullaban y gritaban como si aquello fuera alguna especie de festejo nocturno. Sus voces se mezclaban con los quejidos de los lugareños, que no podían hacer otra cosa que quedarse allí plantados viendo como se quemaban sus casas.

La rabia se sumó al pánico, me calentó la sangre y el agua se convirtió en vapor.

—Un castigo justo por esconder a una sangre de fuego, ¿no te parece? —dijo el capitán con brillo en los ojos.

Así que todo el mundo iba a sufrir por mi culpa.

—Te mataré por lo que has hecho esta noche —conseguí susurrar.

Las llamas proyectaban unas sombras extrañas en su sonrisa burlona.

—Átala a un caballo. La llevaremos a la cárcel de Blackcreek.

—Pero, capitán —protestó un soldado—, ¿y qué pasa con su fuego?

—Pues déjala inconsciente.

Noté un dolor en la parte de atrás de la cabeza. Lo último que vi antes de que mi mundo se desvaneciera fue la flecha blanca del pecho del capitán.

La marca del rey hielo.

Cinco meses después

*L*as pisadas de unas botas se acercaron titubeantes: los guardias ya estaban borrachos. Se acababa de poner el sol. La luz que se colaba por los barrotes de la minúscula ventana se apagaba hasta adoptar un brillo rojizo.

—Despierta, basura.

Estaba acurrucada en mi posición habitual, con las rodillas encogidas y rodeándome el pecho con los brazos para conservar mi calor corporal, que parecía robarme con avaricia aquel suelo de piedra. Me senté despacio y el grillete que tenía en el tobillo chocó contra la cadena. Tres caras me miraron con malicia a través de los barrotes.

—¿Qué hora es? —preguntó Bragger: las palabras se le enredaban en la boca. Estaba completamente borracho.

—Es hora de que os arrastréis hasta vuestros barracones —contesté con la voz áspera de la sed que tenía.

Esbozó una sonrisa traviesa.

—¿Te gusta tu nuevo accesorio?

Miré el plumizo grillete gris.

—No creo que combine con mi vestido.

Resopló entre carcajadas.

—Es tan asqueroso como tú. ¿Y qué te parece?

—Innecesario.

—Entonces imagino que no vas a volver a utilizar ese fuego tuyo.

—Eso depende de que decidas o no volver a tratar de forma especial a alguno de los prisioneros.

Hacía algunas semanas, Bragger y sus secuaces ebrios habían decidido que no querían seguir aguantando la tos del anciano que ocupaba la celda contigua a la mía. Los gritos del hombre pidiendo socorro atravesaron las

capas de entumecimiento que había levantado a mi alrededor. A pesar de que las sucias condiciones de aquel lugar y la comida podrida habían mermado mi salud y mis poderes, me las había arreglado para atravesar los barrotes y alcanzar a Bragger con una buena llamarada de calor en el antebrazo desnudo. Conseguí que dejaran de golpearlo, pero el prisionero murió aquella noche, y yo había heredado su cadena del tobillo como recompensa por mi intromisión.

—Eso no es de tu incumbencia, Carbonilla —contestó Bragger—. Puede que la próxima vez seas tú quien reciba un trato especial. Cuando acabemos contigo, no aguantarás ni un día.

Por dentro se me revolvió el estómago, pero por fuera parecía tranquila como el cristal.

—Llevas meses haciéndome esa promesa y aquí estoy. Creo que te has encariñado conmigo. Tu amigo Templeton me ha estado dando más comida de la normal.

Templeton, el más menudo y callado de los tres, empezó a protestar, pero Bragger se limitó a sonreír.

—No pienso volver a caer en eso, no vas a conseguir que la tomemos los unos con los otros para que te dejemos en paz. Te lo volveré a preguntar, sucio pedazo de carbonilla. ¿Qué hora es?

—Hora de reducirlos a todos a cenizas.

No me había dado cuenta de que lo había dicho en voz alta hasta que lo oí reír.

—No puede quedarte mucho fuego o ya lo habrías hecho hace tiempo. Pero, por si acaso, Rager, ¿tienes el cubo?

—Aquí mismo —dijo Rager frotando el cubo de metal contra los barrotes.

Una llave entró en la cerradura y abrió la puerta.

—¿Qué hora es? —preguntó Bragger, en voz baja y muy serio: un tono que dejaba claro que las cosas solo empeorarían si no les seguía la corriente.

Apreté los dientes.

—Hora de mi baño.

Me sonrió a la cara: su rostro era una máscara cruel.

Me concentré para quedarme quieta y no retroceder. Sin embargo, por mucho que me esforcé, cuando el agua helada me cayó encima me estremecí y de mi piel empezó a emanar un vapor siseante. Los guardias se deshicieron en carcajadas.

—Sigue siendo tan divertido como la primera vez —opinó Bragger, cuyo aliento apestaba—. Una chica en forma de tetera sibilante. Me pregunto qué pasaría si te extrajéramos todo ese té rojo de dentro.

Levanté la mano muy despacio para apartarme de la cara un mechón de pelo empapado. Él siguió mi movimiento con los ojos, estaba alerta.

—No te tengo miedo —dijo.

Pero mantuvo las distancias mientras Rager daba un paso adelante y me lanzaba otro cubo de agua helada: este lleno de trozos de hielo que me cortaron las mejillas y se me enredaron en el cabello. Jadeé deseando poder reprimir el vapor que tanto los entretenía. Pero lo cierto es que, sin el vapor, no tendrían miedo. Y ya había visto lo que les hacían a los prisioneros que no les daban miedo.

Un tercer cubo me empapó la espalda. Empecé a temblar.

—No sé por qué el verdugo no ha venido a buscarte todavía —comentó Bragger—, pero solo es cuestión de tiempo.

Me dio una patada en el hombro que me hizo perder el equilibrio. Cuando la puerta de la celda se cerraba con un *clanc* y sus risas se alejaban por el pasillo, me hice un ovillo en el suelo.

«Estoy tan fría como los muros de la cárcel. No siento nada.»

El hielo crujió como si fuera un hueso rompiéndose.

Me desperté sobresaltada y con el corazón acelerado. Una silueta oscura, algo extraño e inhumano, había estado cerniéndose sobre mí, tocándome la mejilla con una caricia ardiente. Parpadeé para hacer desaparecer el sueño y la cárcel apareció ante mis ojos. El hielo había envuelto la prisión en una nube blanca, recubría las paredes de piedra y se insinuaba a través de cualquier grieta y cerradura. Se extendía por el suelo, donde se endurecía hasta convertirse en una sábana brillante que se detenía a escasos centímetros de mí, que yacía en una isla de piedra desnuda.

Los pasos de unas botas se detuvieron en la puerta de mi celda. Reprimí un rugido. «Otra vez no. No quiero ver más guardias esta noche.» Pero los guardias no olían a cuero engrasado y a jabón. Clavé los ojos en la alta figura encapuchada que aguardaba en la puerta de mi celda con una antorcha en la mano derecha. Me puse tensa y se me erizó el vello de la nuca.

Otra silueta encapuchada se unió a la primera. La segunda figura era más

pequeña e iba encorvada sobre un bastón que golpeaba contra el suelo a cada paso que daba. Una corta barba blanca colgaba sobre el cuello de su sotana.

—¿Crees que es esta?

Hablaba en voz baja, su acento refinado estaba completamente fuera de lugar en aquel agujero de asesinos y ladrones de baja estofa.

—Mira —dijo la figura más alta, que tenía una voz más grave y vigorosa—. ¿Ves cómo el hielo se niega a tocarla?

Respiró hondo y sopló con fuerza. El agua del aire se convirtió en hielo, que se precipitó sobre mí en minúsculas bolitas. En cuanto entraron en contacto con mi piel se convirtieron en vapor.

Reprimí un gemido, estaba muerta de miedo y abrí los ojos como platos. Eran sangre de hielo y poseían un poder completamente opuesto al mío. Me esforcé por controlar la respiración y ocultar el pánico que sentía.

—¿Lo ves?

Su voz era grave, pero sonaba exultante.

—Siéntate, pequeña —dijo la figura más bajita golpeando los barrotes con el bastón como si llamara a la puerta—. Queremos hablar contigo.

Me quedé quieta con la esperanza de que siguieran caminando y me dejaran en paz. No había tenido tanto miedo desde que los soldados llegaron a mi pueblo. Los guardias no poseían esos poderes y, aun así, se las arreglaban para convertir mi vida en un infierno. Por lo menos, ellos temían mi fuego. ¿Qué podría hacerme un sangre de hielo?

—Haz lo que dice —ordenó el hombre alto desde el otro lado de los barrotes, era corpulento y tenía un aspecto imponente—. Siéntate o iré en busca de un cubo de agua y te veremos temblar.

El desafío me calentó la piel. Descrucé los brazos y me senté.

El anciano se acercó un poco más.

—¿Cuántos años tienes?

Fruncí el ceño y rebusqué la respuesta en mi cabeza. Los días se habían fundido en meses, que, a su vez, podían convertirse en años en la cárcel del rey.

El hombre pareció comprender mi incertidumbre.

—Ya han pasado dos semanas del equinoccio de primavera.

Sentí una punzada de dolor en el pecho. Había perdido casi medio año de mi vida.

—Entonces tengo diecisiete.

—Quemaste a los soldados del rey, algunos de ellos sufrieron heridas serias —anunció—. Aunque con la ayuda de buenos médicos consiguieron sobrevivir.

—Es una auténtica lástima —contesté, mi voz era tan fría como aquel suelo cubierto de hielo.

Se rio y miró a su compañero.

—Es curioso que tenga el cabello negro. Los que tienen auténticos poderes suelen ser pelirrojos. —Metió la mano entre los barrotes—. Enséñanos la muñeca.

Me llevé las manos al pecho.

—¿Por qué?

—Solo queremos verla.

Tenía la voz suave y dulce. Levanté el brazo sin pensar, la manga desgarrada del vestido se abrió y dejó mi muñeca al descubierto. El anciano le cogió la antorcha a su compañero y la acercó a los barrotes: la luz se proyectó sobre la enorme vena que palpitaba como un grueso gusano rojo por debajo de mi piel.

—¿Ves lo roja que es? —dijo maravillado mientras yo apartaba el brazo. Se remangó y me enseñó la vena que tenía en la muñeca, de un gélido color azul en lugar de carmesí—. No queremos hacerte daño —me aseguró—. Hemos venido a hacerte una proposición. Si cumples con la tarea que te encomendamos, recuperarás tu libertad.

El corazón me aleteó en el cuello. La palabra «libertad» resonó en mi cabeza como si fuera la clara y pura nota de una campana del templo. La mera idea de la libertad era una dolorosa tentación, sentir el aire fresco en mis pulmones, el beso de la luz del sol en la piel, el viento jugando con mi melena. Me puse a temblar, debatiéndome entre el deseo y el terror.

Hay cosas peores que morir poco a poco en una celda.

Ambas figuras aguardaban inmóviles y silenciosas bajo el parpadeo de la luz, y la escarcha crujía bajo sus pies. Su aliento proyectaba una gélida bruma en el aire.

—¿Qué tarea? —pregunté.

El anciano miró a su alrededor y negó con la cabeza.

—Es algo con lo que estarás encantada de ayudarnos.

—¿Por qué querría ayudar a un sangre de hielo? Excepto a morir.

Levantó las manos envejecidas y se quitó la capucha. Le vi la cara, la tenía

arrugada, su piel era más oscura que la mía, y su rostro alargado y flaco, de osamenta noble. Me clavó unos ojos de un azul tan pálido que resultaban casi blancos. A sus labios asomaba una sonrisa.

—Hubo un tiempo en que el hielo y el fuego eran amigos.

—No en mi época.

Miró a su compañero y me volvió a observar con una expresión intensa en el rostro.

—Entonces puede que esto te interese. Nuestro objetivo es el mismísimo trono.

Pegué las manos a la piedra fría para sostenerme. Era todo cuanto había deseado, lo único que había querido desde el día en que los soldados me lo habían quitado todo: matar al rey, el responsable de aquel saqueo. Si no hubiera sido por el rey, no habría habido soldados, ni capitán, ni cárcel.

Mi madre seguiría viva.

Busqué aquella mirada pálida, la cabeza me daba vueltas. Querían que matara al rey por ellos, pero ¿a qué coste?

—¿Esperáis que confíe en vosotros?

Extendió las manos.

—Estamos aquí y te estamos ofreciendo una salida. Si nos descubren, nos colgarán.

—Si tenéis suerte.

Asintió.

—¿Y si me niego?

El hombre alto resopló.

—Pues te pudrirás aquí hasta que no seas más que un montón de huesos sujetos por una cadena.

Torcí el gesto.

—Un solo grito y los dos os pudriréis aquí conmigo.

—Una oferta encantadora —contestó la figura de hombros anchos—. No entiendo por qué nadie ha venido a buscarte antes.

El anciano reprimió una carcajada.

—Ya basta, Arcus. ¿Aceptas nuestros términos, chica?

Valoré las opciones que tenía. Por lo que había oído decir a los otros prisioneros, ya habían matado a la mayoría de los sangre de fuego del reino o los habían expulsado. Probablemente algunos estarían pudriéndose en la cárcel, como yo. Pero antes o después, el verdugo vendría a buscarme.

Posiblemente pudiera escapar con más facilidad de aquellos dos hombres que de la cárcel del rey.

Apreté los dientes y asentí.

El anciano se inclinó sobre la cerradura y sopló en su interior. El cierre se llenó de hielo y se oyó un sonoro clic. La puerta se abrió hacia dentro.

—¿Y mi cadena? —pregunté señalándome el tobillo.

Dio un paso adelante apoyándose en el bastón y volvió a soplar. Se volvió a formar hielo en la cerradura del grillete que llevaba en el tobillo, pero se fundió un segundo después. Lo intentó de nuevo, y el hielo volvió a fundirse.

—Tu resistencia al frío es demasiado fuerte. ¿Puedes reprimir tus poderes, chica?

Negué con la cabeza. La abuela había muerto antes de enseñarme.

Se oyó un rugido grave procedente del pasillo de los guardias.

—Los guardias se están despertando —dijo el que se llamaba Arcus—. Apártate.

Antes de que pudiera parpadear, sopló una ráfaga de aire gélido contra la cadena, desenvainó la espada que llevaba a la espalda y la hizo bajar con fuerza. Jadeé y me aparté justo cuando la cadena se partía por la mitad. El ruido que hizo el acero al romperse resonó en el aire seguido de otro rugido distante.

—Daos prisa —nos apremió el anciano.

Intenté levantarme, pero un repentino dolor en las articulaciones me tiró al suelo. Mis músculos se habían debilitado demasiado para soportar mi peso.

—Cógela, Arcus.

Arcus se agachó y su capucha se detuvo a escasos centímetros de mí. El olor a jabón, caballo y cuero se apoderó de mis sentidos.

—Si intentas algo —dijo acercándose a mi oído—, te romperé el cuello.

Lo fulminé con la mirada y me quedé muy quieta deseando poder ver sus ojos en lugar de sombras. Lo único que se le veía era el mentón y el labio inferior. Ambas zonas de la cara eran fuertes y bien formadas, y estaban atravesadas por una gruesa y fea cicatriz.

—Si me haces daño, te dejaré tan desfigurado que hasta tu esposa huirá de ti aterrorizada.

Resopló con suavidad, luego deslizó los brazos por debajo de mi espalda y de mis piernas. Cuando me levantó noté el peso del grillete en el tobillo. Rugí dolorida y me sorprendió ver que me volvía a dejar en el suelo y se sacaba un

trozo de tela de debajo de la capa. Me lo ató en el tobillo, justo por debajo del metal, para que no me rozara la piel. Después me volvió a coger.

Cuando mi muslo le tocó la piel fría del brazo desnudo, él respiró con fuerza, pero avanzó deprisa y en silencio, incluso a pesar de ir cargado con mi peso. Cuando subimos las escaleras medio derruidas, Bragger apareció tambaleándose en el pasadizo, parpadeó y abrió los ojos como platos cuando vio que alguien se estaba llevando a un prisionero.

El hielo recorrió el pasadizo de piedra y recubrió el suelo con brillantes telarañas conectadas entre sí. Trepó por las piernas de Bragger y siguió abriéndose paso por su cintura hasta llegar a sus brazos y su cuello, y crujía como si hubiera miles de dientes tiritando. El guardia abrió la boca, pero sus palabras quedaron bloqueadas por la repentina aparición de un montón de hielo.

Me quedé mirando la mano levantada del anciano, en sus dedos brillaban cristales de hielo. Pero no tuve tiempo de maravillarme de la fuerza de sus poderes. Los demás guardias también se estaban despertando y sus voces resonaban por el pasillo. Arcus pasó de largo junto a la figura congelada hasta llegar a una puerta que habían dejado abierta atrancándola con una tabla fina de madera, el anciano nos seguía a toda prisa.

Cuando la pesada puerta se cerró a nuestro paso, la realidad de la evasión me hizo temblar. Me llené los pulmones con el dulce y limpio aire del exterior, mis ojos se maravillaron al ver las estrellas, que ya casi había olvidado, eran como antorchas iluminando una habitación oscura.

Por debajo del muslo notaba el contacto con el brazo de Arcus, amargamente frío. Su respiración se había vuelto pesada.

—Mi piel te quema, ¿verdad? —pregunté advirtiendo cómo fruncía el ceño y apretaba los dientes.

—Es tu hedor lo que me quema las fosas nasales, sangre de fuego, nada más. Espero que el hermano Thistle tenga el jabón suficiente en el monasterio para hacerte soportable.

Me parecía estupendo que la idea de estar cerca de mí le produjera aversión. El sentimiento era mutuo.

—¿Tu eres el hermano Thistle? —le pregunté al anciano que caminaba con torpeza hacia el carruaje y hacia el cochero que aguardaban en la sombra de un edificio al otro lado de la calle.

—Exacto, chica. ¿Y tú cómo te llamas?

—Ruby —contesté—. Ruby Otrera.

—Ruby —repitió sonriendo—. Muy apropiado.

*H*abía olvidado lo dolorosa que era la experiencia de viajar en carruaje. Arcus iba sentado a mi lado; el hermano Thistle en el asiento delante de nosotros. Mientras nos tambaleábamos por las calles accidentadas que serpenteaban hacia las afueras de la ciudad, me alejé todo lo que pude del joven sangre de hielo y su piel helada. A pesar de estar envuelta en mantas, tenía las articulaciones doloridas por el frío. Además, las oleadas de aire gélido que desprendía empeoraban la situación.

Arcus resopló exasperado.

—No sabía que los sangre de fuego fueran tan sensibles al frío.

Lo fulminé con la mirada. Mi calor me había mantenido con vida cuando otros prisioneros habían muerto a causa de una terrible tos o se habían congelado por la noche. Pero con el paso de los meses, mi fuego interior había menguado hasta el punto de que tenía frío todo el tiempo, incluso aunque me siguiera sintiendo caliente cuando tocaba a Arcus. Dudaba mucho que él fuera a comprenderlo. Además, estaba tan dolorida que no me molesté en explicárselo. Un par de horas después, los gemidos que era incapaz de reprimir, lo estaban molestando tanto que accedió a que descansáramos un poco.

Nos detuvimos en un tramo desierto de la carretera. El conductor se bajó a estirar las piernas mientras los dos sangre de hielo encapuchados se alejaban a hablar entre ellos bajo un árbol enorme, cuyas ramas esqueléticas se recortaban contra la brillante luna creciente.

—Está muy débil —dijo Arcus entre susurros—. No sé si conseguirá sobrevivir al viaje.

—Lo sé —concedió el hermano Thistle también en voz baja—. Pero ha sobrevivido a la cárcel. Quizá tenga alguna fuerza oculta. Y tal vez cuente con otros poderes que desconocemos.

—Como un oído excelente —sugerí sobresaltando al monje.

No estábamos tan lejos como para no poder volver a la cárcel. No podía dejar que me vieran como alguien débil.

El anciano monje hizo una reverencia, su voz destilaba inquietud.

—Le pido disculpas, señorita Otrera.

Mis mejillas crujieron como el cuero reseco: me di cuenta de que había sonreído al advertir su turbación. Hacía tanto tiempo que no sonreía que casi había olvidado cómo me hacía sentir.

Arcus se volvió hacia mí, la luz de la luna se reflejaba en el cierre de su capa. Su silueta y el brillo del metal me recordaron otras figuras acercándose a mí a la luz oscilante de las antorchas. Se me borró la sonrisa y me acurruqué entre las mantas.

—Me tomaré tu falta de educación como una señal de mejora —dijo.

Un minuto después nos habíamos vuelto a poner en marcha e íbamos dejando atrás bosques y pueblos escondidos. La luz de la luna brillaba con la suficiente fuerza para poder ver los tejados medio derruidos, las puertas colgando de las bisagras y las verjas rotas. La mayoría de las casas, ya fueran construcciones sólidas o hechas de barro y paja, estaban abandonadas y medio en ruinas.

A medida que los hombres y las mujeres se habían ido marchando a la guerra, la esperanza de plantar y cultivar los campos suficientes en aquella dura tierra del norte también había desaparecido, dejando un reguero de hambruna como consecuencia. Los campos olían a podrido, la situación era mucho peor que algunos meses atrás, cuando me habían llevado a la cárcel.

Después de una o dos horas, la tierra cambió. En lugar de bosques y campos, la luz de la luna se reflejaba sobre arbustos bajos y matorrales cubiertos de nieve. Traqueteamos por lo que parecía un camino de cabras en dirección a la ladera de una montaña.

—¿Estáis seguros de que no preferís matarme ya? —pregunté apretando los dientes mientras me pegaba las manos al estómago para evitar perder las tripas por el camino—. Yo sufriría menos y el resultado sería el mismo.

—Tenemos una misión para ti —contestó Arcus—, y no tenemos ningún interés en ver tu escuálida carcasa rodando ladera abajo.

Parecía que la idea le resultara tentadora. Igual de tentada que me sentía yo de empujarlo fuera del carruaje cuando rodeamos una colina alta. O de prenderle fuego a su preciosa capucha.

La tierra se convirtió en una planicie rodeada de pendientes escarpadas con abetos cubiertos de nieve. Lo que de lejos había parecido una montaña de rocas resultó ser un gran edificio con una torre que se elevaba a uno de los lados. La luna asomaba por encima de la torre; parecía que alguien la hubiera coronado con una hoz.

—¿Este es el monasterio del que hablabas? —pregunté al ver las montañas de rocas que había bajo los agujeros de los muros—. La cárcel es un palacio en comparación con esto.

—Eres libre de volver cuando quieras —contestó Arcus con frialdad—. Estoy seguro de que los guardias te recibirán con los brazos abiertos. Y el verdugo, también, no me cabe duda.

—El verdugo no parecía muy interesado en mí. Es evidente que está muy ocupado con los muchos disidentes que le llevan los nobles soldados del rey. No creo que se acuerde de mí hasta que acaben las guerras de las fronteras.

Arcus resopló.

—Para entonces ya estarás muerta.

Apreté los dientes. Probablemente tuviera razón.

El carruaje se detuvo junto a la puerta del establo y el cochero bajó de un salto mientras una figura corpulenta se acercaba a ayudar con los caballos. Arcus bajó y alargó los brazos para cogerme. Para tratarse de un hombre tan grande, se movía con mucha ligereza. Me puse tensa cuando me levantó y me pegó contra su frío pecho.

—No me quemes y no te haré daño —me advirtió invocando nuestro anterior acuerdo.

El dolor me hizo olvidar el miedo. Me mordí la mejilla por dentro y me aferré a su túnica; cuando noté el dolor que me palpitaba en el tobillo cerré los ojos.

—Dile al hermano Gamut que nuestra invitada ha llegado —anunció el hermano Thistle dirigiéndose a un hombre que aguardaba en la puerta—. Luego llévala a la enfermería.

—¿Invitada? —repetí con sequedad—. ¿El monasterio recibe muchos invitados con cadenas en los tobillos?

—Las normas han desmejorado mucho —contestó pisando unos adoquines que se habían levantado como los dientes de una sierra—. Por eso es el sitio perfecto para ti.

«Y para ti», pensé. Ellos me habían sacado de la cárcel del rey y, por tanto,

eran tan culpables de crímenes contra el rey como yo.

La enorme puerta de madera del monasterio estaba abierta, la sostenía un hombre con una vela, la luz se reflejaba en su brillante cabeza calva, donde se había afeitado una tonsura blanca. Era bastante viejo, tenía la espalda encorvada, una nariz larga y ganchuda, y las mejillas hundidas.

—La enfermería —dijo Arcus.

El monje se volvió y se internó en la oscuridad arrastrando los pies. Seguimos el balanceo de la vela por un pasadizo largo con ventanas abovedadas hasta que llegamos a una pequeña estancia donde había cuatro colchones de paja en el suelo. Uno de ellos estaba cubierto por una fina sábana blanca y encima había una almohada delgada y una colcha doblada a los pies. Era la primera vez que veía algo parecido a una cama desde hacía meses. Me incliné hacia ella y Arcus me soltó de golpe. Me froté la cadera y lo miré con odio.

Me señaló.

—Lávala.

Dicho eso, se volvió y se marchó.

—Un tipo encantador —le dije al monje que encendía la antorcha de la pared.

El monje me miró con aspereza, pero luego asintió.

—Puede ser un poco brusco, es verdad. Pero es comprensible teniendo en cuenta su pasado.

—¿Y qué le ha ocurrido que pueda excusar su falta de educación?

El anciano se volvió hacia mí.

—Mañana ya habrá tiempo para preguntas. Ahora tenemos que ocuparnos de tu estado físico.

Me rodeé el cuerpo con los brazos y lo observé alarmada. Los guardias se habían mostrado demasiado proclives a amputar extremidades infectadas. Yo había amenazado con provocarles quemaduras de tercer grado si me traían algún curandero a la celda.

—Venga, venga —dijo el monje suavizando la mirada—. Estás en un lugar desconocido y, sin duda, has sufrido mucho, pero esto es el monasterio de Forwind. Los hermanos y hermanas de la Orden de Fors han prometido acoger a los perseguidos y a aquellos que necesiten cobijo. Puede que recelen de ti, pero no te harán daño.

Lo observé: la tirantez de sus ojos, la tensión en sus hombros.

—No te fías de mí.

Me miró durante demasiado rato antes de contestar.

—Te juzgaré por tus acciones, no por tu pasado. Pero te recomiendo que escondas tu fuego. No todo el mundo es tan comprensivo como yo, con juramento o sin él.

—No hace falta que me lo digas.

Asintió y me señaló el tobillo.

—Soy el hermano Gamut. Se dice que tengo un don para las plantas medicinales. Si me enseñas tu herida, quizá pueda aliviarte el dolor.

Me quité la tela del tobillo con recelo. El monje inspiró hondo cuando vio la carne enrojecida que, en su día, había sido un tobillo. Luego pareció olvidar la repulsión, porque se acercó un poco y frunció el ceño mirando el metal.

—Tenemos que quitarte esto enseguida.

Se volvió y se acercó a la puerta arrastrando los pies.

—¡Sin espadas! —supliqué.

Se volvió con una mirada divertida.

—No, niña. Tengo unas llaves que funcionarán. Enseguida vuelvo.

No sabía si creer en su palabra, pero cumplió lo prometido. A los pocos minutos regresó con un juego de llaves, un montón de tela y una bandeja que contenía una taza, un cuenco con agua y un mortero con su mano correspondiente, que colocó sobre un taburete de tres patas. Mientras iba probando las llaves le temblaba la mano paralizada, hasta que una de ellas abrió el grillete del tobillo con un decidido clic. Dejó el metal a un lado y desató el hatillo de hierbas que llevaba en el cinturón. Separó los tallos con cautela y seleccionó ciertas hojas y flores, luego las trituró y las mezcló en el mortero, las vertió dentro del cuenco con el agua, y metió las tiras de tela para que se empaparan. Siseé una protesta cuando me limpió la herida y me envolvió el tobillo dolorido con las tiras de tela.

Me miró por debajo de sus cejas blancas.

—Está un poco infectada, pero tienes suerte. No está muy avanzada. Tengo unas hierbas que evitarán que se te infecte la sangre y te aliviarán el dolor.

Cuando se me entumeció la zona, me sentí muy aliviada.

—¿Qué has utilizado? —pregunté.

—En las montañas crecen muchas de estas hierbas. He ido experimentando para encontrar las más efectivas. Esto es una mezcla de hojas de abedul,

gaulteria y cola de hielo. También tengo un té que te irá bien.

Alargó la mano hacia la bandeja y me ofreció una taza humeante. Hacía solo unos minutos habría mirado el brebaje con recelo, pero el monje ya había demostrado su habilidad con mi tobillo. Tomé un sorbo. El sabor mentolado de la gaulteria se mezclaba con un sabor fuerte y picante desconocido que debía de ser la cola de hielo. Cuando me lo hube tomado todo, se lo devolví.

—¿Puedo darme un baño? —pregunté mientras el anciano recogía el cuenco y las hierbas. A pesar de estar exhausta, me moría por el lujo imposible de la limpieza.

—Mañana —me contestó—. La tintura y el té te darán sueño. Sentir alivio del dolor es una bendición, ¿verdad?

Se me estaban cerrando los ojos y posé la cabeza en la almohada.

—Pero Arcus, *el Gruñón*, ha ordenado que debo bañarme. ¿No temes que descargue su ira sobre ti?

El anciano sonrió con la mano en la puerta.

—Hay cosas que me dan mucho más miedo.

La luz se colaba por la ventana de la enfermería y me quemaba los ojos, que no estaban acostumbrados. Había pasado meses viendo la luz apagada e indirecta que se colaba por mi pequeña ventana con barrotes y vistas al norte. Me había convertido en un animal nocturno de madriguera que moraba en la oscuridad aterciopelada de su guarida.

En ese momento, mi madriguera consistía en un colchón de paja, una colcha suave y una almohada delgada rellena de plumas. Parecía un sueño: estar libre del frío, del dolor, de la tortura de que vinieran a tirarme agua helada por encima. Gracias a Tempus, lo que había sobre el taburete de tres patas no eran gachas, sino copos de avena, un trozo de queso y un vaso de agua. Entorné los ojos a la luz, me quité la colcha de encima y me acerqué gateando y tiritando bajo el cristal ondulado de la ventana.

La avena tenía sabor a melaza. El queso era salado y suave. El paraíso.

Cuando el hermano Gamut regresó con una taza de su tisana curativa, ya había vuelto a la cama. Se agachó y me retiró con cuidado las telas con las que me había envuelto el tobillo, una tarea que mi madre había hecho innumerables veces por algún hombre, mujer o niño herido de nuestro

pueblo. Sentí una presión en el pecho y se apoderó de mí una extraña vulnerabilidad, como si fuera la caricia de mi madre lo que sentía a través de las gentiles manos del monje. Me resistí a esa sensación, desesperada por recuperar el entumecimiento que me había protegido del dolor durante tantos meses.

Cuando terminó, volví a sacar el tema del baño (caliente, pues no tenía la energía suficiente para calentar el agua yo misma). Dos de los monjes trajeron una bañera de metal maltrecha (una mujer alta y delgada y un hombre corpulento) y ambos me miraron con recelo.

Ignoré sus miradas y me concentré en los gloriosos cubos de agua caliente que iban trayendo y vertiendo en la bañera.

—Recuerda que no puedes mojar te el tobillo —me advirtió el hermano Gamut cuando se marchó acompañado de los otros dos.

Cuando me metí en la bañera, el calor hizo que mi sangre cantara. Mis poderes, que tanto había debilitado la mala comida, la humedad, el frío y la desesperación, surgieron de lo más profundo de mi corazón. Dejé colgar la pierna herida por el lateral de la bañera y me enjaboné presa de un alud de emociones encontradas. El bienestar y el alivio que sentía parecían demasiado buenos para ser verdad.

Cuando terminé, salí del agua sucia y me sequé apoyándome en la bañera para no caerme. El hermano Gamut había dejado un montón de ropa modesta. Me puse la ropa interior de lino, la túnica marrón y las sandalias de cuero; me sorprendió advertir el contraste, ahora que estaba limpia, con el hedor del vestido que me había quitado. Los meses que había pasado en la cárcel habían convertido mi sencillo vestido azul y mi ropa interior en un puñado de harapos andrajosos. Los cogí y me acerqué a un brasero que había junto a la pared del fondo, pero cambié de idea y me encaminé hacia la puerta.

Tenía una idea mejor para deshacerme de aquella ropa.

Cuando estaba girando el pomo, vacilé. ¿Podía salir de allí? ¿Qué me harían si desobedecía sus normas? Puede que los guardias de la cárcel hubieran temido tocarme, pero Arcus ya me había amenazado más de una vez. Su hielo lo protegería de mi fuego, y su reacción podría resultar tan brutal como la de los guardias.

Aunque estaba temblando un poco, abrí la puerta de un empujón. No pensaba dejar que el miedo dictara mis acciones. Ya no era una prisionera. Si me trataban como tal, me escaparía en cuanto estuviera lo suficientemente

curada para hacerlo.

Después de recorrer el pasillo evitando los ojos curiosos de las figuras encapuchadas, apoyé una mano contra la fría pared de piedra y maldije la inestabilidad de mis piernas. Recordé que el día anterior había tenido problemas para ponerme en pie. Estaba haciendo progresos.

Un minuto después, encontré una puerta que daba al exterior. Cuando crucé el umbral, mis pulmones se expandieron para dar cabida a una bocanada de aire fresco con olor a pino. Cerré los ojos y levanté la cara hacia el cielo. Habían pasado muchos meses. No me había dado cuenta de lo mucho que había añorado la luz del sol y el aire fresco y limpio.

Me tragué el nudo que se me había hecho en la garganta y dejé atrás el monasterio. La nieve ya se había derretido casi del todo, solo quedaban algunos parches en las sombras. Un bosquecillo de incipientes árboles frutales daba paso a un río estrecho que fluía por encima de algunas rocas y desaparecía por entre la hierba alta.

Quería ir a un sitio donde no me viera nadie y donde no hubiera madera seca o helechos. Vi unas cuantas rocas planas en la orilla del río, debajo de un árbol larguirucho: probablemente las utilizaban para colocar la ropa, para lavarla cuando hiciera el calor suficiente.

Dejé los harapos sobre las rocas. La mañana que me había puesto aquella ropa había sido la del peor día de mi vida. Aunque había conseguido alejar los recuerdos cuando estaba despierta, seguían asaltándome cada noche. No podía borrar la imagen de lo que había ocurrido, pero podía destruir los recuerdos. Extendí las palmas de las manos hacia la montaña de ropa y cerré los ojos. El calor se reunió en anillos concéntricos alrededor de mi corazón. «Deja que vaya creciendo. Paciencia. Despacio. Tal como me enseñó la abuela. Espera hasta que esté preparado para salir, luego tira de la llama y contrólala.»

Controlarla nunca había sido uno de mis fuertes.

Invoqué todos y cada uno de los impulsos ardientes que habían estado enterrados bajo mi piel durante los últimos meses y noté un crujido justo por debajo de las costillas. «Miedo. Rabia.» Lo vertí todo como si fuera una lámpara de aceite, lista para arder.

Lo que necesitaba era sentir algo, algo que me hiciera arder. Recordé las manos de mi madre encorvadas como garras cuando se abalanzó sobre el capitán, su espada brillando a la luz del fuego. Mi nombre en sus labios.

Ella me había necesitado y yo tardé mucho en encontrar mi fuego.

Ojalá hubiera sabido controlar mis poderes. Ojalá los hubiera utilizado aunque ella no me dejara.

Todo era culpa mía. Yo era la responsable de su muerte y de la destrucción de mi pueblo.

Me desplomé de rodillas y golpeé con las manos aquella piedra plana. El recuerdo ardió como la leña seca acariciada por las llamas. El calor creció demasiado rápido, escapó a mi control, salió disparado de las palmas de mis manos hasta la ropa, después trepó por mi túnica y fue subiendo con voracidad hasta que se me incendió toda la ropa. Aunque ya sabía que se necesitaba un calor increíble para quemar la piel de un sangre de fuego, tuve la sensación de que las llamas me estaban devorando viva, abrasándome los ojos, robándome el aire de la garganta, encontrando las zonas vulnerables donde quizá no fuera tan inmune a las llamas como yo pensaba. Fue como si volviera a estar de nuevo en mi pueblo y las antorchas se me acercaran de todas direcciones sin dejarme escapatoria.

Apreté los puños. «Aléjalo. Contrólalo. Domina el fuego.» Pero el fuego era su propio dueño y no se dejaba dominar. La túnica en llamas se me enredó en los pies mientras me arrancaba la poca ropa que me quedaba en el cuerpo con un grito silencioso en la boca abierta.

*M*e estaba ahogando.

Unas manos fuertes me sostenían bajo el agua, como hicieron los soldados aquel día. Me retorcí y le arañé. Oí varias palabrotas amortiguadas mientras alguien tiraba de mí hacia arriba y me dejaba sobre la tierra blanda, noté el peso de unas manos que me agarraban de los hombros y el peso de mi túnica empapada.

—Suéltame —dije jadeando mientras tosía.

—Si eres tan amable de apartar tus zarpas de mis brazos —dijo una voz grave.

Levantó las manos y se deshizo de mis dedos encorvados.

Arcus me puso de lado y me golpeó en la espalda, yo seguía tosiendo agua. Cuando se inclinó sobre mí, se le abrió la capucha y dejó entrever una nariz recia con un puente robusto y vi el brillo de las cicatrices en sus mejillas. Advertí, vagamente, que en las zonas donde no tenía cicatrices, su piel parecía suave. No podía ser mucho mayor que yo.

Cuando pude volver a respirar, forcejeé por detrás de él.

—Si intentas algo —me advirtió—, te volveré a meter en el río. Un buen chapuzón te relajará. Dime, ¿qué estabas haciendo aquí fuera?

Reculé y noté una roca cálida a mi espalda.

—Quemar mi ropa —expliqué sin dejar de toser.

—¿Prendiste fuego a tu ropa mientras todavía la llevabas puesta? —preguntó con recelo.

—No —espeté—. Mi vestido viejo. El que llevaba en la cárcel.

—Hay un vertedero justo detrás de los establos —dijo Arcus con aspereza asintiendo hacia la derecha—. No tenías por qué desatar el infierno. Aunque no puedo decir que esté en contra de la destrucción de esos harapos asquerosos.

Me toqué los brazos y la cara, todavía estaba tosiendo bocanadas de agua de río. Tenía la piel caliente, pero seguía estando suave e intacta. El alivio que sentía se mezcló con una punzada de vergüenza. Me había dejado llevar por el pánico sin motivo, asustada de mi propio fuego.

Arcus hizo un gesto con la mano para señalar el árbol que había detrás de la roca, tenía el tronco carbonizado.

—Había salido a dar un paseo y vi un fuego que se elevaba por encima de las copas de los árboles. Era evidente que el fuego estaba fuera de tu control.

Tiré de la túnica para separarme la tela fría de la piel. La prenda no había quedado mucho mejor que el vestido que había ido a destruir. Era una amasijo de harapos carbonizado, y se me veían las prendas blancas por debajo. Normalmente me habría molestado que se me viera la ropa interior, pero Arcus era tan frío que dudaba que se hubiera dado cuenta. Intenté que no se notara que le tenía miedo.

Cogí un trozo de lo que quedaba de la túnica y empecé a retorcerla para escurrirle el agua.

—Supongo que crees que debería darte las gracias.

—No —contestó con tono cortante—. No necesito agradecimientos.

—Qué modesto.

—No es modestia. La gratitud crea un vínculo que suplica más protección o cuidado. Y ya tengo obligaciones suficientes.

—En ese caso, puedes estar tranquilo. No necesito tu protección. Tengo mis poderes.

—Unos poderes que condujeron a los soldados hasta tu pueblo.

Había empleado un tono neutral, pero sus palabras perforaron las zonas más vulnerables de mi mente, donde la culpabilidad aguardaba desnuda y fresca.

—Fue la crueldad lo que provocó la destrucción de mi casa. La crueldad de tu gente con sus guerras de la frontera y los saqueos de los pueblos.

—Quizá si los sangre de fuego hubieran negociado en lugar de recurrir a los asesinatos...

—Historia, sangre de hielo —tercié con desdén—. Discúlpame por desconfiar de tu versión de los hechos.

—¿Y se puede saber cuál es tu versión?

Mi versión procedía de mi abuela, que me había explicado que el fuego y el hielo se habían disputado el dominio durante tanto tiempo que ya nadie

recordaba cuándo había empezado el enfrentamiento. Al final, los sangre de hielo tomaron Tempesia en el norte, y los sangre de fuego se establecieron en las Islas del Fuego de Sudesia. Pero cuando en las islas ya no quedaba más tierra libre, los sangre de fuego navegaron hasta Tempesia y trabajaron durante generaciones para cultivar y mejorar los campos de Aris Plains. Cada vez se les daba mejor, y los aceptaron porque eran buenos granjeros, hasta que los sangre de hielo decidieron que querían quedarse todas las tierras.

Pero la historia podía tergiversarse y distorsionarse según la conveniencia de la persona que la contara. No iba a convencer de nada a Arcus y, probablemente, él no tuviera ningún problema en afirmar que su pueblo era legítimo soberano y víctima de los ataques rebeldes.

—Mis poderes pueden curar —dije al fin decidiéndome por un acercamiento distinto—. El calor puede salvar vidas.

—También puede acabar con ellas —contestó—. Puede desfigurar y matar. Les infligiste algunas quemaduras terribles a aquellos soldados.

Me adelanté un poco.

—¡El hielo puede ser igual de peligroso! ¿Quién eres tú, don Perfecto? ¿A ti no se te puede reprochar nada? Ni siquiera me habéis dicho lo que queréis que haga.

Guardó silencio un momento.

—El hermano Thistle pensó que sería mejor esperar antes de decírtelo.

—¿Por qué? ¿Cree que soy tan débil como tú?

Negó con la cabeza.

—Lo supe en cuanto vi esa —gesticuló en dirección al árbol—, esa nube de fuego. Tus poderes son salvajes. Peligrosos. Antes de que podamos confiar en ti y explicarte más cosas, necesitas más entrenamiento.

—¿Y se puede saber quién va a enseñarme? Estoy convencida de que a estas alturas el rey ya habrá matado a todos los maestros sangre de fuego.

Evidentemente, yo nunca había conocido a ningún maestro sangre de fuego, pero, cuando era pequeña, mi abuela me había dicho que todavía quedaban algunos en Tempesia. Los maestros entrenan durante años hasta que logran controlar sus poderes por completo, y solo un consejo de sangre de fuego o de sangre de hielo puede decidir si lo ha conseguido de verdad.

Arcus se levantó y se sacudió la túnica.

—Tienes razón. Ya no quedan maestros sangre de fuego. Pero hay maestros sangre de hielo. Y uno de ellos vive en este mismo monasterio y

está dispuesto a enseñarte.

—No eres tú.

—No. El hermano Thistle. Supongo que habrás advertido la magnitud de sus poderes.

Sí que me había dado cuenta. En la cárcel, había aparecido hielo allí donde pisaba. Incluso el carruaje se había quedado cubierto de hielo. Y había utilizado sus poderes con gran precisión cuando había abierto mi celda.

Quería aprender esa clase de control.

—Suponiendo que acepte —dije—. ¿Cómo me enseñaría?

—Ya has aceptado, o no estarías aquí. Y yo no soy ningún profesor. Tendrás que preguntarle al hermano Thistle por sus métodos.

—Lo haré.

El cansancio se me había metido en los huesos. Me levanté y empecé a caminar hacia el monasterio.

Arcus me alcanzó en dos grandes zancadas.

—Quizá con un poco de control, puedas ser una pieza importante para nuestros planes, en lugar de un peligro para ti misma.

—Yo solo represento un peligro para las personas que pretenden hacerme daño.

—Y ahora mismo tampoco representas mucho peligro para ellos.

—Supongo que eres un experto en el férreo autocontrol —comenté—. Debe de resultar fácil cuando estás congelado por dentro.

—Las personas incapaces de controlarse acaban bajo el control de los demás. Es una lección que harías bien en aprender.

—Si intentas controlarme, serás tú quien aprenderá una lección.

Pisé un terrón de tierra, tropecé y me caí al suelo. Arcus me agarró de la espalda de la túnica y me levantó; su resoplido burlón me coloreó aún más las mejillas.

—Si vas a amenazarme, será mejor que esperes a tener más equilibrio. — Antes de que pudiera protestar me cogió en brazos como si nada—. Ya me estoy acostumbrando a llevar este fardo de astillas crepitantes.

Astillas crepitantes. No había duda de que se refería a que yo era flaca y expelía un calor desagradable. Bueno, él estaba insoportablemente frío. Me estremecí al sentir el contacto con la gélida piel de su pecho y resistí las ganas de soltarme. Eso solo serviría para que se convenciera, todavía más, de que era una salvaje.

Me llevó a la enfermería. Le pedí que me dejara en el suelo, porque no quería mojar el camastro con mi ropa empapada. Me volvió a soltar con aspereza y de nuevo me golpeé la cadera contra el suelo.

Lo fulminé con la mirada.

—Quizá mientras el hermano Thistle me enseña control a mí, el hermano Gamut pueda enseñarte a ser amable a ti.

—Escucha con atención. —Se cernió sobre mí; su tono inflexible hizo que me preguntara si lo habría presionado demasiado—. Tu estancia en este sitio está sujeta a ciertas normas. Puedes moverte con libertad por el monasterio con excepción de las buhardillas, que es donde duermen los monjes.

Resoplé.

—No parece que sea un lugar que vaya a frecuentar, ¿no te parece?

—En realidad —prosiguió—, sería mejor que te mantuvieras alejada de los monjes, a excepción del hermano Thistle y el hermano Gamut. El resto preferiría entregarte a los soldados antes que atraerlos hasta el monasterio. O arriesgarse a morir quemados mientras duermen.

—Solo si me dan un buen motivo —repliqué con una dulzura venenosa.

—Presta atención, porque solo te voy a decir esto una vez. El río es tu frontera del norte, los establos del este, la carretera al sur, y el final del bosque al oeste. Si cruzas esas fronteras, yo mismo te daré una buena paliza, y perderás tus libertades y privilegios.

—Si me pones un solo dedo encima, te...

—Me dejarás tan desfigurado que hasta mi esposa huirá de mí completamente aterrorizada. Me temo que esa amenaza tiene muy poco peso sobre mí, señorita Fuego. Será mejor que te seques si no quieres ponerte enferma. Ya estás bastante débil.

Salió y cerró la puerta, que hizo un ruido sordo.

Me dejó echando humo, con la ropa empapada.

*P*asé los tres siguientes días en la enfermería, sin ver a nadie que no fuera el hermano Gamut y tomando una taza de su tisana tras otra. Cuando empecé a aburrirme me puse a cojear por la habitación a intervalos, tomándome algunos descansos. Me sorprendió lo rápido que recuperaba las fuerzas con ayuda de las hierbas del hermano Gamut. Por primera vez desde hacía meses, empecé a sentirme a salvo.

Hasta que la tercera noche me desperté con un sabor a ceniza en la lengua.

Enterré los dedos en la colcha mientras intentaba borrar de mi cabeza las imágenes de edificios en llamas. «Solo ha sido un sueño.» Pero no conseguía quitarme ese olor acre de la nariz. Me senté, rígida por el pánico.

Fuego.

Me puse la túnica, abrí la puerta de par en par y corrí por el pasillo todo lo rápido que me permitió el tobillo hasta salir al claustro. Seguí la bruma del humo y rodeé la esquina noroeste del monasterio. Los hermanos y las hermanas corrían desde el río hasta la iglesia y lanzaban cubos de agua a las llamas que salían de la puerta norte; todos contemplaban las llamas con los ojos abiertos de par en par, y apretaban los puños, que parecían blancos a la luz del fuego. Una de las hermanas gritó cuando el fuego la alcanzó y el agua de su cubo murió en la puerta con un siseo. Luego se dio media vuelta y corrió hacia el río.

—¿Dónde está el hermano Thistle? —grité cuando estuve más cerca.

Su hielo ayudaría mucho más que mil cubos de agua del río.

Uno de los monjes señaló una figura tendida en el suelo. Corrí hacia él y me dejé caer de rodillas. El pecho del hermano Thistle subía y bajaba muy deprisa.

El hermano Gamut se acercó arrastrando los pies, una silueta encorvada recortada contra el brillo naranja de las llamas.

—Se quedó dormido en su escritorio de la sala capitular. El hermano Peele lo encontró y lo sacó.

—Tenemos que despertarlo —dije—. Él puede apagar el fuego.

—Ya lo hemos intentado. No se despierta.

Mi calor no podía ayudar en aquella situación. Me arrodillé junto al monje y le sacudí el hombro. Ojalá hubiera tenido alguna hierba aromática que pudiera ponerle bajo la nariz para que se despertara.

De pronto se pudo oír el ruido de unas pezuñas potentes que hicieron temblar la tierra. Me volví y vi un enorme caballo que se detenía. Arcus se bajó de la montura.

—¿Qué has hecho? —preguntó mientras corría y se dejaba caer de rodillas al otro lado del hermano Thistle. Las sombras ocultaban su expresión, pero era evidente que su acusación iba dirigida a mí.

—Yo no he hecho nada —respondí con frialdad—, excepto intentar despertarlo.

El hermano Gamut intervino para explicarle lo que le había pasado al hermano Thistle. Mientras hablaba, se oyó el grito de la hermana que había estado contando a todos los habitantes del monasterio.

—¡Falta la hermana Pastel!

El hermano Gamut miró a Arcus apretando los puños.

—Debe de estar en la biblioteca.

Arcus se levantó y corrió hacia la puerta norte. Recubrió la manecilla de la puerta con hielo y luego la abrió. Salió un montón de humo y las llamas del fuego empezaron a lamer el umbral. Arcus estaba más que tenso, pero no se movió. Había algo en su postura que me recordó a un animalito enfrentándose a un depredador, cuya seguridad dependiera de quedarse completamente quieto.

Dejé al hermano Thistle y corrí junto a Arcus.

—¿Qué pasa?

Negó con la cabeza.

—Utiliza tu hielo para combatir el fuego a medida que avanzas —dije, perpleja—. ¿Ocurre algo? Acaso tu hielo... ¿no es lo bastante fuerte?

—¡Claro que sí! —espetó—. Esto no es nada.

Eché las manos hacia delante. El aire se llenó de hielo crujiente, pero se fundió automáticamente al entrar en contacto con aquel calor abrasador. Cuando vi cómo le temblaban los brazos, abrí los ojos de par en par.

—¿Te da miedo el fuego? —le pregunté anonadada.

Me lanzó una mirada furiosa, pero se le había acelerado la respiración y su pecho se movía de arriba abajo como si hubiera corrido varios kilómetros.

Esperé sentir el evidente triunfo ante su debilidad, pero la preocupación me nublaba el pensamiento.

—¿Dónde está la biblioteca?

—Justo detrás de la iglesia —contestó—. Es la tercera puerta.

Asentí.

—Necesito una salida. Haz todo lo que puedas para despejar el pasillo. Y dile al hermano Gamut que se prepare para cuando saque a la hermana...

—Pastel —terminó—. Pero no puedes entrar. El tejado podría desmoronarse.

—Entonces tendré que salir antes de que caiga.

Me di media vuelta, crucé la puerta y me metí en la iglesia sin hacer caso de los gritos de Arcus a mi espalda. Una pared de fuego bloqueaba la salida al pasillo. Cerré los ojos y me interné en las llamas, después me revolqué por el suelo de piedra para apagar el fuego de mi túnica.

Abrí la tercera puerta y encontré una sala rodeada de libros. En la estancia, llena de humo, había plumas y tinteros alineados pulcramente sobre las mesas. Entre dos ventanas abovedadas colgaba un tapiz de Tempus, el padre de los cuatro vientos, que conjuraba una tormenta para castigar a unos marineros desobedientes.

—¿Hermana Pastel? —grité con la voz aguda.

Había una figura alta vestida con una túnica tendida en el suelo justo debajo del tapiz. La reconocí, era la hermana que me había mirado con recelo cuando ayudó a preparar mi baño el día después de mi llegada al monasterio. Le pasé las manos por debajo de los brazos y se me escapó un rugido de esfuerzo cuando la levanté. La temperatura de su piel era más fría que la mía, pero nada comparado con la gélida punzada de la piel de Arcus. Era evidente que ella no tenía poderes de congelación que la protegieran de las llamas que se habían adueñado del pasillo.

Las ventanas eran la única salida posible. Volví a dejar a la hermana Pastel con delicadeza y cogí una silla de madera, la lancé contra una de las ventanas, el cristal se estremeció, pero no se rompió. Intenté romper el cristal con el hombro, pero reboté y me hice muchísimo daño en el brazo. Reculé algunos pasos. Estaba a punto de volver a intentarlo cuando una voz grave gritó:

—¡Aléjate!

Tapé a la hermana Pastel con mi túnica lo mejor que pude y me protegí la cabeza con los brazos. Se oyó un crujido ensordecedor cuando el precioso cristal de colores estalló hacia dentro rociando el suelo de brillantes fragmentos de vidrio. Noté la caricia de una ráfaga de aire fresco que me despejó la cabeza. Arcus cruzó como pudo el marco de la ventana y entró en la biblioteca.

Arranqué el tapiz de la ventana y lo extendí sobre los cristales rotos. Juntos pasamos a la hermana Pastel por encima del alféizar de la ventana y salimos. Mientras Arcus la tendía en un montículo que estaba un poco alejado, apoyé las manos en las rodillas y tomé grandes bocanadas de aire, después me di media vuelta y volví a entrar en la biblioteca.

Aunque había sido mi madre quien me enseñó letras, fue mi abuela quien me había enseñado a leer y me había transmitido el amor por los libros; siempre que venía de visita traía varios volúmenes. Y el compendio de hierbas medicinales de mi madre había sido para nosotras una joya de valor incalculable. No soportaba pensar que todos aquellos libros se iban a convertir en cenizas.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Arcus.

—¡Salvar los libros!

Escuché el ruido de sus pasos antes de que me agarrara de los hombros y me volviera hacia él, una silueta tenue al vago fulgor de las llamas.

—¡Déjalos! El fuego no se extenderá tanto.

Corrió junto al muro del monasterio y yo lo seguí. En la cara norte, los monjes seguían lanzando cubos de agua de río sobre las llamas. Arcus les explicó dónde había dejado a la hermana Pastel y después corrió junto al hermano Thistle.

—¿Cómo está? —le preguntó Arcus al hermano Gamut.

—Sigue vivo —contestó el monje mirando con preocupación el fuego salvaje.

Arcus asintió y volvió corriendo a la enorme puerta de madera del monasterio, el mismo sitio donde había parecido tan perdido y congelado hacía solo unos minutos. Las llamas escupían ascuas brillantes que ardían hasta volverse negras a la luz naranja. Arcus frunció el ceño mientras extendía los brazos a los lados para unir las palmas de las manos. Las piedras quedaron recubiertas de escarcha, pero se fundió. Otra palmada y más

escarcha fundida.

Arcus se dejó caer de rodillas en la suciedad y pegó las palmas de las manos al suelo caliente; desde donde yo estaba, veía cómo le subía y bajaba la espalda debido a su respiración agitada.

—Solo necesito un minuto —dijo—. Es más difícil de lo que esperaba.

—Lo más probable es que estés sobrecalentado —comenté—. Cuando yo estoy mojada o tengo demasiado frío, mis poderes se debilitan. Lo mismo debe pasarte a ti cuando tienes la piel caliente. Llevas demasiado tiempo cerca del fuego.

Hizo un ruidito evasivo. Supuse que sería lo más cerca que estaría de verlo mostrar su acuerdo. Le hice señales a un monje que corría con un cubo de agua.

—Espera —grité, y le cogí el cubo cuando se detuvo—. Trae más agua, por favor. Aquí, tráemela a mí.

Volví y vacié el contenido del cubo sobre Arcus. Jadeó y se sacudió el agua de las manos.

—¿Qué estás haciendo? —dijo, enfadado.

—Enfriándote. Ah, otro cubo. Bien.

Le lancé el agua de río por encima de la cabeza.

—Aprecio tu ayuda, pero no tienes por qué ahogarme.

—Muy bien, pues hazlo tú.

Le di el tercer cubo de agua que traía una de las hermanas.

Se lo echó por encima de la cabeza mientras me fulminaba con la mirada; después volvió a plantarse delante de las puertas en llamas, unió las palmas de las manos y proyectó la escarcha hacia delante. Por un momento pareció que las furiosas llamas devorarían la iglesia y todo el monasterio. Pero, poco a poco, la escarcha fue aguantando más tiempo sobre la piedra caliente. Arcus lanzó varias nubes de hielo sibilantes que recorrieron el pasillo: las llamas retrocedieron soltando bocanadas de humo.

Todo terminó en cuestión de minutos. El fuego desapareció. Se oía un coro de toses a lo lejos. Uno de los monjes cogió una antorcha de algún lugar del monasterio y se acercó al hermano Thistle, junto a varios más, que lo miraban con preocupación. Yo me quedé esperando a escasos pasos del grupo y deseando poder hacer algo más.

Un hombre se volvió hacia mí, había fruncido sus cejas espesas y tenía el rostro contraído en una mueca de enfado. Lo reconocí, era el otro monje que

me había preparado el baño aquel primer día, junto a la hermana Pastel.

—Has cruzado el fuego. ¡Eres una sangre de fuego!

Sentí una intensa necesidad de salir corriendo, de huir, todos mis recuerdos se arremolinaron y me atenazaron la garganta.

—Es una refugiada, hermano Lack —explicó Arcus apartándose del hermano Thistle para acercarse a mí—. Le hemos ofrecido un hogar porque destruyeron el suyo. Su sangre es irrelevante.

Le lancé una mirada a Arcus. ¿Me estaba defendiendo?

El hermano Lack se volvió hacia él.

—Es un peligro para el monasterio y para todos los que lo habitan. —Pronunció cada palabra con la fuerza de un clavo internándose en la madera—. Es una sangre de fuego, es decir, una criminal. Cuando la trajiste llevaba una cadena en el tobillo. ¡Lo vi con mis propios ojos!

—No es más criminal que cualquiera de los cientos de desafortunados tempesianos que han intentado defenderse contra los ataques.

—¿Y qué pasará con la ira del rey cuando descubran nuestra transgresión? —preguntó el hermano Lack.

Por detrás de él se alzó una voz débil teñida de indignación.

—¿Has olvidado el propósito de nuestra orden? ¿Te suena lo de curar a los enfermos y ofrecer refugio a los perseguidos?

Nos reunimos alrededor del hermano Thistle, que se incorporó para apoyarse sobre un codo. Le entró un ataque de tos.

Arcus se puso en cuclillas y lo cogió del hombro con delicadeza.

—Tranquilo, amigo. Has respirado un montón de humo.

El hermano Lack seguía mirándome como si yo fuera una víbora a punto de atacar.

—Quizá la persigan por una buena razón. Tal vez los dioses la estén castigando por sus pecados. Te recuerdo que yo soy del sur. He tenido experiencias con los sangre de fuego. Son peligrosos, falsos, no se puede confiar en ellos, y no respetan ninguno de los valores que nosotros predicamos.

—Te estás poniendo en evidencia —advirtió el hermano Thistle respirando con pesadez, el suave tono decepcionado de su voz me erizó el vello del brazo—. Su único pecado es ser una chica con la sangre de fuego, y eso no es ningún pecado. —Tosió algunas veces más y prosiguió—: Si tanto aborreces la compasión, quizá debería replantearme tu dedicación a los principios de

nuestra orden.

—¿Mi dedicación? He dedicado toda mi vida a esta orden. Solo estoy sugiriendo que conservemos la pureza de este lugar sagrado. Esto de que se os haya ocurrido traer a una sangre de fuego...

—Y recuerda —lo interrumpió con suavidad el hermano Thistle—. Soy yo quien decide quién puede quedarse aquí. La orden me concedió a mí esa autoridad. A mí, solo a mí.

Se hizo un silencio, se oían los sonidos de la respiración acelerada del hermano Lack y los dos monjes se estuvieron aguantando la mirada durante un buen rato. Al final, al hermano Lack se le dilataron los orificios de la nariz, pero acabó agachando la cabeza.

—Perdóname. No era mi intención discutirlo.

—Estás perdonado —dijo el hermano Thistle, del que se apoderó otro ataque de tos.

El hermano Lack levantó la cabeza.

—Pero la verdad sigue siendo que la chica ha provocado un fuego que podría haberte matado.

—No he sido yo —respondí nerviosa—. ¿Por qué querría hacer algo así?

Arcus me observó en silencio y me di cuenta de que pensaban que tenía muchos motivos para quemar el monasterio. Distraerlos para poder huir. Vengarme de los sangre de hielo. Y él ya me había visto perder el control en el río cuando había quemado mi ropa.

Algunos de los demás monjes se pusieron a murmurar entre ellos, la desconfianza y la preocupación les ensombrecía el rostro. El miedo y la rabia palpitaban en ardientes oleadas que me brotaban del pecho.

—Podríamos pasarnos toda la noche discutiendo sobre esto —anunció Arcus levantando la voz por encima de la intranquilidad reinante—. Entre tanto, las heridas de vuestros hermanos y hermanas están desatendidas. Tenéis mi más solemne promesa de que la vigilaré de cerca. Lo discutiremos mañana.

Hablaba con el tono inflexible propio de alguien con autoridad. La mayoría de los monjes asintieron y empezaron a dispersarse. El hermano Lack se mantuvo firme, permaneció allí con los brazos cruzados, fulminándome con la mirada como si yo fuera a abalanzarme sobre el monasterio y envolverlo en llamas en cualquier segundo.

—Síguenos —me dijo Arcus con un tono directo pero desprovisto de

hostilidad—. Hermano Lack, acompaña a la señorita Otrera al monasterio.

Él y otro monje levantaron al hermano Thistle. No me pasó por alto el cuidado con el que lo manejaba Arcus, como si estuviera cargando con el cuerpo dormido de su propio padre. Entre ellos se adivinaba un evidente respeto, incluso había afecto. Al pensarlo noté una punzada de dolor en el pecho: algo parecido a los celos. Hacía mucho tiempo que nadie me trataba con ternura.

Resiguieron el contorno del monasterio en dirección a la enfermería. Yo los seguí más despacio, tenía el tobillo agarrotado debido al esfuerzo y el frío aire de la noche.

El hermano Lack se acercó a mí y se inclinó para murmurarme al oído:

—Quizás hayas engañado al hermano Thistle, pero yo sé lo que eres: una sangre de fuego vengativa decidida a destruir este sitio que venera al dios del viento del norte. No sé cómo has conseguido colarte aquí, pero te prometo una cosa: no descansaré hasta que vuelvas a estar en la cárcel, que es donde deberías estar. Aunque tenga que llevarte yo mismo.

La brillante intensidad de sus pequeños ojos negros me dejó claro que era peligrosamente sincero. ¿Qué le costaría? Un sencillo mensaje alertaría a los soldados de mi presencia allí. O quizás una noche alguien me levantaría de la cama, me metería en un carruaje y me llevaría a la cárcel más cercana. Había cometido el error de dejar que el alivio me convenciera de que allí estaba a salvo. Pero jamás estaría a salvo con los seguidores de Fors. No debía olvidarlo.

Arcus apareció en la puerta del monasterio.

—Adentro —me ordenó.

No podía seguir vacilando ni esperar a acabar de curarme. Cualquier destino era mejor que volver a la cárcel.

Me marcharía esa misma noche.

*L*a enfermería estaba en calma, reinaba un espeso y empalagoso silencio de esos que te hacen pensar que puedes percibir sonidos imposibles, como el avanzar de una araña por el alféizar de la ventana o el balanceo de la cola de un ratón arrastrándose por el suelo en la oscuridad.

Estaba tendida en mi camastro fingiendo que dormía mientras el hermano Thistle y la hermana Pastel dormitaban en camastros contiguos al mío. Arcus había elegido el colchón más cercano a la puerta. una sombra que protegía al monasterio de mi peligrosa presencia.

Al principio había temido que Arcus pretendiera quedarse despierto toda la noche para vigilarme; sin embargo, después de lanzarme una mirada fría y ordenarme que me durmiera, se tendió en su cama. No me dio a entender de ninguna forma que estuviera agradecido de que lo hubiera ayudado a rescatar a la hermana Pastel, ni tampoco de que creyera que había sido yo quien había provocado el fuego. Quizás en ese momento no le importara. Se había movido muy despacio y parecía muy cansado, como si el esfuerzo de haber sofocado el fuego hubiera consumido todas las fuerzas que le quedaban.

Cuando la respiración de todos los ocupantes de la enfermería se volvió lenta y acompasada, cuando solo se podía oír alguna tos ocasional que rompía el silencio, cogí el par de botas de piel que estaban junto a los pies del hermano Thistle, que no eran mucho mayores que los míos. Cogí una capa gruesa que estaba colgada de un gancho de la pared y me acerqué descalza hasta la puerta.

Cuando giré el pomo, crujió un poco. Me quedé helada y miré la sólida figura de Arcus. Dormía de lado, la capucha le seguía cubriendo la mitad de la cara. ¿Había oído un cambio en su respiración? Esperé, en silencio y aguantando la respiración. Al fin, cuando vi que no se movía, giré el pomo y abrí la puerta.

Fui palpando la pared mientras recorría la sedosa oscuridad hasta la bóveda de la puerta este del monasterio antes de ponerme las botas, después fui pisando el suelo congelado hasta la cocina, donde encontré una mochila de piel y la llené de manzanas, queso duro y un poco de carne seca, unas cuantas nueces y otras semillas, un cuchillo afilado con la empuñadura de madera y una cantimplora.

Gracias al hermano Gamut sabía que la pequeña estancia contigua a la cocina hacía las veces de botica, la estancia donde él secaba y cultivaba sus hierbas medicinales. Las estanterías estaban llenas de botellas de cristal. Inspeccioné todas las etiquetas y elegí las que me parecieron más valiosas. Si el monasterio hubiera tenido adornos de plata u oro (candeleros y esas cosas), habría cogido esas cosas. Pero no había visto nada que valiera la pena robar.

Encontré una segunda mochila de piel y la llené hasta arriba de botellas de cristal, que envolví con trapos y mucho cuidado.

Cuando llegué a los establos, los caballos estaban nerviosos, quizá seguían alterados a causa del humo que seguía flotando en el aire después del incendio de la iglesia. Uno de ellos era el elegante y enorme caballo blanco de Arcus. Relinchó, pateó el suelo y me miró con sus ojos brillantes. Pero decidí acercarme a una yegua de pelaje amarillento que me recibió parpadeando con sus tranquilos ojos marrones. Acaricié el espacio que quedaba entre ellos y me alivió advertir que no se alejaba de mi calor. La tuve ensillada en cuestión de minutos.

Salimos de los establos y cabalgamos hacia el oeste. Cuando empecé a sentirme cómoda sobre la yegua, alargué las riendas y al animal se le tensaron los músculos de la espalda. Me asaltó una intensa sensación de libertad, embriagadora y maravillosa, y apreté las piernas, cosa que hizo que el caballo acelerara. Cada bocanada de aliento me explotaba en los oídos mientras esperaba oír algún grito por detrás o el ruido de otros cascos galopando por el bosque.

Pero entonces crucé la frontera oeste que había marcado Arcus y el bosque silencioso se cernió sobre mí como si de los brazos de un viejo amigo se tratara.

La yegua encontró un camino que discurría entre altos pinos fragantes, robles desnudos y sicomoros. Y dejé que lo siguiera.

Buscaría una ciudad portuaria y me escondería en un barco. Tevros estaba al noroeste de Tempesia, pero no recordaba si estaba muy lejos ni cómo llegar hasta allí. Mientras pensaba en qué dirección debía tomar, mi estómago rugió y me recordó un problema más apremiante.

Me incliné para mirar hacia la mochila de piel que contenía la comida y maldije. ¡No estaba! Debía de haberse caído cuando dejé que la yegua galopara y ahora me resultaría demasiado difícil encontrarla en la oscuridad. Intenté no dejarme llevar por el pánico.

Si controlara mejor mis poderes, podría utilizarlos para cazar, para asar una ardilla o una liebre. Pero esa clase de control estaba muy por encima de mis posibilidades. Tendría mejor suerte si preparaba una trampa, pero no tenía ningún cuchillo con el que cortar ramas, porque lo había metido en la misma mochila que la comida. Solo podía esperar que el camino condujera a algún pueblo.

Me detuve a pasar la noche bajo un dosel de pinos. A la mañana siguiente, vi cómo el alba pintaba la yegua de dorado, como si fuera mantequilla fundiéndose en un pedazo de pan recién horneado.

—Voy a llamarte *Mantequilla* —le dije a la yegua dándole una palmada.

Ella me respondió resoplando.

Mientras *Mantequilla* comía hierba marchita, que esperaba que no la pusiera enferma, recogí algunas raíces comestibles para mí. Estaba sedienta y tenía la boca seca, pero no encontré ni rastro de agua hasta la tarde del segundo día, cuando un distante rugido hizo que *Mantequilla* levantara las orejas. Después de beber todo lo que quisimos, seguimos el curso del río hasta que giró bruscamente por encima de una colina. Desde allí, doblamos hacia el sur y fuimos encontrando un camino sinuoso tras otro mientras se ponía el sol.

Reinaba un silencio siniestro. Un olor acre a quemado tiznaba el limpio aire del bosque. No era un olor a madera recién quemada, sino el eco rancio de las cosas que se queman y después se olvidan hasta que se pudren sus restos.

Llegamos a un laberinto de edificios de madera, viviendas y tiendas rotas, chamuscadas y desmoronadas.

Por allí habían pasado los soldados.

Me costaba respirar. Si existía la mínima posibilidad de que siguieran por allí, daría media vuelta y me marcharía todo lo rápido que pudiera. Pero no podía permitirme dejar pasar la posibilidad de coger la comida que pudiera

quedar en alguna alacena abandonada. El hambre me había debilitado demasiado. Y era evidente que el pueblo estaba abandonado.

Una de las casas estaba menos perjudicada que las demás. Dentro encontré nabos, unas cuantas patatas, una pieza de queso medio fundida (a mis ojos hambrientos valía su peso en oro) y una cantimplora de metal. Lo recogí todo rápidamente y volví a montar sobre *Mantequilla*. Cabalgamos una hora más antes de parar a descansar.

Al día siguiente encontré un pequeño riachuelo cubierto de hielo. Rompí la superficie y llené la cantimplora. Comí queso, pero los nabos y las patatas estaban demasiado duros y tendría que hervirlos para que fueran comestibles. A continuación seguimos avanzando por una tierra rocosa donde había pocos refugios; continuamos sin descansar hasta que cayó la noche.

Cuando aparecieron unas luces que parpadeaban a lo lejos y aparecían y desaparecían entre los árboles como si se tratara de espíritus juguetones, estaba hecha un amasijo de dolor y moratones. Los árboles dieron paso a un claro, donde había una docena de carromatos dispuestos en círculos alrededor de varias hogueras. Me detuve y bajé del lomo del caballo al amparo de las ramas de los árboles, bien alejada de la luz de los fuegos.

Había personas sentadas en grupos que hacían girar asadores hechos con ramas de árbol. Se me hizo la boca agua cuando los jugos procedentes de una liebre desollada se vertieron en el fuego y murieron con un siseo. Dividieron aquella carne tan apetitosa en porciones, pero, para mi desgracia, cuando acabaron de comer no sacaron las esterillas para echarse a dormir ni se retiraron a sus carromatos. Lo que hicieron fue reunirse en el centro del claro tratando, a empujones, de hacerse con el mejor sitio sobre los troncos caídos que habían colocado en semicírculo alrededor del fuego. Una mujer castaña con el rostro muy arrugado se adelantó e invitó a una niña de unos nueve o diez años a elegir una leyenda.

Me senté en el suelo, sobre una cama de pinaza, y apoyé la espalda en el tronco de un árbol. *Mantequilla* estaba algunos metros por detrás de mí, encantada de poder descansar.

La niña eligió la historia de los orígenes, la que contaba cómo habían aparecido los sangre de hielo y los sangre de fuego. La anciana se puso las manos en el regazo y pareció más alta y majestuosa cuando se situó junto al

baile de la luz naranja del fuego. Todas las caras se inclinaron sobre ella, la excitación de los niños era palpable.

—Al principio de los tiempos —dijo la narradora con una voz grave y melodiosa—, no había ni hielo ni fuego. Vivían con los animales, vestían las pieles de los que cazaban, y ellos mismos parecían también animales. Los dioses de los cuatro vientos vivían en el cielo, cada uno cuidaba de su propio reino, estaban aislados, pero no eran iguales.

»Solo Fors, el dios del viento del norte, estaba solo. Él quería que existiera alguien como él, alguien que disfrutara del frío y el hielo. —La mujer movió las manos, parecían pájaros blancos entre el parpadeo de las sombras—. Por eso alargó la mano hasta el glaciar más alto del mundo y cogió los pedazos más fríos. Después, se encogió hasta adoptar forma humana y contempló cómo las tribus de humanos se peleaban entre sí. Todos se mataban entre ellos.

—¿Cómo se mataban, Magra? —preguntó la niña en un fascinado susurro.

—¡Kaitryn! —exclamó su madre—. No hagas esas preguntas tan morbosas.

La anciana sonrió y se inclinó hacia ella como si ya conociera la afición de la niña por los detalles escabrosos.

—De todas las formas imaginables. Con las manos, utilizando piedras, espadas y hachas.

—Seguro que era terrible —dijo la niña, encantada.

La narradora asintió.

—Fors le dijo a la mujer que reinaba sobre las tribus del norte: «Toma, coge mi hielo y útilízalo para congelar a tus enemigos. Así nadie será capaz de vencerte». Le puso la esquirla de hielo en la muñeca y su vena se volvió azul. El cuerpo de la mujer se enfrió y sus ojos palidieron. Levantó la mano y aniquiló a los enemigos de la tribu con una rociada mortal de escarcha y nieve hasta que todos los que quedaban huyeron de ella aterrorizados.

La niña aplaudió y algunos de los niños se acercaron un poco más con el brillo de la hoguera en los ojos. Incluso los adultos aguardaban inmóviles y en silencio con las miradas cautivadas.

—Pero Sud —dijo Magra con una expresión seria—, la diosa de los vientos del sur, estaba enamorada de un guerrero de la tribu derrotada: se le rompió el corazón cuando lo vio morir. Vio lo temible que se había vuelto la guerrera de hielo y tuvo miedo de que aniquilara a todas las demás tribus.

Magra levantó el puño como si estuviera sosteniendo algo.

—Sud metió la mano en el gran volcán y extrajo algunas gotas de lava burbujeante. Luego se encogió hasta adoptar forma humana y contempló a la gente; trataban de encontrar comida y de defenderse de la tribu del hielo.

Abrió la mano y extendió los dedos como si estuviera ofreciendo un regalo.

—«Toma», dijo la diosa a uno de los líderes que gobernaba una tribu del desierto. «Coge esta lava y utilízala para fundir el hielo de tus enemigos. Ahora podrás quemar a cualquiera que te desafíe. Así ya no tendrás que pelear más.» Depositó la gota de lava sobre la muñeca del líder: la vena enrojeció. Al hombre se le calentó el cuerpo y se le puso también el pelo rojo. Levantó la mano y lanzó fuego a todos sus enemigos. Y nadie se atrevió a desafiarlo.

Magra hizo un gesto hacia delante con la mano y su larga manga se hinchó; los niños se encogieron, como si temieran que fuera a salirle fuego de los dedos.

—Con el tiempo, las demás tribus se aliaron con el hielo o el fuego, los líderes sangre de fuego y los sangre de hielo hicieron una tregua. Cada uno de ellos se quedó con las tierras que le correspondían. Se dibujaron mapas y la gente por fin pudo vivir en paz.

Hizo una pausa, como si hubiera acabado de contar la historia; los espectadores parecieron contener el aliento.

—Pero Eurus, el dios del viento del este, sentía mucha envidia. Acudió a Neb, la madre de los vientos, para quejarse. Él quería crear su propia criatura. Neb estaba cansada de que sus hijos se pelearan, y declaró que las cosas debían estar equilibradas. Hiciera lo que hiciese Eurus, su hermana Cirrus, la diosa del viento del oeste, debería hacer lo contrario.

Extendió las manos con las palmas hacia arriba como para simular los dos lados de una balanza.

—Eurus, emocionado, metió la mano en las profundidades del océano, muy adentro, hasta las sombras más oscuras y las cuevas más profundas. Extrajo un puñado de oscuridad absoluta, y después, convencido de que había conseguido el mejor regalo de todos, se encogió hasta adoptar forma humana y observó las tribus que vivían bajo el reinado del hielo y el fuego. «Toma», le dijo a un poderoso chamán. «Coge esta oscuridad y utilízala para borrar todo vuestro sufrimiento, ya no volveréis a sentir dolor.» Colocó la oscuridad sobre la muñeca de aquel hombre: su vena se volvió negra. Pero, en lugar de sentir alivio, el hombre cayó al suelo y empezó a retorcerse de dolor y a pedir

clemencia. Murió a los pocos minutos.

Los pequeños abrieron mucho los ojos. Kaitryn se inclinó hacia delante.

—Eurus lo intentó una y otra vez, pero nadie conseguía sobrevivir a su dulce olvido. Entonces el dios del viento del este dividió su oscuridad y la esparció por todo el mundo. Dondequiera que caía, una sombra cobraba vida.

Bajó la voz hasta adoptar un tono suave e inquietante. Se me erizó el vello de la nuca.

—Pero las sombras tenían hambre. Devoraron animales y personas. Nunca estaban satisfechas. Y si una de esas sombras, llamadas minax, se fijaba en ti, se te metía por debajo de la piel y los ojos y la sangre se te ponían negros. Te volvías violento y salvaje, malicioso y sangriento, estabas dispuesto a hacer lo que ella te ordenara y a perderte en su maravillosa oscuridad.

Me froté la nuca con la mano tratando de aliviar el escalofrío que me había trepado por la espalda. Desde que me habían llevado a la cárcel de Blackcreek había tenido pesadillas con una sombra viviente; la parte más aterradora de aquellas viejas historias se alimentaba de mi miedo y aislamiento. En los sueños, veía una forma oscura que me tocaba la mejilla, era una caricia dolorosa y abrasadora. Me despertaba temblando y aterrorizada.

—Fueron tiempos oscuros —dijo la narradora—. Pero las criaturas no pudieron vagar con libertad durante mucho tiempo. Cirrus, la diosa del viento del oeste, que amaba la paz por encima de cualquier cosa, hizo un agujero en la tierra. Obligó a las sombras vivientes a meterse dentro y creó la Puerta de la Luz en la entrada, que los minax no podían cruzar.

Magra abrió la mano hacia el cielo.

—Después, Cirrus acercó la mano a la puesta de sol y cogió un rayo de luz, que atrapó en un cristal. Proyectó esa luz sobre dos montañas, que convirtió en centinelas, a los que puso a dormir hasta que los llamara a proteger la puerta si alguna vez era objetivo de algún ataque. Después, llamó al feroz líder de fuego y a la gélida guerrera de hielo. Les ordenó que mezclaran la escarcha y el fuego para sellar la puerta.

—Seguro que se pelearon —opinó uno de los niños.

—No, no lo hicieron —dijo Magra—. Trabajaron juntos, porque eso es lo que quería la diosa. Después de todo lo que había hecho, se desplomó en el suelo, estaba exhausta. Una mujer sabia llamada Sage se llevó a Cirrus a su cueva de la montaña y la alimentó con caldo y carne hasta que recuperó la

salud. En señal de gratitud, Cirrus colocó el último rayo de la puesta de sol en la muñeca de Sage, y su cabello y su sangre se volvieron de oro. Después de aquello, Sage se propuso curar a los enfermos y advertir a las personas del peligro antes de que llegara. Ella es la tercera centinela que vigila la Puerta de la Luz: no morirá hasta que se haya destruido el último minax.

—Pero todas las sombras están atrapadas bajo tierra —dijo Kaitryn.

—Ah. Se dice que Eurus conservó a dos de sus creaciones preferidas en la tierra escondiéndolas en lugares donde nadie pudiera encontrarlas. Así que Sage tiene que mantenerse alerta hasta que también sean destruidas. —Magra colocó las manos en el regazo y se recostó—. Pero ahora el mundo está cansado de tantas leyendas —dijo ralentizando el ritmo de su voz para indicar que la historia llegaba a su fin—. Y los únicos que las escuchan son los niños.

Me asaltó un recuerdo. Mi abuela siempre terminaba de contar la historia de los orígenes con la misma frase.

—Yo siempre escucharé las leyendas —anunció Kaitryn—. Y luego se las explicaré a otras personas durante mis aventuras por el mar, iré a las islas del Fuego de Sudesia y al oeste, donde hay monstruos, y después conseguiré una espada y...

—Mamá dice que estás demasiado enferma para viajar —dijo uno de los niños.

Miré a Kaitryn. No parecía enferma, aunque tenía las mejillas un poco coloradas.

—¡Me recuperaré! —exclamó enfadada—. Encontraré un lugar donde vivir, donde no haya soldados ni malas personas. Un lugar que no tenga un rey que esté loco.

Su madre abrió los ojos de par en par. El círculo de espectadores se quedó en silencio.

—Silencio, niña —dijo un hombre en voz baja.

—Me da igual —dijo Kaitryn, pero esta vez habló más flojito—. Sus soldados nos quemaron las casas.

—También quemaron mi pueblo —dije en un susurro tan bajo que no pude oírlo ni yo.

—Es hora de ir a la cama, pequeños —dijo la madre de Kaitryn cogiendo a sus hijos de la mano—. Mañana volvemos a viajar. Dentro de dos días llegaremos a la costa. Necesitáis descansar.

Así que la costa estaba a solo dos días de distancia. Quizá pudiera

seguirlos, robarles comida por la noche y utilizar su camino para cruzar la montaña con seguridad.

Los fuegos se fueron extinguendo uno a uno, y todo el mundo se metió en sus carromatos. Por desgracia para mis planes de robar algo de comer, un hombre alto con barba se quedó de centinela y se recostó contra uno de los carromatos mientras bebía de una botella.

Al poco, apareció otro hombre que se unió al primero. Llevaba un parche de tela negra sobre un ojo.

—¿Has visto algo? —preguntó ciñéndose la arrugada capa al cuerpo.

—Es poco probable —contestó el hombre de la barba—. Los soldados han continuado. La sangre de fuego ya estará cruzando el mar, si es que le queda un ápice de sentido común. Si no, la alcanzarán antes de que llegue a la costa.

Respiré hondo y se me aceleró el corazón. No sabía cuántos sangre de fuego andaban por ahí sueltos, pero tuve que dar por hecho que hablaban de mí.

El hombre del parche escupió en el suelo.

—Esto es lo que pienso de esa sangre de fuego. Ella se escapa de la cárcel y todos tenemos que sufrir por su culpa.

Me tapé la boca con la mano.

—Dicen que los sangre de fuego son los peligrosos. Pero no veo que sean ellos quienes nos queman las casas.

—Volveremos en verano —dijo el hombre de la barba—. Aunque no sé qué sentido tiene reconstruirlo todo cuando pueden volver a destrozarlo. Solo quedan hombres lesionados y enfermos para defendernos.

El otro hombre se burló.

—Estoy seguro de que pronto decidirán que estamos en plena forma. Les dará igual esto —se señaló el parche del ojo— o tu pata de palo. Menudos guerreros éramos cuando nos atacaron.

El hombre de la barba suspiró.

—Sigo sin poder dormir por las noches pensando que una sangre de fuego anda por ahí suelta con fuego en las yemas de los dedos.

«¡Yo no soy ninguna amenaza!» Quería gritarlo lo más fuerte posible: tal vez así creyeran que era cierto. Los soldados sangre de hielo eran la amenaza. El capitán que mató a mi madre, el que le quitó la vida como si ella no fuera nada.

—Piensa en la recompensa. Cinco mil monedas. —El hombre de la barba

hizo un gesto con la botella señalando hacia la derecha—. Podría contratar un barco que me llevara al este, comprar un poco de tierra en alguna isla desierta, construir una casa. Encontrar una cura para Kaitryn.

El hombre del parche en el ojo le puso la mano en el hombro.

—El curandero de Tevros la curará. Ya lo verás.

El hombre de la barba le pasó la botella.

—Coge el reloj —dijo, y se marchó cojeando hacia uno de los carromatos.

«Cinco mil...». Me adentré entre los árboles esforzándome por respirar en silencio. Nunca estaría a salvo. Los soldados estaban muy cerca, estaban peinando el campo en busca de... Solo podía tratarse de mí. Si seguía a aquellas familias hasta la costa y llegábamos a terreno abierto, se me vería con facilidad. Sin embargo, en los caminos retorcidos de la montaña flanqueados por los árboles, solía haber muchos sitios para esconderse.

Un coro de toses atravesó mi niebla de indecisión. Era la tos de una niña y procedía del claro. Me acerqué un poco hasta que pude verla. El hombre de la barba y la cojera llevaba en brazos un cuerpo pequeño. Una mujer lo seguía de cerca.

—¡Magra! —dijo el hombre golpeando el lateral de uno de los carromatos—. Por favor, ayúdanos. Kaitryn está sufriendo otro ataque.

La mujer que había contado la leyenda salió temblando por el aire frío de la noche.

—No sé qué más podemos hacer. Todas las hierbas curativas se quemaron en el incendio. Y aunque tuviera mis remedios, lo he probado todo.

—Pero ahora es mucho peor. —La mujer, que debía de ser la madre de Kaitryn, se retorció las manos—. Ha respirado el humo... y ya estaba muy mal. Ha sido un invierno muy húmedo. —Soltó un suspiro tembloroso—. Tiene que haber algo que puedas hacer.

—Lo único que podemos hacer es tenerla lo más caliente posible —contestó Magra con delicadeza.

La niña tosía tan fuerte que apenas podía respirar. Su madre se puso a llorar e intentaba sofocar sus sollozos con el puño.

Intenté pensar en lo que haría mi madre. Era una tos húmeda, no seca. Eso descartaba los vahos con esencia de posoqueria. Tendría que tocarle la piel para saber si tenía fiebre, pero no podía hacerlo sin dejarme ver. Aun así, podía saberlo por el sonido. Repasé mentalmente todos los pacientes que había tenido mi madre hasta encontrar uno que hubiera tenido una tos con un

sonido similar. Había sido un niño que tenía algunos años más que yo, con una tos tan violenta que había empezado a echar sangre. Mi madre le había puesto una tintura en el pecho. Cerré los ojos e intenté recordar. Arenaria roja. No, la tintura que había preparado mi madre había sido amarilla. Casi podía imaginar sus manos machacando las hierbas. Y, de pronto, lo recordé.

—Esencia de gaulteria y acacia amarilla —susurré.

Me deslicé hasta la mochila. *Mantequilla* resopló y le di una palmadita. Rebusqué en la bolsa hasta que encontré las botellas que había cogido de la botica del hermano Gamut. Tardé varios minutos en descorcharlas y olerlas con cuidado, pero al final encontré las dos que necesitaba. Las cogí con fuerza y me acerqué al borde del claro.

Alguien había avivado el fuego. El hombre de la cojera estaba sentado con Kaitryn pegada al pecho, y la había envuelto en una manta. Le daba suaves palmadas en la espalda mientras la madre de la niña acariciaba su pelo rubio.

Sentí un dolor en el pecho. Mi madre habría hecho lo mismo por mí, se habría quedado conmigo, habría hecho todo cuanto hubiera podido... Ella habría hecho eso. Había dedicado toda su vida a protegerme. Y después de haber visto cómo aquella niña pequeña que prometía navegar por los océanos se esforzaba hasta por respirar..., supe que no podría olvidarme de aquello. Tenía que ayudar.

Después de algunos minutos, a la niña se le alivió la tos.

—Será mejor que nos quedemos junto al fuego —dijo la madre—. En el carromato hace demasiado frío.

El hombre asintió y se abrazaron, fueron reajustando sus posiciones varias veces hasta que sus respiraciones se acompasaron y quedó claro que se habían dormido. Sería casi imposible acercarse sin despertarlos.

Regresé hasta donde estaba *Mantequilla* y rebusqué otra vez en la mochila; esta vez guiándome por el tamaño de las botellas. La que quería era la más pequeña, cuyo contenido, y según ponía en la etiqueta, producía un sueño profundo con solo inhalar sus vahos. Me pregunté si el hermano Thistle habría utilizado este brebaje para dormir a los guardias de la cárcel.

Cuando encontré la minúscula botella, me coloqué detrás del carromato desde donde el tipo del parche vigilaba a Kaitryn y a sus padres con una expresión sombría. Vertí una gota de la poción en la esquina de mi capa y me acerqué al centinela con mucha cautela y por el lado derecho, que era donde llevaba el parche.

Justo cuando estaba a punto de abalanzarme sobre él, se separó del carronato y se alejó. Maldije entre dientes y volví a internarme en las sombras. Pero si había ido a comprobar que no hubiera nadie por los límites del claro, por lo menos disponía de un par de minutos antes de que volviera. Tendría que hacerlo rápido.

No lo pensé dos veces, me aproximé a la familia acurrucada junto al fuego, les acerqué la esquina empapada de la capa, primero al padre, luego a la madre. Ya estaban dormidos. Aquello solo haría que durmieran más profundamente.

Contemplé a la niña, tan suave y vulnerable y, sin embargo, tan dura a su manera, su cuerpo no dejaba de pelear contra aquella tos incesante y agotadora. No podía arriesgarme a utilizar la poción para dormir con ella porque ya tenía demasiados problemas para respirar. Así que la agité con suavidad.

—Kaitryn —dije muy flojito—. Despierta.

Tuve que agitarla unas cuantas veces, pero al final abrió los ojos.

—Estoy muy cansada —dijo irritada—. Vete.

Sonreí.

—Tengo una medicina que te ayudará a respirar mejor.

Me miró con el ceño fruncido.

—No te conozco.

—Soy una amiga, te lo prometo. No podrás viajar si no puedes respirar bien. ¿Verdad, pequeña capitana de mar?

Algunos segundos después, asintió con cansancio.

—Buena chica. Voy a ponerte unas gotas en el pecho.

Me dejó ponerle las gotas sobre la piel pegajosa del esternón, una, dos, después volví a tapparla con la manta.

—Ahora respira —dije sabiendo que se me acababa el tiempo. El centinela podía volver en cualquier segundo—. ¿Te encuentras mejor?

La niña respiró varias veces y tosió. Yo fruncí el ceño y me esforcé en pensar. Cuando mi madre había tratado al niño de la tos, me había hecho ponerle las manos en el pecho para calentarlo.

—Me olvidaba de una cosa, pequeña capitana. Necesitamos calor. — Coloqué las manos sobre las mantas, justo encima de su pecho—. ¿Ya estás más caliente?

—Un poco —respondió.

Necesitaba mandarle más calor. Pero ¿y si me pasaba? Me vino a la cabeza el bebé al que había intentado calentar, el hermano de Clay. Quizá sí que había sido culpa mía que muriera. Arcus había dicho que yo era una salvaje, alguien sin capacidad para el autocontrol. ¿Podía confiar en mí misma para hacer aquello?

Kaitryn tosió de nuevo. No me paré a pensar. Le mandé una oleada de calor y me concentré para mantenerla firme y constante. Aquel proceso era mucho más suave que hacer fuego, solo tenía que subir mi temperatura. Podía hacerlo.

Un minuto después, Kaitryn posó su fría manita sobre la mía y la apartó a toda prisa.

—Tienes la mano muy caliente.

Aguanté la respiración pensando que gritaría para pedir ayuda. Pero parpadeó y sonrió.

—Creo que ya se me ha pasado la tos.

—Qué bien.

Reprimí las ganas de ponerme a reír de alivio. Le di las botellas con mucho cuidado, le expliqué cómo debían administrarle la medicina sus padres y le recalqué que el tratamiento siempre debía ir acompañado de calor.

La niña asintió.

—Me acordaré.

Asentí.

—Chica lista. Y esta es la parte importante: tendrás que comprar más hierbas cuando llegues al sitio indicado, un pueblo con un boticario o un curandero. Esencia de gaulteria y acacia amarilla. —Le pedí que me lo repitiera tres veces—. Un buen curandero conocerá las hierbas por el olor —le dije—, pero, por si acaso no lo encuentras, por lo menos sabrás...

—¿Quién diablos eres tú? —dijo una voz, alta y amenazadora.

Levanté la cabeza. A solo unos metros de distancia estaba el hombre con el parche en el ojo: era evidente que estaba sorprendido de volver de la ronda y encontrarse a una desconocida hablando tranquilamente con una de las niñas del pueblo.

Me levanté a toda prisa y le tendí las palmas de las manos.

—Solo una refugiada, como tú. Voy de camino a la costa.

—¿Y dónde están los demás? —Escudriñó el bosque—. El resto de tu grupo.

—Voy sola. Los soldados mataron a todos los demás.

Negó con la cabeza.

—Quizá nos quemén las casas cuando están borrachos, pero los soldados no matan a la gente, por lo menos no a tanta. A menos que la sorprendan ocultando a una sangre de fuego.

Me esforcé para no hacer ningún gesto que pudiera delatarme y levanté la barbilla.

—Bueno, no me quedé para averiguarlo.

—¿Qué estabas haciendo?

Gesticuló en dirección a Kaitryn.

—La estaba curando. Con hierbas. Kaitryn, enséñale las botellas.

—Micha —dijo el hombre empujando al padre de Kaitryn con la bota—. Dierle. Despertad.

Cuando vio que no despertaban, se le endureció la expresión.

—¿Qué les has hecho?

—Tenía miedo de que no me dejaran acercarme a la niña, así que hice que se durmieran más profundamente.

—¿Has envenenado a estas buenas personas con tus brebajes asquerosos? ¡Quizá los hayas matado!

Negó con la cabeza.

—¡Están bien! Deberían despertarse dentro de una hora. Compruébalo tu mismo. Ambos respiran.

Se acercó a ellos y se agachó para posar la oreja sobre sus respectivos pechos. Cuando se agachó, vi el momento justo en que tensaba los músculos antes de abalanzarse sobre mí.

Saltó con una velocidad increíble. Agarré la esquina empapada de mi capa y se la puse sobre la nariz. Me rodeó muy fuerte con los brazos, pero tomó aire por un momento: esa fue su perdición. Le aletearon los párpados y me lo quité de encima empujándolo con las dos manos.

Me di media vuelta y corrí hacia los árboles mientras él gritaba pidiendo ayuda. Presa del pánico, fui demasiado a la izquierda y tuve que retroceder algunos pasos para encontrar a *Mantequilla*. Por un momento, pensé que la había perdido. Entonces vi la mancha de su piel amarilla en la oscuridad y me dieron ganas de gritar aliviada. Gracias a Sud, la había dejado ensillada.

—Soy yo —dije con una voz baja y tranquilizadora, pasándole una mano por el cuello antes de subirme a su lomo—. No podemos quedarnos a dormir, amiga. Tenemos que movernos.

Los árboles no eran de un espesor asfixiante, pero estaban demasiado cerca los unos de los otros como para ponerse a galopar. Solo podíamos caminar y poner una lenta pero constante distancia entre nosotras y las antorchas que empezaron a brillar entre los árboles cuando se pusieron a buscar a la intrusa.

Si tenía suerte, Kaitryn no habría tenido tiempo de explicarle a nadie lo de la temperatura de mi piel. Y había habido varias capas de ropa y mantas gruesas entre el hombre que me había agarrado y mi cuerpo. Quizás abandonaran la búsqueda enseguida cuando se sintieran tranquilos de haberme ahuyentado.

Mientras no supieran que yo era una sangre de fuego.

Mantequilla adoptó un buen paso, en especial cuando cruzamos un pequeño arroyo helado y pudo seguir su orilla, donde no había ningún obstáculo en forma de árbol. Al final, las antorchas se alejaron tanto que dejaron de verse. Me relajé. Habíamos escapado.

Cuando nos paramos a pasar la noche bajo el saliente de una colina, me

aferré a esa palabra como un perro a un pedazo de carne seca.

«Escapar.»

Parecía que ya no sabía hacer otra cosa. Huir. Había escapado de la cárcel, del monasterio. Y ahora de un campo de refugiados. ¿A eso se había reducido mi vida? ¿A una serie de ocasiones fallidas hasta que se me acabara la suerte?

En Tempesia nunca estaría a salvo. No podía esconderme en ningún sitio donde no hubiera nadie que no estuviera dispuesto a llevarme a la cárcel más cercana a cambio de una recompensa. Había albergado la esperanza de llegar a la costa y esconderme en un barco, pero tal vez los soldados esperaban que lo hiciera y estarían vigilando todos los caminos y los embarcaderos.

El auténtico problema era mi conciencia. Ya no estaba tranquila. Mientras el rey continuara vivo, seguiría habiendo otro capitán, otro saqueo, hasta que mi gente se extinguiera. E incluso ni siquiera entonces acabaría. Cuando Arcus y el hermano Thistle habían venido a la cárcel, me habían ofrecido una oportunidad de atacar al rey. Yo no había sabido si creerles, pero accedí porque eso era mejor que una muerte lenta.

Pero ¿y si Arcus y el hermano Thistle tenían un auténtico plan para destronar o matar al rey y yo formaba parte de él? Había estado demasiado asustada y débil para comprender que podía serles de ayuda. Pero después de haber visto el sufrimiento que había provocado mi evasión (los pueblos quemados, las personas desplazadas, aquella niña esforzándose para respirar, su medicina quemada junto a su casa), ¿no tenía la obligación de intentarlo?

No estaba siendo noble. La sed de venganza no tenía nada de noble. Se trataba de conseguir lo que yo quería, una oportunidad de matar al rey. Y así ya nadie más tendría que sufrir por mi culpa.

Me ayudé de las estrellas para orientarme y después le di media vuelta a *Mantequilla* para regresar al monasterio.

Después de hacer algunos giros equivocados y de tomar rutas erróneas durante los días siguientes, nos adentramos en la enorme extensión de bosque que estaba a solo un día de camino del monasterio y zigzagueamos entre aquellos árboles que tenían una corteza tan gris como el cielo. A mediodía, las nubes empezaron a soltar enormes copos de nieve que flotaban en la brisa como minúsculos pedacitos de blonda tejidos con hilo de seda. Por la tarde, el viento cambió; soplabla de lado desde el norte. La nieve espesó, se hizo más

húmeda, y a ella se sumó el granizo. Cuando los copos me tocaron por primera vez, sisearon al contacto, pero pronto se me enfrió la piel y dejé de notarme las mejillas.

Todo era violentamente blanco. El viento me golpeaba los ojos como si fuera un puñado de agujas invisibles: los hacía llorar. A duras penas podía ver más allá de algunos metros por delante de las orejas de *Mantequilla*. Podíamos precipitarnos por el borde de un precipicio y no me enteraría hasta que ya estuviéramos en el aire.

Cuando la brisa todavía era suave y juguetona, habíamos llegado a una depresión en la colina que formaba una especie de cueva a nuestra espalda. Debería haber parado. Tendría que haber sabido que no se puede subestimar una tormenta de nieve en las montañas.

Me maldije y tiré de las riendas. Estaba bastante segura de que podía sobrevivir a aquella noche. Mi corazón debería evitar que me congelara. Pero *Mantequilla* no. Ella no tenía nada con lo que defenderse del frío. La temperatura había bajado en picado. Por su bien más que por el mío, teníamos que volver atrás y encontrar un poco de refugio.

Además, podíamos estar a horas del monasterio. No sabía cuánto tiempo llevábamos en el bosque ni cuánto habíamos avanzado.

—Seguiremos adelante —le dije—. La nieve es demasiado espesa para dar media vuelta. Tú encontrarás tu casa, ¿verdad, chica?

La espoleé hacia delante y ella obedeció. Tanto si lo sabía como si no, el paso de la yegua se fue ralentizando a lo largo de una o dos horas, hasta que al final se detuvo.

—Solo un poco más —le dije, acariciándole el cuello cubierto de escarcha.

Pero la verdad es que era incapaz de orientarme en aquella interminable extensión blanca. Me bajé de *Mantequilla*, aterricé sobre un enorme montón de nieve y le apoyé las manos en el costado.

—Un poco de calor para ti —dije, extrayendo un poco de calor con cuidado de la misma forma que había hecho con Kaitryn.

Aquello pareció reanimarla, aunque yo me quedé temblorosa y débil. Nos fuimos tambaleando la una junto a la otra durante otra eternidad por la nieve, que cada vez era más espesa.

Ya no me notaba los pies. El viento había aminorado, pero continuaba nevando. Ahora me daba la sensación de que parecía una lluvia de plumas. Quería alargar la mano, coger unas cuantas y frotármelas por la cara. Me

sentía rara. Y muy cansada. Me habría gustado sentarme a descansar, solo un momento.

En cuanto el pensamiento cruzó mi mente, me dejé caer y apoyé la espalda en el tronco de un árbol.

—Solo un momento —dije, consciente de que apenas me notaba los labios.

Quizá me hubiera equivocado. Tal vez una sangre de fuego podía morir en la nieve si tenía frío, estaba cansada y no tenía alimento para recargar sus energías. Sin embargo, el pensamiento era distante. De hecho, sentía más curiosidad que alarma. Cerré los ojos.

Muy vagamente, oí relinchar a *Mantequilla* y noté cómo me daba un golpecito en la mejilla con su gélida nariz.

Una mujer de pelo dorado me estaba mirando con una expresión urgente; tenía una arruga en la piel dorada del ceño; sus ojos ambarinos brillaban.

—Despierta —dijo—. Todavía no ha llegado tu hora. —Miró a su espalda asustada. Le cayó una sombra sobre la cara—. Tienes que salvarte.

—Fors ha intentado matarme —susurré—. Ha provocado una tormenta para congelarme.

—Levántate, niña. Él te necesita.

—¿Fors? —pregunté con la mente sumida en un extraño letargo—. ¿Por qué me iba a necesitar el dios sangre de hielo?

Se me contrajeron los músculos, era como si estuvieran intentando levantarme sin contar conmigo. Gemí cuando noté la maliciosa punzada del frío, que me atacaba como si fuera un lobo con los dientes afilados.

Una sinuosa silueta negra ocupó el lugar de la mujer y se cernió sobre mí. Noté cómo se me clavaban unos ojos malévolos, aunque la silueta no tenía cara. Me dio la sensación de que se me tensaba dolorosamente la piel. De la sombra salió un hilillo negro y supe, en lo más profundo de mi alma, que si me tocaba, ya nada volvería a ser lo mismo.

Me desperté sobresaltada. Todavía era de día. Seguía sentada contra aquel árbol. Ahora la nieve estaba más alta, me llegaba a la mitad del pecho.

Hice un gran esfuerzo para salir de debajo de la nieve; cuando recuperé la sensibilidad en las extremidades, me levanté rugiendo. Me pareció que se me clavaban cientos de cuchillos minúsculos. Busqué entre los árboles y no vi ni

rastros de *Mantequilla*. Me debatía entre el enfado por su abandono y el alivio que me provocaba pensar que quizá siguiera con vida.

Me abrí paso por entre los pesados montones de nieve maldiciendo y con los músculos ardiendo. Daba un paso doloroso tras otro. Seguía sin saber si iba en la dirección correcta.

—¡*Mantequilla*! —grité una y otra vez con la voz entrecortada. Como si la yegua conociera un nombre que acababa de ponerle y fuera lo bastante dócil como para obedecerme, a mí, una desconocida que la había robado en plena noche. Y, aun así, ella era mi única esperanza de encontrar el camino correcto en el bosque. Intenté buscar algún sendero, pero debían de estar cubiertos de nieve—. ¡*Mantequilla*, si no vuelves aquí ahora mismo, me aseguraré de que pases el resto de tu vida comiendo avena rancia!

De pronto me llegó una respuesta: el evidente resoplido de un caballo a mi izquierda, un poco más lejos.

—¡*Mantequilla*, aquí! —grité esperanzada.

Pero no fue *Mantequilla* la que emergió entre los árboles blanquecinos. Era un semental hecho de nieve, con ojos de color zafiro y con un jinete con una capa negra encima.

El capitán me había encontrado.

Me di media vuelta y corrí, pero los montones de nieve me impedían avanzar. Intenté encontrar mi fuego interior, pero tenía demasiado frío y apenas podía calentarme.

Una mano me agarró de la parte trasera de la capa y me levantó hasta el caballo; la parte delantera de la silla me presionó el estómago. Forcejeé con los codos. El semental se tambaleaba nervioso.

—¡Para! —me ordenó una voz.

Levanté la vista. Vestía una capucha y debajo llevaba una máscara que le cubría la mitad de la cara. Pero conocía muy bien esos labios tan hermosos que su propietario fruncía con rabia.

—Arcus.

—Me alegro de que me recuerdes. Ahora estate quieta o te tiro en el primer banco de nieve que encuentre. Llevo cinco días a caballo intentando encontrarte. Y, la verdad, no estoy seguro de que valgas tanto la pena.

La rabia emanaba de él en oleadas más frías que el viento del norte. Pasé una pierna entumecida por encima del costado del caballo y me agarré del cuerno de la silla.

—¿Cómo me has encontrado?

Dejó de apretar los dientes para responder.

—Cuando *Trigo* volvió a los establos, seguí su rastro hasta que desapareció. Y entonces pude oír a alguien gritando tonterías. Pensé que debías de ser tú.

—¿Quién diablos es *Trigo*?

—El caballo que robaste del monasterio —dijo como si hablara con una tonta.

—Te refieres a *Mantequilla*. Y yo no la robé. La tomé prestada. ¿Entonces está a salvo?

—Tiene frío y está cansada, pero está a salvo en los establos, comiendo como si estuviera medio muerta de hambre. Cosa que es muy probable, gracias a ti. Y no se llama *Mantequilla*.

—Ahora sí.

—No es tuya, así que no tienes derecho a ponerle nombre.

—Lo es en espíritu, ahora que hemos vivido una aventura juntas. Y el nombre le queda muy bien. Es suave y amarilla, como la mantequilla.

Arcus hizo un sonido de desagrado.

—Si todos tuviéramos nombres que nos quedaran bien, tú te llamarías Grano en mi Culo. O Plaga de los Dioses.

Su tono me sentó mal.

—Y tú te llamarías Zopenco Desagradable.

—¿Es lo mejor que se te ocurre?

—Dame tiempo. Estoy medio congelada.

Ahora que ya no estaba en la nieve, volvía a sentirme las piernas y el calor estaba regresando a mi pecho. La única parte del cuerpo que no se calentaba era la espalda, que tenía pegada a Arcus. Cada vez que el caballo se movía, era más consciente de la desconocida sensación que me provocaba estar tan cerca de un cuerpo masculino. Además durante tanto tiempo. Notaba su erguida postura inflexible mientras me balanceaba, atrapada, a ambos lados, por los rígidos confines de sus brazos.

—Me estás congelando —me quejé para ocultar mi incomodidad—. Quizá deberías llamarte Tirano Gélido. No, espera. Déspota Frígido.

No hizo ningún esfuerzo por seguirme el juego.

—Me da igual cómo me llames. Si no hubiera sido por que me lo pidió el hermano Thistle, te habría dejado morir.

Después de eso, guardé silencio durante el resto del camino hasta el monasterio.

Al día siguiente, el hermano Gamut me regañó por haber huido, en especial en invierno y sin provisiones. Me había bañado y me había puesto ropa seca. Estaba sentada en mi camastro de la enfermería mientras él me obligaba a tomar una taza de té caliente tras otra.

Tomé otro sorbo.

—Pensaba que estaríais todos contentos de que me hubiera marchado.

Me observó con sus ojos grises y alzó sus pobladas cejas.

—Las cosas han sido refrescantemente apacibles los últimos días. A decir verdad, hay quien esperaba que no regresaras. Sin embargo, los hermanos y las hermanas confían en el hermano Thistle y le son fieles. Él les dio un hogar y un propósito a muchos de ellos cuando huyeron de provincias donde se habían extendido los conflictos. Si él dice que debemos ocultarte aquí, los demás obedecerán sus deseos. Y te ganaste unos cuantos corazones cuando salvaste a la hermana Pastel del fuego.

Unos días atrás, habría hecho un comentario punzante. No habría dejado que me importara, ni habría admitido que me importaba lo que pensarán de mí aquellos seguidores de Fors. Pero me di cuenta de que estaba extrañamente contenta de haberme ganado parte de su confianza.

—¿Cómo tienes el tobillo? —preguntó el hermano Gamut.

Me encogí de hombros.

—Tu té me está yendo muy bien.

—Bien. Ahora, bebe. Tienes que ir a la biblioteca a hablar con Arcus.

Gruñí.

—Querrás decir para que me regañe.

—Es posible. Estará más calmado cuando haya tenido la oportunidad de descargarse. —Hizo una pausa—. Me parece que estaba preocupado por ti.

Me burlé.

—Arcus es un bloque de hielo. Si tiene sentimientos, es evidente que no los malgasta conmigo.

—A un sangre de hielo no le resulta fácil admitir sus sentimientos, o incluso permitirse tenerlos. Los seguidores de Fors valoran mucho la lógica y el autocontrol. Venga, vámonos. No debes hacerle esperar.

Suspiré y salí con él de la enfermería.

Cuando entramos en la biblioteca, había una mujer alta con la nariz afilada sentada a una de las mesas y sostenía una pluma en sus largos dedos. La blandía con cuidadosa elegancia, cada uno de sus movimientos era pequeño y preciso. Me di cuenta de que habían limpiado el humo y el hollín del tapiz de Tempus y lo habían vuelto a colgar sobre la ventana rota.

Había una figura detrás de ella deambulando por el rincón más oscuro de la sala. Arcus. Su presencia palpitaba en el aire con un murmullo prácticamente audible. Se sentó en el sillón de madera que yo había utilizado para intentar romper la ventana hacía solo algunos días; tamborileaba rítmicamente con los dedos en el reposabrazos.

—Hermana Pastel, ¿serías tan amable de dejarnos solos? —preguntó.

La hermana Pastel levantó la vista y me vio. Incluyó la cabeza con solemnidad y yo le correspondí, aliviada de ver que se había recuperado del incendio.

Cuando se marchó, observé la mesa. Parecía que había estado trabajando en un pergamino con coloridas ilustraciones de la diosa Cirrus, vestida con una inmaculada túnica blanca y mirando con benevolencia un campo lleno de ovejas lanudas. La diosa del viento del oeste también era la diosa de la lluvia y de los granjeros. Y de los marineros. En realidad, era la diosa de muchas cosas buenas. No como Fors, cuya gélida espada amenazaba venganza sobre cualquiera que lo desafiara.

Por el rabillo del ojo vi que Arcus me hacía gestos para que me sentara. Negué con la cabeza.

Se levantó y se acercó a mí. Me puse tensa de pies a cabeza.

—Te marchaste —dijo al fin.

Una oleada de calor me trepó por el cuello.

—Si pensabas darme una paliza por haber transgredido tu preciosa frontera, podrías haber elegido un sitio mejor. No querrás manchar los libros.

No dijo nada, pero prácticamente vibraba de tensión. Su corpulento tamaño, sumado a las oleadas de gélida ira que emanaban de su piel, bastaron para que el corazón se me acelerara.

Sabía muy bien lo que estaba haciendo. Los guardias de la cárcel habían sido expertos en ello. Les había asustado demasiado acercarse a mí, pero, aun así, habían encontrado formas de torturarme utilizando la incomodidad y el miedo: me tiraban cubos de agua helada, me arrojaban algún objeto pesado mientras me acurrucaba en el rincón más alejado de mi celda, golpeaban el acero de la espada contra los barrotes de la celda justo cuando me estaba quedando dormida. El silencio era violento cuando estaba en manos de quienes se dedicaban a infligir dolor.

Me sentí decepcionada. Por algún motivo, no había pensado que Arcus fuera una de esas personas. No había dudado de que me castigaría. Pero no se me había ocurrido pensar que se lo tomaría como un juego.

—¿Te lo estás pasando bien? —le dije con tono burlón frunciendo los labios.

—Ya te expliqué las reglas —dijo en voz baja.

—Y yo las quebranté. —Cuando vi que seguía sin moverse, levanté la voz—. Deja que te lo ponga más fácil. Ojalá hubiera sido yo quien provocó el fuego de la iglesia. ¡Ojalá se hubiera quemado todo el monasterio!

—Yo nunca te quise aquí.

Me sorprendió darme cuenta de que esa afirmación me había dolido. Ya lo había insinuado antes y había dicho cosas peores, como que, si no fuera por el hermano Thistle, él me habría dejado morir en el bosque. Pero me lo había dicho estando enfadado; ahora estaba tranquilo y relajado. Me recordé que me daba igual lo que pensara Arcus.

—Por desgracia, te necesitamos —añadió con tristeza—. Tú eres la clave para conseguir lo que quiero. Y por eso no puedes pasearte por ahí cuando te venga en gana. De ti dependen demasiadas cosas.

—Es curioso que todavía no me hayas explicado por qué me necesitas. Sería más inteligente escapar.

—Te encontraría.

—¿Y tus planes no requieren de mi participación consciente? ¿Puedes obligarme?

Guardó silencio. Se le dilataron los orificios de la nariz, lo estaba admitiendo.

Me crucé de brazos.

—Necesitas que esté dispuesta. Y eso significa que necesito información.

—Y si te capturan, se lo explicarás todo a los soldados. No puedo arriesgarme.

El silencio se extendió hasta que ya no pude soportarlo más. Negué con la cabeza y di media vuelta.

—La próxima vez que me marche, no volveré.

—¡Yo te saqué de la cárcel! —exclamó levantando la voz—. Te salvé la vida.

Me di media vuelta, se me estaba calentando la piel.

—¿Y qué? ¿Ahora soy tu esclava?

Oí otra voz a mi espalda, una voz sofisticada que hablaba con sorpresa.

—¿Qué significa este griterío?

Me volví un poco y vi al hermano Thistle en la puerta con el ceño fruncido. Habría parecido un anciano cualquiera, como los que había visto cuidando de las gallinas en mi pueblo o recogiendo plantas en la montaña, si no fuera por el aire helado que exhalaba y la fina capa de cristales de hielo que cubría las piedras del suelo del pasillo, justo a su espalda.

—Perder los estribos no es propio de ti —regañó a Arcus.

—Esta chica le haría perder la paciencia a un dios —murmuró Arcus dejándose caer en la silla.

El hermano Thistle hizo un gesto para señalar otra silla frente a una mesa donde descansaba un libro.

—Por favor, siéntate, señorita Otrera.

Me senté.

Acercó un taburete de madera y me miró larga e intensamente.

—¿Por qué te marchaste?

—¿Por qué crees? No tengo ganas de volver a la cárcel.

—No volverás.

—El hermano Lack me dijo que no pensaba descansar hasta que los soldados supieran donde estoy.

Arcus se incorporó en la silla y miró con furia al hermano Thistle agarrándose con fuerza a los reposabrazos.

—Te lo advertí. Te dije que no era de fiar. Pero tú insistes en ver el lado bueno de todo el mundo.

—Ya hablaremos de eso en otro momento. Ahora tenemos que saber por

qué la señorita Otrera no acudió a nosotros para pedirnos ayuda en lugar de internarse a caballo en el bosque.

—Tenía miedo —admití con sinceridad—. No me habíais dicho por qué me habíais traído aquí, qué pinto yo en este plan para destronar al rey. Y parecíais creer que era yo quien había provocado el fuego.

—¿Lo hiciste tú? —preguntó Arcus.

—Yo no creo que lo provocaras tú —se apresuró a decir el hermano Thistle—. Y comprendo tu miedo. Pero debes prometer que no volverás a marcharte. Es muy peligroso vagar por los pueblos de alrededor.

—Los soldados me están buscando, ya lo sé. Pasé por un pueblo en ruinas y me encontré con un campo de refugiados.

—No dejarías que te vieran. —Cuando vio que yo guardaba silencio, Arcus añadió con más insistencia—. ¿Verdad?

—Bueno, no lo hice a propósito.

Arcus soltó una palabrota y yo levanté la voz.

—¡Tuve que ayudar a una niña enferma! Pero no creo que supieran que yo era una sangre de fuego. —No me apetecía decirle que la niña me había tocado la mano y había comentado que yo tenía la piel muy caliente—. Van hacia la costa. No creo que me busquen, incluso aunque hayan ofrecido una recompensa de cinco mil monedas por mi cabeza.

Arcus dijo más palabrotas. El hermano Thistle levantó la mano.

—Ya sabíamos que había una recompensa, aunque no sabía que era tan alta. —Cerró los ojos y se masajeó la frente—. Lo que me preocupa es que esos refugiados adviertan de tu presencia a los soldados. Ofrecen una recompensa más baja por cualquier información sobre tu paradero.

—Oh —dije—. Eso no lo sabía.

Arcus levantó las manos.

—¿Habrías actuado de otra forma?

—Probablemente no.

—Prométenos que no volverás a marcharte —me pidió el hermano Thistle con delicadeza—. Así podremos hablar sobre lo que quieres saber.

Me encogí de hombros.

—Decidme todo lo que tenéis planeado y luego lo decidiré.

Se formó una capa de hielo debajo de la silla de Arcus.

—¿Es su forma de tener una pataleta? —le pregunté al hermano Thistle.

—La paciencia de un dios —murmuró Arcus.

—Ya basta —espetó el hermano Thistle—. Si no puedes prometerlo, no puedo explicarte nada. De nosotros dependen las vidas de demasiadas personas.

—¿Y aceptarías mi promesa?

Me miró fijamente a los ojos durante tanto tiempo, que pensé que no contestaría.

—Sí —dijo con suave convicción.

Solté una larga bocanada de aire.

—Volví, ¿no? Decidí que quería ayudar. Prometo no volver a huir.

—Entonces ha llegado la hora de que hablemos del motivo por el que te hemos traído. —Se inclinó hacia delante apoyándose en su bastón—. Nos llegó un rumor, se decía que el rey tenía un prisionero que practicaba con maestría el arte del fuego.

«El arte del fuego.» Mi abuela me había dicho que así era como lo habían llamado en la antigüedad. Era algo respetado. Venerado. El hielo y el fuego trabajaban juntos para conseguir sus metas y vivir mejor. Eso fue hace mucho tiempo.

—Antes de ir a la cárcel —prosiguió—, nos tomamos la molestia de averiguar más cosas sobre ti. Por ejemplo, que ninguno de los habitantes de tu pueblo poseía esos poderes, ni siquiera tu madre.

Apreté los puños dentro de las mangas de la túnica.

—Mi madre —dije con suavidad— tenía unos poderes más importantes que la capacidad de calentar el agua sin necesidad de fuego. Era una curandera excepcional.

El monje inclinó la cabeza.

—Eso nos dijeron. Otro motivo por el que nos interesas.

—¿Y por qué os intereso exactamente?

—Por una parte, quedan muy pocos de los tuyos en Tempesia. En cualquier caso, quedan muy pocos que tengan poderes de la magnitud de los tuyos. Es muy posible que seas la sangre de fuego más poderosa que queda en el reino.

Sentí una especie de mareo y me agarré con fuerza a los antebrazos de la silla. En mi pueblo me había sentido sola, incomprendida. Pero, por lo menos, albergaba la esperanza de que, algún día, otro sangre de fuego me ayudaría a comprender eso que hervía en mi corazón y cómo vivir con ello, cómo controlarlo y utilizarlo sin miedo a lastimar a los demás. Ahora, por lo visto, estaba sola.

—Entonces murieron todos en los saqueos —dije sintiendo la necesidad de imaginar sus muertes para demostrar mi respeto con ese gesto.

—Algunos cayeron en los saqueos, sí —admitió—. Otros murieron en la cárcel. Pero a los más fuertes suelen llevarlos a la palestra del rey.

Me incorporé sorprendida.

—Había oído decir que si alguien se alzaba con la victoria en la arena, podía recuperar su libertad, a veces incluso podía ganarse un lugar en la corte. Pero pensaba que solo se aplicaba a los sangre de hielo.

—Antes sí. Dejó de hacerse durante el reinado del monarca anterior, el hermano mayor de Rasmus. A él no le gustaba derramar sangre sin sentido. El rey Rasmus ha recuperado esa costumbre. Coge a los prisioneros sangre de fuego más poderosos y los enfrenta a sus campeones sangre de hielo.

—¿Un sangre de fuego puede ganarse la libertad? —pregunté.

Vaciló.

—No hemos oído nunca que ningún sangre de fuego haya salido vivo.

Así que los exponentes más poderosos de mi especie habían caído para el entretenimiento del rey.

—¿Cómo hemos llegado a esto? —susurré—. Mi abuela siempre me decía que el hielo y el fuego solían vivir en paz.

—Cuando los sangre de fuego cruzaron el mar en busca de nuevas tierras fértiles —explicó el hermano Thistle—, incluso nuestras leyendas y tradiciones nos marcaron como rivales. Los sangre de fuego cruzaron las fronteras de sus territorios, se pelearon con los granjeros, exigían más tierras de cultivo.

—Eso no es justo —contesté—. Estaba todo preparado. Fue el rey Akur quien presionó para cambiar las fronteras que habían existido durante cientos de años. Los sangre de fuego habían convertido la tierra en lo que era. Y él intentó quitársela.

El hermano Thistle inclinó la cabeza.

—Los sangre de fuego eran mucho más numerosos. Empezaron a asesinar a los mejores sangre de hielo. Cuando vieron que con eso no lograban hacer recular a las tropas del rey Akur, mataron a algunos de los miembros más valiosos de su corte.

—Y a su mujer —dijo Arcus con una voz rasposa comparada con el tono suave del hermano Thistle.

—En cualquier caso, el rey Rasmus solo está retomando todo el asunto

donde lo dejó el asesino de su padre —opiné.

—Él es mucho peor de lo que fue su padre —explicó Arcus—. Por lo menos, el rey Akur fue generoso con las almas de los pobres y abogó por la mejora de las ciudades. Rasmus utiliza los tesoros para hacer más armas y para entrenar más soldados. Tortura a cualquiera que sea sospechoso de traición; mata a los barones que se oponen a él; sofoca cualquier indicio de rebelión enviando a todos los hombres y mujeres de que dispone a las fronteras, donde no pueden hacer nada.

—Y todos los que se quedan atrás mueren de hambre —añadí—. Aunque gracias a Tempus, los monasterios y sus monjes parecen seguros. Y... lo que sea que seas tú.

Hice un gesto señalando a Arcus.

Él no era ningún monje, eso estaba claro. No tenía nada de monje. Se comportaba como un guerrero y hablaba como un noble. Llevaba una túnica y unas botas de buena calidad; sin embargo, estaba escondido en un monasterio.

—El rey Rasmus sigue honrando al dios del viento del norte —contestó el hermano Thistle—. No se arriesgaría a hacer enfadar a Fors lastimando a sus devotos.

Me removí en el asiento para colocarme de cara a Arcus.

—¿Y cómo pensáis que podré matar al rey más poderoso de nuestra historia?

—Él no es el rey más poderoso de nuestra historia —contestó Arcus—. La crueldad no es poder. La tiranía no es fuerza.

Me sorprendió al poner voz a mis convicciones. En realidad, estaba de acuerdo con la mayoría de lo que había dicho.

—Entonces, incluso tú, que eres un sangre de hielo... —comenté—. Tú también odias al rey.

—Estamos en contra de la forma de reinar de Rasmus —intervino el hermano Thistle mirando a Arcus—. Estamos en contra de su falta de compasión.

—«¿Falta de compasión?» —Una rabia repentina me obligó a ponerme de pie—. ¿Esa es tu débil forma de describir a un rey que envía a sus soldados a saquear un pueblo entero porque ha oído rumores de que allí hay una sangre de fuego? —Se me hinchó el pecho—. El hogar que tanto amaba, mi madre, todo ha desaparecido, y todo porque nací con unos poderes que no puedo

evitar, que no puedo controlar ¡y de los que nunca podré deshacerme!

De la palma de mi mano salió proyectada una llama que se desplazó por el suelo y se deslizó por la pata de una mesa. Arcus se puso de pie y cortó el aire con la mano. El hielo sofocó el fuego antes de que pudiera extenderse por el pergamino que había sobre la mesa. En la madera pulida quedó una huella negra.

—Tranquilízate —dijo con la respiración agitada.

Entrelacé las manos. Odiaba la pérdida de control que me provocaban las emociones fuertes. Regresé a mi silla despacio, me rodeé el cuerpo con los brazos y clavé los ojos en el suelo.

—Yo pido que demostremos al rey la misma falta de compasión. Atémoslo y lancémoslo a los lobos del hielo. Sería una muerte mucho más amable que la que él les ha concedido a muchos.

—Señorita Otrera, no estamos en desacuerdo contigo —dijo el monje mirando mis manos entrelazadas—. Para curar el reino debemos acabar con el rey Rasmus.

Me sentí muy aliviada, aunque me seguía hirviendo la sangre.

—Será mejor que aplacemos la conversación para otro día —opinó—. No es fácil olvidar todo aquello por lo que has pasado. Y todavía te estás curando.

Escondí mis piernas temblorosas bajo la túnica. No me haría ningún bien perder los nervios con aquellos hombres. Si lo único que hacía era escupir y arañar como un gato salvaje, nunca confiarían en mí.

—Gracias por las hierbas y la comida —dije con sinceridad tratando de parecer más tranquila—. El hermano Gamut ha cuidado muy bien de mí.

—El primer punto de la lista es que te cures del todo —advirtió el hermano Thistle—. Los demás asuntos los abordaremos cuando lo hayas conseguido.

—Los demás asuntos —dijo Arcus, y su voz imponente resonó por la pequeña estancia—, los abordaremos cuando yo diga que es hora de abordarlos. Estamos aquí sentados mientras el trono...

El hermano Thistle levantó la mano. Sorprendentemente, Arcus se calló.

—Confía en mí, amigo mío —dijo el monje—. Hemos esperado mucho tiempo mientras buscábamos a la chica. El tiempo es nuestro enemigo, pero a veces la paciencia es necesaria.

Arcus se levantó de golpe y me pasó rozando de camino a la salida. Cuando pasó por mi lado, una ráfaga de aire helado me rozó la mejilla.

*D*urante los dos días siguientes, y a medida que mi salud iba mejorando, me fui tranquilizando. Le pedí al hermano Thistle que me diera más información sobre mi tarea, pero me dijo que me concentrara en curarme y que me explicaría más cosas cuando creyera que estaba preparada. Tres días después, el hermano Gamut anunció que ya estaba lo bastante recuperada para entrenar. Me trajo ropa nueva: una capa de lana, una camiseta blanca desgastada y una túnica roja que debía ponerme sobre unas mallas negras. Me pusieron unas botas de piel y me recogieron el pelo con un cordel. Me dijeron que debía reunirme con el hermano Thistle en un punto que se encontraba entre el monasterio y el bosque, donde había una arboleda que nos protegería de los ojos curiosos.

Cuando me dirigía hacia la puerta del oeste, pasé junto a tres monjes, un hombre y dos mujeres. El hombre llevaba la cabeza afeitada, pero las mujeres solo se habían cortado el pelo muy corto, tanto que apenas les rozaba la sien. Todos se alejaron un poco cuando pasé por su lado. Ni siquiera se molestaron en ocultar su aversión. Era evidente que mi rescate no se había ganado las simpatías de todo el mundo. Quizá siguieran pensando que yo había tenido la culpa del incendio.

Cuando salía por la puerta oeste, estaba tan absorta en mis pensamientos que no me di cuenta de que Arcus estaba esperándome.

Vestía una túnica azul y unas mallas negras que se ajustaban a los duros músculos de sus muslos. Llevaba hombreras plateadas que brillaban a la débil luz del sol; sus hombros todavía parecían más anchos. También se había puesto una especie de capucha sin capa y la misma máscara que llevaba cuando me había encontrado en la nieve. Le cubría la mitad de la cara, le tapaba la nariz y las mejillas.

Cuando lo miré a los ojos, me quedé rígida, como si me hubiera quedado

atrapada en el hielo. Eran de un azul muy pálido, como minúsculos pedacitos de hielo que brillaban como joyas congeladas. Eran unos ojos inquietantes, asombrosos y me parecieron preciosos. «Si es que el hielo puede ser precioso.»

Lo saludé asintiendo y seguí caminando. Él se puso a caminar a mi lado acortando sus zancadas para adaptarlas a la longitud de mis pasos.

—¿No has podido resistirte a la oportunidad de ver cómo me tumba el hermano Thistle? —le pregunté.

—Mucho depende de ti. —Su tono era cordial pero distante—. Necesito asegurarme de que tu entrenamiento va bien.

—¿Por qué? Tu implicación en todo esto sigue siendo bastante indefinida.

Apretó los dientes, pero cambió de tema. Aunque siguió hablando con el mismo tono relajado.

—Debería habértelo dicho antes: creo que fuiste muy valiente cuando entraste en la biblioteca a buscar a la hermana Pastel. —Hizo una pausa—. Gracias.

Me detuve sorprendida y me volví hacia él.

—Por rescatarla cuando yo vacilé —concluyó mirándome a los ojos.

—No fui tan valiente teniendo en cuenta que soy una sangre de fuego. —Me puse a jugar con el dobladillo de la túnica mientras seguíamos caminando—. Y no habría conseguido sacarla sin tu ayuda. —Torcí el gesto—. En cualquier caso, si la historia reciente nos ha enseñado algo, es que yo corro más peligro de prenderme fuego a mi misma que cualquiera.

—Pues no lo hagas —contestó con aspereza—. No disfruto cargando contigo hasta el río.

—Podrías haber cubierto las llamas de escarcha —señalé.

—¿Y te habría gustado notar el contacto del hielo sobre la piel?

Lo miré.

—¿Por eso me lanzaste al arroyo? ¿Estabas siendo considerado?

—Estaba siendo práctico —contestó sin dejar de mirar hacia delante—. El agua apaga las llamas. Tu calor repele el hielo. Era más fácil meterte dentro.

Su razonamiento tenía sentido, pero todavía me fastidiaba que hubiera dicho eso de que había tenido que cargar conmigo hasta el río.

—Hablas como si pesara tanto como un buey —dije—. La semana pasada estaba hecha un palo.

—Sigues estando demasiado delgada.

—Quizá si gano un poco de peso, no volverás a decir que soy un palo.

—Con suerte, algún día adquirirás categoría de rama.

Lo miré con aspereza, era incapaz de reprimir el pequeño aleteo de placer que me producía ver que se estaba molestando en bromear conmigo.

—O incluso de tronco —sugerí.

—Lo dudo —dijo con ironía. Me miró la pierna—. Tu cojera ya casi no se nota. Tu tobillo se está curando.

—Sí.

Todavía me dolía, pero quizás el hermano Thistle fuera suave conmigo, teniendo en cuenta que era nuestra primera lección.

Llegamos al claro cubierto de maleza, nuestras botas crujían sobre la hierba muerta y húmeda debido a la nieve recién derretida. El aire olía a humo y pino. Los pájaros piaban a lo lejos. Se veía algún tirabuzón de niebla del amanecer elevándose lentamente del suelo.

—Buenos días, señorita Otrera —dijo el hermano Thistle, que llevaba sus ropas habituales y estaba apoyado en su bastón—. ¿Puedo confiar en que estás preparada para nuestro entrenamiento?

Asentí. Arcus se hizo a un lado, lo bastante cerca como para escuchar, pero no lo suficiente como para interferir.

—Cierra los ojos —dijo.

Cerré uno, pero dejé el otro abierto porque no me gustaba tener la sensación de ser tan vulnerable. No estaba preparada para un ataque por sorpresa.

—Los dos.

Suspiré y cerré los dos ojos.

—Primero tenemos que liberar tu mente.

Abrí los ojos.

—¿Mi mente? ¿Qué tiene que ver mi mente con esto? El calor procede de mi corazón.

—Al que controlas con la mente. Cosa que sabrías si hubieras aprendido a controlar tus poderes.

Seguí las instrucciones del monje. Me dijo una palabra rara, no sé si se trataba de algún término antiguo o de alguna tontería sin sentido, y la repetí una y otra vez. La idea era llegar a un lugar donde mi mente estuviera despejada del todo. Pensaba que lo estaba haciendo bastante bien hasta que el monje suspiró con cansancio.

—Señorita Otrera, un colibrí se está más quieto que tú. Quizá si no te movieras tanto, tu mente estaría más tranquila.

Lo miré dolida por el tono que había empleado. No me había dado cuenta de que me estaba moviendo.

—Intentar despejar la mente me inquieta —contesté—. Y si estás intentando enseñarme a ser más paciente, quizá deberías aplicarte el cuento.

El anciano parpadeó sorprendido y se le oscurecieron un poco las mejillas.

—Puede que tengas razón —dijo levantándose y apoyándose en su bastón—. Pero lo que no comprendes es el poco tiempo que tenemos. Ahora es primavera, y en esta época del año tu poder crece y el mío mengua. Tienes que estar preparada para hacer lo que debes para el solsticio de verano.

Me recorrió una mezcla de excitación y miedo; noté un hormigueo en las yemas de los dedos.

—Eso es dentro de dos meses —prosiguió—. Quizás a ti te parezca mucho tiempo. Pero se tardan varios años en aprender bien esto. Por eso tenemos que hacer lo que podamos en el tiempo de que disponemos. Y supongo que tengo que estar satisfecho con el resultado.

Cuando advertí la resignación en su voz, se me calentó la piel. Había una censura implícita en su tono, como si esperara que lo decepcionara.

—Tu temperatura corporal está aumentando —anunció el hermano Thistle—. Bien.

—¿Puedes saberlo desde tan lejos?

—Claro. Y tú también, con los demás. Solo tienes que prestar atención. Debes sintonizarte con las cosas externas en lugar de pasarte el día pendiente de tus propios pensamientos.

Ahí estaba, de nuevo esa censura. Se me calentó más la sangre.

—Bien, señorita Otrera. Ahora vamos a hacer una prueba para ver cuánto control tienes. Canaliza tu rabia y quema ese pequeño arbusto de ahí como hiciste con la pata de la mesa de la biblioteca.

—Pero no pretendía hacerlo. Eso ocurrió sin que yo pensara en ello. Solo se me da bien calentar cosas, no sé hacer fuego de la nada.

—No pienses en hacer fuego. Piensa solo en calentar la esencia del objeto que quieras quemar, y arderá.

Aunque sus palabras me recordaron lo que me había enseñado mi abuela, me costaba confiar en el consejo de un sangre de hielo.

—Discúlpame, hermano Thistle, pero ¿qué sabes tú del arte del fuego?

El anciano inclinó la cabeza.

—Donde yo crecí había muchos maestros sangre de fuego. Yo solía observar a los estudiantes de su escuela durante sus entrenamientos.

—¿Una escuela? —pregunté con una punzada de curiosidad.

—En lo alto de una colina, junto a un templo dedicado a Sud. Creo que el maestro sabía que yo los espiaba. Era un hombre muy justo. Un hombre muy sereno para tratarse de un sangre de fuego.

—¿Alguna vez entrenaste con ellos?

Negó con la cabeza.

—No estaba permitido. Entrenaba por mi cuenta, y acabé por constatar que muchas de sus técnicas podían utilizarse con el hielo. Cuando llegué aquí desde Sudesia, estaba muy lejos de los demás guerreros sangre de hielo.

—¿Eres de Sudesia? —pregunté, incapaz de ocultar la sorpresa que me teñía la voz—. ¿Y te convertiste en guerrero sangre de hielo?

Se irguió y me atravesó con la mirada.

—Así es.

Imaginé a un hermano Thistle más joven, sin arrugas en la cara, el pelo oscuro, el pecho cubierto de pieles o con una armadura. No era un hombre muy corpulento, pero caminaba con mucha seguridad.

Me concentré en el arbusto que había a lo lejos. Era muy consciente de que Arcus me estaba mirando; su silenciosa presencia no me ayudaba a concentrarme. Pero cerré los ojos y preparé mi calor, tal como me había enseñado mi abuela. Aviva las llamas, luego contrólalas.

Se me calentó la piel. Me sudaban las axilas y las gotas de sudor me resbalaban entre los pechos. El esfuerzo me hizo temblar. Cuando el calor aumentó tanto que me dio miedo perder el control, lo solté en una ráfaga.

Toda la hierba amarilla que había entre donde estaba yo y el arbusto se incendió y se quemó antes de volverse negra. El arbusto quedó intacto.

Maldije entre dientes.

—Control, señorita Otrera —dijo el monje—. Tienes poder, pero debes aprender a controlarlo. Si hubieras estado en el campo de batalla, habrías quemado a tus propios soldados y el enemigo hubiera salido ileso.

—No tengo ningún interés en ir a una batalla —espeté frustrada por mi fracaso—. ¡Solo quiero matar a ese rey miserable!

Arcus rugió con desaprobación por detrás de mí.

—Y en cuanto al control —proseguí—, es lo que he venido a aprender. Y

se supone que tú tienes que enseñarme.

Clavé el dedo en el pecho del monje cuando dije la palabra «tú». Y sentí el chisporroteo de la tela. Reculé de un salto y me llevé la mano a la boca. El anciano movió un dedo y la túnica se apagó enseguida.

—Como he dicho, señorita Otrera —dijo con tranquilidad, aunque con un tono un tanto gélido—. Control.

Se me llenaron los ojos de lágrimas, sabía que mi sensación de fracaso se debía a que había perdido los estribos. Me giré y parpadeé con fuerza.

—Veamos —dijo—, tengo una idea de cómo podemos hacerlo. Deja que el fuego crezca en tu interior y después lo sueltas en forma de riada. En este sentido, el frío es muy parecido. Se te puede escapar de las manos y causar estragos si no estás concentrada en un objetivo.

—Pero... yo estaba concentrada en el objetivo.

—Tus ojos sí. Pero ¿tu mente también? Cuando aprendas a controlarla, el fuego te seguirá. Observa.

Levantó el brazo y lo movió de delante hacia detrás a la velocidad del rayo. Una lengua de hielo crujió en el aire como si fuera un látigo azul plateado. Cuando el hielo pasó de largo y cayó al suelo, di un salto hacia atrás por impulso. El monje volvió a levantar la mano. Una espiral de aire gélido levantó el polvo y la suciedad del suelo, creando una especie de embudo que se movía desde su mano, de izquierda a derecha, hacia donde quiera que él la moviera.

—Hay que concentrarse mucho para controlar los poderes —advirtió—. Al principio, te parecerá imposible. Pero tienes que aprender a concentrar tu mente y a relajarte. Entonces serás capaz de encontrar esa relajación en otros momentos, incluso aunque haya distracciones. Incluso en la batalla.

Miré sus tormentosos ojos azules.

—Para ti es fácil decirlo. Los sangre de hielo estáis llenos de hielo. Yo estoy llena de fuego y calor. No puedo sofocarlo sin más.

—No confundas el hielo con la falta de sentimientos —me advirtió—. Los sangre de hielo son perfectamente capaces de sentir en todos los aspectos de la vida. El peligro es que esas emociones, que son tan poderosas y profundas, puedan quedar cubiertas por una capa de hielo que impida su forma de expresión natural. Es un estado muy doloroso que no le desearía a nadie, señorita Otrera.

Me sorprendió su tono vehemente.

—Pero esto no tiene nada que ver con los sentimientos —siguió diciendo con más delicadeza—. Esto va de entrenar la mente. Si no puedes controlarla, nunca conseguirás dominar tus poderes.

—Está bien —dije—. Lo volveré a intentar.

Tomé una temblorosa bocanada de aire y me senté.

—Cuando encuentres ese lugar de quietud —me recordó—, tendrás la sensación de que el tiempo ha dejado de existir. Primero permite que lleguen los pensamientos. Pero regresa siempre a la palabra que te he dicho. Te ayudará a encontrar el centro de tu mente.

Los pensamientos llegaron, con rapidez y furia. Recuerdos, imágenes, preocupaciones. Parecía que, cada vez que intentaba pedirle a mi mente que se relajara, aparecía un rabioso torrente de tonterías que pretendían irritarme y ponerme furiosa. Al final, cansada de esforzarme por alejar todo aquello, dejé que me pasara por encima. Cuando encontré un espacio, volví a esa palabra.

Después de un buen rato, noté un cambio. Dejé de ser consciente de todo.

Solo era.

Mientras flotaba por aquel espacio en calma, algo se concentró en el borde de mi conciencia: era una sensación muy débil. Era una conciencia de frío. Intenté examinarla con la mente y el frío pareció reírse de mis esfuerzos.

No, lo que se reía no era el frío.

Era...

Meforcé por sacar mi mente de las profundidades. Fue como nadar en un mar de plumas de ganso. Cuando conseguí abrir los ojos, me volví para mirar en dirección al monasterio, hacia esa conciencia de frío. Arcus estaba sentado con las piernas cruzadas a escasa distancia de mí.

Tenía los ojos cerrados, pero en sus labios lucía una sonrisa de medio lado.

El mundo se tambaleó. Di una palmada en el suelo para estabilizarme.

El hermano Thistle habló:

—Arcus, ¿es mucho pedir que guardes silencio?

—Lo siento —dijo Arcus, que no parecía sentirlo en absoluto—. Es que ella temblaba tanto, que podía sentirlo desde aquí.

—Llevo media mañana sentada en esta tundra congelada —espeté presionándome los ojos con las manos para aclarar mi visión borrosa.

—Pensaba que los sangre de fuego fabricaban su propio calor.

—Estaba concentrándome en otras cosas, y eso lo hace más difícil. Me ha

distraído... —Jadeé—. Lo he sentido. He sentido tu frío.

El hermano Thistle sonrió.

—Sientes el frío físicamente, pero la sensación es tan leve que no serías consciente de ella si no fuera por la práctica mental. Y «práctica» es la palabra clave. Dominar este método lleva años. Pero, incluso en su forma más simple, una mente concentrada es una herramienta poderosa. Te ayudará.

«Me ayudará a matar al rey», terminé la frase en mi cabeza. Dominar estas habilidades podría significar la diferencia entre el éxito y el fracaso.

—¿Por qué no he percibido tu frío? —pregunté.

—Porque yo lo estaba reprimiendo —contestó el hermano Thistle.

Me volví hacia Arcus.

—¿Estabas potenciando tu frío deliberadamente para que pudiera sentirlo?

Se encogió de hombros.

—Un poco.

—Pues no lo hagas. Ponte en otro sitio y así veré si puedo sentirte. Y tú, hermano Thistle, quizá podrías hacer lo mismo. Me gustaría comprobar si también puedo sentirte a ti.

El anciano negó con la cabeza, se levantó ayudándose de su bastón y se estiró.

—Tengo que llevar mis ancianos huesos al monasterio para asistir a las oraciones del mediodía. Arcus, ¿puedes continuar tú con la lección? Señorita Otrera, espero que, cuando entrenemos, me prestes toda tu atención. Nos reuniremos aquí cada mañana, después de las oraciones. Demuéstrame dedicación y yo te enseñaré a hacer cosas que jamás soñaste.

—Y me explicarás para qué me estás entrenando —añadí.

Asintió y después se marchó al monasterio. Me levanté de un salto y me desentumecí las extremidades, estiré los músculos y torcí el gesto dolorida al notar los pinchazos en los pies.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó Arcus.

—¿Por qué tenemos que quedarnos sentados en el suelo helado?

Asintió.

—Quédate de pie y yo me moveré.

—Si oigo tus botas, no servirá de nada.

Él apretó los dientes.

—Sé cómo moverme sin hacer ruido.

Cerré los ojos y recuperé mi palabra. Los pensamientos regresaron con

fuerza y rapidez. Respiré hondo y dejé que se apoderaran de mí. Tal como me había pasado antes, transcurrieron algunos minutos hasta que mi mente empezó a relajarse. Sin embargo, esta vez, me mantuve medio dentro y medio fuera de la zona silenciosa. Una parte de mí estaba buscando. Buscando frío.

Nada.

No, un momento. Ahí, en el borde, justo ahí.

Despacio, plantada en medio de aquel universo infinito, levanté el brazo y señalé. Oí un rugido.

—Muy bien —dijo Arcus, su voz sonó más cerca de lo que esperaba—. Pero veamos qué tal lo haces si me alejo un poco más.

Asentí y respiré hondo al tiempo que me concentraba.

Dejé flotar mi conciencia. Busqué.

Nada, nada, nada.

Una palpitación fría a la izquierda. Levanté el brazo y señalé.

—Bien. Probemos un poco más lejos.

Respiré, ahora percibía menos pensamientos. El mundo estaba vacío. En ese estado estaba sola, pero no a solas. Por un momento, me sentí completa. Pero una parte de mí buscaba algo que estaba fuera de mí. Mi calor ansiaba el frío. ¿Dónde estaba? ¿Dónde?

Levanté los brazos con las palmas de las manos hacia fuera. Busqué.

En la punta de un dedo, después en la palma. Un susurro frío. Desplacé la palma de la mano a la derecha, después a la izquierda, de nuevo a la derecha hasta que noté dónde era más fuerte. Justo delante de mí.

Señalé y me gané una risa ronca.

—No se te da del todo mal, señorita Fuego. A mí nunca se me dio muy bien este juego. El hermano Thistle te está entrenando muy bien.

Abrí los ojos, pero no era capaz de conciliar lo que veía a mi alrededor con el espacio infinito de mi mente. La tierra se inclinó hacia la derecha y me tambaleé. Me agarraron unas manos firmes.

—Cuidado —dijo Arcus poniéndome de pie—. No puedes salir tan rápido de ese estado. Siéntate un momento, vuelve a ese lugar y tómate un tiempo para volver a flotar. Podrías hacerte daño si intentas volver a la conciencia demasiado rápido.

Hice lo que me indicó y dejé que mi mente se ajustara lentamente al mundo exterior. A los pocos minutos, tomé aire por última vez y abrí los ojos. Arcus estaba sentado delante de mí, a un metro de distancia.

—HmMMM —dijo con aire pensativo—. Es increíble que puedas hacer esto con tan poco entrenamiento.

Se me hinchó un poco el pecho. Quizás hubiera esperanza para mí.

Cuando volvíamos hacia el monasterio, Arcus me sujetó del codo para estabilizarme. Me puse tensa, pero no me aparté.

—Tu mente está progresando bien —dijo—, pero lo que me preocupa es tu cuerpo. Sigues estando débil. —Se paró y me remangó hasta el codo. Cuando nuestras pieles se rozaron, ambos respiramos hondo con incomodidad—. Jamás conseguirás empuñar una espada con estos brazos. ¿Dónde están tus músculos?

—Sí, en la cárcel disfruté de muchas oportunidades de trabajar mi musculatura.

Di un tirón del brazo y me bajé la manga.

—Bueno, pues ahora sí que puedes. A partir de mañana, quiero que te entenes todo lo que puedas. Los escalones del campanario son muy empinados. Súbelos y bájalos dos veces cada día. El hermano Peele tiene ollas pesadas por lavar en la cocina y sacos de harina que hay que trasladar de un lado a otro. Ayúdale. Encontrarás a la hermana Clove en el establo, ella también puede darte mucho trabajo.

Lo que decía tenía mucho sentido y no pude contestarle. Aun así, me molestaba que me dieran órdenes.

—¿Y qué harás tú mientras yo me dejo la piel por todo el monasterio?

—Yo estaré entrenando, como cada día.

—¿Y para que te entenas, exactamente?

Vaciló, luego soltó el aire.

—Para ayudarte. Mi trabajo consiste en acompañarte hasta la entrada del castillo. Y, si los dos tenemos mucha suerte, sacarte de nuevo sana y salva.

Me di cuenta de que me había quedado boquiabierta mientras él se reía.

—¿Qué habías imaginado, que te dejaríamos entrar sola por la puerta principal? Sin mi ayuda no llegarías ni al pie de la montaña.

—¿Cuál es el plan? Cuéntamelo todo.

—¿Tan impaciente estás por ir en busca de la muerte, sangre de fuego? Serías una buena soldado. —Cambió de tema enseguida—. ¿Qué te pasa en el hombro izquierdo? Quería enseñarte a manejar la espada, pero me he dado

cuenta de que siempre tienes el brazo izquierdo pegado al cuerpo y que haces una mueca de dolor en cuanto lo levantas.

Torcí el gesto. Esos ojos azules observaban mucho más de lo que había imaginado.

—Es una antigua herida —dije haciendo rodar el hombro con cuidado.

—¿De la cárcel? —me preguntó con suavidad.

Negué con la cabeza.

—De cuando tenía siete años y me caí de un árbol. Estaba intentando cazar una ardilla. Quería tener una mascota.

Hizo un ruido que me recordó demasiado a la risa.

—¿Y todavía te molesta?

—Solo cuando me veo obligada a pasar horas sentada en el suelo congelado.

Sonrió y me lo quedé mirando. Se me aceleró el corazón cuando vi sus dientes brillantes y cómo se le arrugaban los ojos. La cicatriz que tenía en el labio pareció potenciar el atractivo de su sonrisa. Me sentí incómoda y me obligué a apartar la mirada. Me concentré en las apagadas piedras grises del monasterio.

—¿Por qué ocultas el rostro? —le pregunté.

Una oscura sospecha se había apoderado de mi mente. Arcus llevaba capucha y tenía muchas cicatrices. Él y el hermano Thistle habían dicho que llegaron hasta mí por lo que había ocurrido en mi pueblo. ¿Y si Arcus era uno de los soldados que yo había quemado?

En cuanto hice la pregunta, la temperatura cayó en picado. La escarcha se extendió por el suelo y las hojas crujieron.

—No recuerdo haberte dado permiso para hacerme preguntas —contestó.

—No recuerdo que necesitara permiso. ¿Qué estás escondiendo?

—Yo no escondo nada. Solo oculto lo que la gente no quiere ver.

Me crucé de brazos. Él me miró fijamente. Quizá me equivocara y Arcus me hubiera metido en el mismo saco que todos los necios capaces de ridiculizar a alguien por su apariencia física. Quizá fuera solo eso. Yo jamás juzgaría a alguien por sus cicatrices.

—Por lo menos, hoy he podido verte los ojos —dije.

—¿Y por qué querrías verme los ojos?

—No lo sé. Quizá porque sé muy poco de ti, mientras que tú sabes mucho sobre mí. O quizá para asegurarme de que eres una persona y no un bloque de

hielo.

Adoptó una expresión recelosa. Sé que lo estaba mirando fijamente, pero el azul de sus iris era un mosaico de tonos, no era de un único color. Me sorprendí estirándome hacia delante de una forma inconsciente y apenas perceptible, como si esos encantadores ojos azules conectaran con mi sangre, la enfriaran y la calentaran al mismo tiempo, como si me provocaran un estado de inquieta confusión.

Algo parpadeó en sus ojos, que se convirtieron en un cielo nevado, repentinamente inexpresivos y fríos.

—Es que soy un bloque de hielo.

Las palabras chocaron contra mi piel como un cubo con agua de un arroyo de la montaña. Las hojas muertas crujieron bajo sus botas cuando se dio media vuelta y se marchó llevándose consigo todos sus tonos de azul.

*E*l sol de media tarde se colaba por la ventana de la biblioteca y proyectaba rectángulos dorados en las oscuras paredes de piedra.

—Hermana Pastel, ¿puedo entrar? —pregunté desde la puerta.

Durante la semana que había pasado desde mi evasión fallida, me había visto varias veces con la hermana Pastel (que era la mejor copista del monasterio) mientras ella escribía. Me fascinaba verla trabajar, las precisas letras que trazaba con fluidez y las ilustraciones vibrantes que dibujaba.

Volvió a meter la pluma en el tintero y se volvió hacia mí.

—Claro, señorita Otrera.

Entré con cuidado de que mis mangas no se engancharan con ninguno de los rollos de pergamino que descansaban sobre las mesas.

—Me estaba preguntando...

Se me apagó la voz cuando mis ojos se toparon con la chamuscada pata de mesa que me recordó el ataque de genio que había tenido la última vez que había estado en ese lugar. Seguro que aquella relajada y cuidadosa calígrafa no querría que hubiera ninguna sangre de fuego cerca de sus preciosos libros.

—Me alegro de que hayas venido —dijo, y me sorprendió. Curvó los labios y esbozó algo parecido a una sonrisa que brilló en un rostro que no estaba acostumbrado a esa expresión—. No te he dado las gracias por salvarme la vida.

—No tienes por qué —me apresuré a contestar—. El fuego no me lastima, por lo menos no fácilmente. Estoy segura de que, si yo no lo hubiera hecho, Arcus habría encontrado la forma de conseguirlo.

—Fue un riesgo, de todos modos. Además, al atreverte, demostraste tener mucho carácter. No éramos amigas.

—Tampoco éramos enemigas. Por lo menos por mi parte.

Bajó la vista y se miró las manos, que tenía cruzadas sobre el regazo.

—Confieso que yo sí que te veía como tal. El primer día, cuando el hermano Lack y yo te preparamos el baño, sospeché que eras una sangre de fuego. Me enfurecía que el hermano Thistle te hubiera dejado venir aquí. Pensé que nos estaba poniendo en peligro a todos con tu presencia.

Hizo una pausa y esperé un poco antes de presionarla.

—¿Y ahora?

—Me he dado cuenta de que estás intentando controlar tus poderes con ayuda del hermano Thistle. Te pido perdón por haberte juzgado tan deprisa.

Me revolví incómoda.

—No hay nada que perdonar. Me habéis tratado muy bien.

Volvió a curvar los labios; esta vez quedó bien claro que se trataba de una sonrisa.

—Dime, ¿qué te trae a mis dominios de pigmentos fragantes y dedos retorcidos?

—Esperaba que pudieras enseñarme tus técnicas. Aunque no quiero interrumpir tu trabajo. Pero me encantaría hacer lo que haces tú o, al menos, intentarlo. Tu trabajo es precioso.

—Gracias. Siéntate a mi lado a esta mesa y te enseñaré encantada.

La alegría me calentó las mejillas.

—Pero, ojo —añadió lentamente—, tendrás que evitar que la frustración se convierta en calor. No queremos provocar más fuegos, sobre todo aquí dentro.

Negué con la cabeza.

—Debió de tratarse de un fuego mal apagado. Quizá nunca sepamos lo que ocurrió. Si me siento frustrada, iré a buscar a Arcus y le pediré que me entrene un poco más. Él siempre consigue que saque toda mi rabia.

La hermana Pastel se rio y me dio una pluma.

A lo largo de la semana siguiente, la vida en el monasterio se convirtió en un borrón de rutina. Aunque ya estaba recuperada, seguía durmiendo en la enfermería. Allí me sentía cómoda; el hermano Gamut me había confesado que no había muchas estancias en el monasterio que yo pudiera ocupar. Por las mañanas, me despertaba cuando doblaban las campanas y me ponía la túnica y las mallas. Después, subía y bajaba dos veces las escaleras del campanario antes de reunirme con el hermano Thistle en el lugar elegido para

mi entrenamiento.

Iba aprendiendo a trompicones. Al final conseguí quemar el maldito arbusto que se me había escapado durante mi primera lección; después seguí con todos los objetivos que me señaló el hermano Thistle, aunque mi puntería era, según sus propias palabras, «un poco impredecible a veces». Me hizo practicar mucho para conseguir un mayor control de mis poderes, me hacía encender un fuego en la sala cálida cada tarde, secar la ropa húmeda que colgaban los días de colada, e incluso encender una vela desde cierta distancia, cosa que me llevó horas y horas de práctica. Cada vez me costaba menos hacer lo que me pedía. Sin embargo, siguió evitando los usos más importantes de mis llamas, cosa que me tenía muy frustrada.

Después de mis lecciones, solía ir al establo en busca de la hermana Clove, que se encargaba del ganado. Tenía un rostro de facciones ásperas y unas manos grandes con las que trataba a los animales con delicadeza. La ayudé a limpiar establos, cepillar caballos y a cargar los pesados sacos de semillas o grano para las gallinas, los cerdos y las cabras.

Cuando terminaba en los establos, me iba a la cocina (que estaba en un edificio aparte debido al riesgo de incendio) y le ofrecía ayuda al cocinero, el hermano Peele. Normalmente me ponía a lavar ollas y me pedía que le trajera cubos de agua del pozo. A veces me pedía que recogiera algunas especias para condimentar el guiso que acababa de hacer.

Mientras paseaba por el claustro de camino a la cocina, percibí el olor de las hierbas machacadas y las fragancias de la cocina. Le guiñé el ojo con descaro a la gélida estatua de Fors y me apreté el cinturón de la túnica. Después de haber disfrutado de un clima suave durante algunos días, se había levantado un viento del norte que soplaba con fuerza y se colaba entre la ropa y en las articulaciones.

Cuando pasé junto al respetuoso silencio de la iglesia, me di cuenta de que habían arrancado algunos de los bancos, sin duda los que se habían quemado con el incendio; el olor a chamusquina todavía flotaba en el aire. Caminé con más ligereza sobrecogida por el altísimo techo abovedado y las enormes cristaleras dedicadas a Tempus. Me dejé llevar por el impulso, me adentré por el pasillo central, y me arrodillé en uno de los reclinatorios que quedaban bajo la ventana. Miré a Tempus y él me devolvió la mirada, los dos dudábamos del otro. Quizá me hubiera resultado más sencillo si se hubiera tratado de Sud o de Cirrus. Pero Tempus era casi tan piadoso como Fors y

más poderoso, pues era el padre de los cuatro vientos.

Uní las manos y le recé a Cirrus, guardiana de los muertos, para que cuidara de mi madre en el otro mundo. Cuando pensaba en mi madre, notaba un dolor en el pecho. Apreté los puños y traté de aliviar el dolor que sentía justo detrás de los ojos antes de seguir caminando hasta la cocina.

—Siento llegar tarde —le dije al hermano Peele mientras colgaba la capa en uno de los ganchos de la pared de la cocina—. Estaba...

Me pareció absurdo confesarle que había estado rezando. Él rezaba cinco veces al día a horas establecidas, junto al resto de los monjes. Por suerte, el hermano Peele estaba demasiado ocupado cortando patatas como para advertir que no había terminado la frase. La primera vez que había ido a la cocina para ofrecerle ayuda, él apenas había hablado, y me miró como si fuera un zorro que intentaba robarle las gallinas. Pero fue acostumbrándose a mi presencia poco a poco, y yo había descubierto que era un hombre bastante locuaz.

—El conejo ya está en la olla —comentó, señalándolo con el cuchillo. Tenía acento y venía de las tribus de las colinas del norte. Me encantaba como pronunciaba las erres.

—Me ocuparé de los nabos —dije sacando una bolsa de tela y colocándola sobre la mesa—. Te he traído un poco de perejil que encontré ayer junto al arroyo.

—Estupendo. Le daremos un buen uso. Pero intenta no ponerle demasiada sal esta vez. En Safra escasea y hoy en día es casi imposible de conseguir por culpa de las restricciones del comercio. No puedes poner varios puñados en cada estofado. Y deja de picotearme el pan. Eres peor que un tejón en una despensa.

Todavía estábamos pelando, troceando e intercambiando bromas cuando se abrió la puerta.

—¿Dónde narices te has metido? —preguntó Arcus.

—He venido a incordiar al hermano Peele para que me dé otra galleta —dije—. Por desgracia, es bastante tacaño.

El hermano Peele me dio una palmada juguetona y Arcus me fulminó con la mirada.

—Se suponía que tenías que haberte reunido conmigo para entrenar con la espada hace una hora.

Me quedé con la boca abierta.

—Eso es mañana.

—Hoy.

—Pero...

Le lancé una mirada de disculpa al hermano Peele.

Arcus no se conmovió lo más mínimo.

—Te doy diez minutos. No me hagas esperar.

Cuando me puse la túnica roja y las botas, me temblaban las manos y tenía un nudo de nervios en el estómago.

No había cogido una espada en mi vida, ni siquiera una de esas de madera que utilizaban los chicos de mi pueblo para practicar. Mi madre siempre decía que las armas y el mal genio eran una pareja peligrosa. Mi calor era un arma, pero formaba parte de mí. Podía lastimar, pero con él también podía cocinar, prender fuego y hervir agua. Una espada servía para mutilar o matar. Teniendo en cuenta que mi plan era matar al rey, era extraño que me preocupara tanto la idea.

Me dio la impresión de que había espesas nubes grises suspendidas sobre el terreno que Arcus había elegido para nuestra lección. En lugar del espacio que empleábamos para entrenar normalmente, había propuesto la zona que se extendía entre los incipientes árboles frutales y el río, donde había un estanque opaco y en calma bajo una capa de nenúfares.

Arcus vestía su uniforme de entrenamiento habitual, la túnica azul y esa máscara negra que le cubría las mejillas y la nariz, pero no los ojos; el color del cielo se reflejaba en sus lagunas gélidas.

Me ofreció una espada. Se me enfriaron las manos en cuanto rodearon la fría empuñadura de acero. Era sorprendentemente pesada. Incluso después de dos semanas de entrenar mi fuerza, el arma me colgaba del brazo como si fuera una rama rota.

—¿Por qué yo tengo una espada de verdad y tú no? —Hice un gesto con la cabeza para señalar la espada de madera que empuñaba él—. ¿No tienes miedo de que te haga daño?

—Tu espada no tiene punta. Y quería que sintieras el peso de una espada de verdad. Ahora levántala así.

Contraje los músculos y levanté el arma.

—¡Más alto! —me ordenó.

Me tembló el brazo, pero la levanté hasta que la punta estuvo a la altura de mi nariz.

—Ahora ponte así.

Imité su postura, pies separados, rodillas flexionadas.

—Estás desequilibrada —me acusó—. Podría tirarte al suelo de un solo golpe.

Se acercó a mí ladrando instrucciones y me colocó una mano en la espalda, en el hombro, por detrás de la rodilla, hasta que estuvo satisfecho. Tenía las manos frías, pero no era insoportable. Parecía que cuanto más tiempo pasaba en el monasterio, más me acostumbraba a la proximidad de los sangre de hielo.

—Ahora, atácame.

Me acerqué a él blandiendo la espada. Arcus me quitó el arma de la mano de un solo movimiento. Aterrizó sobre la hierba con un ruido sordo y levantó una ráfaga del rocío de la mañana. Arcus seguía en guardia blandiendo su espada.

—¿Ahora es cuando pido clemencia? —pregunté.

Bromeaba porque quería ocultar que me sentía fuera de lugar. Arcus parecía pensar que no me estaba tomando la lección en serio. Se le oscureció el rostro.

—¿Crees que a los soldados del rey les importará que supliques?

El calor me ascendió por el cuello y las mejillas. Recogí la espada, la agarré por la empuñadura y me acerqué de nuevo a él. Bloqueó mi ataque y me desarmó. Lo intenté de nuevo y mi espada salió volando.

Después del tercer intento, cogí la espada y la lancé todo lo lejos que pude. Aterrizó en el estanque.

—Ve a buscar tu arma. Ahora. Ya.

Me habló con los dientes apretados, parecía que estuviera reprimiendo las ganas de lanzarme a mí al estanque. O quizá solo mi cabeza amputada.

—¡Se supone que deberías estar enseñándome! —grité—. Ya sé que soy una inútil con la espada. ¿Qué estás intentando demostrar?

Arcus apartó la mirada.

—El hermano Thistle es demasiado blando contigo. Quiere ir despacio. No quiere presionarte. Entre tanto, la guerra sigue rugiendo en Aris Plains. La tierra se marchita. Las familias mueren de hambre. Si esto sigue así, ya no quedará ningún reino que salvar.

—¿Y eso es culpa mía? —pregunté—. ¿Por no estar preparada?

Arcus vaciló.

—No, la culpa es mía. Por no ser capaz de enseñarte lo bastante rápido.

—¿Y crees que aprenderé más deprisa cuando esté hecha una furia?

—Estoy intentando enseñarte que desconcentrarse en la batalla puede significar perder la vida. Y tú te desconcentras con demasiada facilidad, sangre de fuego.

Sus palabras me calaron despacio, como gotas de lluvia. Estaba poniendo mi genio a prueba. Tenía que demostrarle que podía controlarlo.

Me acerqué al estanque y busqué hasta que vi el brillo del metal bajo la superficie. Había muy poca profundidad. Cuando toqué la empuñadura, algo me rozó la mano. Me sobresalté y se me cayó la espada de los dedos.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó Arcus.

Me estremecí.

—He tocado algo frío y resbaladizo.

—¿Te dan miedo los peces? —preguntó desconcertado.

—No tengo miedo. Es que... no los soporto. Están muy fríos. —Le lancé una mirada—. Es como tocar a un sangre de hielo.

—Claro —murmuró—. Ahora deja de hacer el ridículo y coge la espada.

Volví a meter la mano y agarré la empuñadura apretando los dientes por si acaso notaba otra caricia viscosa. Volví a la zona de entrenamiento con las rodillas mojadas.

Arcus me enseñó las distintas clases de ataque y las formas de bloquearlos. Me enseñó a proteger el estómago, los costados, los muslos, los hombros y la cabeza. Para lograr algunas de las posiciones, tenía que flexionar la muñeca de una forma muy incómoda. Yo intentaba recordarlo todo y la cabeza me daba vueltas. Si esquivaba sus ataques demasiado alto o demasiado bajo, me corregía y me obligaba a repetir los movimientos hasta que me dolía el brazo.

Como era improbable que me convirtiera en un enemigo poderoso y corpulento, se concentró en enseñarme a ser rápida mediante veloces movimientos evasivos con los que poder apartarme, así como a bloquear los ataques de mi contrincante cuando no pudiera hacerlo.

Durante un tiempo fue haciendo los movimientos poco a poco; después los ataques empezaron a llegar más deprisa. Yo jadeaba tratando de seguirle el ritmo.

—No bajas la espada —me dijo.

—Ya lo intento, pero llevamos horas con esto. Estoy cansada.

—Sé consciente de todo cuanto te rodea —me advirtió.

—Pues ve más despacio.

—Ya voy despacio.

Di un salto hacia atrás tratando de darme un respiro de sus continuos avances. La tierra estaba blanda. Tropecé.

—Te estás alejando de la zona sólida —gritó—. Ten cuidado con...

Pisé el barro. Arcus tiró su arma de madera e intentó cogerme, pero mi espada cortó el aire cuando moví el brazo tratando de equilibrarme. Me caí de culo en el estanque. No había mucha agua, pero estaba muy fría.

Arcus se quedó justo en el borde negando con la cabeza.

—Lo has hecho a propósito —jadeé congelada.

—No es verdad, pero es una buena lección. —Estaba reprimiendo una sonrisa—. Pareces un gato metido en un barril lleno de agua de lluvia.

Caminé como pude hasta la orilla del estanque agarrándome a las plantas y los nenúfares para avanzar. Un pie resbaló y volví a caer.

Cuando lo volví a mirar, Arcus estaba temblando. Tardé un segundo en darme cuenta de que se estaba muriendo de risa.

—Cállate o te...

Volví a resbalar y se me llenó el pie de agua.

—¿Qué harás? —jadeó Arcus—. ¿Me atacarás con un pez?

Ya recuperado, pero sin dejar de sonreír, me ofreció la mano. Se la cogí y tiré de él hacia el estanque. Estiró la mano libre y congeló una parte del agua que me rodeaba, justo a tiempo de deslizarse por la superficie. Utilizó mi brazo para pivotar y regresó a la orilla cubierta de hierba. Fue un movimiento muy controlado: intentó no hacerme daño en el brazo. Una parte de mí admiraba la forma que tenía de utilizar sus poderes para alterar el entorno. El resto de mí echaba humo.

Me volvió a ofrecer la mano, pero yo la aparté de un manotazo.

—Siempre tienes que controlar lo que tienes alrededor —dijo con un tono grave y serio, ya no sonreía—. Especialmente durante la batalla. Si eres rápida, podrás utilizar lo que tengas alrededor para tu conveniencia. Podría salvarte la vida.

—Veamos lo rápido que eres tú —murmuré.

Cogí un puñado de plantas del estanque y un poco de barro y se lo lancé. Lo alcancé justo en el torso y se le enroscó en el pecho una raíz larga y

viscosa.

—Creo que deberías escuchar tus propios consejos —comenté—. Podría haber sido una espada.

Se quitó las raíces viscosas y volvió a sonreír. Si no hubiera estado tan enfadada, habría disfrutado de su forma de mirarme, con aquellas chispas en los ojos.

—Muy buena, señorita Fuego. Ahora, como veo que no quieres mi ayuda, dejaré que salgas tú sola. Volveremos a entrenar pronto. No olvides la espada.

*L*a hermana Clove cada vez confiaba más en mí y me dejaba montar a *Mantequilla* por los alrededores del monasterio. Juntas, la yegua y yo, explorábamos los jardines, huertos, campos, prados, así como los fragantes bosquecillos que los monjes utilizaban para recoger leña. En la zona norte, cerca del río, me sorprendí cantando una canción que me había enseñado mi madre; decía que había que disfrutar el verano mientras durara, porque el invierno llegaría puntual y volvería a cubrirlo todo de nieve.

Nos dirigimos hacia el este, rodeamos un grupo de manzanos e iba a pasar junto al huerto cuando advertí una figura solitaria apoyada en un árbol. Iba vestido con las ropas de los monjes, pero supe, por sus hombros anchos y su altura, que se trataba de Arcus. Dejé de cantar y giré a *Mantequilla*. Todavía no lo había perdonado, por su culpa me había caído al estanque, y había encontrado varias excusas para no repetir nuestra clase, argucia que me había resultado más sencilla de lo que esperaba porque Arcus se había marchado durante un par de días y acababa de regresar. Por lo visto, solía irse del convento durante uno o dos días seguidos, aunque nadie parecía saber adónde iba. Y si lo sabían, no pensaban decírmelo.

—Ruby —me llamó—. Espera un momento.

Me paré en seco. Era la primera vez que me llamaba por mi nombre. Esperé mientras se acercaba. Cuando llegó, levantó la mano para darle una palmadita a *Mantequilla*. Sonrió cuando ella relinchó con suavidad.

—Estabas cantando una canción muy bonita —dijo—. ¿Dónde la aprendiste?

Guardé silencio un momento.

—Me la enseñó mi madre.

Asintió.

—Me ha gustado escucharla hoy. Estaba... bastante melancólico.

Noté cómo alzaba las cejas y me esforcé por suavizar la expresión. El hermano Gamut me había asegurado que los sangre de hielo eran perfectamente capaces de sentir, pero yo no estaba acostumbrada a pensar que Arcus pudiera tener sentimientos. Sin embargo, el hecho de que confesara sentirse melancólico me desarmó por completo.

—¿Quieres hablar de ello? —le pregunté sorprendiéndome a mí misma—. Mi madre solía decir que compartir un problema reparte la carga. Aunque a mí no había que convencerme mucho para que compartiera lo que sentía.

Esbozó una sonrisa ladeada.

—La verdad es que no me sorprende. Nadie tiene ninguna duda sobre cómo te sientes.

Esperé a que prosiguiera. Cuando vi que no decía nada más, me encogí de hombros y levanté las riendas para marcharme.

—El hermano Thistle me ha dicho que has progresado —se apresuró a decir Arcus, casi como si no quisiera que me marchara.

Hice un ruidito de desdén.

—El hermano Thistle es muy amable. Y paciente. —Lamenté haberlo dicho en cuanto lo hice. No debería admitir que mis progresos eran lentos. No estaba segura de lo que podría hacer Arcus si decidía que no quería seguir perdiendo el tiempo conmigo—. Aunque ya controlo las llamas pequeñas. Puedo pasarme el fuego de una mano a la otra sin perder el control. Y mi puntería va mejorando.

Asintió mientras acariciaba el cuello de *Mantequilla*. Tenía una mano grande y bonita, con un poco de vello y los dedos largos. Me quedé sorprendida al ver lo dulce que era con el animal.

Levantó la cabeza para mirarme.

—No has recibido tu segunda lección de esgrima.

—Con una tuve suficiente, gracias.

Levantó la barbilla y sentí, en lugar de ver, la mirada que me lanzó desde las profundidades de su capucha.

—No eres tú quien decide eso.

—Menos mal que me prometiste libertad.

—La tendrás cuando consigas tu objetivo.

—Querrás decir si sobrevivo. Y si no me ahogo primero en un estanque.

Tomó aire, se le dilataron un poco las aletillas de la nariz y lo soltó despacio. Sentí una satisfacción retorcida al advertir que lo había puesto

nervioso. Me gustaba saber que tenía genio. Significaba que sentía algo, por lo menos en algún momento.

—En cuanto a eso —dijo carraspeando—, no fui el mejor profesor.

Abrí la boca y después la cerré al notar que había desaparecido parte del resentimiento que sentía.

—No, no lo fuiste. —Aguardé un momento para seguir hablando—. Pero quizá yo tampoco fui la alumna más aplicada.

—No debería haberme reído de ti —admitió.

Recordé cómo resbalé y me caí varias veces.

—Supongo que fue todo un espectáculo.

Me lo quedé mirando, deseando poder ver mejor su expresión. Me pareció que reprimía una sonrisa, pero consiguió controlarla.

—Ya sé que no tienes ganas de volver a intentarlo —dijo más serio—. Pero es importante que conozcas las maniobras básicas con una arma. Te pido que confíes en mí. Esta vez prometo no reírme si cometes un error.

«Te pido...», «prometo...» Jamás esperé oír esas frases de un tipo que se había definido a sí mismo como un bloque de hielo.

Ladeé la cabeza.

—¿El hermano Thistle te ha enseñado a encontrar formas efectivas de comunicarte conmigo?

Levantó la cabeza y sonrió.

—Es posible que me haya dado algún consejo.

—¿Y los has aceptado?

Alcé las cejas.

—Los estoy poniendo en práctica. Si no funcionan, volveré a mi experimentado y auténtico método.

—Es decir, a las amenazas y las órdenes.

Sonrió con más ganas.

Intenté fingir amabilidad.

—En ese caso, espero que me guste este nuevo método. ¿Cuándo retomamos las clases?

—Mañana por la mañana, cuando hayas acabado con el hermano Thistle. En el mismo sitio que la última vez. Si te parece bien.

—Si vas a seguir así de civilizado, me pondré hasta lazos en el pelo.

Me sonrió un momento antes de darse la vuelta. Mientras se marchaba, tarareaba la canción que yo había estado cantando.

Me lo quedé mirando y parpadeé sintiendo un extraño aleteo en el estómago. *Mantequilla* y yo nos estremecimos y seguimos con nuestro paseo.

Arcus y yo alcanzamos una especie de tregua.

Cada uno o dos días me daba una nueva clase de esgrima. Yo me esforzaba todo lo que podía para no caerme en ningún agujero ni pisar algún charco, mientras que él se esforzaba para no gritarme ni reírse cuando yo tropezaba o perdía la espada. Aunque yo sentía poca afinidad con las lecciones. El contacto con el acero frío me resultaba antinatural.

Se lo comenté a Arcus mientras regresábamos al monasterio después de la clase.

—No lo veas como un trozo de metal frío —dijo cogiéndome del codo para volverme hacia él—. Recuerda que empezó siendo fuego líquido.

—¿Fuego líquido? —pregunté mirándolo a los ojos.

—¿Nunca has estado en una forja?

Asentí.

—Visité la tienda del herrero de mi pueblo algunas veces y lo vi forjar herraduras o clavos.

—He estado trabajando en una espada nueva. Mañana, cuando termines tus clases con el hermano Thistle, pásate por la herrería y podrás ver a qué me refiero. Quizá si ves el acero en su estado primitivo, ya no te resultará tan repugnante.

—¿Eso también se aplica a los sangre de hielo? —pregunté con fingida inocencia—. ¿Si te hubiera visto en tu estado primitivo me resultarías menos desagradable?

A sus ojos asomó un brillo.

—¿A qué estado primitivo te refieres exactamente?

Cuando me di cuenta del otro posible significado de mis palabras, me di media vuelta.

—No me refería a eso, carámbano engreído. Me refería a si te hubiera conocido de niño. Cosa que, aunque es imposible, sería más probable que lo que estás sugiriendo tú.

—Gracias a Fors. Odiaría desnudar mi... alma para ti y que me juzgaras con severidad.

No pensaba dejar que quedara por encima, así que di media vuelta para

mirarlo y me planté delante de él. Él levantó las manos por impulso y me cogió de los brazos. Lo miré de arriba abajo.

—Quizá valiera la pena si consiguiera hacer mella en ese orgullo.

Le sonreí de la misma forma que les había visto hacer a las hijas de los tenderos con los chicos del pueblo.

Se quedó en silencio, algo poco habitual en él. Me resultaba muy divertido desconcertarlo, hasta el punto de sentir una punzada de peligro. Si no me andaba con cuidado, podría acabar enganchándome a aquel juego.

Di media vuelta antes de que pudiera ver el rubor que me había trepado por el cuello.

—Hasta mañana.

—No te pongas la capa para venir a la forja —me advirtió cuando me marchaba—. Con todas las chispas que saltan, podría prenderse fuego.

Pero no era el efecto de la forja lo que me preocupaba.

La forja estaba en un edificio enorme al sudoeste del monasterio, estaba presidida por una chimenea de piedra llena de brasas relucientes y un enorme fuelle delante. De los ganchos de las paredes colgaban toda clase de herramientas. A la izquierda de la chimenea vi una corpulenta espalda masculina ligeramente encorvada, desnuda salvo por la capa de sudor que le recubría la piel. Tenía un martillo en la mano y lo golpeaba contra un trozo de metal caliente que presionaba sobre un yunque con unas tenazas.

Por suerte, el rubor que me tiñó la piel podía atribuirse fácilmente al calor de la habitación.

—Ayer no pensé que hablaras en serio —dije entre un golpe de martillo y el siguiente—, cuando dijiste que te ibas a desnudar para mí.

Arcus dejó de picar y se dio media vuelta, llevaba un delantal de piel en el pecho.

—Esto no tiene nada que ver contigo. Aquí hace más calor que en el interior de uno de los volcanes de Sud.

Por su tono me quedó claro que estaba mucho menos juguetón que el día anterior; probablemente se debiera a que estaba en una estancia donde hacía demasiado calor para él.

Mientras me acercaba fui tocando las herramientas que tenía sobre la mesa de trabajo.

—Pensaba que odiabas el calor y las llamas.

—Son males necesarios. No paso aquí más tiempo del imprescindible. Ponte esos guantes.

Hizo un gesto con la cabeza en dirección a unos guantes que vi sobre la mesa pegada a la pared. Advertí que él también llevaba un par.

—No los necesito.

—Póntelos.

Lo hice y me puse a su lado frente al yunque.

—Coge las tenazas y coloca la hoja en el fuego —me explicó.

Cogí las tenazas y sostuve el pedazo de metal con una forma que recordaba a la hoja de una espada. Arcus soltó el martillo y accionó el fuelle, con lo que hizo crecer las llamas.

—La forja es un baile de aire y llamas —dijo—. Para conseguir el nivel correcto de calor, tienes que encontrar el equilibrio. Si no llegas, no podrás trabajar el metal. Si te pasas, lo fundes. Mira, ¿lo ves? Ese es el color que necesitamos. Colócalo sobre el yunque. Con cuidado.

Puse los ojos en blanco al notar su tono arrogante e hice lo que me pidió.

—Pensaba que querías enseñarme el acero fundido.

—Esa parte tendrás que imaginártela. Hace unos días, la hermana Clove me ayudó a calentar el metal hasta lograr que quedara puro y líquido, después lo vertimos en un molde y lo dejamos enfriar antes de empezar a darle forma. Ya he acabado la punta, pero tengo que hacerle el filo. Sujétala fuerte.

Empezó a golpear el brillante metal naranja, empezando por la punta y siguiendo hasta abajo.

—¿Ves como brilla? Piensa en la espada de esta forma. El fuego es su corazón, incluso cuando se enfría y se endurece. Sin calor no habría transformación, solo un trozo de metal sin forma.

Cambié de posición para dejar descansar el brazo.

—Entonces admites que el fuego es necesario.

Martillo, martillo, martillo.

—Ya lo he admitido.

—Creo que me has llamado «mal necesario». Es poco halagador.

Levantó la vista.

—¿Necesitas halagos?

—Me gustaría que admitieras el valor del calor. Y de los sangre de fuego.

El martillo se detuvo. Me miró a los ojos.

—Lo hago. Algunas de las mejores armas se forjan en las Islas del Fuego. Aquí no hay nada comparable a la belleza de una espada sangre de fuego.

Se me encogió el estómago. Era incapaz de encontrar las palabras que buscaba, así que me limité a asentir.

—Se ha enfriado demasiado. Vuelve a ponerlo en las brasas —dijo, y repetimos el proceso del fuego y el fuelle, esperando hasta conseguir el color deseado, y volvimos a colocar el metal sobre el yunque para que Arcus pudiera trabajarlo.

—Debería practicar con esto de calentar metales —dije tanteando el terreno.

—No —contestó Arcus fulminándome con la mirada—. No hasta que tengas mucho más control. No quiero ni pensar lo que podrías hacer con este combustible.

—La confianza que me tienes es inspiradora —dije poniendo los ojos en blanco.

—Hablando de la solidez de tu confianza —apuntó entornando los ojos mientras inspeccionaba el filo de la espada—, ¿tenías alguna idea de lo que podías hacer con tus poderes antes de que el hermano Thistle empezara a enseñarte? Como no creciste con otros sangre de fuego, me resulta curioso lo mucho que sabes sobre el fuego y tu gente.

—La mayoría de lo que sé me lo enseñó mi abuela. Era una mujer muy viajada, sabía historia y me traía libros, algunos de ellos escritos por sangre de fuego eruditos. Esos libros no se encuentran en las bibliotecas de los sangre de hielo.

—No es verdad, en el monasterio tenemos algunos. Pero, en general, sí, tienes razón. Y supongo que ya has contestado mi siguiente pregunta: cómo aprendiste a leer.

—Sí, mi madre y mi abuela. Pero mi abuela fue la que realmente me animaba a aprender palabras nuevas, a memorizar pasajes de prosa y verso, a expandir mis conocimientos.

Bajó el martillo y me miró durante tanto rato que me incomodé.

—Deja de mirarme así —me quejé.

—¿Así cómo? —preguntó asintiendo en dirección a la chimenea—. Más calor.

Volví a sostener la hoja de acero sobre las ascuas. Le saltó una chispa al brazo. Siseó y desapareció automáticamente, pero Arcus dio un paso atrás.

Soltó un suspiro tembloroso y me quitó las tenazas para volver a colocar la espada sobre el yunque como si no hubiera pasado nada.

—Ya puedes irte —dijo con frialdad.

—¿Ah, sí? Vaya, gracias, milord —dije con sarcasmo—. Y para que lo sepas, ya sé lo que sientes respecto al fuego, así que no tiene por qué molestarte que haya presenciado una de tus debilidades. Todos las tenemos, ¿sabes?

Se volvió para mirarme con el rostro completamente inexpresivo. Me puse tensa esperando alguna respuesta mordaz, pero se limitó a murmurar algo y apartar la mirada.

Salí de la forja y me dirigí a la cocina a ayudar al hermano Peele a preparar la cena sin dejar de pensar en lo último que había dicho Arcus. Debía de haberlo entendido mal. Me había parecido que decía «lo que temo es que te estés convirtiendo en una de las mías».

A medida que el hermano Thistle me iba entrenando la mente, cada vez se me daba mejor percibir dónde se encontraban mis oponentes sangre de hielo. A veces, Arcus ponía a prueba mi habilidad vendándome los ojos. Se movía a mi alrededor muy despacio, pero yo siempre sabía dónde estaba, y levantaba la espada hasta tocar la suya. El problema era que no sabía en qué posición tenía la espada, así que no podía bloquear sus ataques. Durante una lección, al fin me dejó utilizar mi fuego para defenderme, confiando, como siempre, en su habilidad para contrarrestar mis ataques con su hielo.

Después de la clase, si hacía buen tiempo, buscábamos un sitio bajo alguno de los árboles frutales y sacábamos un tentempié a base de pan, queso y manzanas frescas, gentileza del hermano Peele. Entre bocado y bocado, yo me dedicaba a hacerle preguntas a Arcus y él se las arreglaba para no contestar. Su infancia seguía siendo un misterio para mí, aparte de los cuentos que me contaba, algunos de ellos sorprendentemente similares a los que me explicaba mi abuela. También se mostraba dispuesto a compartir técnicas de combate con todo lujo de detalles, pero si le preguntaba quién le había enseñado o si alguna vez había puesto en práctica aquellas técnicas y contra quién, recordaba de pronto que había prometido ayudar a la hermana Clove a limpiar los establos o que el hermano Thistle había pedido la ayuda de sus jóvenes ojos para descifrar alguna parte de la escritura antigua de un

libro. La mejor forma de librarme de la compañía de Arcus era hacerle alguna pregunta personal.

Notaba que algo había cambiado entre nosotros, pero nunca supe si era la única que había advertido la diferencia. Cuando habíamos agotado los temas referentes a mis clases, hablábamos de otras cosas. Empecé a abrirme más, a explicarle cosas que jamás había imaginado que compartiría con nadie, especialmente con un sangre de hielo. Historias de mi infancia, cómo me había sentido cuando supe que mi abuela había muerto, la culpabilidad que sentía de saber que había muerto sola durante uno de sus viajes, cómo envidiaba en secreto el temperamento pausado de mi madre, lo mucho que anhelaba encajar en algún lugar.

Él nunca me ofrecía su compasión, algo que habría rechazado de todas formas, pero escuchaba con atención y me hacía preguntas y me sonsacaba cosas que, a veces, me sorprendían. Entonces le hablé del día en que llegaron los soldados y se me quebró la voz. Y olvidé con quién estaba hablando, porque me perdí en el miedo y el horror que sentí ese día. Cuando me enjuagué las lágrimas y levanté la mirada, Arcus me estaba mirando con tanta rabia que me sobresalté.

—Ahora ya sé por qué nos odias tanto.

Parpadeé confundida.

—Yo no os odio.

—Pues quizá deberías.

Mi mente repasó las posibles respuestas, pero ninguna de ellas parecía la correcta, o bien revelaba demasiados sentimientos o parecía insuficiente dada la intensidad de su emoción.

—Aquí me siento a salvo —admití al fin.

Arcus tragó saliva y se levantó de golpe.

—Con la espada ya has llegado todo lo lejos que podías llegar. A partir de ahora concéntrate en las lecciones del hermano Thistle.

Observé, confundida y herida, cómo se marchaba hacia los establos. Yo me había esforzado mucho durante nuestras clases de esgrima y había creído que mejoraba. Por lo visto, él no opinaba lo mismo.

Mientras guardaba la comida para devolvérsela al hermano Peele, vi a Arcus subido a su caballo, *Alabaster*: galopaba ferozmente hacia el bosque.

Un cálido día de primavera, casi dos meses después de haber llegado al monasterio, me puse las mallas y la túnica, y fui al rocoso campo de entrenamiento para encontrarme con el hermano Thistle. Del suelo sucio brotaban unos delgados tallos curvados y las ramas recién nacidas crujían azotadas por el viento del sudoeste. El aire olía a tierra limpia y a la levadura de cerveza cuyo aroma cruzaba el patio desde la cervecería.

—Esta maniobra se llama «Cola de Dragón» —explicó el hermano Thistle.

Me demostró cómo se hacía adelantando el pie izquierdo al tiempo que se apoyaba en el bastón, después hizo un rápido movimiento de delante hacia atrás con la mano que tenía libre, como si tuviera un látigo invisible. Apareció un embudo de escarcha que se estrechó por la punta, crujió sobre el suelo y lo volvió blanco.

—Vi cómo lo empleaban los maestros sangre de fuego de una forma muy efectiva en la batalla de Aris Plains —dijo.

Adelanté el pie y sacudí la muñeca. De mi mano saltó una chispa que aterrizó, siseando, en el suelo. Maldije y lo volví a intentar. Esta vez, proyecté una fina hoja de fuego que se retorció en el suelo antes de extinguirse.

—Ayer conseguiste lanzar flechas de fuego con facilidad —comentó con cierta decepción.

—Ya lo sé. Es que... Hay días que son mejores que otros.

No sabía por qué mis poderes eran tan inconstantes. Algunos días estaba concentrada, tenía la mente despejada y mis poderes obedecían todas mis órdenes. Pero, otros días, me sentía dispersa, y parecía que no importaba lo mucho que me esforzara. Daba la sensación de que me hundiera en algo, como si tuviera un trapo mojado envuelto en el corazón.

—Yo percibo tu poder, Ruby, es muy intenso —dijo con la voz rebosante de esperanza y frustración—. ¿Qué es lo que te detiene?

Me vino la imagen de mi madre. Pensaba mucho en ella, recordaba su forma relajada y práctica de ver el mundo, lo poco que se enfadaba y lo rápido que perdonaba. Podía imaginar sus hábiles manos, con las que había mezclado con habilidad nuevas tinturas y ungüentos. A veces me venía a la mente una imagen de su cara y advertía que mi llama interior se apagaba.

—Supongo que es por cómo me educaron. Mi madre odiaba la violencia. Odiaría saber que estoy conspirando para matar a alguien utilizando mis poderes.

—¿Ese es tu problema? ¿Que tu madre no lo aprobaría?

—No es solo eso.

Siempre había tenido la sensación de que algo se retorció bajo mi piel. Dentro de mí había una olla de agua hirviendo, una forja alimentada por fuelles infinitos, un volcán a punto de estallar. Y me había pasado toda la vida luchando contra esas sensaciones. Ahora, el hermano Thistle quería que las liberara.

—Me enseñaron a ocultar mis poderes —expliqué—. A no utilizarlos nunca. Cuando me ponía de mal humor, me costaba controlarlos. Mi madre decía que era un don, pero... —Me encogí de hombros y clavé los ojos en el suelo—. Yo sé que también lo veía como una amenaza. Y lo era. Una vez me enfadé tanto que por poco quemo nuestra cabaña. —Levanté la vista para mirar al monje con un poco de vergüenza—. Los sangre de fuego como yo no deberían vivir en lugares hechos de madera y paja.

Percibí una risita grave por detrás de nosotros. Di media vuelta. Arcus se había acercado en algún momento, silencioso como una sombra.

—Entonces, si tu carácter es lo que potencia tu fuego —dijo Arcus caminado hacia delante—, quizá podamos hacerte enfadar.

—¿Eh? —pregunté notando con incertidumbre cómo se me aceleraba el pulso. Me ocurría cada vez que lo veía desde la última vez que hablamos debajo de los frutales—. ¿Y cómo lo vas a hacer?

—Bueno, si no recuerdo mal, no te gusta que te tiren al río ni a los estanques. Podríamos empezar por ahí.

Me crucé de brazos.

—También debilita mi poder.

Pareció pensativo por un momento.

—Entonces quizá podamos encontrar una versión más suave de lo que he dicho.

Levantó la mano y dibujó un círculo en el aire. El vapor de agua que flotaba sobre mi cabeza se convirtió en minúsculas gotas congeladas que me cayeron encima, igual que había ocurrido cuando Arcus había venido a buscarme a mi celda. Se fundieron en cuanto me tocaron la cara y, del contacto, salió un poco de vapor.

Apreté los dientes.

Después me lanzó una nube de escarcha a la cara y me congeló las pestañas. Se me aceleró el corazón y la respiración. Me froté los cristales

fundidos de las pestañas y lo fulminé con la mirada.

—Ya está bien —rugí notando cómo el calor aumentaba con rapidez.

Agitó la mano en dirección a mis pies y, de pronto, me vi sobre una placa finísima de hielo. Mis botas de suela blanda perdieron la estabilidad. Resbalé y aterricé sobre una de mis rodillas.

—¡He dicho que ya basta! —grité lanzando una ráfaga de aire caliente sobre el hielo que lo fundió de golpe—. ¡La próxima vez te la lanzaré a ti!

—No creo que te resulte fácil quemarme —contestó Arcus observándome con seriedad.

—Me encantaría intentarlo —dije entre dientes mientras el calor emanaba de mí en oleadas.

Arcus asintió.

—Pues quémame, mi rabioso infierno.

Empecé con una sencilla ráfaga de aire caliente, algo que podría chamuscarle la túnica. Solo tuvo que levantar un dedo y la corriente regresó a mí seguida de una ventisca helada.

Alargué la mano y me concentré en el calor que me rodeaba el corazón. De mi palma salió una llama, pero enseguida se la tragó una bola de escarcha.

Estiré ambos brazos hacia él y creé una bola de fuego, la más grande que había conseguido hasta el momento. La recibió con una sábana de hielo. Proyecté otra ráfaga de calor en dirección al hielo y lo fundí. Arcus me lanzó una corriente de frío que consiguió tambalearme.

Entonces me di cuenta de que el hermano Thistle se había estado conteniendo y había permitido que disfrutara de alguna victoria cuando luchábamos. Arcus no me estaba dando cuartel.

Me estabilicé, cambié de posición y le lancé una serie de flechas de fuego desde varios ángulos. Él las esquivó o las repelió a una velocidad increíble. Las flechas crepitaron y sisearon al impactar con el suelo frío.

Los dos empezamos a caminar en círculos.

—Solo te quedan algunas semanas para cumplir con tu cometido, ¿y esto es lo mejor que puedes hacer? —me provocó.

Al escuchar su crítica, respiré hondo. Era exactamente lo que temía: no estar preparada. Además del dolor noté una punzada de ira. Se me calentó la sangre y esta vez no intenté detenerla.

El hermano Thistle, que había estado observando en silencio, dio un paso adelante.

—¿Esto es buena idea?

—No me hará daño —dijo Arcus—. No es capaz. Ni de hacerme daño a mí ni a nadie. Incluso el rey.

—Ten cuidado —le advertí con tono grave.

Me lanzó una espiral de escarcha al cuello. La destruí.

Imitó mi anterior maniobra con las flechas y me lanzó una serie de trozos de hielo. Los bloqueé, los pateé y los fundí antes de que pudieran tocarme.

—Mejor —dijo—. Deja de contenerte.

Intercambiamos golpes que iban aumentando de ritmo e intensidad. Arcus no dejaba de bloquear todos mis ataques. Yo estaba cada vez más enfadada. Lancé un viento abrasador que podría haber quemado a muchos enemigos, pero no apunté bien.

—¡Concéntrate! —gritó—. ¡Déjate ir, sangre de fuego!

Pero no podía. Una parte de mí seguía encerrada, asustada de lo que podía hacer.

—No puede hacerlo —le dijo Arcus al hermano Thistle, que aguardaba, tenso como la cuerda de un arco, al borde del campo de entrenamiento—. Se desplomará a los pies del rey y pedirá clemencia.

—¡No es verdad! —grité lanzándole una oleada de calor intenso, que desvió con una nube de hielo giratorio.

—Tienes demasiado miedo de tu propio poder —dijo con la voz cargada de desdén y emanando oleadas de frío—. Tienes demasiado miedo de lastimar a alguien. Pobre debilucha.

La rabia se desprendió de mi pecho: de pronto, era como un tigre dormido harto de que lo molestaran. Desde el ataque contra mi pueblo, había reprimido muchas emociones: dolor, miedo, rabia, pena. Ahora estaba ardiendo presa de un calor blanco. Sacudí la mano hacia delante y hacia atrás para liberar la cola de dragón. Una gruesa columna de fuego con una cola endemoniada se abalanzó sobre su pecho.

Arcus levantó la mano para formar un escudo de hielo. Me pareció ver que se tambaleaba un poco, pero la llama siseó hasta convertirse en una inofensiva nube de vapor.

Negó con la cabeza y, de pronto, vi que estaba temblando de rabia. Se volvió hacia el hermano Thistle.

—Nunca estará preparada. Nuestro plan ya ha fracasado.

—Todavía tenemos tiempo —contestó el monje.

Arcus cortó el aire con la mano y se volvió para marcharse.

—No es suficiente.

Me clavé las uñas en las palmas de la manos. Daba igual cuánto me esforzara, él siempre era mejor que yo. Él tenía todo el poder; el mío palidecía en comparación.

Él era un sangre de hielo.

Y como todos los sangre de hielo de esa tierra, podía dominarme. Sentía tanta rabia que todos los avances que había hecho, la forma en que había llegado a ver a Arcus como un aliado, todo desapareció. El dolor me encendió el corazón y lo llenó de odio, igual que el fuego escupe humo.

Agité la mano hacia delante y apunté a su espalda. Pero fue su capucha la que quedó envuelta en llamas.

Arcus gritó y cayó de rodillas.

Durante un segundo, me quedé allí, sorprendida, mientras el hermano Thistle corría hacia él. No podía creer que lo hubiera alcanzado. A pesar de haberlo atacado estando tan rabiosa, no había apuntado más arriba de su túnica, que habría congelado en un segundo. Él había bloqueado todos mis anteriores ataques sin esfuerzo. Había parecido invencible.

Me tambaleé hacia él. Las llamas se habían apagado, la capucha destrozada humeaba bajo sus manos. Estaba de rodillas, con la respiración acelerada, temblando.

—Aléjate —siseó Arcus.

—Lo siento —susurré—. Lo siento, lo siento, no estaba apuntando a...

—No —dijo tirando de lo poco que quedaba de la capucha humeante para dejar caer los retales al suelo—. Tú no apuntas nunca, ¿verdad? A pesar de todo lo que te hemos enseñado sobre el control, sigues siendo una salvaje.

El dolor hacía que le temblara la voz. Mi calor empezaba a sofocarse y, en su lugar, quedaba un arrepentimiento chamuscado y ennegrecido.

—Eso no es justo —dije en tono suplicante—. Me has provocado deliberadamente. Y no creía que pudiera hacerte daño. Tienes tu frío, tu hielo para protegerte.

Se levantó despacio. Tenía la cara descubierta.

Oh, su cara.

—¿Parezco poco vulnerable? —preguntó, cada una de sus palabras era una flecha afilada y precisa—. ¿Parezco alguien a quien no se puede lastimar?

Negué con la cabeza. La conmoción me había enfriado la piel.

—¿Qué aspecto crees que tienen los soldados? —preguntó—. ¿Los que quemaste?

Abrí la boca, pero no me salieron las palabras. Eso no podía haberlo hecho yo.

—A pesar de lo mucho que hablas sobre sanación —dijo implacable—, eres la persona más peligrosa que conozco. Si no te hubiera necesitado tanto, habría dejado que murieras en aquella cárcel.

Sus ojos me miraron con un odio gélido. Me tambaleé hacia atrás.

Se dio media vuelta y se marchó hacia el monasterio sin decir ni una sola palabra más. Me dejó allí, anonadada y muy arrepentida.

Aquella noche no podía dejar de dar vueltas en el camastro. Cada vez que cerraba los ojos, veía la mirada de Arcus cuando se había quitado la capucha: una mezcla de dolor descarnado y odio furibundo.

Ahora ya sabía por qué siempre llevaba capucha. Tenía la cara quemada. Tenía la oreja y la mejilla derecha desfiguradas, su piel se había convertido en una especie de cera fundida y congelada. Tenía una cicatriz que se le internaba en el cuero cabelludo, y el pelo que la rodeaba era de color blanco. La cicatriz que le partía el labio se curvaba un poco a la izquierda. No había ni una sola parte de su cara que hubiera quedado ilesa.

De repente todo cobró sentido, las amenazas cuando nos habíamos conocido, la parálisis cuando había intentado entrar en el monasterio en llamas. El fuego lo aterrorizaba, y tenía un buen motivo.

Y yo le había quemado.

Sí, me había hablado con dureza, pero solo había estado intentando ayudarme a dar rienda suelta a mi genio y a liberar mi poder. Había sido mi propia debilidad lo que me había puesto furiosa, mi incapacidad de enfrentarme a él o a los sangre de hielo que estaban exterminando a mi gente a partes iguales. Y me había descontrolado. Le había quemado justo donde ya se había quemado.

Aquello me hizo comprender que mis sentimientos por Arcus habían cambiado en el tiempo que llevaba en el monasterio. Al principio, había sido solo otro sangre de hielo. Pero no había utilizado su poder para hacerme daño. Lo había utilizado para ayudarme a controlar el mío, para esculpirme y moldearme hasta convertirme en alguien más fuerte. A pesar de su frío comportamiento, a pesar de que me había atormentado, yo había llegado a respetarlo, incluso había llegado a gustarme. Y cuando estaba con él me sentía más viva de lo que me había sentido en mi vida.

No entendía cómo había ocurrido. Arcus había amenazado con darme una paliza, me había llamado débil y me había avergonzado por mi falta de habilidad. Pero yo seguía viendo algo bajo la superficie, una parte de él con la que me gustaría conectar si él dejara de excluirme.

—Eres tonta —me dije.

La peor parte era la idea de que pudiera pensar que mi muda sorpresa al verle la cara hubiera sido fruto del asco o el horror.

Sí que estaba horrorizada, pero no por los motivos que probablemente pensaba él. Me espantaba pensar que hubiera pasado por tanto y que le hubiera quedado la cara desfigurada para siempre, un recuerdo constante del que nunca podría escapar. Estaba asqueada de mí misma por habérselo recordado.

Llegó el amanecer. Los rayos naranja del sol me pintaron los párpados y me tintaron la mano que tenía en el suelo junto al camastro de la enfermería. Me froté los ojos doloridos y me lavé tal como hacía todas las mañanas, aunque lo hice un poco más despacio que de costumbre.

Me sentía débil por la falta de sueño y me dolía el tobillo. El hermano Gamut me ofreció su té especial, pero lo rechacé. No sentía que mereciera aliviar el dolor justo en ese momento. Me deslicé por el monasterio como un fantasma, silencioso y frío. La hermana Pastel me vio pasar por la biblioteca y me saludó con la mano. Yo le respondí levantando también la mía, pero no conseguí sonreírle.

Me detuve cuando vi al hermano Thistle en la iglesia. Estaba arrodillado con la cabeza agachada y movía los labios mientras rezaba en silencio. Después de lanzar una última mirada cargada de adoración hacia la cristalera de Tempus, se levantó con ayuda del bastón y recorrió el pasillo central precedido de una nube de escarcha.

—Hermano Thistle —dije sobresaltándolo.

—Señorita Otrera —contestó con la voz entrecortada.

Entrelacé las manos.

—Sé que debes de estar enfadado conmigo. Yo también estoy enfadada conmigo. Pero, por favor, créeme cuando te digo que no pretendía hacerle daño. Ni siquiera sabía que pudiera hacerlo.

El anciano suspiró.

—No creo que fuera intencionado. Sin embargo, fue...

—Fue descontrolado, peligroso y... horrible. Lo sé. Lo siento. Solo quiero

decírselo a Arcus. Y que lo que me molestó no fueron sus cicatrices, sino sus palabras. Por favor, hermano Thistle. ¿Puedes decirme dónde está?

—Se ha marchado a primera hora de esta mañana. Hubo otro saqueo, esta vez en Trystwater.

—Eso solo está a un día o dos, ¿verdad? —pregunté alarmada.

Asintió.

—Arcus quería ver si podía averiguar más sobre los motivos por los que los soldados estaban allí.

—¿Saben que estoy cerca?

—No tenemos motivos para creerlo. Arcus volverá dentro de algunos días para decírnoslo.

Se me encogió el corazón.

—Oh.

Su inteligente mirada azul se suavizó.

—Si te alivia un poco, no creo que lo lastimaras físicamente. Los sangre de hielo con poderes son casi tan difíciles de quemar como los sangre de fuego.

—Pero ya lo han lastimado —susurré.

—Sí. Pero no lo hiciste tú. Es poderoso. Su hielo es fuerte. Lo que hiciste fue recordarle el peor momento de su vida. Ese momento se le aparece en sueños.

Cerré los ojos sintiéndome culpable.

—¿Qué le pasó?

—Yo no puedo decírtelo. Arcus te lo explicará si lo desea.

—Por favor, ¿qué puedo hacer?

El anciano me observó con firmeza.

—Haz lo que te hemos pedido. Aprende a controlar tu poder. Completa tu propósito.

—Lo haré. Aprenderé todo lo que puedas enseñarme.

Quizá no consiguiera el perdón de Arcus, pero podría recuperar el respeto del hermano Thistle. Me concentraría por completo en mi entrenamiento con el monje. Controlaría mi genio, aumentaría mi fuerza y me tomaría en serio cada lección.

Los saqueos cada vez se producían más cerca y me estaba quedando sin tiempo.

Arcus tardó tres días en volver, tres días que se me hicieron interminables. En cuanto me enteré de que había vuelto, salí de la cocina, donde había estado ayudando al hermano Peele a preparar la cena, y fui a verlo. Intenté ignorar el ansioso latido de mi corazón cuando me apresuraba por el sucio camino que comunicaba la cocina con los barracones, mientras me repetía que solo estaba ansiosa por disculparme.

Arcus vivía en un modesto barracón independiente del edificio principal. Llevaba mucho tiempo preguntándome qué estaba haciendo en el monasterio. Al principio, había creído que era un mercenario al que habían contratado para matar al rey. Pero ¿quién lo había contratado? Por la nerviosa obsesión del hermano Thistle con los libros de contabilidad, sabía que el monasterio no tenía dinero. Y el monje lo trataba más como a un hijo que como a un empleado.

Llamé a la puerta y pude oír un seco «adelante» a modo de respuesta.

Arcus estaba sentado a una pequeña mesa de madera con dos sillas, y tenía un libro abierto delante. La luz de una vela calentaba su túnica gris claro medio cubierta por una capa negra nueva con una capucha que le escondía la cara.

Su habitación era más grande que la mía y estaba embellecida por algunos toques personales. Una de las paredes estaba completamente cubierta con un tapiz de bosques soleados. Había algunos instrumentos musicales apoyados contra el tapiz. También vi una pila de libros en una esquina. La mesa a la que estaba sentado Arcus estaba pegada a una pared. Contra la otra pared estaba su cama, enmarcada por unos pilares de madera y cubierta con una colcha azul. Al lado de la cama había una lámpara encendida sobre una mesita.

Rompí el silencio.

—Tu habitación es mejor que la mía. Está claro que algunos criminales son más bienvenidos que otros.

Ladeó la cabeza.

—Debes saber que las disculpas me gustan menos que la gratitud.

Tragué saliva para aliviar el dolor de mi garganta apelmazada.

—Estaba enfadada contigo, pero apunté a tu túnica. Tú habías bloqueado todos mis ataques con mucha facilidad; jamás pensé que podría lastimarte.

Cuando vi que no contestaba, añadí:

—Lo siento. Aunque no quieras escucharlo. Me siento muy mal por lo que

hice.

Arcus asintió.

—Y odio que te marcharas. Ni siquiera me pude explicar —me acerqué un poco—. Me gustaría poder verte los ojos.

Sonrió con amargura.

—Pero entonces tendrías que verme el resto de la cara. —Su tono grave y burlón desprendía una punzada de dolor—. Y preferiría no volver a ver esa expresión horrorizada. Jamás.

Lo dijo como si le importara lo que yo pensara de él. Me acerqué y retiré la silla que había delante de él.

—No era la clase de horror que estás imaginando. No era...

—Sé distinguir la sorpresa y el asco cuando los veo.

Sus palabras eran secas e inflexibles.

—Es cierto que me sorprendí. —Negué con la cabeza—. Pero no sentí asco. No sabía lo que te había pasado y sentí...

—Lástima —concluyó.

—Arrepentimiento. Me horroricé de mí misma. De pensar que podía hacerle eso a alguien. Tenías razón en todo lo que dijiste. Soy peligrosa. Para mí misma. Para los demás. Mi abuela solía decirme que, algún día, mis poderes salvarían a gente. Pero no pude salvar a nadie. Ni a mí misma. Ni a mi madre.

—Todavía puedes salvar a otras personas.

—Matando al rey —añadí parpadeando con fuerza—. ¿Y qué probabilidades crees que tengo de conseguirlo?

Nos quedamos sentados un rato en silencio. Me miré las manos, que tenía flácidas sobre las rodillas.

—Escucha, Ruby. —Levanté la vista y vi que Arcus se había inclinado hacia delante—. Sé que eres mucho más fuerte de lo que eras cuando llegaste. El hermano Thistle cree que eres mucho más que una sangre de fuego con mal genio.

Su broma me arrancó una sonrisa débil.

La lámpara de aceite ardía con suavidad y proyectaba sombras en la habitación.

—¿Por qué estás aquí? —pregunté mirándole los labios, que se habían vuelto sombríos, y deseando, otra vez, poder verle los ojos.

—El hermano Thistle —contestó—. Él me acogió cuando no tenía adónde

ir.

—¿Qué le ocurrió a tu hogar?

Negó con la cabeza.

—Nada. Me marché.

Esperé a que siguiera hablando, pero no lo hizo.

—¿Luchaste en alguna de las guerras?

—He entrenado, pero nunca llegué a luchar.

Hubo algo en su forma de decirlo que indicaba remordimiento o vergüenza, amargura tal vez.

—¿Te sorprendió un incendio?

Apretó los labios.

—Y con eso quieres decir: ¿cómo se te desfiguró la cara de esta forma tan horrible?

—Tú no hablas del tema, así que tengo que preguntar.

—No tienes por qué hacerlo. No tienes por qué saberlo.

Apreté los puños, el placer que estaba sintiendo se esfumó como la niebla. Siempre pasaba lo mismo. En cuanto me acercaba, él me alejaba con la fuerza de un punzante viento del norte. Nadie más me hacía sentir tan viva, pero tampoco nadie podía hacerme enfadar tanto.

—No, no necesito saber nada —dije acaloradamente—. Quién eres, por qué estás aquí. Por qué te interesa tanto el rey o el trono. Debería marcharme en busca de la muerte sin saber por qué me envías a buscarla.

Se levantó tan de repente que volcó la silla y se cayó al suelo a su espalda.

—¿Crees que quiero que mueras? —Su pecho subía y bajaba con fuerza, tenía la respiración muy agitada—. ¿Que te enviaría a morir encantado?

Noté un hormiguelo en la piel. Nunca lo había visto demostrar tantas emociones. Como ocurría siempre, su rabia enseguida encendió la mía. Empujé la silla y planté las manos en la mesa.

—Sí. Eso creo. Me has llamado débil, me has amenazado, me has ninguneado y me pusiste tan furiosa que perdí el control y casi te hago daño. Probablemente celebres un nuevo festival para conmemorar el día de mi muerte. —Agité las manos en el aire y el calor me cubrió la cara—. El Día de la Muerte de la Sangre de fuego. ¡Hasta nunca, Ruby!

Se acercó a mí, podía notar el siseo de su aliento.

—Eres tan...

Adelanté la barbilla y rodeé la mesa para acercarme a él.

—¿Temeraria? ¿Gruñona? ¿Peligrosa? Todo eso ya lo he oído antes. A ver si se te ocurre algo nuevo.

—Todas esas cosas —dijo subiendo el tono—. Y estás ciega. Algunos de nosotros tenemos que pensar en los demás. Tú solo te preocupas por ti misma.

De pronto lo veía todo rojo. Era tan injusto... No había elegido nada de lo que me había ocurrido en la vida. De niña, no se me permitía enfadarme, por si acaso perdía el control de mi fuego. La única cosa egoísta que había hecho en mi vida era practicar con mis poderes, y había recibido un rápido y severo castigo de la forma más agónica e irreversible posible. Había atraído a los soldados, que se llevaron la vida de la única persona a la que amaba. El rey me había robado a mi madre y varios meses de mi vida. Ahora estaba entrenando desde el alba hasta que se ponía el sol para poder completar un propósito que había diseñado un sangre de hielo, una tarea que podía beneficiar al reino, pero podía costarme la vida. Nada de lo que había hecho lo había hecho por mí.

Y Arcus y el hermano Thistle no confiaban lo suficiente en mí como para explicarme el plan.

—Si eso fuera verdad —dije con la voz teñida de rabia—, cogería un caballo y me marcharía. Cabalgaría hasta el océano y encontraría la forma de subir a un barco y jamás volvería a mirar esta maldita tierra. ¡Y puede que lo haga!

Me volví hacia la puerta. Arcus me sujetó del hombro.

—No lo harás. ¿Y sabes por qué? Porque tú tienes más ganas de matar al rey que nadie. Por eso volviste.

Me di la vuelta y lo fulminé con la mirada, me dolía la mano de las ganas que tenía de quitarle la capucha para poder mirarlo a los ojos.

Arcus estaba completamente inmóvil, era una estatua de hielo. Abrí la boca y la cerré.

—Quieres decir algo —dijo—. Dilo.

—¿Dónde estabas la noche que murió mi madre? —pregunté con la voz llena de tensión—. ¿Eras uno de los soldados?

Esa sospecha se había vuelto a instalar en las sombras de mi mente, pero solo se había dejado ver cuando estaba lo bastante enfadada como para soltarlo.

Me puso la mano en el hombro. Su cara estaba a escasos centímetros de la

mía.

—¿Eso es lo que quieres escuchar? ¿Para que puedas odiarme del todo?

Bajó la mano y dio un paso atrás, se abrió la capa y dejó asomar la delgada túnica que llevaba debajo.

—Mátame ahora, si eres tan amable —dijo con un tono suave y grave—. A menos que quieras verme sufrir. Quizá te apetezca desquitarte con mi cara. ¿O no quieres segundas rondas?

Se me aceleró la respiración, mi pulso palpitaba alimentado por el calor.

—¿Estabas allí? —pregunté en voz baja.

Arcus guardó silencio, apretaba los dientes. Al final contestó:

—No, pero puedes creer lo que quieras. ¿Para qué has venido?

Desapareció parte de la rabia. Negué con la cabeza.

—Para pedirte perdón y... porque quiero saber quién eres.

Arcus resopló.

—Esta es la verdad, Ruby: no importa quién sea a menos que ganes. Si muero mañana, el mundo no será muy distinto de lo que es ahora. —Dio un paso adelante—. Todo depende de ti. Si fracasas, habrá muy poca esperanza para este reino. Tú eres la que importa.

Levantó la mano y la dejó suspendida a pocos centímetros de mi mejilla, pareció congelarse en medio del aire, como si no fuera capaz de tocarme.

—El mundo no será muy distinto —repetí revistiendo sus palabras de mofa—. Dices que no quieres que te tengan lástima. Y ahora ya sé por qué. Ya la tienes bastante tú mismo.

Dejó caer la mano. Dio un paso atrás.

Me acerqué a él apretando los puños, de pronto me daba rabia que fuera tan fácil alejarlo.

—A mí sí que me importaría que murieras, estúpido. Yo te echaría de menos. Igual que te añoré cuando te marchaste durante varios días y no sabía cuándo volverías o si ibas a regresar.

Se me quebró la voz, la rabia se agrietó y dejó paso al dolor y el deseo. No parecía capaz de reprimirme. En cierto modo percibía que él estaba tan solo como yo. Y quizá no tuviera que estarlo. Quizá yo tampoco tuviera que estarlo.

Estaba tan cerca de él que el calor de mi cuerpo fundía el frío del suyo. Olía a jabón, a pino, a humo y a algo muy atractivo que era muy propio de él.

Me dejé llevar por el impulso y levanté la mano hasta el borde de su

capucha. Cuando empecé a quitársela lentamente, él me agarró de la muñeca. Me quedé quieta.

Tenía los labios un poco separados y notaba su aliento frío en la frente. Durante las últimas semanas había empezado a pensar cómo sería besarle. Me preguntaba si me dolería, si nuestros labios crepitarían o si se fundirían como el aire caliente y el aire frío que provocan las suaves brisas de verano.

Levanté el dedo índice y le toqué los labios con delicadeza. Arcus respiró hondo, pero no se apartó. Tenía los labios fríos, pero no demasiado. Deslicé el dedo por una de sus suaves comisuras, por la cicatriz de su labio superior y por la suavidad del labio inferior.

—Para —susurró, la palabra sonó seca, casi dolida—. Para.

Me quedé sin respiración. Fue como si me hubieran dado una bofetada, el dolor me recorrió de pies a cabeza.

Bajé la mano y me crucé de brazos para ocultar mi temblor. Busqué en las sombras de su capucha la señal de alguna emoción, pero Arcus estaba frío e inmóvil. La estatua de hielo había sido golpeada por una ráfaga de viento caliente y no se había fundido ni un ápice.

—Una sangre de fuego asquerosa demostrando sus sentimientos —lo tanteé, el dolor y la amargura se me arremolinaban en el estómago—. Tendrás que suplicarle a Fors que te limpie, ¿no?

Apretó los labios, pero no dijo nada.

—Bueno, no te preocupes. Pronto me habré marchado. Entonces podrás pedir la absolución.

Di media vuelta, desesperada por marcharme antes de desmoronarme. Abrí la puerta. Cuando salí a la noche estrellada, unas lágrimas calientes y avergonzadas empezaron a resbalarme por las mejillas y aterrizaron en el suelo con un siseo.

*L*as nubes se desplazaron por el cielo hasta ocultar el monasterio bajo un dosel de lluvia. Arcus y yo nos estuvimos evitando durante los siguientes días. Tuve la suerte de ver su silueta encapuchada por la ventana cuando cruzaba los establos en dirección a los barracones. Me di cuenta, con el corazón encogido, de que probablemente estuviera avergonzado, quizás incluso ofendido, aunque dudaba de que pudiera estar tan avergonzado como yo después de mi exhibición. Lo había malinterpretado por completo y me había puesto en ridículo cuando era evidente que él no sentía lo mismo.

Utilicé la ardiente frustración que me provocaba seguir ignorando casi por completo sus planes para distraerme y no sentir vergüenza. Al final, una noche, decidí que ya no quería seguir tolerando sus secretos.

Después de buscar en la cantina, donde comían los monjes, encontré al hermano Thistle inclinado sobre su escritorio en la sala capitular, una enorme estancia cuadrada con dos columnas que sostenían un techo de piedra abovedado. En el centro del espacio había una mesa larga con sillas tapizadas de terciopelo. Pegados a los muros de piedra había algunos bancos de madera bajo los enormes ventanales ojivales. El sol se reflejaba en el apagado tono dorado de algunas de las hojas de las columnas. La estancia estaba mucho más cuidada que el resto del monasterio porque se empleaba para hacer negocios; allí era donde los monjes mayores se reunían con los superiores de la Orden de Fors.

—Debería haber sabido que te estarías peleando con los libros de contabilidad —dije.

Mi sombra se fundió con la de la columna en la que me había apoyado.

El monje se sobresaltó y pasó la mano por encima de las páginas como si quisiera ocultar las palabras.

—Ruby, no te había visto.

—Y además me llamas por mi nombre. Las cosas deben de estar muy feas. ¿Tenemos que empezar a vender la plata?

El anciano carraspeó y se levantó.

—Quizá sean bastante malas, pero no tanto.

—¿Ya puedes ver los números? —Me acerqué al escritorio y encendí la vela con la punta de los dedos. Mis ojos se posaron sobre un libro negro con las letras doradas: *DIOSES Y GENTE*—. Hace dos días estaba leyendo este libro. —Como no había dejado de llover, había tenido mucho tiempo para leer en la biblioteca. Leí en voz alta de la página abierta—: «Un feroz viento del este soplará el día que nazca la Hija de la Oscuridad, una niña que abrirá la Puerta de la Luz. Y como Neb decretó que debe haber equilibrio entre todas las cosas, soplará un viento del oeste cuando nazca la Hija de la Luz, una niña que luchará contra la oscuridad y la destruirá para siempre».

—Siéntate, Ruby —dijo haciendo un gesto en dirección al banco—. ¿Cuánto sabes sobre las profecías de Dru?

Me senté en el banco y pensé la respuesta. No sabía mucho. Mi madre había odiado las profecías. Si mi abuela mencionaba algo relacionado con alguna de ellas, mi madre demostraba un enfado impropio de ella y decía que no quería que me llenara la cabeza de estupideces.

—Con todo el respeto —dije por fin—, las profecías suelen ser tonterías. Cuentos que explicaban los que se hacían llamar videntes para ganarse unas monedas.

—Es posible. Pero Dru era distinta. Sus profecías llegaron a sus seguidores unos dos mil años después de su tiempo en las Islas Grises del Mar del Coral. Y se hicieron realidad. Algunas de ellas están escritas en este libro. —Señaló su escritorio—. También las hay en otros. Yo he pasado muchos años investigando, buscando pistas, eliminando las historias falsas o equivocadas, encontrando las que se habían perdido. Te aseguro que no me precipito con facilidad sobre ninguna conclusión.

Hice tamborilear el pie contra el suelo.

—No me tengas en vilo. ¿Qué has descubierto?

—¿Conoces al dios Eurús?

—Es el travieso e inteligente dios del viento del este que estaba celoso de Fors y Sud por haber creado sangre de hielo y sangre de fuego, y que se enfadó cuando su hermana Cirrus encerró a sus minax bajo tierra.

El hermano Thistle asintió.

—El libro dice que Eurus se vengó con una especie de maldición y que solo una poderosa sangre de fuego podrá liberar al reino de ella.

—¿Qué maldición? —pregunté.

Aunque no creía ni en el libro ni en las leyendas, disfrutaba de los detalles igual que disfrutaba de una buena historia.

—Si has leído este libro, quizá conozcas los tronos de Tempesia y Sudesia.

—Sí, uno lo creó Fors, un «trono de hielo que confería gran poder». Y Sud creó un trono de rocas fundidas que después dejó enfriar. Si no recuerdo mal, dice: «En el que todavía arden las venas de lava».

Había leído esa parte varias veces, fascinada con la idea de que ese trono pudiera existir.

—No es solo una historia, Ruby. Hay mucha gente en Tempesia que sigue creyendo que el trono del rey hielo fue creado por Fors para ayudarlo a ganar las guerras. Creen que le confiere un inmenso poder y amplifica el que ya posee su poderosa estirpe.

—Estás hablando de mitos.

—Para mí y para los integrantes de mi orden, estos mitos son tan reales como que estás sentada delante de mí ahora mismo. Sin embargo, algunas de las historias que he leído afirman que Eurus corrompió ambos tronos y maldijo a las familias que se han sentado en ellos desde las guerras de la antigüedad entre sangre de hielo y sangre de fuego.

—A mí no me parece ninguna maldición un reinado ininterrumpido de tantos años.

—Hasta que piensas que todos los reyes murieron trágicamente y, a menudo, después de un reinado corto.

Me encogí de hombros.

—Las muertes trágicas son comunes, tanto si eres rey como si eres un campesino.

—No es solo eso. Muchos de los reyes perdieron la cabeza, escuchaban voces, hacían cosas terribles. El rey Ulrik ahogó a su primer nieto. La reina Ecklin mató a su marido presa de un ataque de rabia. El rey Askabar arrasó una provincia entera porque un barón insultó a su amante, y ello provocó una guerra civil. Y hay muchas historias más sobre ataques de locura y muertes extrañas. Demasiadas como para poder explicarlas todas.

—Historias terribles —admití frotándome la piel de gallina de los brazos.

—Creo que algunos de los reyes fueron lo bastante fuertes como para

luchar contra la influencia de la maldición, y los habitantes de Tempesia y de Sudesia vivieron en relativa paz durante esos reinados. Pero solo fueron capaces de hacerlo porque la maldición no había despertado del todo.

—¿Y tú crees que la maldición despertó?

—Sí. Después de algunas generaciones de calma, el rey Akur empezó a dar señales de haber sido absorbido por la oscuridad. Aquel monarca tranquilo que se había preocupado tanto por su pueblo, de pronto decidió enviar tropas a la frontera del sur y empezó a arrasar a los sangre de fuego. Cuando Akur murió, su hijo mayor ocupó el trono e intentó restaurar la paz, pero solo reinó durante un año antes de que lo asesinaran. Y ahora el segundo hijo de Akur, Rasmus, reina demostrando tal odio por la paz y la justicia que tiembla todo el reino.

Me quedé allí sentada en silencio un minuto mientras pensaba.

—No tiene por qué ser una maldición. Las personas hacen cosas terribles. Toman decisiones que no tienen sentido para nadie más que para ellas.

El hermano Thistle volvió a señalar el libro que descansaba sobre la mesa.

—El texto dice que un feroz viento del este soplará cuando nazca la Hija de la Oscuridad, una niña que abrirá la Puerta de la Luz. Cuando era joven, una tormenta horrible asoló Sudesia y Tempesia, un huracán monstruoso que arrasó ciudades y pueblos a lo largo de la costa. Y ocurrió poco después de que el rey Akur empezara a dar muestras de locura.

Tardé un segundo en comprender lo que quería decir.

—¿Crees que el nacimiento de la Hija de la Oscuridad desató la maldición?

—Sí. Y, hará unos diecisiete años, se produjo una tormenta de violencia similar, pero esta procedía del oeste. Como habrás leído, el libro dice que soplará el viento del oeste cuando nazca la Hija de la Luz, una poderosa sangre de fuego que luchará contra la oscuridad y la destruirá para siempre.

El aire de la estancia palpitaba con una energía extraña.

—Y si tanto crees en las profecías, ¿no deberías estar buscando a esa Hija de la Luz?

Se puso las manos en las rodillas y se volvió a sentar en la silla.

—He dedicado toda la vida a hacerlo. Y creo que la he encontrado.

Tardé un segundo en encontrar mi voz.

—Te he cogido bastante cariño, hermano Thistle. Pero si estás insinuando que yo soy la Hija de la Luz, debo decirte, con sinceridad, que creo que estás mal de la cabeza.

Esbozó una sonrisa suave.

—Ya sé que te será muy difícil aceptar que...

—Imposible.

—¿Por qué?

—Mis poderes son poco fiables. Tengo mal carácter y he lastimado a algunas personas. Tengo más probabilidades de ser la Hija de la Oscuridad.

El anciano se ciñó la túnica al cuerpo.

—No digas eso. No eres nada de eso.

—Creo que es hora de irse a la cama —dije levantándome.

Había escuchado muchas más cosas de las que podía asimilar. Ya me costaba bastante creer que era la última sangre de fuego del reino. La idea de que, de alguna forma, estaba destinada a salvar al mundo de la maldición de un dios era increíble. Lo único que se suponía que debía hacer era matar al rey. Y eso me parecía imposible.

—No huyas de la verdad, Ruby. El solsticio de verano se acerca, es el momento en que tu poder está en su máximo esplendor. Ya casi es hora de que te marches. Ha llegado el momento de que te explique lo que queremos que hagas.

Se me aceleró el corazón; tenía las palmas de las manos sudadas.

—Todavía estoy investigando los tronos y su conexión con la familia del rey, pero estoy seguro de una cosa: primero tienes que eliminar el trono. Protege al rey y le da poder. Si se lo hubiera podido derrocar por la fuerza, ya hace tiempo que alguien hubiera reunido un ejército para hacerlo.

Alcé una ceja.

—¿Y la gente estaría dispuesta a luchar? ¿Se enfrentarían a la muerte y a la tortura en caso de perder?

—La tierra se está secando. La gente se muere. No tienen nada que perder.

—Entonces estás diciendo que para tener la esperanza de matar al rey, primero tengo que destruir el trono. ¿Cómo?

Me clavó sus pálidos ojos azules.

—Tienes que reunir todo el poder que tienes. Todo, Ruby. ¿Me entiendes? No puedes tener reservas. Tienes que concentrar todo tu fuego en el trono. Fundirlo. Destruirlo.

Asentí.

—¿Y qué pasa si no soy lo bastante fuerte?

—Tienes que serlo.

El pánico me encogió el estómago. De pronto, las cosas parecían muy complicadas, demasiado reales. No podía imaginar que todo dependiera de mí. Yo no era fuerte. Era volátil. Indisciplinada. No poseía la fuerza, el control.

Miré por la ventana. El sol poniente dejaba unas manchas violetas a medida que iba resbalando por el cielo. Me froté los brazos e intenté extraer calor de mi corazón.

—¿Y si consigo matar al rey sin destruir el trono? —pregunté—. ¿Qué pasará entonces?

—Que otro rey ocupará su lugar, alguien que podría ser aun más fuerte que el trono y sus oscuros apetitos.

—¿Y si no lo consigo?

—La maldición continuará y el nuevo rey podría ser igual que el actual.

Me crucé de brazos y solté una bocanada de aire.

—Estás diciendo que, si no destruyo el trono, el reino nunca será mejor de lo que es ahora.

—Es lo más probable, sí.

Me levanté y empecé a pasear por la estancia.

—¿Por qué estás haciendo esto? ¿Por qué arriesgar el monasterio y dedicar todo este tiempo a entrenarme? ¿Qué sacas tú de esto?

—Creo que vine a esta tierra por un motivo. No puedo ver cómo se destruye el reino. Ni siquiera estoy seguro de que tú, con todo lo que has pasado, puedas comprender el sufrimiento que nos rodea.

Volví al banco y me senté. Me quedé mirando los cristales de hielo que se habían formado bajo la silla del hermano Thistle, temblando, tratando de ordenar mis sentimientos, que eran una especie de combinación de expectativa y miedo. Entonces una mano helada se posó sobre la mía y me sobresalté tanto que me di un golpe con la ventana que tenía detrás. El hermano Thistle apartó la mano, pero podía sentir su mirada. Su expresión era casi desolada.

—Fue mucho más fácil planificar todo esto antes de conocerte —dijo—. Antes de que llegaras, eras una herramienta, un arma que utilizaría a mi antojo. A fin de cuentas, estabas condenada a muerte de todas formas. Si morías después de conseguir nuestro plan, sería un sacrificio que habría valido la pena. Pero ahora..., por favor, créeme cuando te digo que esto es muy difícil para mí. Eres una joven amable, luchadora, obstinada, impulsiva

y generosa. Te he cogido mucho cariño.

—Es una buena lista de virtudes y defectos.

—Hay más virtudes que otra cosa —dijo esbozando una sonrisa algo triste—. Enviarte a afrontar un peligro me cuesta mucho más de lo que esperaba. Y me parece que para Arcus es todavía más difícil.

Solté una áspera risotada.

—Lo dudo mucho.

—Tú no le conoces tanto como yo. Es tan bueno ocultando sus sentimientos como manejando el hielo. Me parece que soy la persona que mejor lo conoce. Cuanto más siente, más insensible parece.

—¿De verdad? ¿Y cómo demuestra su insensibilidad? ¿Siendo apasionado?

—Ruby...

—¿Qué ocurrirá cuando destruya el trono? —pregunté. No quería seguir hablando de Arcus y sus sentimientos.

—Yo creo que cuando destruyas el trono, la maldición también quedará destruida. En ese caso, el rey podría transformarse.

Fruncí el ceño.

—¿En qué sentido?

—La maldición lleva años controlándolo, pero si el trono queda destruido, podría recuperar el sentido y darse cuenta de lo bajo que ha caído.

—O podría ponerse furioso al ver que he destruido la fuente de su poder.

—Es cierto. Pero yo tengo la esperanza de que cuando destruyas el trono, le cures.

—¿Curarle? ¿Se supone que debo matarlo!

—Bueno —dijo mirándome con cautela por debajo de sus cejas blancas—, una vez te dije que el motivo por el que fuimos a buscarte era porque tu madre era sanadora. Tengo motivos para creer que no necesitarás matar al rey. Es posible que puedas salvarlo.

Hablé despacio y con cautela, esforzándome para controlar mi carácter.

—Llevo más de dos meses entrenándome para matar al rey hielo. ¿Y ahora me sugieres que no lo haga?!

El monje extendió las manos.

—Solo te estoy ofreciendo otro camino.

—¡No quiero otro camino! Mi madre fue una mujer buena con todo el mundo, ¡y la mataron delante de mí! Es que no puedes comprender... —Se me quebró la voz. Cuando volví a hablar, mi tono era grave y relajado—. No.

Voy a matar al rey. Era el único sentido de todo esto. Es el único motivo que tengo para seguir viviendo.

—¿Ah, sí? ¿De verdad es el único motivo por el que vives?

Se hizo un largo silencio. Una parte de mi mente me decía que había hecho amigos, personas por las que me preocupaba. En la vida había mucho más que odio. Pero otra parte me decía que jamás tendría paz. Entrelacé las manos sobre el regazo, la cabeza me iba a mil por hora. El hermano Thistle se inclinó hacia delante y carraspeó.

—Quedan menos de tres semanas para el solsticio de verano, Ruby. Pronto te marcharás para intentar conseguir algo para lo que no hay garantías de éxito. Tienes que decidir por qué estás luchando. Y quién eres realmente.

La rabia rugió en mi pecho como una flor mortal. Noté una presión cada vez más potente detrás de las orejas y en el pecho; siguió aumentando hasta que me resultó insoportable. Quería gritar y romper cosas.

—¿Y dices que soy sanadora? —pregunté—. Después de todo lo que me ha hecho ese hombre, ¿crees que debería intentar curarlo? Preferiría suicidarme.

Fui hacia la puerta, pero una figura encapuchada me cortó el paso.

Arcus.

La idea de que hubiera escuchado la conversación y hubiera mostrado su silencioso acuerdo con el hermano Thistle me hizo apretar los puños. Me dirigí directamente hacia él y, con el hombro, le di un golpe en el brazo cuando salía de la habitación.

*L*o único que podía oír era mi respiración entrecortada y mis pasos sobre la tierra. Había estado tan desesperada por volver a tener un hogar que había olvidado lo que estaba haciendo aquí. Me habían traído a ese lugar para utilizarme, y yo había accedido, estaba ansiosa por morir por ellos porque iba a conseguir lo que quería: venganza. Y ahora ni siquiera querían dejar que lo consiguiera.

El sol se había puesto, pero por encima del bosque todavía se veían algunas franjas naranja en el cielo. Corrí hacia los árboles con la esperanza de que el fuerte olor a pino y el suelo húmedo me relajaran la mente.

Un sonido que parecía un trueno retumbó en el aire. Delante de mí apareció una pared de hielo, un glaciar que surgió tan de repente como si hubiera salido del suelo. La reverberación me hizo caer y me torcí el tobillo. Grité sorprendida mientras escudriñaba el paisaje.

Había una figura encapuchada cerca del monasterio. Arcus me había seguido.

Me di la vuelta y cojeé hacia él: me detuve a unos metros. Los restos de la puesta de sol transformaban la parte inferior de su cara en una máscara de cobre magullado, extrañamente dentado por encima de las mejillas y el labio. Cuando recordé la última vez que había hablado con él, la sangre me hirvió en las entrañas como un fuego alimentado de aceite. Le había tocado los labios, había puesto mi afecto a sus pies, y él me había demostrado lo mucho que le repelían mis caricias.

—Prometiste que no te marcharías —dijo con los músculos contraídos. Estaba en guardia, preparado para pelear.

Había asumido que me estaba marchando otra vez. Eché el brazo hacia atrás e hice crujir un látigo invisible. Se formó un tirabuzón de fuego en el aire que flotó a escasos centímetros de las piernas de Arcus y regó el suelo de

chispas. Él ni siquiera se inmutó. Volví a levantar el brazo, esta vez apuntándole al pecho.

Arcus estaba preparado. Una ráfaga de hielo bloqueó mi espiral de calor líquido y la dispersó en forma de cono de vapor que siseó en el aire.

Mis manos conjuraron una nube ardiente en forma de embudo. Todavía no había conseguido dominar del todo aquella maniobra durante los entrenamientos. Ahora, y a medida que la nube se cernía sobre su objetivo, el viento ululaba. Arcus levantó las manos, pero no fue lo bastante rápido. El aire le golpeó como si fuera un ariete y lo empotró contra el suelo. Se quedó tendido boca arriba, no se movía.

Corrí hacia él presa de emociones encontradas. Quería hacerle daño. Quería asegurarme de que no estaba herido. Quería dejarlo allí tirado en el barro y salir corriendo. Quería que impidiera que me marchara.

Temblando, me puse de rodillas y le puse la mano sobre el pecho. Subía y bajaba cada vez que respiraba. Le latía el pulso en el cuello. Sentí la necesidad de cogerlo de la mejilla, deslizarle los dedos por las cicatrices de la cara, enterrarle los dedos en el pelo.

Arcus rugió y abrió los ojos.

Me sentí muy aliviada. Me perdí en los azules infinitos de sus ojos, pero tuve que apartarme porque fui incapaz de soportar el frío.

—Me mentiste —dije.

—¿Cuándo te mentí? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—Quizá no lo hicieras directamente. Pero dejaste que creyera que mi objetivo era matar al rey. Es el único motivo por el que accedí a esto. ¿Crees que fue fácil? Tuve que aprender a confiar en dos sangre de hielo y dejar que me enseñaran a controlar mi fuego. Aceptar órdenes, controlar mi genio, aprender a relajar la mente. ¿Crees que me ha resultado fácil?

—No. No creo que haya sido nada fácil.

Tenía la cabeza vuelta para que Arcus no pudiera ver el dolor que era incapaz de ocultar.

—Fui una tonta y pensé que podría conseguir lo que quería. Venganza. Y ahora descubro que lo único que habéis querido desde el principio es que destruya el trono. ¿Sabes qué piensa el hermano Thistle? —Resoplé con desdén—. Claro que lo sabes. Qué absurdo. Tendría que haberme marchado en plena noche y no haber vuelto. Tendría que haber ido al castillo por mi

cuenta.

—¿Para poder morir en su palestra como los demás sangre de fuego?

—¿Y la muerte que habéis planeado para mí es mejor? ¿La posibilidad de que el rey me mate por destruir su trono? Eso asumiendo que yo sea lo bastante fuerte como para conseguirlo. Y asumiendo, también, que consigamos burlar la guardia del castillo. Cosa que, si no conseguimos, también te costará la vida. Espero que la recompensa, sea cual sea, valga la pena.

Arcus se incorporó despacio apoyándose en los codos.

—Si pudiera permitirme el lujo de ser completamente egoísta, no dejaría que te enfrentaras al rey. Te alejaría de esta tierra y te llevaría a algún sitio donde pudieras estar a salvo.

Me aletearon los párpados; el placer de la sorpresa se extendió por mi piel en oleadas. El velo de bruma roja que tenía ante los ojos empezó a disiparse.

Me senté y me rodeé las rodillas con los brazos. «Te alejaría de esta tierra y te llevaría a algún sitio donde pudieras estar a salvo.» Había pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien había intentado protegerme. Una parte de mí se moría por acurrucarse entre sus brazos y calentarlo con mi calor mientras dejaba que sus palabras me calentaran a mí. Sin embargo, la última vez que lo había tocado, él me había pedido que parara.

Arcus respiró hondo; cuando volvió a hablar, su voz era más clara.

—Pero no puedo pensar en mí. Ya sabes lo que le está ocurriendo a mi gente. Ya sabes lo que le ha ocurrido a la tuya. Esto no puede seguir así.

Pegué las palmas de las manos al suelo y clavé la vista en un punto distante.

—¿Por qué yo? Tú no crees en profecías. Tú mismo dijiste que solo soy otra sangre de fuego con mal carácter.

Se incorporó, se sentó y apoyó los codos sobre las rodillas flexionadas. Su piel, en las zonas donde no estaba quemada, era suave y joven, aunque yo sabía que sus ojos ocultaban el peso de la experiencia propia de alguien mucho mayor.

—¿Quién más hay? —preguntó—. ¿Qué otro Sangre de fuego puede hacerlo aparte de ti?

—¿Qué pasará si consigo destruir el trono? Cuando acabe todo esto, tú vas a... —Hice ondear la mano—. ¿Desaparecerás en el aire como la niebla?

—Desde que salgamos del monasterio hasta que volvamos sanos y salvos,

te protegeré con mi vida.

Miré a Arcus y recordé lo que había dicho el hermano Thistle: los Sangre de hielo sentían más de lo que demostraban. Se me relajó el corazón y la niebla empezó a dispersarse.

—¿Y si muero allí? —pregunté—. ¿Alguien se ocupará de mi cuerpo? ¿O el rey clavará mi cabeza en un gancho y la colgará en la puerta del castillo?

Arcus clavó el puño en la tierra y el suelo tembló.

—Tienes que creer que puedes conseguirlo. ¿Qué ha ocurrido con tu rabia? ¿Dónde está tu fuego? ¿Ya te estás rindiendo?

—¡Yo no me estoy rindiendo! ¡Pero deberías habérmelo contado todo desde el principio y hubiera sabido a qué me enfrentaba!

—Tú quieres una garantía —opinó—. La promesa de que nada saldrá mal. Ruby, eso no existe.

Me encogí de hombros. Arcus tenía razón. Enterré la nariz entre las piernas y deseé ser invisible.

—Por favor, vete —murmuré contra la tela de mi túnica—. Quiero estar sola.

Arcus suspiró, pero no noté ningún ruido que me indicara que se estaba levantando para marcharse. Al final levanté la cabeza.

Estaba mirando al sur, hacia el camino que conducía al monasterio, era una silueta en silencio. No pude evitar advertir que tenía un perfil de rasgos nobles. Debió de ser muy guapo antes de quemarse. Se me calentó la piel. Seguía siendo muy guapo.

Volví la cabeza. No quería pensar esas cosas sobre él, ni ahora ni nunca. Ya había sido lo bastante tonta por pensarlas de entrada. No era culpa de Arcus que el fuego de mi sangre me hiciera sentir cosas que él no podía sentir. Por una vez, deseé que mi sangre fuera un poco más fría, como la suya.

—Me preguntaste cómo me quemé —dijo, su tono apenado apenas se podía oír por encima del siseo del viento—. Un maestro sangre de fuego intentó matarme.

No quería que me importara, pero no podía evitarlo. En un segundo comprendí el miedo inicial y la animosidad que Arcus había sentido hacia mí. Lo había amenazado con dejarlo tan desfigurado que su esposa huiría de él aterrorizada. Me clavé las uñas en las palmas para sofocar la culpabilidad que me provocaba ese recuerdo.

—Me cogió desprevenido. Me llevó hasta un lugar donde no había nada

más. Fui un tonto por no tener más cuidado. A pesar de todo mi entrenamiento en armas y combate, no conseguí dar ni un solo golpe: acabé en el suelo con la garganta tan seca que ni siquiera podía gritar de agonía.

Tardé un momento en encontrar la voz.

—¿Dónde vivías?

—En el palacio del rey.

Levanté la cabeza y abrí los ojos como platos. Bajo aquella luz tenue, Arcus no era más que una silueta.

—Cuando mi padre murió y heredé su título, me gané algunos enemigos muy poderosos. Hombres que me querían muerto.

Cuando comprendí que Arcus era un lord, se me aceleró tanto el corazón que sentía sus latidos en los oídos.

—¿Por qué?

Movió uno de sus anchos hombros.

—Yo no era como habían esperado. Ellos querían que yo fuera como mi padre, y no lo era.

—Y... ¿crees que esos hombres enviaron a alguien a matarte?

Asintió.

—Creo que mi muerte tenía un propósito doble: deshacerse de mí y potenciar el odio contra los sangre de fuego, hacer que se viera como un ataque.

—¿Por qué me estás contando todo esto?

—Dices que nunca te explico nada. Estoy intentando cambiar eso.

Una calidez me inundó el pecho. Por fin confiaba lo bastante en mí como para darme respuestas.

—¿Por qué querría nadie potenciar el odio cuando ya había tanto?

—El rey de aquella época planeaba reconciliarse con los sangre de fuego del sur. Hay barones que reclaman esas tierras, tanto si les pertenecen por derecho como si no. Matar o expulsar a los sangre de fuego les beneficiaba.

Sentí náuseas.

—Eso es monstruoso.

—Sí. El rey también lo pensaba.

—Entonces él no nos odiaba.

—Tenía motivos de sobra para hacerlo. Como recordarás, su madre murió a manos de un grupo de sangre de fuego rebeldes. Sin embargo, cuando era niño, su tutor le abrió los ojos a otras verdades. El fuego y el hielo solían ser

aliados. Hace mucho tiempo, uno de nuestros reyes se casó con una reina sangre de fuego. El rey Ilaien y la reina Rosamund. ¿Has oído hablar de ellos?

—Pensaba que solo era otra de las leyendas de mi abuela.

De niña, nunca hubiera creído que ningún sangre de fuego quisiera tener nada que ver con algún sangre de hielo.

—Fue hace mucho tiempo —dijo—. Cientos de años. Ahora nadie quiere recordar los tiempos en que reinó la paz. Pero el rey lo recordaba. Había visto a su padre hacer cosas que estaban mal. Él quería cambiar el reino. Pero lo mataron, y Rasmus ocupó el trono.

Negué con la cabeza.

—¿Los conocías a los dos?

—Crecí en el castillo. Rasmus no fue siempre como es ahora. A pesar de que su personalidad siempre fue... volátil, estoy convencido de que el trono lo corrompió.

—¿Entonces crees en esa maldición absurda?

—Antes no. Pero he leído los libros y he considerado las pruebas que ha encontrado el hermano Thistle. Y ahora creo en ella. El trono debe ser destruido. De esta forma, quizás el rey se cure.

La insinuación que ocultaban sus palabras me puso tensa: «No mates al rey. Cúralo».

—¿Y por qué le importa tanto al hermano Thistle? ¿Qué ocurrió para que un monje de la Orden de Fors se sublevara contra su propio rey?

Arcus carraspeó.

—Hubo un tiempo en que formó parte de la corte del rey hielo, fue un guerrero condecorado por la batalla de Aris Plains. Cuando tomó los votos, el rey Akur lo eligió para que fuera el representante oficial de la orden. Pero llegó un día en que el monarca dejó de tolerar que el hermano Thistle cuestionara su forma de tratar a los sangre de fuego. El rey lo desterró a este monasterio, donde el hermano Thistle se dedicó a investigar las profecías y a educar a otros hermanos y hermanas. Él cree que una sangre de fuego será la pieza crucial para resolver la antigua rivalidad entre dioses. Y todavía se reafirmó más en su teoría sobre la influencia divina cuando yo llegué.

—¿Por qué?

—Después de que me atacaran, me dieron por muerto. Yo sentía que se me escapaba la vida. Y entonces... —Hizo ondear la mano en el aire y provocó

una brisa de aire frío que me acarició la cara—. Ya sé que parece absurdo, pero una mujer con el pelo y los ojos dorados apareció de pie a mi lado.

Me empezó a picar la cabeza. Me recordó a la mujer que había visto cuando estaba medio congelada en el bosque.

Arcus continuó:

—Mi dolor desapareció de pronto y me encontré en el monasterio. No sé si era una mujer real y si ella me trajo hasta aquí o si lo hizo alguna especie de espíritu. Pero muchas de mis quemaduras habían empezado a curarse. El hermano Gamut se esforzó mucho para curarme del todo. Tardó varios meses.

Aunque su sufrimiento me horrorizaba, se me calentó el corazón cuando pensé en las delicadas manos y el amable corazón del hermano Gamut, así como en la firme determinación del hermano Thistle, que estaba decidido a conseguir que la orden siempre ayudara a aquellos que lo necesitaran.

—¿Alguien vio a la mujer? ¿Te dijo cómo se llamaba?

—No. Solo me dijo una cosa.

Guardó silencio un momento.

—¿Qué te dijo? —pregunté.

Suspiró.

—Dijo que la chica con la sangre de fuego sería la clave para conseguir la paz. Pareció costarle mucho decir aquello, como si se atragantara con las palabras. Yo... creo que era Sage, la vidente.

—Dijiste que no creías en las leyendas —le recordé.

—Dije que no creía en las profecías. No creo que todas se hagan realidad. Creo que todos tenemos elección. Ni siquiera Sage puede decirnos lo que va a ocurrir. Solo lo que podría ocurrir. Y a veces las profecías se equivocan.

—Y por eso me sacasteis de la cárcel.

—En parte.

Me quedé allí sentada en silencio durante un rato pensando en los detalles de lo que me había contado. Arcus no era un mercenario, sino un noble desterrado que pretendía arreglar el reino que había conocido de niño. Ahora tenía sentido que quisiera destruir el trono en vez de matar al rey.

Sin embargo, eso no significaba que yo tuviera que estar de acuerdo con él.

—No me estaba escapando —admití—. Solo estaba enfadada y quería estar sola. No iba a romper mi promesa.

Cambié de postura y se me escapó un quejido de dolor cuando el tobillo

hinchado empezó a palpar; notaba las punzadas de mil agujas.

—Estás herida —dijo Arcus volviéndose hacia mí—. Te llevaré con el hermano Gamut.

—¡No!

Pero no me cogió. Sopló una ráfaga de aire que me envolvió el tobillo febril en un frescor muy agradable. Las palpitaciones se calmaron enseguida.

—Me parece que tú también eres un poco curandero, Arcus.

—Deja que te lleve hasta la enfermería —dijo agachándose a mi lado—. Ya me he acostumbrado a transportar este fardo de astillas.

Noté una oleada de calidez que se me extendía por el pecho al percibir el cariño que emanaba de su voz, pero vacilé mientras peleaba con mi rabia, mi amargura y el sentimiento de traición. Sin embargo, Arcus había compartido cosas conmigo que jamás pensé que compartiría, así que no pude evitar sentirme más cercana a él gracias a eso.

Tuvo cuidado de no tocarme el tobillo cuando deslizó los brazos por debajo de mis piernas y por mi espalda. Por una vez, el frío que emanaba de su cuerpo no me molestaba.

—Maldito tobillo —murmuré—. Solo da problemas.

—Como la chica a la que está unido —reflexionó.

Abrí la boca para contestarle algo mordaz, pero olvidé las palabras cuando noté que me pegaba los labios a la frente con suavidad.

El calor corrió por mi piel. Me dije que eso no significaba nada. Era un gesto de amistad. Pero seguí sintiendo alegría, una sensación que me relajaba tanto como el sonido de sus pasos y los latidos de su corazón pegados al oído.

Arcus me estrechó con más fuerza contra su pecho, y yo dejé que se me cerraran los párpados (que, de pronto, me pesaban mucho) mientras él me llevaba de vuelta hasta el monasterio.

A la mañana siguiente fui a la biblioteca para perderme en la paz de las plumas y la tinta. La hermana Pastel había dicho que estaba haciendo progresos en el arte de la escritura: probablemente me estuviera esperando.

Sin embargo, me encontré con el hermano Lack, que estaba escribiendo con ímpetu, sentado a una de las mesas.

—¿Vienes a provocar otro incendio? —dijo con tono burlón mientras enrollaba un pergamino que después desapareció en los pliegues de su túnica.

—Sabes muy bien que no lo provoqué yo. Porque lo hiciste tú.

La acusación era una apuesta, una sospecha que había albergado desde la noche del incendio. Pero no había tenido el valor de verbalizarla hasta ese momento.

Enseguida recibí mi recompensa. La sorpresa se reflejó en su expresión culpable.

—Cómo te atreves siquiera a insinuar... —Lo miré con incredulidad y él respiró hondo, se estremeció y se levantó—. Solo intento proteger a mi orden, ¡ya que aquí nadie parece dispuesto a hacerlo! Ya he visto como te mira, un guerrero sangre de hielo desarmado por una chica sangre de fuego. Es asqueroso. Fuiste a su habitación, sola, y justo anoche vi cómo te llevaba en brazos, con esa ridícula mirada de adoración en el rostro.

Se me aceleró la respiración y empecé a crisparme.

—No es que sea de tu incumbencia, pero me preocupo por Arcus como amigo...

—Ahórrame las mentiras. Si te preocuparas por alguno de los presentes, nos evitarías el peligro de tu presencia.

Hice un ruidito de disgusto.

—No se puede razonar contigo. No tienes nada que ver con el hermano Thistle, Arcus o el hermano Gamut. Tienes la mente envenenada contra mí

por mis poderes. Dices que soy peligrosa, pero ha sido tu gente la que ha destruido a la mía.

—¿Y qué ocurrió antes de eso? Yo vivía en el sur, donde los sangre de fuego se dedicaban a aterrorizar a mi gente. No pienso quedarme aquí a escuchar como le das la vuelta a todo para hacerte la víctima. Apártate —ordenó con el pecho agitado.

—No. —Me puse delante de él para impedirle el paso—. ¿Qué estabas escribiendo a escondidas cuando debías estar en tus oraciones matinales?

Moví la mano con presteza y cogí la carta que le asomaba del cuello de la túnica.

—¡Cómo te atreves a ponerme tus sucias manos encima! —exclamó acercándose con el puño en alto.

Solté la carta y le lancé una ráfaga de calor al brazo, que siguió moviéndose debido al impulso. Su puño impactó en un lateral de mi cara y del golpe salí disparada de la biblioteca y caí en el suelo del pasillo.

—Me has quemado —dijo agarrándose la muñeca chamuscada.

Se le puso la cara roja. Echó un pie hacia atrás. Me hice un ovillo justo antes de que la afilada punta de su sandalia impactara contra mi espalda.

Cuando echó el pie hacia atrás para volver a patearme, lo cogí del otro pie y lo tiré al suelo. Utilicé los codos y las rodillas como me había enseñado a hacer Arcus cuando me dio la lección de pelea cuerpo a cuerpo, y conseguí arrastrarlo por el suelo.

—No me obligues a utilizar mis poderes contra ti —dije uniendo las manos para dejar que el fuego naciera entre ellas.

Me miró las manos con los ojos como platos. Se puso de pie como pudo y se marchó tambaleándose. Cuando desapareció por la esquina, sus sandalias resonaron contra el suelo de piedra.

Poco después, estaba en mi camastro en la enfermería cuando apareció Arcus. Sus ojos brillaban como un par de zafiros blanqueados. Parecía furioso.

—¿Te ha hecho mucho daño? —preguntó.

—No, para nada. ¿Cómo te has enterado?

—La hermana Agnes vio la pelea y vino a buscarme para pedir ayuda.

Se puso de rodillas a mi lado y examinó mi mejilla hinchada; tenía las aletillas de la nariz dilatadas de rabia. Me estremecí al notar el agradable frescor de su presencia. Cogió el paño que yo había utilizado para lavarme, lo

sumergió en el cuenco y sopló en la tela para enfriarla. Me cubrió la piel hinchada de la mejilla y yo suspiré aliviada.

—El hermano Lack tenía una especie de carta —le expliqué—. No se tomó muy bien que yo quisiera leerla. Me pregunto si su intención era quejarse a la orden debido a mi presencia en el monasterio.

—El hermano Thistle lo está buscando en estos momentos —contestó Arcus.

Volvió a meter el paño en el agua y lo escurrió. Le cogí la muñeca para guiar el paño hasta mi mejilla y él siseó al coger aire. Lo solté automáticamente.

—Perdona —murmuré llevándome las manos al regazo—. Te he quemado sin querer.

Arcus levantó el trapo y me lo puso en la mejilla con delicadeza.

—Quema..., en cierto modo. Pero no creo que tocarte pueda provocarme ninguna herida. —Respiró hondo—. Es como si el calor quisiera colarse bajo mi piel y yo prefiriera permanecer frío. Después de todo lo que ha pasado, es más sencillo así.

Quería hacerle muchas preguntas, pero no estaba segura de si me contestaría.

—¿Y mi contacto es una especie de amenaza?

—En cierto modo. Te traje aquí para prepararte para hacer algo muy importante —dijo volviendo a humedecer el paño para ponerlo de nuevo sobre mi mejilla—. Tienes un peso enorme sobre los hombros.

Suspiré al recordar lo que me hacía verdaderamente importante. Quería ser algo más para él, algo más que una forma de fundir el trono.

—Y ahora no dejo de preguntarme si podría dejarte marchar —añadió en voz baja.

Le observé el rostro ensombrecido por la capucha, busqué alguna señal que hubiera pasado por alto. El espacio que nos separaba pareció crujir mientras seguía oyendo sus palabras en mi mente.

—Eso no importa, ¿no? No hay otro camino.

—Podría matarlo otra persona —dijo con la voz tensa—. Podría matarlo yo.

—Y el trono embrujaría al siguiente rey... y al siguiente. Jamás seríamos libres.

—Eso es más cierto de lo que crees —susurró mientras me sujetaba los

dedos.

Tenía la mano fría, pero su contacto me provocaba un hormigueo en la piel: se me aceleró el corazón. No quería hacer nada que pudiera alejarlo de mí.

—¿Cuál es la verdad, Arcus? —pregunté en voz baja—. Estás lleno de secretos. Me gustaría saber uno o dos.

Guardó silencio durante uno o dos minutos, después abrió la boca para hablar.

—Pero quiero verte los ojos mientras me lo dices —me apresuré a añadir—. Ya me has enseñado la cara antes.

—Para asustarte —dijo apartándose de mí—. Para castigarte por lo que habías hecho. Pero ahora no quiero que me tengas miedo.

Lo miré: estaba muy tenso y apretaba los dientes.

—Tus cicatrices no me dan miedo.

Arcus se estremeció y yo aguanté la respiración, esperé mientras me preguntaba qué haría. Se llevó las manos a la capucha muy despacio y la retiró lo suficiente como para que pudiera ver sus ojos azules y su mejilla desfigurada. Se me desbocó el corazón y su eco me palpitaba en las sienes. Estaba confiando en mí. Había elegido dejarme ver.

—¿Es suficiente? —preguntó con un tono encantadoramente inseguro.

Asentí y él soltó un profundo suspiro cargado de alivio.

—No hay nada en ti que me dé miedo o que me resulte desagradable. —Hice una pausa para dejar que asimilara lo que acababa de decirle—. Pero entiendo que tienes que estar cómodo.

Con una de las manos apretó la colcha de mi cama; con la otra, estrujó el trapo que había quedado olvidado allí.

—No te imaginas cómo me sientan tus palabras, señorita Fuego. Tardé años en conseguir todo este hielo. Pero tú podrías fundirlo y yo quedaría en nada.

Se levantó de golpe y empezó a deambular por la habitación.

Negué con la cabeza.

—Justo cuando creo que te entiendo, dices algo para confundirme. Primero parecías detestarme, después me tratas con amabilidad. Luego me dices que desearías que estuviera muerta. Y ahora tienes miedo de que te destruya de algún modo. ¿Cuál es la correcta?

Se detuvo. Yo dejé de respirar medio arrepentida de haberlo presionado. No estaba segura de poder soportar que volviera a rechazarme.

—Te prometí un secreto —dijo al final, sus ojos brillaban a la luz de las velas—, y no se me ocurre una forma de decírtelo más clara que esta.

Se acercó a mí en dos zancadas, se puso de rodillas y acercó mi cara a la suya.

Cuando me besó noté el agradable roce de la cicatriz que tenía en el labio superior. Sus caricias eran vacilantes, pero me atravesó una ráfaga de pura excitación que me curvó los dedos de los pies. Tenía los labios más fríos que los míos, pero no me molestaba. Su temperatura debía de haber aumentado. Yo sabía que la mía era más alta.

Me abrazó y me pegó contra su pecho. Le rodeé el cuello con las manos y enrosqué los dedos en su pelo. Me pegué más a él. Arcus me enterró los dedos en el pelo y me deshizo la cola que llevaba.

Dejó de besarme y me pegó los labios a la sien.

—Por todos los dioses, me moría de ganas de tocarte el pelo.

Tenía la voz grave, entrecortada y ronca. El sonido bastaba para calentarme la piel.

Me miró a los ojos y volví a maravillarme del millón de colores que descubrí en ellos; los de una fría mañana de invierno y una noche en el lago, o los de un claro arroyo de montaña y un borago azul atrapado bajo el pie al final del verano.

—¿Te estoy asustando? —me preguntó con aspereza, poniendo sus manos en mis hombros—. Solo tienes que pedirme que pare y lo haré. Tienes que confiar en mí, Ruby: nunca te haría daño.

—Confío en ti —jadeé tirando de él hacia mí.

Frotó su mejilla contra la mía y su barba incipiente me abrasó la piel de la forma más placentera. Moví la mejilla para volver a sentirlo. Él hizo un sonido gutural y encontró mis labios, me besó y se perdió en mi sabor.

Una parte de mi cabeza no podía creer que aquello estuviera pasando. Yo había soñado con aquello, pero la realidad era mucho mejor. Antes no había conocido la sensación de su piel contra la mía, la forma que tenía de acelerarme el corazón, la alegría de sentirme deseada y ser capaz de demostrarle que yo también le deseaba.

Me moría por tocarle la cara, por llegar a conocer aquellas cicatrices que él intentaba ocultar. Por algún motivo me resultaban fascinantes, no podía resistirme a ellas, quería aliviarlas y enmendarlas, si es que eso se podía conseguir con una caricia. Me arriesgué y acaricié con mis manos sus

mejillas. Él me dejó hacerlo. Cuando acerqué los dedos a su oreja destrozada, Arcus me sujetó de la muñeca.

—Por Fors —jadeó temblando mientras me abrazaba—. Los dioses están poniendo a prueba mi control.

—Y el mío —admití sonriendo—. Pero ambos sabemos que no tengo mucho. Llevo muchísimo tiempo esperando que me besaras.

Se rio y después suspiró apoyando su frente sobre la mía con los ojos cerrados.

—No tendría que haberlo hecho —dijo en voz baja.

—Tendrías que haberlo hecho mucho antes —le corregí.

Sonrió. Ladeé la cabeza para volver a besarle, pero la puerta se abrió de pronto y el hermano Thistle entró en la enfermería: le temblaba la mano con la que sujetaba el bastón. Arcus se apartó de mí.

—El hermano Lack se ha marchado —anunció el hermano Thistle—. Le pidió al chico que trabaja en el establo que le ensillara un caballo; después el chico oyó cómo profería varias amenazas entre dientes. Algo acerca de ir a Greywater...

—El cuartel —dijo Arcus.

El terror se apoderó de mí.

—Cuando lo encontré en la biblioteca, le estaba escribiendo una carta a alguien. Me dijo que no pensaba permitir que siguiera corrompiendo el monasterio.

El hermano Thistle se volvió hacia Arcus.

—Tienes que encontrarlo. No pensaba que tuviéramos que llegar a esto, pero, si cree que sus acciones protegerán el monasterio, será capaz de hacer cualquier cosa.

Arcus me miró. En su rostro vi una expresión dolida.

—Lo siento —dijo en voz baja, y después salió por la puerta y desapareció.

El hermano Thistle respiró hondo: a sus pies se formó una capa de escarcha. Me estaba mirando a mí, pero tuve la sensación de que tenía la cabeza en otra parte.

—Las cosas no tenían que salir así. Todos nuestros planes... —Parpadeó. Por fin pareció verme—. Tienes un moratón en la cara. ¿Te has hecho daño?

Respiré hondo. Ya no notaba los moratones. Quería correr tras Arcus y averiguar qué estaba ocurriendo. Pero sabía que mi tobillo no me dejaría llegar muy lejos.

—Por lo visto, no paro de hacerme daño, ¿no?

—Le pediré al hermano Gamut que te prepare uno de sus tés —dijo el hermano Thistle volviéndose hacia la puerta—. Quédate aquí.

Un buen rato después, salí en busca de noticias. El monasterio estaba extrañamente tranquilo. Al final encontré al hermano Thistle en la sala capitular apoyado sobre su bastón y mirando por la ventana.

—¿Se sabe algo? —pregunté.

Negó con la cabeza. Tenía el rostro demacrado y tenso; parecía más arrugado que de costumbre. Nos sentamos juntos y dejamos pasar el tiempo.

El sol había empezado a bajar del cielo y el calor de media tarde calentaba el asiento que había bajo la ventana. Una nube se puso delante del sol y me hizo estremecer.

De repente, el hermano Thistle se enderezó en el asiento y frunció el ceño. Se inclinó hacia delante.

—¿Es eso? Sí. Un caballo. —Dio un golpe con el bastón en el suelo presa de la excitación—. Oh, gracias a Tempus. Arcus ha vuelto.

Aunque estaba frustrada por el abrupto fin de nuestra conversación, miré fuera, estaba ansiosa por ver a Arcus. Una figura lejana cabalgaba en dirección al monasterio, un borrón oscuro recortado contra la carretera gris y los árboles borrosos. Cuando estuvo más cerca, la silueta se dividió en dos, después en tres, luego más.

—Hay más de un jinete, hermano Thistle. —La inquietud me trepó por la espalda como si fuera un grupo de arañas diminutas—. ¿Esperas visita?

El anciano pegó la cara al cristal y clavó los ojos en las manchas lejanas.

—¿De qué color van vestidos, niña? —preguntó con un temblor impropio de él en la voz.

Negué con la cabeza entornando los ojos.

—Cuesta distinguirlo.

Cuando las formas se acercaron, el hermano Thistle se llevó las manos al corazón.

—Por Tempus, no.

Al brillante sol del mediodía, los jinetes se veían mucho más claros. Vestían túnicas azules con una flecha blanca en el centro.

La marca del rey hielo.

Se me aceleró el corazón. El tiempo pareció detenerse y después acelerar.

El hermano Thistle maldijo entre dientes y se sacó una llave de entre los pliegues de la túnica. Me la puso en la mano y dijo:

—Dásela a la hermana Pastel. Ella te llevará a los túneles de las catacumbas que conducen a los bosques. Solo los miembros más veteranos de la orden saben adónde van a parar los túneles.

—No pienso esconderme —protesté levantando la voz.

Estaba asustada, más de lo que había estado desde que estuve en la cárcel de Blackcreek. Pero la necesidad de proteger a mis amigos superaba el miedo que sentía.

El monje me puso la mano en el hombro y me empujó hacia delante; me sorprendió advertir la fuerza que tenía.

—No es momento de ponerse obstinada —me advirtió con más genio del que me había mostrado nunca—. Si te encuentran aquí, no quiero ni pensar en lo que nos harán a todos.

Su razonamiento perforó mis resistencias. Quedarse a luchar podría hacer más mal que bien. No podía arriesgar la vida de los monjes y de Arcus solo para demostrarme que ya no era la misma chica asustada que había salido de aquel pueblo. Pero me sentía mal ocultándome en la oscuridad mientras ellos se enfrentaban a los soldados sin mí.

Los ojos y las manos del hermano Thistle no demostraron ninguna indecisión cuando me agarró de los hombros y me sacudió.

—¡Ve! —gritó.

Lancé una agónica mirada hacia atrás y me marché.

*M*ientras los demás monjes se preparaban para recibir a los soldados con una expresión acogedora e inocente, la hermana Pastel me guio por los empinados escalones que conducían a las entrañas del monasterio. Había huesos apilados en osarios y estantes, cajas torácicas arrumbadas y vértebras cubiertas de polvo. Me dieron arcadas al imaginar los pedacitos invisibles de hueso y tendones que flotaban en el aire, los últimos suspiros de los muertos.

Poco después de descender, percibimos el ruido metálico de las pisadas de las botas en el piso de arriba.

—No hagas ni un ruido, niña —susurró la hermana.

No necesitaba que me lo recordara. Las abarrotadas catacumbas eran tan silenciosas que cualquier ruido parecía una explosión de sonido. Aunque tampoco es que a ninguno de los presentes les importara. Estaban todos muertos.

—¿Qué les ocurrirá a los demás? —pregunté en voz baja.

La hermana Pastel negó con la cabeza.

—Con ayuda de Tempus, los soldados no descubrirán nada y se marcharán. «Nada» se refería a mí.

—Por aquí —susurró alejándome de la entrada.

Las paredes estaban talladas en la roca. El techo era tan bajo que hasta yo chocaba con él en algunos puntos.

Cada pocos metros, encontrábamos una especie de recoveco en la pared que servía de lugar de reposo para una pila de huesos llenos de polvo. Clavé los ojos en la antorcha. Verlos resultaba espeluznante, como si algún ruido del pasaje pudiera despertar sus quejas.

A medida que íbamos caminando, el techo empezó a ser cada vez más bajo y los huesos desaparecieron: solo quedó un túnel oscuro y retorcido que desaparecía en la nada.

—No puedo seguir —anunció la hermana Pastel jadeando debido al esfuerzo de agacharse tanto—. Si los soldados te buscan, acabarán encontrando las catacumbas. Tienes que llegar al final del túnel y encontrar la salida. Está escondida en una cueva, entre una pila de piedras que parecen un desprendimiento natural a los pies de una colina. Cuando salgas, dirígete al oeste. Hay un camino que conduce a lo alto de la montaña, allí encontrarás muchas cuevas en las que esconderte. Iremos a buscarte cuando sea seguro.

Cuando había llegado allí, lo único que quería era encontrar la forma de escapar del monasterio. Ahora me había acostumbrado a la seguridad y la familiaridad de aquel lugar. Quería pasar las mañanas entrenando con el hermano Thistle, ayudando a la hermana Clove y recogiendo plantas para el hermano Peele. Quería sentarme en la biblioteca con la hermana Pastel mientras el sol de la tarde se colaba por la ventana, acariciaba el pergamino y lo hacía brillar. Quería que el hermano Gamut me trajera té por las noches para calentarme mientras hablábamos de cómo nos había ido el día.

Y Arcus...

¿Y si lo habían cogido los soldados? ¿Y si no volvía a verlo?

Pero no tenía tiempo de desmoronarme. Una confusa sensación agri dulce mezcla de agradecimiento y tristeza me atenazaba la garganta. Abracé a la hermana Pastel y se quedó muy sorprendida.

—Gracias por todo lo que me has enseñado —espeté.

—No hay de qué, niña. —Me dio una palmada en el hombro—. Pronto nos veremos. Y entonces quizá te deje colorear un poco el pergamino.

—Eso sería maravilloso. Ten cuidado, por favor.

—Lo tendré. Adelante. La antorcha no te servirá de nada con el techo tan bajo. Solo hay un camino estrecho hacia delante; cuando salgas, todavía quedará luz para guiarte.

Tenía razón, la antorcha habría sido un estorbo. Pronto estaba de rodillas y me arrastraba por el pasillo estrecho a oscuras.

Tuve la sensación de pasar horas arrastrándome en silencio. Las rocas me golpeaban las rodillas y me arañaban las mallas. El largo camino hasta allí le había pasado factura a mi tobillo. Intenté olvidar el dolor y me concentré en poner distancia entre yo y los soldados, centímetro a centímetro.

El túnel empezó a elevarse y a ampliarse. Se me aceleró el corazón.

Después de algunos giros y recovecos, un rayo de luz tenue y granulosa cruzó la pared. Otro giro y encontré un montón de rocas que bloqueaban la

mitad del túnel.

Mi salida.

Me subí a las rocas muerta de ganas de tomar la primera bocanada de aire del bosque, pero la túnica se me enganchó en un saliente de la roca. Rugí y alargué la mano para soltar la tela. La prenda hizo un ruido al desgarrarse, pero se soltó.

Estiré los brazos con actitud triunfante para salir del túnel húmedo.

Algo me lo impidió. Un aleteo en el cerebro. Una especie de advertencia.

Me quedé helada. Había percibido un olor. A sudor y caballo.

Reculé como pude para perderme en la fría oscuridad del túnel, pero de pronto apareció una mano que me agarró de la muñeca y me arrastró hacia las rocas.

En cuanto pude apoyar los pies en el suelo, eché la cabeza hacia atrás. Mi cráneo impactó contra algo, una nariz o una barbilla, y arrancó un rugido sorprendido. Pateé en el aire y cuando mi pie impactó con una pantorrilla escuché otro rugido que me provocó una inmensa satisfacción. Un puño muy pesado impactó en el espacio que se abría entre mi hombro y mi cuello. Caí de rodillas al suelo.

—Sangre de fuego asquerosa —dijo la voz de un hombre.

Yo estaba en una cueva, un espacio del tamaño de la biblioteca del monasterio. La luz se colaba por una abertura en lo alto. Cuatro soldados me rodeaban, todos vestían la túnica azul con la flecha blanca.

«Concéntrate. Encuentra tu fuego.»

Debía de haberme cortado la mejilla con los dientes. El sabor metálico de la sangre me ayudó a concentrarme. Tragué saliva y cerré los ojos mientras dejaba que la presión aumentara en mi pecho para lanzar una ráfaga de calor.

—¡Oh, no, de eso nada! —Noté el impacto de una bota en la espalda que me tiró al suelo—. ¡Vaciad los barriles!

Me cayó agua helada por todas partes, la suficiente como para confundir mis sentidos y hacerme perder la concentración. Me chorreaba por el cuello y se amontonaba bajo mi mejilla, que tenía apoyada en el suelo sucio. Cerré los ojos con fuerza, me enfurecía que hubieran podido contrarrestar mi fuego con tanta facilidad.

—¿Es ella, capitán? —preguntó uno de los soldados.

—Ya lo creo —contestó otra voz—. Ese monje decía la verdad. Una sangre de fuego menuda con el pelo negro, igual que la que escapó.

Me recosté sobre los codos. Una figura corpulenta impedía que la luz del sol entrara en la cueva.

—Llevo mucho tiempo buscándote, Carbonilla —dijo con delicadeza.

Parpadeé y le vi la cara más claramente. La nariz afilada, los pómulos marcados y la barba incipiente en la barbilla. La misma cara que me había obligado a recordar cada día de mi vida desde que acabé en la cárcel del rey. La que había imaginado llena de cicatrices, quemada y pidiendo una clemencia que no pensaba demostrarle jamás.

Era el capitán que había matado a mi madre.

—La última vez que te vi estabas empapada y medio muerta en el suelo de la cárcel de Blackcreek. Me pregunto cómo conseguiste escapar.

Empecé a temblar cuando me asaltó el recuerdo de esa terrible noche. Intenté concentrarme en mi calor, pero el miedo y el frío me debilitaban.

«Los soldados acechándonos, los habitantes del pueblo alejándose. Mi madre y yo rodeadas de antorchas...»

El pánico se apoderó de mí. Alargué la mano y lancé una ráfaga de fuego hacia la cara del soldado. Él levantó el brazo forrado de cuero y el fuego lo chamuscó. Rugió una orden y me tiraron otro cubo de agua por la cabeza.

—No soy la misma persona que tú recuerdas —le advertí mientras me chorreaba agua de los labios—. Aquella noche capturaste a una chica asustada. Pero ahora ya no tengo miedo.

Era mentira. Tenía el estómago revuelto y el corazón me palpitaba con tanta fuerza que me dolía el pecho.

Pegué las manos al suelo y el calor se extendió hasta cubrir toda la tierra de la cueva. Algunos de los hombres gritaron y levantaron los pies provocando un baile muy cómico, pues las finas y desgastadas suelas de sus botas no los protegían de mi calor abrasador. Pero el capitán llevaba las suelas más gruesas.

Apretó los labios. Me agarró del pelo y me echó la cabeza hacia atrás, lo que me obligó a tomar una dolorosa bocanada de aire por la nariz. Me lanzaron más agua y empecé a temblar.

—Los sangre de fuego os creéis muy poderosos, pero lo único que necesitamos para venceros es un poco de agua fría.

Lo miré a los ojos.

—Os mataré a todos con mi último aliento.

Le tembló un poco la sonrisa, pero se recuperó enseguida.

—A pesar de lo mucho que disfrutaría ahogándote hasta que murieras, tenemos órdenes que cumplir. Los sangre de fuego más poderosos van directamente a ver al rey. Él quiere decidir el destino de cada uno de vosotros en persona.

Quería abrasarle la piel y ver cómo se retorció de dolor hasta morir. Lo deseaba con todos los músculos palpitantes de mi cuerpo y con cada uno de los salvajes destellos de calor de mi alma.

Sin embargo, entonces recordé las palabras de Arcus. «¿Hay alguien más? ¿Qué otro sangre de fuego podrá hacerlo si no lo haces tú?»

Si existía la mínima posibilidad de completar mi tarea, tenía que intentarlo. No sabía dónde estaba Arcus, si estaba regresando o si a él también lo habían capturado. Sin él, no tenía ninguna posibilidad de entrar en el castillo. Pero los soldados me llevarían directamente ante el rey. En ese momento, dejar que me capturaran era la mejor opción.

Fingí agachar la cabeza en actitud de rendición. El capitán se meció sobre los talones y sonrió al verme temblar. Estaba claro que pensaba que estaba aterrorizada y derrotada.

—A su majestad no le gustó nada descubrir que una sangre de fuego se había escapado de su cárcel —dijo—. Si no te hubiera encontrado antes del solsticio, habría pagado con mi vida.

—Pues es una lástima que lo hayas conseguido —dije mirándolo a los ojos. Se inclinó para susurrarme al oído.

—Después de algunos días encerrada, desearás que hubiéramos acabado con tu vida aquí mismo.

SEGUNDA PARTE

Bajar la montaña fue casi tan doloroso como subirla. Me llevaron atada a lomos de un caballo. Me pusieron varias capas de tela húmeda para que estuviera fría.

Cuando dejamos la montaña atrás, empecé a añorar el monasterio, casi tanto como había extrañado la acogedora cabaña donde vivía con mi madre cerca del pueblo. No dejaba de mirar hacia atrás esperando, en parte, que apareciera Arcus persiguiéndonos al galope. Ahora todo era distinto entre nosotros, él no iba a dejar que se me llevaran sin más. Pero, después de uno o dos días, cuando el monte Una quedó envuelto en bruma a nuestra espalda, empecé a perder la esperanza.

De camino al norte, la tierra era yerma; muchas de las viviendas estaban deshabitadas. Las pocas personas que miraban por las ventanas cuando pasábamos tenían la piel amarillenta y estaban muy delgadas. Me pregunté cómo conseguiría tan poca gente plantar y cosechar los cultivos que tanto necesitaba.

Después de una semana, llegamos a las faldas rocosas del monte Fors, por donde cruzaban varios caminos zigzagueantes. El sol ya había empezado a ponerse cuando avistamos el castillo, apostado como una estalagmita dentada en lo alto de la montaña. Al oeste se veían franjas de ardientes tonos dorados y un violeta sangriento que flotaban suspendidas en el aire como si fueran radiantes pañuelos lanzados al viento. Uno de los laterales del castillo brillaba, el sol poniente se reflejaba y refractaba en el hielo. Era un espectáculo imponente.

—Es precioso, ¿verdad, Carbonilla? —dijo el capitán mientras nos aproximábamos.

Apreté los dientes.

—Si te gusta el hielo.

La falda de la montaña estaba llena de árboles y matorrales que crecían entre las rocas grises. A medida que ascendíamos, el verde empezó a escasear y el hielo comenzó a salpicar el paisaje, primero en parches, después en placas gruesas y amplias. Enseguida me puse a temblar, no solo del frío, sino también debido a la sensación que tenía de estar encerrada dentro de unas crecientes y poderosas paredes heladas, como si alguien hubiera cortado el camino con un cuchillo colosal.

Doblamos una esquina y quedé reducida al tamaño de una hormiga, pues a ambos lados del camino se erigían enormes estatuas de hombres congelados. Eran los gigantes de hielo de los que había leído en los mitos antiguos: simétricos y perfectos, hechos de hielo. Fors les había dado vida. Pero aquellas estatuas parecían inertes. No se movían: ni un ruido, no respiraban. Cuando pasé junto a ellas, noté un cosquilleo en la nuca, como si me estuvieran mirando desde algún punto del interior de su prisión de hielo.

Llegamos a una enorme verja de hierro incrustada en la montaña. Apostados a lo largo de todo el perímetro del muro había soldados con los arcos preparados. Pero lo que me asustó no fueron las flechas con las que me apuntaban. Fueron los lobos de hielo, que miraban por encima del borde del parapeto con el pelaje blanco erizado. Había oído historias sobre aquellas criaturas de hocico afilado que cazaban sangre de fuego, pues las entrenaban especialmente con ese fin.

Uno de los lobos levantó la cabeza de golpe, olfateó el aire y volvió su nerviosa nariz negra en mi dirección. Me clavó sus gélidos ojos, grandes y vacíos de cualquier cosa que no fuera apetito, luego levantó la cabeza y empezó a aullar como un perro de caza. Los demás lobos se pusieron a olfatear y a aullar como locos, expresaban la rabia que les daba estar demasiado lejos y no poder hacerme pedazos y alimentarse de mi sangre caliente.

La cacofonía atrajo más guardias hacia la puerta, todos con las espadas en alto.

—¡Identificaos! —gritó uno que llevaba un casco de acero.

Nuestra partida se detuvo, excepto por el capitán, que siguió cabalgando hasta la entrada.

—Soy el capitán Drake, antes estaba destinado en el cuartel de Blackcreek. Traemos una sangre de fuego para el rey.

El guardia me observó con un odio palpable. Me pregunté si habría peleado

en las guerras de la frontera y cuántos hombres habría perdido a manos de los sangre de fuego. Le devolví la mirada con la misma animosidad.

Después de examinarnos a conciencia, el guardia hizo un gesto con la mano para abrirnos paso. Atravesamos el puente de piedra que cruzaba un foso bien ancho con trozos de hielo flotando en el agua. De vez en cuando se veía alguna aleta blanca cubierta de escamas. Me estremecí y miré hacia delante.

Pasamos por un patio enorme salpicado de estatuas de hielo. Desmontamos y los mozos se apresuraron a ocuparse de nuestros caballos, todos con cuidado de guardar las distancias conmigo. Cuando nos acercamos a pie hacia el túnel que conducía a una puerta enorme, percibimos un gran alboroto a la derecha.

—¡Muerte a la sangre de fuego! —gritó una voz desde la multitud que nos observaba de cerca. Una mujer con un sencillo vestido desgastado corrió hacia nosotros, llevaba el pelo blanco cubierto por un pañuelo y tenía la mirada salvaje. Tenía el rostro arrugado contraído en una mueca desagradable, en ella vi una mezcla de dolor y malicia—. Ella mató a mi Cam. ¡Era mi único hijo!

El capitán se adelantó y detuvo a la mujer con delicadeza mientras ella intentaba arañarme con sus largos dedos como si fuera un gato tratando de cazar un ratón. Le clavó su mirada furiosa al capitán.

—¿Cómo puede proteger a esta asesina? —gritó.

—Yo no soy ninguna asesina —me defendí con la voz temblorosa afectada por la intensidad de su odio. Probablemente, su hijo hubiera muerto en alguna batalla, y yo era el rostro conveniente sobre el que verter su dolor—. Pero su capitán sí que lo es.

Me dio una bofetada.

—Cierra el pico, Carbonilla.

Me llevé una mano a la mejilla dolorida y reprimí las lágrimas que amenazaron con asomar tras el golpe.

Se volvió hacia la mujer suavizando su expresión.

—Morirá muy pronto.

—Dejen que la mate yo —suplicó abriendo y cerrando las manos.

Cuando vi el odio vengativo en sus ojos, sentí una extraña punzada de reconocimiento, como si estuviera delante de una versión demente de mí misma. Se me congeló el alma.

—El rey es quien decide qué castigo recibirá —explicó el capitán con el

tono de voz firme y persuasivo—. Deje que se encargue él. Déjemela a mí.

Después de respirar hondo un par de veces, la mujer asintió y dejó caer los hombros. Me lanzó una última mirada cargada de odio.

—Te deseo una muerte lenta, asesina —dijo lo bastante alto como para que sus palabras retumbaran en el aire—. Y mucho dolor.

Podía sentir cómo me clavaba los ojos en la espalda mientras los guardias me guiaban por los enormes escalones blancos en dirección a la gigantesca puerta principal del castillo. Me flaquearon las piernas y me detuve en cuanto entré. La inmensidad de aquel lugar era abrumadora.

El interior del castillo era una monstruosa cueva de hielo. El hielo resbalaba por las paredes hasta alcanzar el suelo formando columnas que parecían completamente naturales. El techo era de un gélido color azul, con ondulaciones, pero la superficie parecía tersa, como la piel de un sapo. La luz parecía brillar de él y a través de él, cosa que creaba miles de formas fractales que se proyectaban en las paredes. En el centro, donde el techo se elevaba hasta formar una cúpula, habían un montón de estalactitas que conformaban una afilada y elegante lámpara de araña.

Las paredes de piedra gris asomaban por debajo de las sábanas de hielo azul. El castillo se había construido con piedra y después lo habían cubierto de hielo.

La enormidad del espacio, la intensidad de sus azules, la delicadeza de las estalagmitas y estalactitas que se buscaban entre sí en distintas esquinas (la impactante y amplia energía de la estancia) me dejó petrificada y me quedé sin aliento.

—Muévete —ordenó el capitán golpeándome entre los omóplatos.

Me tambaleé y me estremecí con fuerza, me dolían las manos y los pies del frío; avanzaba como podía mientras me conducían por distintos pasillos, algunos anchos, otros estrechos, todos eran una mezcla de piedra y hielo, hasta que llegamos a un arco enorme.

Allí el suelo estaba cubierto de piedras de colores, colocadas en un intrincado mosaico de formas que componían imágenes. Había pájaros con ramas en el pico, caballos con crines al viento, lobos de hielo persiguiendo zorros de fuego, criaturas fantásticas de las que nunca había oído hablar, dioses, diosas y mortales representando escenas de todos los mitos sobre los que había leído y acerca de otros que desconocía. Estaba tan absorta en todo aquello que apenas advertí que nos habíamos parado.

Dejé de mirar el suelo. A unos veinte pasos de distancia se erigía un enorme trono de hielo cuyo respaldo llegaba casi hasta el techo. El hielo se extendía desde su base y trepaba por las paredes como si fueran venas conectadas a un corazón. Era una monstruosidad imponente de espeso hielo dentado que se extendía hacia arriba como un millón de espadas afiladas. Aunque las puntas de los carámbanos eran afiladas, la textura era suave, como si los hubieran pulido con una dedicación obsesiva hasta que no quedara ni un solo bulto o saliente: todo el conjunto era cegadoramente brillante al sol poniente, que se colaba por un enorme ventanal que asomaba por detrás del trono.

Las sombras retozaban en el interior del hielo como mechones de humo negro.

Aquello no era un simple bloque de hielo. Era el trono, lo había creado Fors. En él palpitaba un poder oscuro.

Sentí una gran excitación. Estaba en presencia del trono. Si el hermano Thistle estaba en lo cierto, su destrucción significaría la curación del reino. Mi gente, si es que todavía existía, podría regresar o dejar de esconderse. Quizás el nuevo rey tendría un trono nuevo que no estaría contaminado por la maldición.

Sin embargo, eso dependía del imponente hombre que lo ocupaba en ese momento. Vestía una túnica azul marino y tenía el pelo y la piel tan pálidos que parecían haberse fundido con el hielo. Sus ojos eran dos ónices pulidos. Tenía las manos apoyadas en los reposabrazos, una a cada lado, y lucía un enorme zafiro que brillaba en uno de sus dedos.

Era mucho más joven de lo que había imaginado; en su piel brillante, no se veía ninguna arruga. No podía ser mucho mayor que yo.

—Le hemos traído una sangre de fuego —anunció el capitán, cuya voz grave retumbó en la enorme estancia.

Alguna fuerza invisible pareció apoderarse de mí, como si el trono me atrajera y me repeliera al mismo tiempo. Recibí un áspero empujón por la espalda que me obligó a ponerme de rodillas: mis palmas resonaron al impactar con el frío suelo de piedra.

Advertí, vagamente, que había varias personas cerca del rey; se volvieron para mirarme: a la derecha del trono había un hombre alto con una túnica muy elegante; a su izquierda aguardaba una joven con un vestido de terciopelo ciruela. También vi a un grupo de personas que conversaban:

parecían cortesanos.

El rey nos miró con total indiferencia. Fue como si yo formara parte del suelo: uno de los pájaros con una rama en el pico o uno de los zorros perseguidos por un lobo. Si no hubiera sido por el movimiento de sus ojos, podría haberlo confundido con una estatua.

Alzó una de sus cejas rubias.

—Solo es una chica flaca. —Era imposible pasar por alto el tono burlón de su voz—. Tenías órdenes de traerme a los más fuertes.

El capitán carraspeó.

—Esta es la sangre de fuego que escapó de la cárcel de Blackcreek. Quemó a una docena de mis hombres sin esforzarse. No creo que sea débil, majestad.

Parecía que le molestara tener que admitirlo.

—¿Dónde la encontraste? —preguntó el rey.

—En el convento Forwind del monte Una. No sabemos qué motivo podían tener esos devotos de Fors para ocultar una sangre de fuego, pero uno de los monjes era leal a su majestad y mandó un aviso al cuartel. Estamos interrogando al líder.

El pánico me atenazó la garganta. La idea de que estuvieran torturando al hermano Thistle para sacarle información sobre mí me resultaba insoportable. Me esforcé para ponerme de pie.

El rey me miró entornando los ojos. Se me puso la piel de gallina y me salía vaho de la boca. Una sola mirada del rey bastaba para dejarme medio congelada. Me estremecí al advertir la intensidad de su poder.

—Veo que te preocupas por los monjes —dijo frotándose la mandíbula con actitud pensativa—. Han debido de ser buenos contigo, lo que sugiere que te han alojado de buen grado.

Me esforcé para ofrecerle una explicación que pudiera aceptar y me dirigí a él con un tartamudeo:

—Les dije que era una refugiada. Ellos no sabían que yo era una sangre de fuego.

El capitán resopló con incredulidad.

—Un monje llamado Lack nos lo contó todo. Sí que lo sabían. Y, de todas formas, el monje anciano te curó.

El monje anciano. «El hermano Gamut. No.»

Una cosa era que me hicieran daño a mí, pero aquel monje tan amable se había pasado la vida recogiendo hierbas y plantas, su único propósito había

sido el de aprender mejores formas de curar, igual que había sucedido con mi madre. El calor empezó a extenderse por mi piel.

Escuché la voz del hermano Thistle en mi cabeza: «Bien. Ahora deja que crezca...».

Me concentré en mi corazón, pero me sorprendió encontrar solo una calidez tibia. Era como si alguien me estuviera extrayendo el fuego del cuerpo, absorbido por un sifón invisible que me dejó fría y débil. Se me abrieron los ojos y se me contrajo la garganta.

Si no podía acceder a mi fuego, estaba perdida. El rey. El trono. La destrucción de ambos dependía de mis poderes.

—¿Te ocurre algo, Luciérnaga? —preguntó el rey, entornando los ojos hasta convertirlos en dos puntos oscuros. Estaba reprimiendo una sonrisa—. Pareces... Parece que tengas un poco de frío.

En cuanto dije aquellas palabras, se me entumecieron las extremidades. No podía mover los pies. Me di cuenta de que los tenía cubiertos de hielo hasta los tobillos. El corazón me iba a mil y empecé a jadear. Pero cuando abrí la boca, ya fuera para suplicar o amenazar, me di cuenta de que tenía la mandíbula demasiado rígida como para hablar. Un pánico atroz me recorrió las venas. Estaba completamente a merced del rey.

—Estás acostumbrada a que el hielo no te afecte mucho, ¿verdad? —Sonrió, parecía satisfecho, como un gato bien alimentado—. Bueno, yo no soy un campesino. Mi poder procede del trono de Fors. Y absorbe tu calor.

El frío me llegó hasta el estómago y empezó a treparme por el pecho. Cada vez me costaba más respirar y veía menos. Entonces así era como el rey mataba a los sangre de fuego. Vi su sonrisa como si estuviera entre la niebla, sentí el placer que le producía provocarme dolor.

Intenté formar alguna palabra con mi garganta congelada. Empecé a ver estrellas.

La joven del vestido color ciruela se adelantó. Me miró intensamente con sus ojos violeta rodeados de pestañas espesas antes de volverse hacia el rey.

—Disculpe, su majestad —dijo con una voz suave y melodiosa—, pero ¿no sería buena idea dejar que peleara? Llevamos varias semanas sin ver a un sangre de fuego en la palestra. Quizás a vuestros soldados les animaría ver a vuestros campeones venciendo a una sangre de fuego, para recordarles nuestras grandes victorias. Podría ser una buena forma de inaugurar los juegos de verano.

En los ojos del rey brilló una chispa de irritación, pero la expresión de la mujer era paciente, inquisitiva y esperanzada. Tenía el pelo dorado, lo iluminaba la luz que entraba por la ventana que había detrás; lo llevaba trenzado y recogido sobre la cabeza con un estilo muy elegante que resaltaba sus rasgos delicados. Tuve la sensación de que si alguien más hubiera tenido la osadía de ser igual de atrevido, el rey lo habría congelado de inmediato. Pero el monarca pareció meditar sobre lo que había dicho la joven.

—Mi palestra es para guerreros y campeones. Esta chica no es ninguna de las dos cosas —contestó—. Pelear es un privilegio que el guerrero debe ganarse mediante una demostración de fuerza.

Hizo tamborilear los dedos en el trono helado y la luz se reflejó en su anillo de zafiro. Las sombras que había atrapadas en el hielo se movieron.

—Hay que ponerla a prueba —dijo una voz que resonó en mi cabeza como si de mil campanas se tratara: era increíblemente fuerte.

Por lo que podía ver, ninguno de los allí presentes daba señales de haber escuchado nada. El rey tenía la cabeza un poco ladeada.

—Hay que ponerla a prueba —repitió el rey. Levantó la mano e hizo un gesto despreocupado en mi dirección. El frío desapareció y me dejó tan débil que tuve la sensación de haberme quedado sin huesos—. Llévdsela a Gulzar. Si sobrevive a la bestia, quizá me plantee dejarla competir en mi palestra. Si no, por lo menos mi mascota habrá comido algo caliente.

El capitán se rio e hizo una reverencia; después me agarró de la nuca y me tiró al suelo.

—Tu benevolente rey te acaba de salvar la vida, Carbonilla —me siseó al oído—. Demuéstrale un poco de gratitud.

Me quedé mirando el suelo apretando los labios. No había ni un ápice de gratitud en mí.

—¡Dale las gracias! —me ordenó.

Aunque deseaba por encima de todo envolver al capitán en llamas, aún tenía la sensación de que me habían extraído todo el fuego del cuerpo, que goteaba en el suelo como sangre. Empecé a marearme: si me quedaba allí mucho tiempo más, acabaría perdiendo la conciencia. El rey decidiría que era débil y perdería la oportunidad de reivindicarme.

—Gracias —conseguí decir entre dientes.

Me levantaron de golpe y me dieron media vuelta; después me dirigí hacia el arco medio caminando medio a rastras.

—Esta tiene algo diferente —dijo la voz de las mil campanas.

Me di media vuelta para ver quién estaba hablando: solo vi al rey, que tenía los ojos más negros que el alquitrán. No volví a girarme, pero mientras salía de la sala seguía sintiendo su mirada entornada clavada en mí.

—*L*a bestia tiene los brazos largos —dijo uno de los guardias; había pegado la cara a las barras de acero que tenía sobre la cabeza—. Será mejor que te apartes.

Me habían metido en un espacio subterráneo oscuro, una estancia más o menos circular hecha de piedra. Una de las paredes estaba cubierta de hielo. La única luz que entraba procedía de la abertura superior. Las caras sonrientes de un grupo de soldados miraban hacia abajo.

—¿Y crees que también debería alejarme de su boca? —me burlé esforzándome por esconder el miedo que sentía—. ¿O debería hacerle una reverencia y dejar que me utilizara para limpiarse los dientes?

—La verdad es que sí que pareces un palillo —dijo muy sonriente.

El calor que había desaparecido en la sala del trono emergió a la superficie. Levanté la mano para abrasarlo con una espiral de fuego bien dirigida, pero el suelo se estremeció.

Después oí otro ruido, más flojo pero mucho más alarmante: grandes bocanadas de aire, como si procedieran de un fuelle gigantesco.

Una respiración. Un olfateo. Patas arrastrándose.

El terror me agudizó los sentidos. Me agaché para adoptar la posición de ataque que me había enseñado el hermano Thistle. En mi mente lo escuché decir que para pelear primero hay que relajarse y concentrarse. Tomé aire varias veces.

Había un gancho en la pared del que colgaban cuatro cadenas largas. Corrí hasta ellas y me impulsé hacia arriba trepando por la pared. Conseguí elevarme varios metros por encima del suelo. Me sentí aliviada. Aquello era mucho mejor que estar en el suelo.

Entonces vi a la bestia, era una sombra pálida agazapada en el túnel. Tenía el cuerpo peludo: era un espeso pelaje sucio que en su día debió de ser

blanco, pero que ahora lucía un asqueroso tono gris. Tenía algunos mechones que asomaban de forma desordenada. Olfateó el suelo con la nariz, la espalda encorvada le llegaba casi al techo; tras cada paso que daba dejaba un óvalo de hielo brillante. Olisqueó y arrastró los pies siguiendo un rastro invisible hasta donde yo estaba, después levantó su enorme cabeza y miró a su alrededor.

Yo no había trepado mucho por la pared, no lo suficiente. Ni siquiera el techo estaba fuera de su alcance. Dio un zarpazo en mi dirección; tenía las uñas muy afiladas.

Oí una áspera carcajada por encima de la cabeza.

—Te lo advertí —me recordó el guardia con alegría.

—Cállate —rugí separándome de la pared.

Me agarré de la cadena, me impulsé con los pies y me lancé hacia la pata extendida de la bestia. Fue como golpear una roca. Aullé, caí al suelo y rodé para alejarme de la criatura.

La bestia se volvió y me persiguió, era enorme y lenta, pero se movía con decisión; tenía algunos penachos de hielo colgando de la boca abierta. Yo no tenía adónde ir, no había ningún rincón donde poder pensar o descansar. Reculé hacia la puerta abierta.

Volví a escuchar la voz del guardia.

—Ahí no hay nada, a no ser que te gusten los huesos.

Le creía. No había salida.

Levanté una pared de fuego a mi alrededor. La bestia se sentó sobre los cuartos traseros, sus fuertes exhalaciones se mezclaban con mi respiración entrecortada. Pero el frío suelo de piedra sofocó el fuego. Si no conseguía arañar algo de control al salvaje terror que sentía, moriría allí.

Conecté con los círculos concéntricos de calor que me rodeaban el corazón, tiré de él hacia mis manos y envié una espiral de fuego en dirección al pecho de la bestia. La llama derritió los pedazos de hielo que se habían quedado pegados al pelaje del animal. La bestia siguió avanzando. Le lancé una ráfaga de fuego a la cara y le alcancé la nariz. Rugió de dolor y sacudió su enorme cabeza unas cuantas veces antes de volver a clavarme los ojos.

—Tú no quieres comerme —dije con delicadeza—. Empezaría a arder y a hervir tu estómago y te haría daño. No quieres comerme.

La bestia ladeó su gigantesca cabeza.

—No soy un buen bocado. Soy un saco de huesos. Me quedaría atravesada en tu garganta y te atragantarías. Te quemaría la garganta.

Ahora se movía más despacio y se detenía a escuchar cada vez que le hablaba. Si pudiera acercarla a su madriguera, quizá conseguiría utilizar mi fuego para hacerla retroceder y cerrar la verja. Caminé hacia ella sin dejar de hablar y la bestia me fue siguiendo despacio.

—Vaya, esto no es divertido —dijo uno de los guardias.

—¿Qué crees que deberíamos hacer? —preguntó otro—. ¿Le tiramos agua?

Clavé los ojos en la bestia con el corazón acelerado y lancé una flecha de fuego hacia la verja.

El guardia gritó.

—Bueno, no parece que quiera jugar con nosotros. Será mejor que la dejemos descansar. Se sentirá mejor por la mañana. Buenas noches, Carbonilla.

Percibí algo que se deslizaba y la estancia empezó a oscurecerse. El guardia estaba tapando la abertura con una tabla, era mi única fuente de luz.

—¡No, por favor! —grité dejando que el miedo se llevara mi determinación para demostrar mi debilidad.

Escuché unas risas sofocadas mientras la tabla se cerraba del todo. La estancia se quedó a oscuras y en silencio, salvo por la respiración de la bestia en la oscuridad.

Se me aceleró el corazón. Tenía la respiración entrecortada. Me trepó un grito por la garganta. Me mordí el puño.

«Para. Piensa. Recuerda tu entrenamiento.»

Respiré hondo e intenté encontrar ese lugar tranquilo dentro de mi cabeza. Me tranquilicé un poco y recordé algo que podía ayudarme: la bestia era una criatura de hielo. Podía sentir su frío.

Me había pasado horas practicando aquella habilidad con los ojos vendados. Y la bestia no era tan silenciosa como lo había sido Arcus. Podía ayudarme de dos sentidos.

La bestia estaba olisqueando el suelo. Podía escuchar cómo rozaba las piedras del suelo con la nariz a medida que se acercaba. Percibí su hielo, noté su aliento frío en la cara cuando abrió la boca.

Me aparté y noté cómo me rozaba cuando rodé por el suelo. Me puse de pie. Noté una corriente de aire a la espalda. Debía de ser el túnel que conducía a la madriguera de la bestia. No quería quedarme arrinconada allí. Me aparté con las manos extendidas.

Un olisqueo. Un aliento frío.

Me lancé hacia la derecha justo cuando me rozaba la brisa que había provocado la bestia al abalanzarse sobre mí. Pegué la mano a la pared. Percibí frío a mi izquierda. Me desplazé por la pared hacia la derecha deslizando las manos por la piedra. Me detuve, agucé los sentidos y me di cuenta de que el olisqueo había cesado. Se había quedado en silencio. La bestia no podía ser tan lista como para darse cuenta de que podía escucharla. ¿Verdad?

Una ráfaga de frío se formó justo delante de mí. Me tiré hacia un lado, pero no lo hice lo bastante rápido. Una de sus garras afiladas se clavó en la pierna y me desgarró la pantorrilla. Respiré hondo y me escabullí hacia la derecha. La bestia olisqueó y rugió, era evidente que el olor a sangre la había excitado.

Noté que estaba a mi derecha, a pocos metros de distancia. Maldije en silencio al notar la sangre que goteaba de la pantorrilla. Ahora la bestia podía olerme, daba igual lo mucho que me moviera.

Arcus me había dicho que tenía que ser consciente de todo lo que me rodeaba, que debía utilizarlo. ¿Dónde estaban esas malditas cadenas? Quizá pudiera utilizarlas como arma, alcanzar a la bestia en el ojo.

Me deslicé por la pared y me detuve cuando llegué a la brisa del túnel. Crucé el punto donde me había atacado la bestia, podría quedarme atrapada en ese agujero. Vacilé, no estaba segura de qué debía hacer.

El frío se abalanzó sobre mí increíblemente deprisa. No tuve tiempo de hacer nada, solo pude hacerme un ovillo. La bestia me rozó la espalda y los brazos con los dientes.

Sin pensar, extendí los brazos y lancé una ráfaga de fuego con las palmas de las manos que se internó en la boca de la criatura.

Algo crepitó y reventó, un líquido explotó a mi alrededor como si fuera una burbuja. Unos huesos crujieron y el cuerpo se desplomó sobre mí proyectando una sorprendente oleada de frío. Me quedé quieta un minuto, aturdida por aquel ataque tan repentino y la fuerza de mi respuesta involuntaria. Cuando tuve las ideas más claras, me esforcé en salir de debajo de la carcasa desangrada y jadeé al notar que el líquido congelado me empapaba la ropa y me resbalaba por la espalda.

—Sacadme de aquí, idiotas —grité; el alivio me había dejado un poco mareada y aturdida—. He matado a vuestra bestia asquerosa.

La plancha de madera se deslizó por la ranura y en la cueva entró un rayo de luz.

—¿Sigues viva, palillo? —preguntó uno de los guardias con incredulidad.

—¿A ti qué te parece? —dije con la voz temblorosa.

Hice un gesto para señalar el cuerpo, entornando los ojos. La imagen era asquerosa, una pila humeante de carne quemada. Pero estaba encantada de verla.

—Parece que haya explotado un melón —comenté con alegría, señalando la sangre de color azul oscuro que resbalaba por las paredes.

—Por Fors, lo ha conseguido —exclamó el otro guardia—. Lo has conseguido, Carbonilla. Tengo que admitirlo. Pero al rey no le va a hacer ninguna gracia que hayas matado a su mascota.

Jadeé mientras lo miraba.

—Yo estaría menos contenta si hubiera acabado en su estómago.

El guardia esbozó una pequeña sonrisa.

La euforia y la sorpresa me entumecían los dedos de pies y manos. Lo había logrado. Le había dado la vuelta a mi suerte y había vencido a la bestia. A pesar del orgullo que sentía por haber impresionado al guardia, todavía no podía creerlo. Pasé un buen rato sintiéndome invencible.

Una sombra se movió en la pared del fondo, se movía como si fuera humo. Tenía forma humana, una cabeza con cuernos y dos hombros puntiagudos. A sus lados flotaban un par de formas que parecían manos. Un escalofrío gélido me recorrió las venas. Entonces desapareció, demasiado rápido como para que pudiera seguirla con la vista.

Entonces vi la cara del capitán asomando por la abertura superior. Su voz resonó, les ordenó a sus guardias que volvieran al trabajo. Me miró larga y fijamente a través de los barrotes.

Me limpié las manos en la piedra.

—Esta cosa huele casi tan mal como tus soldados.

Entornó los ojos.

—Nada apesta más que un sangre de fuego.

Se sacudió el polvo de las manos antes de dar media vuelta, como si se hubiera manchado hablando conmigo.

Cuando volví a quedarme sola, resbalé por la pared hasta apoyar la cabeza en el suelo, me hice un ovillo y cerré los ojos.

Tenía mucho frío. Rebusqué entre mis recuerdos y encontré uno que me encogió el corazón: la mirada en los ojos de Arcus justo antes de besarme, sus labios fríos calentándose contra los míos, sus ojos gélidos brillando

cuando me miraba entre beso y beso, como si yo fuera algo valioso, único y bello.

En mi pecho se encendió una llama de calidez. Me aferré a ese sentimiento incluso cuando me levantaron y me llevaron a una de las celdas de la torre del rey.

*L*a celda de la torre no era muy distinta de la que había ocupado en la cárcel de Blackcreek. Los mismos suelos de piedra, una cama de paja en una esquina, una ventanilla. Un anciano con una túnica sucia y apestosa se acercó a mí y me vendó la pierna. Tenía las manos ásperas y no empleaba hierbas curativas, era muy distinto del hermano Gamut, con su tacto suave y su té milagroso.

Cerré los ojos y le pedí a Sud que protegiera a mis seres queridos: Arcus, el hermano Thistle, el hermano Gamut, la hermana Pastel y a todos los monjes cuyos nombres recordaba. Fui repasando la lista una y otra vez hasta que me quedé dormida.

Por la mañana me dieron una palangana con agua para que me lavara, después me vistieron con ropa cómoda: una túnica marrón y unas mallas. Desde allí, los guardias me acompañaron de nuevo ante el rey. Cuando entré en la sala del trono, algo volvió a arrebatarme el calor con un puño invisible y lo agarró con fuerza. Temblé debido al esfuerzo que me costó controlarme y mantener una expresión serena.

El rey estaba resplandeciente: lucía una túnica azul marino con bordados dorados. El anillo de zafiro le brillaba en la mano, era del mismo color de sus ojos, que parecían más oscuros que el día anterior. La brillante luz de la mañana se colaba por la ventana que tenía detrás. Estaba cómodamente recostado en el trono. Cuando me detuve, una chispa le iluminó los ojos, un pequeño destello de expectativa que, de algún modo, lo hizo parecer más joven. Si se hubiera tratado de cualquier otra persona, me habría resultado atractivo.

Hoy el trono parecía más claro. No había ninguna sombra moviéndose en sus profundidades.

A la derecha del rey aguardaban el mismo hombre con barba y la misma

joven. Cuando observé a la chica de pelo dorado, que lucía un vestido de manga larga de color turquesa, imaginé que debía de tener más o menos mi edad, o quizás algún año más. La joven me devolvió la mirada y en sus mejillas aparecieron unos hoyuelos, como si estuviera reprimiendo una sonrisa, no burlona, sino cálida, casi amigable. Parpadeé sorprendida y ella apartó la mirada.

—Mataste a mi bestia —dijo el rey, su voz retumbó en los carámbanos que colgaban del techo—. Para traer esa criatura desde el monte Sarcassa murieron siete hombres y siete más resultaron heridos. Y ahora tú la has destruido.

Pareció aguardar mi respuesta. Me esforcé por eliminar el odio de mi voz. No me convenía acabar ejecutada por insolente.

—Fue la tarea que me encomendasteis, majestad.

—Eso no importa. Me has privado de una fuente de placer, del elemento favorito de mi palestra. Me pregunto qué clase de compensación puedes ofrecerme a cambio de esa pérdida.

Aunque las palabras eran acusadoras, su voz escondía un tono casi juguetón.

Parpadeé e intenté reajustarme a aquel cambio de actitud respecto al día anterior.

—¿Disfruta viendo como mueren sus campeones?

—Disfruto viendo como luchan dos criaturas poderosas, y mi pueblo también. ¿No es así, lord Ustathius?

El hombre de la barba asintió y dio un paso al frente adelantando la barbilla con actitud arrogante.

—Exacto, majestad. Siempre produce mucha curiosidad ver quién gana. Puede que el campeón sea feroz o disciplinado, despiadado u honrado, pero al final todos mueren. Eso nos enseña una gran lección: la única seguridad yace en el poder. El poder siempre gana.

El rey asintió con una actitud casi reflexiva, como si estuviera acostumbrado a darle la razón a aquel cortesano. Eso me recordó que el rey era mucho más joven de lo que parecía con sus fríos y crueles ojos.

—El poder es importante —concedió el rey—. Las demás cualidades son meramente decorativas.

Así que a sus ojos, las personas como mi madre, que eran amables y dedicaban sus vidas a cuidar de otros, no importaban en absoluto. El calor

empezó a burbujearme en el pecho, pero el trono me lo arrebató tan deprisa que me dolió. Me esforcé por no llevarme la mano al pecho.

—Bueno —dije—, según sus estándares, tengo valor porque derroté a su bestia. Fui más poderosa y debería tener otra oportunidad de vencer.

Me miró durante varios segundos, con los ojos un poco entornados.

—Ayer estaba convencido de que eras débil. —Otra pausa—. No me gusta equivocarme.

—A nadie le gusta equivocarse —contesté olvidando ocultar el tono de burla que me ardía en la garganta.

Algo brilló en sus ojos. Un terror primitivo me tensó la espalda y me aguzó los sentidos. Pero le aguanté la mirada al rey. La habitación pareció encogerse hasta que solo la ocupamos él y yo.

—Hablas con una libertad temeraria, Luciérnaga —dijo con tono grave—. Y eso que podría matarte sin apenas esforzarme.

Entonces, las sombras del trono cobraron vida y empezaron a arremolinarse por detrás del rey en una espesa nube de humo. De repente parecía mayor, más duro. Se le oscurecieron los ojos.

No tenía nada con lo que negociar, no podía medirme con el rey. Debía demostrarle que tenía algún valor para él. Y lo único que él valoraba era mi fuerza.

—Sí —dije—. Podría hacerlo. Pero entonces nunca vería lo poderosa que soy.

Una sonrisa iluminó la cara de la joven. El hombre de la barba que aguardaba junto al rey dio un paso adelante.

—Esto no será como enfrentarse a una bestia estúpida. Los campeones de su majestad han luchado muy duro para llegar hasta la palestra y no se detendrán ante nada para acabar con tu vida.

—No tienes ninguna posibilidad contra mis campeones —concedió el rey.

Su tono era desdeñoso y transmitía mucha convicción, como si ya hubiera tomado una decisión.

Cambié de táctica y opté por adoptar una valiente despreocupación.

—Si me mata ahora, perderá el placer de verme caer en su palestra. Mi muerte será la más espectacular que se haya visto. Estoy convencida de que no podrá resistirse al placer de ver mi sangre derramada para su entretenimiento.

Algo oscuro le cruzó el rostro. Me recorrió con la mirada en silencio.

Si quería destruir el trono, tenía que vivir. Para vivir, tenía que ganar. Y para ganar, el rey tenía que concederme la oportunidad de pelear. Esperé aguantando la respiración.

La joven del pelo dorado soltó una risita que rompió la tensión.

—Se defiende bien, majestad. No hay nada peor que una muerte rápida y aburrida en la palestra. Estoy segura de que será una buena rival para alguno de nuestros campeones.

El rey se relajó de forma visible. La alegría brilló en sus ojos azules y volvió a parecer joven otra vez. Se dirigió al guardia.

—Llévala a la sala reservada para los contrincantes.

Apreté los músculos para ocultar mi tembloroso alivio a pesar de saber que tendría que enfrentarme a enemigos muy bien entrenados y absolutamente despiadados. No importaba cuánto hubiera entrenado yo en el monasterio: no estaba preparada para enfrentarme a esa clase de poder.

—Y Luciérnaga —añadió el rey con un brillo de acero en los ojos—, espero que cumplas tu palabra y nos brindes una muerte espectacular. No sucumbas demasiado rápido. Lo divertido es ver la pelea.

Hice una reverencia.

—Haré todo lo que pueda para morir despacio y complacer a su majestad.

Sus oscuras carcajadas me siguieron cuando los guardias dieron media vuelta y me acompañaron a la sala.

El guardia me acompañó hasta una sala sin ventanas donde había una sencilla cama de madera y un lavamanos. O sea, otra celda, aunque un poco más cómoda. Cuando la puerta se cerró a mi espalda, me di la vuelta y le di un golpecito. Era gruesa, pero estaba hecha de madera. Podría atravesarla con mi fuego. Sin embargo, aunque consiguiera escapar y encontrara la forma de burlar a los guardias, mi meta seguía siendo la de destrozar el trono. Y no tenía ni idea de cómo hacerlo.

Me tumbé en el colchón de paja y miré fijamente el techo de piedra tratando de recordar todo lo que el hermano Thistle me había explicado sobre el trono. Pero no recordaba que me hubiera dicho nada sobre que podía robarme el poder ni de lo que podía hacer para evitarlo. Quizá no lo supiera.

Se abrió la puerta y entraron dos guardias. Uno dejó una bandeja de comida en el suelo, después se marcharon. En la bandeja había un gran cuenco de

madera lleno de estofado con un mendrugo a un lado. Me abalancé sobre la comida y comí una cucharada. Cerré los ojos y disfruté del placer de una comida caliente.

Cuando la puerta se volvió a abrir, volvía a estar tumbada en el colchón de paja. Me bajé de la cama y mis pies y todo mi cuerpo adoptaron, automáticamente, la postura de ataque: las rodillas flexionadas y los puños en alto para defenderme.

Entró una mujer, su falda larga de intenso color ciruela siseó al rozar la puerta antes de cerrarla. Cuando vio la postura que yo había adoptado, abrió mucho los ojos y alzó sus cejas doradas.

—Ya veo que estás preparada para pelear —dijo con su voz elegante—. Bien. Pero reserva las fuerzas para la palestra. Las vas a necesitar.

Era la joven del salón del trono, la que había ayudado a convencer al rey para que me dejara pelear. Obligué a mis músculos a relajarse y bajé los puños.

—¿Quién eres?

La joven recorrió la habitación con la mirada.

—Estos aposentos son un poco rústicos. Si ganas las peleas suficientes, quizá te concedan una habitación mejor. Es un incentivo. Bueno, y que vivirás. Esa es razón suficiente para salir contenta.

—Pensaba que querías que tuviera una muerte espectacular.

—Eso es lo que he dicho. —Guardó silencio mientras me observaba—. Me llamo Marella. Mi padre, lord Ustathius, es el otro hombre que ha hablado hoy, el consejero más leal del rey, ha servido a tres reyes seguidos. Seguro que sabrás apreciar que soy una aliada valiosa.

El anciano arrogante que había comentado que lo único importante en la vida era el poder. No comprendía por qué, en mi actual posición tan desprovista de poder, podía importarle, ni a él ni a su hija.

—Y qué he hecho para ganarme su...

Vacilé, no sabía cómo referirme a lo que me estaba ofreciendo aquella joven.

—¿Amistad? —sugirió—. Es sencillo. Mantente con vida. Gana tus peleas. Sé más rápida y más fuerte que tus oponentes.

Levanté los brazos.

—No creo que vaya a ser más fuerte.

—Quizá no seas más musculosa. Pero tienes tu fuego. Utilízalo. Sé

despiadada.

—No esperaba que ninguna de las personas que encontrara aquí me animara a ser despiadada con mi fuego, en especial contra uno de los suyos.

—Ese es el motivo por el que sigues con vida —dijo—. Para proporcionar entretenimiento intentando vencer a uno de los campeones del rey. Si te rindes y aceptas la muerte, me habré molestado para nada.

—¿En qué sentido te has molestado?

—Para empezar, me he arriesgado a hacer enfadar al rey al sugerir que dejara que te matara otra persona.

—¿Tan arriesgado ha sido eso?

—El rey es volátil y muy impredecible. No sabe controlarse. Se rinde a los susurros de... otros, que le animan a alimentar sus apetitos de sangre y crueldad. Si dices lo que no debes, acabas encerrado en la torre o en la palestra. O te mata él mismo. Así que sí, Ruby, ha sido un gran riesgo.

Me sorprendí un poco al escuchar mi nombre. Podría haberme llamado Luciérnaga, como había hecho el rey, o Carbonilla, como disfrutaba llamándome el capitán, pero ella había elegido concederme el honor de dirigirse a mí por mi nombre.

—¿Te atreves a hablar así del rey? —pregunté casi en un susurro.

Ella alzó las cejas.

—¿Se lo vas a decir a alguien?

Negué con la cabeza.

La chica sonrió.

—Claro que no. Eres inteligente. Y las dos queremos lo mismo. Que vivas.

—¿Por qué te importa? ¿Qué significa una sangre de fuego para ti?

—Tenemos más en común de lo que tú crees. Quiero ser, si no una amiga precisamente, por lo menos una aliada. Si no puedes aceptarme como tal, quizá puedes pensar en mí como en una enemiga con la que compartes una misma meta.

—¿Y qué meta es?

La joven extendió las manos y sonrió.

—Por ahora tu meta es sencilla: mantente con vida. Eso ya es lo bastante difícil.

—¿Y no quieres nada de mí?

Hizo una pausa reflexiva.

—Algunas respuestas, quizá. ¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete.

Una expresión triunfante le iluminó los ojos.

—El hermano Thistle debió de ponerse eufórico cuando te encontró.

Me sentí palidecer.

—¿Le conoces?

—Claro. Antes servía en este castillo, antes de que lo mandaran al monasterio del monte Una. Y hablando del monasterio, ¿quién es ese joven misterioso que vivía allí contigo? ¿Ese que siempre lleva capucha?

No le pregunté cómo sabía de la existencia de Arcus. Entonces recordé que él había crecido allí, en la corte del rey. Marella debía de haberlo conocido. Me tentó mucho la idea de hacerle preguntas sobre él, cómo era de niño, qué le había ocurrido. Pero no podía arriesgarme a revelar nada a aquella desconocida.

—Hoy en día, todos los monjes llevan capucha —contesté.

—No es un monje. Un joven atractivo con cicatrices en la cara. Un sangre de hielo con tanto poder como el rey. ¿Te suena de algo?

Negué con la cabeza con el corazón desbocado.

—No.

Ella volvió a sonreír.

—Muy bien. La confianza se gana despacito. Puedo tener paciencia.

Se volvió hacia la puerta y llamó. Un guardia le abrió inmediatamente.

—Recuerda, Ruby —dijo por encima de un hombro cubierto de satén—. Si mañana no te reprimes, tienes muchas opciones de ganar.

Salió con la elegancia de un cervatillo y a su paso dejó la esencia de alguna flor exótica.

Me vinieron mil preguntas a la mente, como olas rompiendo las unas sobre las otras un día de temporal. ¿Qué querían Marella y su padre? ¿Por qué conocía a Arcus y al hermano Thistle? ¿Qué intenciones tenía respecto al rey? Era evidente que tenía muchos planes y me veía como el vehículo para su ejecución. ¿Qué me pediría a cambio de haber evitado mi muerte en la sala del trono? ¿Cómo me podría volver a ayudar?

Me tumbé en la cama. Tenía un día para descansar. Mañana tendría que luchar. No importaba que Marella pretendiera ayudarme en la palestra. Dentro de estos muros, estaba sola.

No pude evitar recordar lo que había dicho el hermano Thistle cuando les había preguntado a él y a Arcus si los sangre de fuego llegaban a ser

campeones.

«Nunca hemos oído que algún sangre de fuego consiguiera salir con vida.»

A la mañana siguiente, entró una sirvienta con un montón de ropa. Llevaba un sencillo vestido marrón y un pañuelo a juego en el pelo, que lucía trenzado a la espalda. Era algunos años mayor que yo, esbelta y de rasgos delicados: un rostro en forma de corazón y unos enormes ojos asustados.

—Vengo a ayudarla a vestirse —dijo con un ligero temblor en la voz.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté entrelazando las manos para ocultar el temblor. Había dormido muy mal.

—Dor-Doreena —contestó levantando la vista para mirarme a los ojos un segundo antes de volver a clavarlos en el suelo de madera desgastada—. Yo sirvo a los campeones.

Suspiré.

—¿Tienes miedo de todos los sangre de fuego o solo de mí?

Abrió sus ojos redondos como platos.

—Lo siento, señora. No pretendía ofenderla.

—No me ofendes —contesté—. Y no me han llamado señora en la vida. Llámame Ruby.

Negó con la cabeza.

—No podría hacer eso, señora.

Dejó una túnica y una armadura de cuero en la cama; le temblaban las manos. Era extraño pensar que, mientras yo estaba aterrorizada de lo que pudiera ocurrir en la palestra, aquella sirvienta tuviera miedo de mí. Estaba claro que habría escuchado historias de despiadados asesinos sangre de fuego o cosas parecidas.

Seguí dándole conversación, en parte para tranquilizarla y en parte porque su agitación me ponía más nerviosa. Le hablé de mi pueblo y de lo extraño que me resultaba estar en un lugar tan grande después de haber crecido en una cabaña con el techo de paja, y que nunca había llevado una armadura y

que no sabría cómo ponérmela sin ayuda. Cualquier cosa que me ayudara a parecer más inofensiva.

Ella guardó silencio, pero ya no le temblaban las manos cuando manipulaba la túnica de color rojo sangre. Tenía mucho cuidado de no tocarme.

Mientras me ajustaba la túnica, decidí que me había cansado de escuchar mi voz y le hice una pregunta.

—Me has dicho que sirves a los campeones, ¿verdad, Doreena?

Asintió.

—¿Crees que puedes decirme algo que pueda ayudarme en la palestra? ¿Lo que sea?

Cogió un peto de cuero y lo sostuvo un momento entre las manos antes de hablar.

—Tendrá más opciones si se gana al público —dijo en voz baja.

Levantó el peto y yo pasé las manos por las tiras. Me mareé un poco cuando noté el contacto del material duro contra el pecho. Llevar armadura hacía que la lucha inminente fuera más real: la idea de que servía para protegerme de los golpes o las cuchillas.

—¿Ha habido algún sangre de fuego que se haya ganado al público en alguna ocasión? —Hice una mueca de dolor cuando me abrochó las correas a la espalda—. Au, demasiado apretado.

Aflojó las correas. Se colocó delante de mí y frunció los labios rosados mientras me examinaba.

—Nunca he oído decir que la gente se encariñara de ningún sangre de fuego. Puede que usted sea la primera.

No me parecía muy probable. Los sangre de hielo habían venido a verme morir, como pago por todos los parientes y niños que habían perdido en los conflictos con mi gente antes de que nos expulsaran del reino. El miedo y la rabia debieron de reflejarse en mi cara porque Doreena dio un paso atrás.

—¿Por qué sabes tanto? —pregunté con una sonrisa forzada.

—Llevo dos años sirviendo a los campeones. Los oigo hablar.

—¿Y qué más has oído decir que pueda servirme de ayuda? ¿Puedes darme algún consejo?

Parpadeó sorprendida y se mordió el labio antes de contestar.

—Es difícil porque no sé contra quién va a pelear. Supongo que lo único que puedo decirle es que todo el mundo tiene una debilidad. Intente prestar

atención. Muchos de los campeones tienen lesiones, alguna parte del cuerpo que se protegen más de la cuenta, algo con lo que tienen más cuidado. Si encuentra sus debilidades, concentre todos sus ataques en ese punto. Y..., bueno, es usted menuda. Mantenga las distancias. Si la cogen, no tendrá ninguna oportunidad.

Si no hubiera estado tan nerviosa, me habría puesto a reír.

—Por lo menos eres sincera.

—Del todo, por lo que dicen. No tendría que haber dicho nada.

—No, te agradezco tus consejos.

Me tendió una prenda de cuero suave teñida de negro.

—Esta es su máscara.

Tenía aberturas para los ojos, la nariz y la boca. Me recordó a la que se ponía Arcus durante nuestros entrenamientos.

Pensar en él era doloroso, pero recordar cómo le quemé la capucha y la máscara, y cómo había gritado conmocionado fue terrible. Se me atenazó la garganta y parpadeé con fuerza.

Dejé de pensar en ello y me concentré en lo que él mismo me había dicho, que yo era la persona más peligrosa que había conocido. La única posibilidad que tenía de sobrevivir dependía de mi habilidad para ser mortal.

Cuando Doreena me puso la máscara, me quedó toda la cara tapada salvo los ojos, un pequeño triángulo por debajo de la nariz y la boca. La odié automáticamente. Me asfixiaba la idea de que me había convertido en un cuerpo sin rostro al que mandaban a morir para el entretenimiento del rey. Me la quité y la tiré al suelo.

—Lo siento —le dije a Doreena. Su mirada sorprendida hizo que me avergonzara de mi repentino ataque de rabia—. No puedo respirar con eso puesto.

—Tiene que elegir entre la máscara o el casco —dijo retorciendo las manos—. Tiene que llevar la cara tapada. Según la tradición, los oponentes se enfrentan en igualdad de condiciones, nobles y campesinos por igual. Solo les quitan la máscara cuando mueren.

Qué idea más alegre.

—En ese caso tendrás que buscarme una máscara con la que pueda respirar, porque no pienso ponerme eso. Y un casco sería demasiado pesado.

Asintió.

—Te conseguiré algo.

Poco después volvió con un antifaz que me tapaba solo los ojos. Estaba muy decorado, llevaba plumas y perlas. Cuando le pregunté de dónde lo había sacado, se sonrojó mucho.

—Es de la amante de un noble —dijo—. Necesitaba que le guardara un secreto y yo se lo prometí. Me debía una.

—¿Qué clase de secreto? —pregunté con curiosidad por saber qué podría haber provocado que se sonrojara de esa forma.

—A veces, las nobles quieren pasar una noche con los campeones. A mí se me valora mucho por mi discreción.

Sonreí mirándola con un renovado interés.

—Creo que me caes bien, Doreena. Eres una superviviente.

—Y espero que usted también lo sea, señora.

Cuando empecé a caminar detrás de los guardias, las botas de nuestros pies adoptaron el ritmo de una marcha de batalla que latía al mismo tiempo que el susurro de la sangre en mis oídos. Salimos del castillo, cruzamos el patio y, desde allí, pasamos por un túnel que conducía a la gran palestra. Los guardias me dejaron en las sombras de un nicho reservado a los que están a punto de luchar.

Me latía tan fuerte el corazón que se me nubló la vista. Cerré los ojos y respiré hondo varias veces, después me obligué a examinar los alrededores.

Había luchadores de todas clases: la mayoría eran hombres con ropas raídas y otros con petos de acero, algunos lucían brillantes empuñaduras de espadas enfundadas en vainas decoradas, otros no llevaban armas. También había algunas mujeres, aunque tardé un momento en darme cuenta de ello, porque eran tan corpulentas, iban tan armadas y parecían tan imponentes como los hombres. Me pregunté cómo habrían llegado hasta allí y cómo habrían sido sus vidas para acabar en un lugar como ese.

Nunca había visto tanta gente en un mismo sitio. La palestra estaba hecha de hielo, sus suaves paredes circulares recordaban a un cuenco gigantesco. En la cara interior de la pared había una hilera de asientos tras otra, las gradas caracoleaban por el interior de la palestra. El excitado ruido que emanaba de las mil personas que había de público producía el murmullo de una colmena inmensa: era desconcertantemente alto e incoherente.

De vez en cuando sobresalía algún palco, los ocupaban espectadores bien

vestidos que desprendían gélidas bocanadas de vaho por la boca. De entre las personas sentadas en los asientos normales también emanaba alguna nube de vaho que otra. Por lo visto, los poderes eran más propios de la nobleza que de la plebe.

Cuando los guardias se marcharon, señalaron a una mujer llamada Braka, una altísima guerrera de hombros anchos y ojos grises que se estaba desplazando de un guerrero a otro y les daba indicaciones y ánimos. De sus hombreras metálicas colgaban algunos carámbanos, y también tenía varios en el pelo canoso, que llevaba recogido con un montón de trenzas. Imaginé que era la entrenadora de los campeones sangre de hielo, aunque a mí nadie me había ofrecido ningún entrenamiento. Tampoco lo esperaba. Me entrelacé las manos a la espalda para ocultar el temblor.

Antes de que pudiera decidir qué hacer a continuación, o dónde debería estar, un hombre robusto con el pelo corto y blanco que llevaba una túnica de un intenso color azul violáceo se plantó en medio de la palestra.

—Querido pueblo de Fors —atronó por encima del ruido de la muchedumbre; levantó las manos y el ruido disminuyó—, hoy, para vuestro entretenimiento y disfrute, os presentamos una gran cantidad de luchadores, desde humildes ladrones y traidores a amados campeones. Os ofrecemos también bestias maravillosas, animales exóticos de aquí y allá. Y, como siempre, os traemos espectáculo, entretenimiento y gestas de fuerza y valentía que os dejarán sin aliento. Honráis a vuestro rey animando a sus campeones y abucheando a sus enemigos. ¡Que las muertes sean honorables y las luchas sangrientas!

Sentí el impulso de huir. Me agarré con fuerza al muro de hielo esperando que el frío me ayudara a concentrarme. Pero lo que ocurrió fue que tuve que encorvarme hacia delante, me llevé la mano al estómago y me esforcé por respirar mientras intentaba no desplomarme.

El repicar de los cascos resonó en el suelo. De la enorme abertura que había al otro lado de la palestra emergieron un grupo de jinetes a lomos de caballos blancos; el sol de la mañana se reflejaba en sus armaduras lustradas. Llevaban cascos brillantes y portaban lanzas largas coronadas por puntas de hielo, afiladas como el acero. A los jinetes los seguían algunos campeones que iban a pie, y la multitud los recibió con gritos de adoración. A continuación apareció una procesión de animales de los que tiraban, ayudados por correas de cuero, unos tipos musculosos. Rugientes lobos de

hielo, enormes osos blancos, un tigre con rayas blancas y azules, incluso un gigantesco toro blanco de cornamenta gris que llevaba un yugo en el cuello, y del que tiraban dos hombres apostados uno a cada lado del animal.

El animal siguiente era muy raro. Se trataba de un pájaro enorme con plumas carmesíes, las patas largas y las alas pequeñas. Tenía un pico que parecía mortal. Se retorció y trataba de liberarse de sus porteadores; incluso llegó a despojarse del arnés y escupir una nube de fuego. Jadeé al mismo tiempo que la multitud.

Una criatura de fuego, aquí, en la ciudad de Fors.

El pájaro era precioso, elegante, salvaje. Parecía muy peligroso, y no se parecía a nada de lo que yo hubiera visto hasta entonces. Me dolía ver aquella extraña belleza atada y tan fuera de lugar. El animal forcejeaba con tanta rabia contra su porteador que tuve miedo de que se rompiera su delicado cuello.

Sentí una gran necesidad de salir de allí y liberar al animal. Pero entonces se volvieron a llevar a los animales por la puerta. Solo dejaron en la palestra a los lobos de hielo; de sus bocas salían nubes de vaho helado que brillaban a la luz del sol.

Dos guardias trajeron a un hombre con las manos atadas a la espalda. El presentador con la túnica púrpura lo anunció como un traidor del reino. La multitud respondió con gritos furiosos. Los entrenadores de los lobos dieron una orden y los animales se sentaron, cuando les quitaron las correas y los dejaron solos en la palestra, los animales temblaban ante la expectativa de lo que les esperaba. El prisionero retrocedió lentamente hacia los límites de la palestra.

Desde la puerta, uno de los entrenadores gritó una orden y los lobos se abalanzaron hacia delante como las flechas de un arco; se les había erizado el pelo de las patas traseras. El prisionero gritó y yo grité con él. En apenas un parpadeo, desapareció presa de los lobos, que se amontonaron los unos sobre los otros para alcanzarlo. Los aullidos del hombre quedaron casi sofocados por los gritos de la multitud. Casi, pero no del todo. Me tambaleé hasta un rincón oscuro y devolví una y otra vez hasta que tuve el estómago vacío.

El presentador anunció más animales y más traidores. Más gritos de dolor, más rugidos, mordiscos y vítores. Estaba mareada, revuelta. Ya no entendía nada. Cuando volví a levantar la vista, un tigre de rayas azules y blancas estaba separando su hocico lleno de sangre de un cuerpo tendido; uno de los

entrenadores le colocó un arnés sobre la cabeza y se lo llevó de la palestra.

—Y ahora, buena gente —dijo el presentador con una voz animada y clara—, de forma excepcional, el Pájaro de Fuego se enfrentará a nuestros campeones más expertos.

Seis guerreros armados entraron en el recinto. Al pájaro lo sacaron dos entrenadores, que se esforzaban para mantenerlo bajo control. El animal giraba los ojos salvajemente y clavaba las pezuñas en el suelo mientras forcejeaba con la correa. Los entrenadores lo soltaron y corrieron hacia la puerta mientras el ave se desprendía del arnés y soltaba una nube de fuego; la llama provocó una luz naranja que bailó sobre el fuego.

Los campeones levantaron los escudos y le lanzaron ráfagas de hielo con las manos. Se formó una capa de escarcha sobre las plumas del pájaro. El animal expelió otra ráfaga de fuego que desapareció tras una nube de humo. Los hombres recularon.

Se lanzaron ráfagas de hielo y de fuego. Los campeones no dejaban de recular. Era evidente que tenían miedo del fuego. La esperanza me hinchó el corazón. El pájaro era rápido. Se balanceaba de delante hacia atrás y lanzaba rachas de fuego en dirección a las caras de los hombres. Daba la sensación de que el pájaro nunca se quedaba sin energía o fuego.

Pero mis esperanzas no duraron mucho. Los campeones se separaron hasta dibujar un círculo alrededor del pájaro. En cuanto lanzó la primera ráfaga de fuego contra uno de los hombres, otro lo atacó por detrás, demasiado rápido como para que el ave lo bloqueara. El pájaro era astuto e intentó evitar el hielo, pero había demasiados hombres y, al final, lo alcanzaron desde todos lados y cayó. Los campeones se abalanzaron sobre el ave en grupo. Una columna de fuego brotó hacia el cielo cuando se alzaron seis brazos y le clavaron sus seis lanzas. Una segunda nube de fuego, más pequeña esta vez, flotó hacia arriba, seguida de una nube de humo. Más subidas y bajadas de lanzas y más vítores procedentes del público. Cuando los campeones se marcharon de la palestra y el polvo se asentó, el pájaro se quedó inmóvil. Parecía tan pequeño, con su pico delicado, sus plumas incongruentemente brillantes contra el suelo opaco. Tenía el cuello largo flexionado en un ángulo extraño, cosa que me recordó otro cuello flexionado con delicadeza y cubierto de pelo negro.

Volví a enfocar, la realidad apareció de repente ante mis ojos. El dolor y el sufrimiento del animal me afectaron mucho.

Se llevaron el Pájaro de Fuego de allí y comenzaron los combates normales, cada uno más brutal que el anterior. Al principio, hombres vestidos con ropas harapientas armados con espadines o cuchillos se enfrentaban los unos a los otros. Cuando empezó a ser demasiado para mí, cerré los ojos, pero podía escuchar los vítores de la multitud, los gritos de dolor cada vez que el metal atravesaba la carne. La hija de curandera que llevaba dentro se retorció del dolor que le provocaba la impotencia de la crueldad, aquel desperdicio innecesario.

Cuando se estaba disputando el tercer combate, me había apoyado contra la pared, tenía las piernas completamente entumecidas. Al final dejé que mi cuerpo resbalara hasta el suelo y me di cuenta de que tenía la cara llena de lágrimas.

—Levántate, chica —dijo una voz áspera. Me levanté y me encontré con Braka y sus trenzas heladas—. Ahora eres una contrincante. No puedes llorar.

—He visto lo que le han hecho al Pájaro de Fuego —dije con la voz áspera y entrecortada—. ¿Es lo que tienen planeado hacerme a mí?

—A ti te van a conceder una lucha justa contra uno de los campeones —anunció con la mirada tan firme como la voz—. Tienes tantas probabilidades como cualquier contrincante. No dejes que te vean llorar. Enfrentate a ellos como una guerrera, tanto si lo eres como si no.

Hice acopio de fuerzas, me levanté y me apoyé en la pared cuando Braka se marchó. Quería decirle que el honor no me importaba, pero preferí rezarle a Sud y volví a pegarme a la puerta para observar cómo los hombres harapientos iban dejando paso a guerreros con armaduras de cuero y espadas brillantes.

El combate que provocó más excitación fue el que libraron dos sangre de hielo muy poderosos: no llevaban armas, solo tenían sus manos y su hielo. Intenté interiorizar los ataques y las técnicas, con la esperanza de que eso pudiera ayudarme de alguna forma. Cuando al final uno de los guerreros sangre de hielo resbaló y cayó al suelo, el otro acabó con su vida cortándole el cuello con una hoja de hielo. Me di la vuelta mientras el campeón se regodeaba en los vítores de la multitud.

—Eres la siguiente, sangre de fuego —anunció Braka con un grave rugido—. Ya han salido los nombres y tú vas a luchar con Gravnach, uno de los campeones más queridos por el público.

Se abrieron las puertas de madera que había al otro lado de la palestra y

salió un hombre del tamaño de un oso. Vestía de cuero negro y llevaba una brillante armadura de acero que le cubría todo el brazo, del hombro a la muñeca. Y entonces comprendí a qué se refería Doreena con lo de ganarse al público. Aquel hombre sabía cómo hacerlo. Se puso a caminar en círculos por la pista: se detenía para levantar los brazos y rugir con dramatismo. La multitud respondió con un griterío salvaje.

—Cuando suene el gong, empieza la pelea —explicó Braka—. Cuando empiece, no se detendrá hasta que mueras. Muere con honor, Luciérnaga.

No se me escapó que Braka ni contemplaba la mínima posibilidad de que yo ganara. Me volví para mirarla a los ojos decidida a demostrarle fuerza.

—Querrás decir hasta que muera Gravnach.

Sonrió y me enseñó el diente que le faltaba, después agachó un poco la cabeza y se dio la vuelta.

Me coloqué en las sombras, cerca de la entrada abovedada del recinto. Cada nuevo latido de mi corazón parecía durar cien años, los momentos se alargaban una eternidad agónica ante la expectativa. Sonó el gong y me concentré en el momento.

Salí a la palestra y entorné los ojos al sol. Los gritos de adulación se convirtieron en aullidos y abucheos. Se me apelmazó el pecho. Sentí la agónica y poderosa necesidad de huir.

Mientras recorría la multitud con la mirada aterrorizada, el sol reflejó una brillante luz dorada: era el rey, estaba sentado en un palco rodeado de barandillas con intrincadas filigranas esculpidas en hielo. Llevaba una corona de oro con zafiros incrustados. Si no hubiera sido por el abrasador hielo de sus ojos oscuros, me habría parecido atractivo, un cálido ídolo dorado sentado entre infinitos tonos de azul. Desprendía un aire de perezosa expectación, como si estuviera preparado para divertirse, pero no estuviera seguro de que el espectáculo mereciera toda su atención.

Levanté la barbilla. Me pareció ver que me contestaba con una sonrisa burlona.

Marella estaba a su lado con el ceño fruncido y los dientes apretados. Cuando nos miramos a los ojos, ella suavizó la expresión y esbozó una pequeña sonrisa. Articuló una palabra: «Gana». Por lo menos había una persona que creía en mí.

Se inició un cántico en una esquina de la grada y fue creciendo como una ola que atravesó la multitud, toda la palestra atronaba:

—¡Gravnach! ¡Gravnach! ¡Gravnach!

El gigantesco campeón estaba de espaldas a mí, como si no advirtiera la presencia de un contendiente. El cántico se me metió en la cabeza y fue como si me extrajera la energía. Tenía que hacer algo, lo que fuera para sacudirme ese miedo paralizante que se estaba apoderando de mí. Levanté las manos y lancé una ráfaga de fuego que recorrió el suelo. Cuando llegó a los pies de Gravnach, el campeón saltó a un lado. La multitud silbó y gritó:

—¡Muerte a la sangre de fuego!

Ya esperaba que me odiaran, pero me sorprendió la intensidad del sentimiento.

Los gritos del público desaparecieron cuando Gravnach empezó a correr hacia mí a grandes zancadas. Esperé a que se detuviera, imaginando que nos pondríamos a dibujar círculos el uno alrededor del otro como hacían los luchadores. Pero siguió corriendo como si fuera un enorme tronco de árbol rodando colina abajo y yo no fuera más que un parche de hierba que aplastaría a su paso. Reprimí el impulso de huir.

Cuando estuvo lo bastante cerca y le vi el blanco de los ojos, me aparté hacia un lado y le lancé una ráfaga de fuego. La bloqueó levantando ambos antebrazos y proyectando una explosión de frío que se me clavó en la cara.

Entre jadeos de frustración, lancé una serie de flechas apuntando a las aberturas que encontré en sus defensas. La mayoría de ellas se disiparon con un chisporroteo, pero otras alcanzaron su objetivo; le impactaron en la máscara o en la piel, donde emitieron un siseo. Gravnach dio un paso atrás y disfruté del triunfo momentáneo.

Entonces rugió y creó una ola de hielo que se solidificó bajo mis pies. Resbalé y caí de culo. La sensación de vulnerabilidad fue aterradora. Por un segundo, me quedé inmóvil, pero, cuando se abalanzó sobre mí, me puse en marcha, me aparté rodando y me puse de pie. Proyecté algunas rachas de fuego a mi espalda para ganar tiempo, después me di la vuelta hacia él. «No dejes de moverte —me dije—. No pienses; solo muévete.»

La multitud rugía cada vez más fuerte.

—¡Gravnach! ¡Gravnach! ¡Gravnach!

El cántico me golpeaba una y otra vez como si fuera el martillo de un herrero que me pisoteara los nervios.

Mi rival empezó a rodearme lentamente. Por debajo de la máscara veía asomar unos pequeños ojos negros llenos de ira. Yo no había suplicado

clemencia o lo que fuera que hicieran la mayoría de sus rivales pocos segundos después de empezar a pelear contra él. Por lo menos eso es lo que me dije: era más fuerte que los demás. Yo iba a ganar.

Entonces dio un paso adelante y lanzó dos bolas de hielo a ambos lados de mi cuerpo. Lo hizo más rápido de lo que habría imaginado para tratarse de un hombre de tal envergadura. Me tambaleé hacia atrás mientras él avanzaba, pero alargué los brazos y proyecté unas espirales de calor. Él me lanzó una serie de cordeles de hielo hasta convertirlos en una jaula. Mi rostro debió de demostrar el pánico que sentía, porque Gravnach me sonrió a través de los barrotes helados.

«No pienses; muévete.»

Alargué la mano y le hice un agujero a la jaula. Mientras salía, él hizo una pared de hielo a mi espalda y me golpeó con su aire gélido. Caí hacia detrás y choqué contra la pared que él había creado antes de salir corriendo.

Descubrí un patrón. Sus movimientos eran como exámenes, casi parecía un juego. Era una araña gigantesca que lanzaba su tela pegajosa, esperando que alguna alcanzara su presa. Yo era la mosca, rápida y ágil, la que se colaba por entre la tela y escapaba. Pero cada vez era un poco más lenta, estaba más cansada. Al final, me iba a pillar.

Eché el brazo hacia atrás y lo balanceé hacia delante para lanzar una gigantesca cola de dragón. El hermano Thistle habría saltado de alegría al verla. La cola alcanzó a Gravnach justo debajo del estómago y lo obligó a inclinarse hacia delante. Se irguió y empezó a lanzar hielo como un loco, pero conseguí bloquear todos sus ataques con bolas de fuego o saltando para apartarme de la trayectoria de sus embates.

Había una parte del público que seguía coreando su nombre, pero la mayoría se había callado. El silencio fue creciendo, cargado de excitación y expectativa. Por fin su campeón tenía un rival digno. En mi pecho ardió una oleada de orgullo, como si fuera un puñado de astillas en una pira. Giré dibujando un círculo y dejé que las llamas bailaran a mi alrededor. Gravnach estaba de rodillas y se escondía tras el escudo protector de hielo que había creado.

Jadeé, apenas podía creer que hubiera cogido ventaja. Levanté la vista hasta el palco del rey, donde seguía observando el espectáculo con la misma postura relajada, pero ahora estaba agarrado con fuerza a los reposabrazos de su asiento. Exacto. Yo iba a ganar y él lo sabía. Si podía hacer aquello, podría

hacer cualquier cosa.

Me volví hacia Gravnach, dibujé un círculo de fuego a su alrededor y me lo quedé mirando a través de las llamas. No tenía elección. Se trataba de matar o morir. Hice acopio de todo mi calor para lanzar un último ataque.

Sin embargo, entonces, haciendo gala de una velocidad increíble, él lanzó su hielo contra las llamas, y todo mi mundo se convirtió en hielo. Primero me cubrió la cara y me quedé sin aliento; después, los brazos. Cuando me di cuenta de que había caído en su trampa, el pánico se apoderó de mí. Me tiré al suelo y conseguí romper parte del hielo. Utilicé la mano que tenía libre para proyectar un poco de calor y convertí mi miedo en fuego. Pero apareció más hielo, una capa tras otra, me comprimía y me dejaba sin aire en los pulmones. Estaba perdiendo la energía, perdía la concentración. Perdía la pelea.

«No, todavía no puedo morir.»

—Sangre de fuego asquerosa —rugió Gravnach—. No pienso dejarte morir tan rápido.

Levantó una espada de hielo por encima de mi cabeza y la dejó caer sobre mi brazo. Desesperada, lancé una oleada de calor que atravesó el hielo, apartándome de la trayectoria justo cuando la espada cortaba la tierra que tenía al lado.

Antes de que pudiera utilizar mi ventaja para liberarme, me atrapó de nuevo. La sensación de derrota me nubló la mente.

—No puedes ganar —rugió con mucho acento y una voz cruel—. ¿Crees que como mataste aquella bestia de hielo podrás conmigo? Yo soy Gravnach. —Se golpeó el pecho con el puño—. Yo no sucumbo ni al hielo ni al fuego.

Alargó los brazos hacia delante y me lanzó cien flechas de hielo afiladas. Yo levanté el brazo de forma automática para crear un escudo de fuego.

Me rodeó los brazos de hielo y me lanzó más flechas. Esta vez me cortaron la cara antes de fundirse como lágrimas en mis mejillas. Una de ellas me cortó el rostro y me formó un charco de sangre en el ojo.

Él se rio y lo repitió una y otra vez, hasta que me dolía toda la cara. Tenía el rostro ensangrentado.

—Y ahora vamos a por tus preciosos dedos —entonó—. Ya no volverán a hacer fuego.

Levantó la espada y la bajó con mucho cuidado. Grité cuando el acero me cortó la carne del meñique. Gravnach se rio y levantó la hoja de la espada.

—Vamos a hacerlo mejor —dijo—. Voy a congelarte las manos y te romperé los dedos uno a uno como si fueran carámbanos.

Noté una oleada de frío penetrante en los dedos que me los entumeció. El miedo se apoderó de mi mente; sentía el absoluto terror impotente de una presa atrapada. La muchedumbre aullaba pidiendo mi sangre. Yo estaba débil, vencida, a la merced de aquel monstruo, pero ellos todavía querían más. En ese momento, los odié. Si hubiera podido, los habría quemado a todos.

Cuando me recorrió aquella punzada de odio, algo oscuro y sinuoso se enroscó en mi corazón, haciendo que dejara de pensar en el público y me concentrara en mí. Era como si un desconocido se me hubiera colado en la piel. No era calor. No era frío. No era nada. Oscuridad. Una ausencia tangible. Creció desde mi interior y se extendió por todos los centímetros de mi piel.

Abrí los ojos desorientada. Mi visión había cambiado. El mundo era negro, blanco y gris, vacío de colores: plano. Lo único que destacaba era mi rival, que disfrutaba de mi sufrimiento echando la cabeza hacia atrás presa del éxtasis. Agachó la cabeza y me miró.

—¿Lo sientes, sangre de fuego ? ¿El dolor? —Se acercó—. Tu dolor me produce placer.

Apenas le escuché. Mi mente había entrado en otro estado; no era exactamente apacible, pero era un estado exento de preocupación. No tenía nada que ver con el estado mental que me había enseñado a adoptar el hermano Thistle. Había algo más, otra cosa que se había colado en ese espacio relajado. Estaba, si no controlando, destruyendo los pensamientos, preocupaciones y preguntas que solían resonar en mi conciencia.

Aquí las cosas eran mucho más sencillas. Blanco y negro. Yo o los demás. Vivir o morir.

—No, tu muerte me producirá placer a mí —susurré, mis palabras sonaron distantes, como si le pertenecieran a otro.

El tiempo se ralentizó.

No sé como, pero sentí el corazón de Gravnach en el pecho, palpitando con sangre y vida a cada contracción. Cada palpitación duraba una eternidad. Una increíble sensación de poder me recorrió las venas, me arrolló.

«Quémalo», dijo una voz, y supe que debía obedecer. La voz era yo, y yo era la voz, y no podía cuestionarla.

Lancé una llama. Era más fuerte y más centrada que cualquier fuego que hubiera provocado antes. Atravesó su peto de piel hasta alcanzarle el pecho.

Gravnach abrió los ojos como platos. Un sonido le brotó de la boca. Su cuerpo se estremeció y se sacudió, después cayó boca abajo con un crujido reverberante. Se contrajo unas cuantas veces y después se quedó inmóvil.

Me quedé mirando el cuerpo fijamente, tan quieto y vacío. Un charco de oscura sangre azul se empezó a expandir debajo de su cara, que descansaba sobre el suelo polvoriento.

No me sentía ganadora. Tampoco tenía remordimientos. Solo sentía interés. Aquella criatura que me había estado haciendo daño ahora estaba inmóvil.

Levanté la cabeza para mirar a la multitud silenciosa. Se me ocurrió algo. Podría hacerles lo mismo a ellos. Quemarles el corazón. ¿Debía hacerlo?

Alargué el brazo para extender aquella oscuridad por el público, y entonces noté un chasquido dentro de mí, como un hilo cuando se estira demasiado.

Las sensaciones y el color regresaron a mi mundo como en una ráfaga que me golpeó como un puño. Jadeé. Al recuperar todas las sensaciones de golpe, se me encogió el pecho. Estaba conmocionada. Tardé varios segundos en darme cuenta de dónde estaba y de lo que estaba ocurriendo.

«No. No pienses. No sientas. Levántate. Márchate.»

La mayor parte del hielo que había a mi alrededor se había fundido. Me levanté goteando y temblando.

Me miré la mano. Tenía uno de los dedos colgando en un ángulo muy extraño. El terror se apoderó de mí cuando vi la brillante sangre roja goteando en el suelo nevado, me recordó a las bayas que cayeron al suelo de mi cabaña la noche que llegaron los soldados al pueblo. Me mareé y caí al suelo.

Una figura se estaba acercando a mí, estaba a algunos metros de distancia. ¿Otro rival? Pero era inhumanamente grande, una forma negra con los hombros puntiagudos, su contorno ondeaba como las sábanas por el aire caliente de pleno verano. Iba ganando forma a medida que la observaba. Sus brazos eran cada vez más definidos. Extendió sus manos de largos dedos.

Alargué la mano que no tenía herida para quemarlo.

Sin embargo, cuando parpadéé, me di cuenta de que se trataba del presentador de pelo blanco: su túnica de color violeta azulado parecía estar fuera de lugar entre toda la sangre y el sudor de la palestra. Se detuvo en el centro y se dirigió al público.

—Buena gente de Tempesia, os presento a la primera sangre de fuego que

ha logrado vencer a un sangre de hielo en esta palestra. ¡Un aplauso para la campeona sangre de fuego!

Nadie aplaudió. Algunos gritaron y me abuchearon. Echaron los brazos hacia atrás y lanzaron trozos de comida y basura a la arena. Algunos de los espectadores corrieron a las barandillas para escupir.

Me agarré la mano herida con la buena y cojeé hasta el nicho del que había salido. Seguía mareada. No había vencido a Gravnach solo con mi fuego. Había algo más que había impulsado mi mente y mi corazón. Era una oscuridad que desconocía hasta entonces, aunque la había recibido como si fuera una vieja amiga. Una desconocida que se había adueñado de mi piel.

Encontré el palco del rey con la mirada y me fijé en sus ojos. Mientras lo observaba, a su mirada asomó un calculado interés que me retorció las entrañas. De Marella irradiaba una evidente satisfacción, quizás incluso triunfo.

El rey Rasmus se levantó y se acercó a la barandilla para recorrer al público con la mirada.

—Hoy habéis presenciado un gran espectáculo, tal como había prometido lord Albus, oficiante sin igual de estos juegos. —Arrancó un débil aplauso entre el público—. Pero quizás os haya sorprendido que una sangre de fuego haya vencido en nuestra ciudad. En el corazón de nuestra tierra. En mi palestra. No tengáis miedo. Os aseguro que esto no significa nada. Su poder no es más que una vela en una ventisca. Es fácil de sofocar.

De su mano brotó una gota de hielo que se proyectó hasta donde yo estaba. Me rodeó como una guata de algodón, capa tras capa, hasta que estuve rodeada, sin apenas espacio para respirar. Mientras me retorció incómoda, algunos de los espectadores empezaron a reírse.

—Estad seguros, buena gente de Fors —dijo el rey—, de que el hielo siempre tendrá la supremacía. Quienes nos desafíen aprenderán de sus errores y pagarán con sangre y lágrimas.

A pesar de lo entumecida que estaba, la rabia que me provocaron sus palabras me calentó la piel. Su hielo era increíblemente fuerte, pero proyecté algunas ráfagas de fuego con las que conseguí liberarme y me di la vuelta mientras el público todavía seguía demasiado concentrado en el rey como para darse cuenta.

Cuando llegué a la sombra del nicho, noté una mano en el hombro y me sobresalté.

—Hoy has matado a un gran campeón, sangre de fuego —dijo Braka—. Te saludo como guerrera.

Rehuí sus felicitaciones, me sacudí su mano del hombro y me marché cojeando por la sombra del túnel.

—¿*E*stás seguro de que eso es lo que ha ordenado?

Mi corazón se aceleró antes siquiera de comprender sus palabras.

El guardia tenía el rostro pétreo y los ojos entornados. No me miraba del todo.

—Bastante seguro. El rey ha ordenado que cenes con él.

Estaba entumecida, dolorida y la pelea me había dejado con el corazón roto. A duras penas recordaba quién era, por no hablar de qué estaba haciendo en una habitación del castillo del rey hielo con la misma túnica y las mismas mallas que había vestido en la palestra. Algo se había apoderado de mí y yo me había cobrado una vida. Era como si me hubiera convertido en otra persona por completo. Ahora no dejaba de corretear por mi mente en busca de la persona que era antes.

Sin embargo, en cuanto el guardia mencionó al rey, recordé mi propósito automáticamente. Ese pensamiento se llevó por delante el entumecimiento y me provocó un temblor en las manos.

«Destruye el trono. Mata al rey. Véngate.»

Al final recuperé el control de mi mente castigada, asentí y seguí al guardia hasta al pasillo. No me tocó, pero se pegó mucho a mí y me guio por un laberinto de pasillos hasta un baño enorme. Las paredes estaban recubiertas de azulejos de porcelana brillante. En el centro había una fuente. Olía a rosa, lavanda y limón.

Habría parecido un paraíso si no hubiera sido por los cinco soldados que estaban alineados en una de las paredes y me apuntaban con sus espadas.

—Considera esto una recompensa por haber ganado la pelea —dijo el guardia—. Tu calor se fortalecerá, así que tenemos órdenes de matarte si intentas algo. Como comprobarás, en esta habitación no hay nada que pueda quemarse.

—Aparte de vosotros —le corregí.

Eché la cabeza hacia atrás y parpadeó.

—Si intentas escapar, tendremos las espadas preparadas —dijo, recuperando su mirada fría como el acero.

Ojalá escaparse fuera una opción. Pero el trono seguía estando maldito y el rey seguía vivo. Y, lo más importante, mi madre seguía muerta y sin vengar. Tenía tantas probabilidades de intentar escapar como de criar alas y salir volando.

Cuando se hubieron marchado, entró una curandera de la corte con un vestido blanco y me cosió el dedo con seria eficiencia, después me frotó un ungüento en los cortes de la cara. Tenía un buen corte en el dedo, pero no era tan terrible como había temido al principio. Esperé hasta comprobar que la puerta seguía cerrada cuando se marchó. Me quité la ropa y me metí en el agua caliente con cuidado de no mojarme la mano vendada.

Intenté no pensar, pero tenía demasiadas cosas terribles dentro. Me llevé la mano a la boca para sofocar los sollozos y me lavé la cara una y otra vez hasta que volví a respirar con normalidad. Utilicé la mano herida para frotarme el pelo y la piel; después salí de la bañera y me envolví en una toalla.

Al otro lado de un pasillo corto con azulejos en las paredes había una sala no mucho mayor que un armario, con un espejo grande que ocupaba toda la pared. Dejé caer la toalla y me planté delante del cristal ondulado. Tenía toda la piel cubierta de moretones violetas y amarillos, pero ya no era la chica esquelética que habían rescatado de la cárcel. Había desarrollado la musculatura de los brazos y las piernas; entre ellos asomaban las curvas de una mujer. Hacía tanto tiempo que no me miraba en el espejo que ya no recordaba cuando había sido la última vez. Tuve la sensación de ser una desconocida que me miraba desde el lado equivocado del espejo.

En la esquina había un arcón con delicadas prendas de lino y un corsé con varillas. Me puse el conjunto lo mejor que pude y descubrí que eran de mi talla. Todavía me estaba preguntando por aquella situación tan extraña cuando se abrió una puerta invisible en la pared.

Me volví rápidamente y levanté los puños de forma automática. Marella entró en la estancia, dejó un paquete en una silla y cerró la puerta.

—Siempre estás preparada para pelear, ¿no? Ganaste en la palestra, como te predije.

Bajé las manos y me quedé sin habla durante algunos segundos. Podría haberle explicado lo que me había ocurrido, que algo me había robado el control de mi vida, pero no confiaba tanto en ella. No hasta que supiera por qué me estaba apoyando.

—Estuve a punto de perder —admití—. Estaba... demasiado segura.

—Gravnach era especialista en jugar con sus víctimas de esa forma. Por eso era uno de los preferidos del público.

—¿Del público o del rey?

—De ambos.

—¿Y a ti qué te parecía?

Se encogió de hombros.

—Yo veo los combates porque debo hacerlo, no porque me guste. Mi padre no me dejaría marchar. Tenemos que apoyar a nuestro rey.

—¿Y tú le apoyas?

—¡Cómo te atreves! Pues claro. —Hizo una pausa—. Excepto, quizá, respecto a los sangre de fuego. Pero ese será nuestro secreto, ¿verdad?

Asentí. Era imposible confiar en ella, o en nadie dentro de aquel lugar, pero no pude evitar sentirme desarmada por su calidez. Por no mencionar el aparente apoyo que parecía demostrar por mi gente.

—Gracias por... —Apreté los labios con incomodidad—. Cuando estaba en la palestra, me ayudó saber que había alguien que quería que ganara.

Esbozó una sonrisita y le echó una ojeada a mi ropa interior.

—Parece que he acertado tu talla. ¿Te vestimos?

—¿Cómo? Pero... eres una dama. ¿Qué pasa con Doreena?

—Le he dicho que yo me encargaría de ayudarte. Quería tener la oportunidad de hablar contigo. Date la vuelta para que pueda abrocharte el corsé.

Me di la vuelta y ella me apretó los lazos.

—Inspira —me ordenó tirando de los lazos con fuerza.

Jadeé.

—Lo de respirar es opcional. Estar guapa no lo es.

Sonrí para darme a entender que bromeaba, pero tuve la sensación de que, en cierto sentido, hablaba en serio. Ella estaba increíblemente hermosa, no llevaba ni un solo pelo dorado fuera de sitio, los sedosos mechones de la melena estaban apilados sobre la cabeza en un elaborado peinado fijado con horquillas de perlas. Su vestido de satén coral con encaje blanco en los codos

y corpiño ensalzaba el tono melocotón de su piel. Llevaba un lazo de terciopelo negro que acentuaba su cintura de avispa.

Se dio la vuelta y cogió el paquete que había traído, lo abrió y sacó un vestido color vino con flores bordadas. Lo desabrochó y me hizo un gesto para que me metiera dentro.

Negué con la cabeza.

—Prefiero llevar la ropa que he vestido en la palestra. Con ella me siento yo misma. El vestido es... Nunca me he puesto nada tan elegante.

Se rio.

—Sería curioso. El rey y sus cortesanos de más confianza cenando con una chica vestida con harapos ensangrentados. No lo veo. Además, si no están lavando ya esa ropa, la habrán tirado. Póntelo.

Sacudió el vestido con impaciencia.

Como no me daba otra opción, me lo puse. Cuando terminó de abrocharme los botones de la espalda, eligió un cepillo de una caja y cogió una parte de mi melena.

—Déjalo —dije con aspereza—. No importa.

—A mí sí me importa. No puedo dejar que mi protegida parezca una vagabunda.

—¿Tu protegida? —pregunté, incómoda.

Aquella palabra me trajo recuerdos del monasterio. El hermano Thistle me había dicho que hubo un tiempo en que me veía como una herramienta, un arma que pudiera blandir a su antojo. Pero ¿qué era yo para Marella?

Habló despacio y con la atención puesta en mi pelo mientras me acariciaba los mechones con suavidad.

—Eres una oportunidad. Cuando un sangre de fuego mató a la madre del rey Rasmus los sentimientos hacia tu gente tomaron un rumbo extremo. Cuando su hermano mayor fue asesinado, la animosidad se convirtió en odio. El rey Rasmus utilizó su muerte para justificar la misión de eliminar a tu gente. Cualquiera que se mostrara en desacuerdo con él, o bien desaparecía, o bien moría. Nadie que siga con vida se atrevería a hablar contra su campaña de aniquilación de los sangre de hielo.

—¿Y tú lo has hecho?

Se rio.

—No soy ninguna tonta. Me metería en un calabozo o algo peor. —Cogió una parte de mis mechones y la retorció—. Todos sufrimos los terribles

cambios de humor de Rasmus y las peligrosas decisiones que toma a continuación. Pero tampoco me he quedado de brazos cruzados. He hecho planes y he esperado el momento perfecto, a una sangre de fuego lo bastante poderosa que pudiera ayudarme a llevarlos a cabo. Y aquí estás.

Intenté darme la vuelta para mirarla a los ojos, pero me sujetó la cabeza con las manos.

—¡Estate quieta! Tengo que arreglarte la parte de atrás.

—¿Qué quieres que haga?

Mi tono sonó más duro de lo que pretendía.

—Sigue ganando tus combates. Continúa ganándote la atención de Rasmus. Hazte con su confianza y conseguirás más libertad dentro del castillo, cosa que nos beneficiará a las dos.

—¿Y por qué debería confiar en ti?

—Porque soy la única persona de este castillo, y quizá de todo el reino, que no te quiere muerta.

Negué con la cabeza, fue un movimiento minúsculo, lo hice sin pensar. Vi como a ella le cambiaba la cara en el espejo.

—¿Así que hay alguien más que quiere que sigas con vida? ¿Los monjes con los que vivías? ¿La persona que te ayudó a escapar de la cárcel?

Apreté los labios.

—¿Aquel joven? —preguntó con delicadeza.

Noté como mis ojos mostraban asombro antes de poder ocultar mi sorpresa. Su reflejo le sonrió al mío.

—Mi padre me lo cuenta todo. Sé lo de los monjes. Pero creo que es posible que ese joven sea tu novio. ¿Cómo se llama?

Clavé la mirada hacia delante con decisión, pero no pude evitar pensar en Arcus. Me moría por saber que estaba bien y deseé, por enésima vez, que estuviera conmigo, protegiéndome y guiándome como habíamos planeado.

—Algún día me lo dirás —dijo Marella con absoluta confianza—. Y para ganarme tu confianza, te confesaré algo yo primero. Hubo un tiempo en que estuve comprometida con el rey.

Busqué sus ojos en el espejo.

—¿Tú y el rey Rasmus?

Negó con la cabeza mientras cogía una cajita, después pasó el dedo por el colorete rojo para frotármelo en la mejilla. Frunció el ceño y cogió un trapo para limpiarme.

—No necesitas colorete. Tu piel ya tiene un rubor natural. Es preciosa.

—Tu compromiso —la animé.

—Iba a casarme con su hermano, el rey Arelius. Nuestros padres concertaron nuestra unión cuando éramos muy jóvenes. Crecimos sabiendo que algún día nos casaríamos. Cuando el rey Akur murió y coronaron a Arelius, fijaron la fecha de la boda. Según nuestra tradición, un rey necesita una reina fuerte. Él es la fuente de poder, mientras que ella es el puente entre el rey y su gente. O eso es lo que siempre me dice mi padre. De todas formas, Arelius fue asesinado antes de que pudiera celebrarse la boda.

—Lo siento —dije con sinceridad; comprendí lo que no había dicho, que lo había asesinado un sangre de fuego. Era un milagro que no me odiara como los demás—. ¿Tu padre no te buscó otro prometido?

Esbozó una sonrisa ladeada cargada de desprecio por sí misma.

—Lo ha intentado. Pero el rey Rasmus insiste en que él mismo elegirá a su esposa cuando esté preparado. Mi padre ha intentado endilgarle mi mano tantas veces que Rasmus apenas puede ni verme. Por suerte, nuestra familia pertenece a la más alta nobleza sangre de hielo, tenemos muchas conexiones y aliados, y el rey no se atreve a mostrarse ofendido. Por eso soy yo quien lo acompaña en las ocasiones formales, como los combates en la palestra. Soy una suplente de la reina que algún día se sentará a su lado.

—Pero si tu familia es tan importante, ¿por qué no puedes enfrentarte al rey? ¿U organizar alguna resistencia contra él?

—Ten cuidado —dijo en voz baja—. Puede que las paredes sean de piedra, pero son finas como el papel cuando se trata de traición. Y el rey es mucho más poderoso de lo que crees.

—Solo es por el trono.

La sorpresa brilló en sus ojos, además de una pizca de satisfacción; me miró unos segundos antes de apartar los ojos.

Cuando me hubo cubierto la cara con una fina capa de polvos, asintió satisfecha y me hizo un gesto para que me mirara al espejo de cuerpo entero. El vestido era largo y magnífico. Acentuaba el rubor que había asomado a mis mejillas y hacía que mis ojos ambarinos parecieran de oro. Era lo más elegante que me había puesto en la vida.

Lo odié. Igual que detesté a aquella desconocida del espejo. Aquello no formaba parte del plan.

—¿Es realmente necesario disfrazarme de princesa? —Intenté subirme el

corsé—. Es posible que el rey me mate durante la cena.

—No te matará. Ahora eres una de sus campeonas. Demuéstrale que eres merecedora de ese nombre. No te muestres débil y no pierdas los nervios. Quiere volver a verte en la palestra. De eso estoy segura.

Se me encogió el estómago cuando pensé que el rey había disfrutado convirtiéndome en una asesina. Pero si participar en su terrible juego era la única forma de mantenerme con vida y tener alguna oportunidad de destruir el trono, lo haría.

Antes de marcharse, Marella me advirtió que no le hablara a nadie de nuestra conversación. Me pregunté por qué confiaría en mí, pero lo cierto es que ella sabía que yo no tenía ningún motivo para traicionarla. Sería tonta si dejara escapar a mi única aliada. Y no podía evitar admirar su valiente sinceridad. Incluso me caía bien.

Aun así, me recordaba a algo que había visto en el libro de flores exóticas de mi madre: una flor preciosa, inofensiva si solo utilizabas los pétalos, pero si la molestabas podía ser mortal. Conservaba los secretos en su interior. Sin embargo, cuando florecía, ¿liberaría esa cárcel tan perfumada?

Pocos minutos después, dos guardias me guiaron por una serie de pasillos. El corazón se me desbocó cuando llegamos a un par de puertas dobles donde había grabados dos dragones mirándose el uno al otro con sendas flechas de fuego en las garras. Unos sirvientes con guantes blancos hicieron girar las brillantes manecillas y una ráfaga de aire helado surgió de las puertas abiertas.

La estancia era enorme y estaba muy fría, de las paredes cubiertas de hielo colgaban algunos tapices de tonos fríos. Las baldosas del suelo eran de un cristal azulado y relucían. Las paredes estaban salpicadas de velas, y había una lámpara de araña de cristal colgada del techo, cargada de carámbanos que proyectaba astillas prismáticas de colores por toda la estancia.

En el centro había una mesa hecha de cristal tallado toscamente y rodeada de sillas claras cubiertas con pieles de animales. Algunas de las sillas estaban ocupadas por damas elegantes con vestidos brillantes y hombres con chalecos sombríos. El murmullo de la conversación se apagó en cuanto me vieron.

Tragué saliva y me esforcé por arrastrar las bailarinas de mis pies hasta la mesa. Un hombre alto con el pelo claro se levantó; el resto de los hombres

hicieron lo mismo. Gesticuló en dirección a una silla: no era la que estaba en la otra punta de la mesa, como había esperado, sino la que quedaba a su derecha.

Cuando vi al rey, se me contrajeron los músculos. Me preparé para defenderme, para pelear. El frío se fue intensificando a medida que me fui acercando a él; se arremolinaba en corrientes invisibles que me rozaban el cuello, la cara y la piel desnuda que asomaba por encima del cuello del vestido. No era una brisa exactamente, sino la sensación de que me estaba demostrando su poder, que ponía a prueba mi calor. Yo permanecí inexpresiva, estaba decidida a no demostrar ninguna debilidad, pero era como caminar en una ventisca. Cuando llegué a mi silla, se me había acelerado la respiración.

Apoyé la mano en la mesa para no perder el equilibrio y la retiré a toda prisa. La mesa no era de cristal, sino una losa de hielo.

Me alisé la falda y me senté en la suave piel de la silla. No conseguía controlar el miedo y me temblaban las manos. La silla del rey no estaba cubierta con la piel de ningún animal, era como si él prefiriera el frío. La mesa estaba dispuesta con platos de plata, copas y cubertería sobre servilletas blancas. Los cristales que pendían sobre mi cabeza se reflejaban en el plato como si fueran diminutas espadas a punto de caer.

Levanté la barbilla y miré alrededor de la mesa. Algunos de los invitados apartaron la mirada, pero otros me miraban con descaro.

—Disculpa a mis invitados por mirarte fijamente —dijo el rey—. Eres toda una curiosidad. La primera campeona sangre de fuego.

Me miraron con atención esperando a que respondiera. No supe qué decir y guardé silencio.

—Una hazaña encomiable —opinó uno de ellos llamando mi atención. Era un hombre de mediana edad con las patillas espesas y las facciones marcadas. Me observaba atentamente—. Aunque nunca te animaría de forma abierta en la palestra, permíteme que ahora te felicite. No me cabe duda de que será mi única oportunidad de hacerlo.

Sonrió, pero la sonrisa no asomó a sus ojos.

—No la desestime tan rápido, lord Blanding —dijo otra voz. Sentí una punzada al reconocer la voz. Estaba tan nerviosa que no había mirado con atención a cada uno de los invitados. Y él estaba muy distinto sin el uniforme: llevaba una chaqueta de terciopelo azul entallada sobre una camisa

blanca muy almidonada; se había peinado el pelo rubio hacia atrás—. Esta chica quemó a la mitad de mi regimiento y escapó de la cárcel de Blackcreek. Es una listilla. Tardé varios meses en encontrarla.

Miré al rey. Él me devolvió la mirada con sus fríos y oscuros ojos rodeados de azul: una mirada tan desoladora como un glaciar en el mar helado. De todas las crueldades que había tenido que soportar, cenar con el capitán que había asesinado a mi madre era la peor. Si hubiera podido matarlo con una mirada, lo hubiera abrasado, lo hubiera quemado a ambos. El rey lucía una expresión impasible; sin embargo, cuando habló, a sus ojos asomó una pizca de placer gélido.

—Ya lo creo. Y ahora nos la has traído aquí. Aunque debo admitir que no me hace ninguna gracia haber perdido a la bestia de la montaña y a mi campeón preferido. Espero que nos compense con mucho entretenimiento.

Antes de que pudiera responder, se abrieron las puertas y entró Marella: resplandecía, con aquel vestido de seda bronce y encaje de color té. Los hombres se pusieron en pie y la sonrisa de la joven recorrió el salón. Se dirigió a la silla que estaba justo delante de mí y se sentó.

—¿Vuelvo a llegar tarde? Nunca recuerdo a qué hora cenamos.

El rey le dedicó una mirada fría con los ojos medio entornados. El hombre de la túnica verde que estaba sentado a la izquierda de Marella, lord Ustathius, la regañó.

—Quizá si durmieras por la noche y te levantas por la mañana como hace la mayoría de la gente —dijo—, tu reloj se alinearía con el resto del mundo.

—Pero eso me impediría ver las estrellas, ¿verdad, padre? Y ambos sabemos que las respuestas a todas las preguntas están en las estrellas.

—Si pasaras una fracción de tu tiempo en sociedad en lugar de esconderte en ese maldito observatorio, a estas alturas ya habrías encontrado un esposo.

La ira ardió en los ojos de la joven.

—Pero ningún marido permitiría que me dedicara a mi pasión por aprender como haces tú. Es mejor que siga soltera.

—No estoy seguro de cuánto más tiempo te voy a conceder. Quizá decida ponerte una fecha límite. Algo como... —hizo un gesto con la mano—, si no te casas antes del solsticio de invierno te enviaré con las hermanas del silencio de la isla Nimbus.

Ella frunció el labio, un destello de algo casi violento le oscureció los ojos.

—Las hermanas del silencio forman parte de la orden de Cirrus —dijo en

voz baja—. Antes prefiero tirarme por un barranco.

La mesa se quedó en silencio. Yo solo podía pensar que estaba muy agradecida de que Marella hubiera desviado toda la atención hacia ella.

Su padre le dio una palmadita en la mano, visiblemente agitado.

—Solo bromeaba, hija. Estoy seguro de que encontrarás un marido en Forsia.

Ella se recostó en la silla y le dio un sorbo a la copa: no había duda de que estaba intentando recuperar el control.

—Estoy segura de que sí. Le entregaré mi mano a algún anciano que duerma la mitad del día, como yo. O quizás a alguien que disfrute apostando o al que le guste tanto ir a burdeles que no le importe en qué ocupe el tiempo.

Una carcajada rompió el silencio. El capitán se inclinó hacia delante con una sonrisa libertina en los labios y paseó su mirada acalorada por Marella hasta posarse en su pecho.

—A mí me encantan el juego y los burdeles.

Marella le devolvió la sonrisa marcando hoyuelos.

—¿No está casado, capitán Drake?

—Así es. —La miró con lascivia—. Mi esposa es muy comprensiva. —A sus labios asomó una expresión socarrona—. Sin embargo, mi hija no me da tregua. Preferiría verme colgado que dejar que le haga daño a su madre.

—Como debería ser —opinó Marella.

Me clavé las uñas en las palmas de las manos. Así que tenía esposa y una hija. Me pregunté cómo se sentiría viendo cómo alguna de ellas moría delante de sus narices. Me esforcé por evitar que mi cara reflejara el odio que sentía.

El capitán siguió mirando a Marella con aire burlón.

—Últimamente no deja de insistir en que le deje todo mi dinero. Es demasiado lista. Añoro los tiempos en que lo único que tenía que hacer para ganarme su aprobación era traerle una muñeca cuando volvía de campaña.

—¿Cuántos años tiene ahora? —preguntó una mujer que estaba sentada frente a lord Blanding.

—Doce. Pero es tan irritante que parece que tenga quince. Algún día se convertirá en una esposa dura de roer. Aunque no existe nadie lo bastante bueno para ella.

La mesa pareció relajarse a medida que la conversación fue centrándose en los hijos de los demás nobles. Marella los observaba con una sonrisa medio burlona e insertaba algún comentario despreocupado de vez en cuando. Noté

la intensidad de la mirada del rey y me volví. Me sorprendió, una vez más, darme cuenta de que no podía ser mucho mayor que yo. ¿Cómo podía ser que un rey tan joven tuviera tan pocos sentimientos? Arcus me había dicho que Rasmus no había sido siempre cruel.

—Estás sorprendentemente preciosa, Luciérnaga —dijo con la voz grave—. A pesar de los cortes y los moretones.

Levantó la mano como si quisiera deslizarla sobre algún moratón de mi cuello. Me eché hacia atrás a toda prisa.

«Los cortes y los moratones no significan nada», quería decir. Él había ordenado a sus soldados que saquearan mi pueblo, habían matado a mi madre, y ahora me veía obligada a sentarme a la misma mesa que su asesino. Después de arrojarme a la madriguera de una bestia y tras medirme contra un luchador sádico que había intentado arrancarme los dedos, me estaba halagando.

El miedo que le tenía desapareció tras una nube de rabia. Un calor que jamás creí posible que se manifestara en ese espacio tan gélido, creció en mi interior y se extendió en oleadas por el aire. Por el filo de la mesa empezaron a resbalar algunas gotas de agua.

El rey pasó la mano por el borde de la mesa y tiró las gotas de agua al suelo ya convertidas en pequeños fragmentos de hielo.

—Relájate. No te he traído para hablarte de tu belleza.

Me lo quedé mirando, estaba tan relajado, frío y... vacío.

—¿Y para qué me has traído? Preferiría comer con tus perros.

No pareció que el insulto le molestara.

—Según la tradición, debemos celebrar el triunfo de mis nuevos campeones.

—¿Incluso de un sangre de fuego?

—Nunca había ganado ningún sangre de fuego. Has derrotado a un gran guerrero. ¿Cómo lo has conseguido?

El crujido de una tela me hizo mirar al resto de los invitados, que parecieron interesarse por la pregunta y se inclinaron hacia delante. El padre de Marella, en particular, parecía estar muy tenso: de sus ojos grises emanaba una gran intensidad que asomaba por debajo de sus pobladas cejas blancas.

Se me desbocó el corazón.

—Casi no me acuerdo. Todo pasó muy deprisa.

El rey esbozó una sonrisita.

—Entonces tendremos que repetir la experiencia. Y la próxima vez me explicarás cómo le ganaste. Tengo grandes planes para ti, Luciérnaga.

—Creo que tu intención era matarme, de una forma u otra.

Marella se rio.

—Y pensar que casi nos perdemos la oportunidad de verla actuar en la palestra. Habría sido una gran pérdida, ¿verdad, Raz?

La confianza con la que se refería al rey Rasmus me llamó la atención. Él no dejó de mirarme.

—No voy a matarte. Ahora eres mi campeona y mi invitada.

Un camarero se adelantó con un decantador en la mano y llenó de vino la copa del monarca. Se abrió una puerta y entraron tres hombres con bandejas llenas de jamón, estofado, pescado, patatas con mantequilla y verduras con salsas deliciosas.

Yo me quedé sentada con las manos en el regazo mientras el resto de los comensales se disponía a cenar.

—Vas a comer —ordenó el rey en voz baja.

Lo miré a los ojos. ¿Qué ocurriría si me negaba?

Ladeó la cabeza como si pudiera leerme los pensamientos.

—Ya te he dicho que no voy a matarte, Ruby.

—No me llames así. No quiero que salga de tus labios el nombre que me puso mi madre.

Sonrió y tomó un sorbo de vino.

—Me parece que soy yo quien decide lo que sale o no de mis labios.

Por primera vez vi una pizca de enfado en su mirada. Me incomodó y aparté los ojos. Tomé un sorbo de vino para ocultar mi confusión.

Hizo repicar los dedos en la copa y le arrancó un tintineo.

—Ya sé que quieres matarme.

Levanté la cabeza.

—Sí —prosiguió—. Es evidente que me odias. El fuego y el hielo son enemigos naturales. Y conozco tu historia. Lo que le ocurrió a tu pueblo. A tu madre. —Se volvió a recostar en el respaldo—. No quedan muchos sangre de fuego. Cuando uno de ellos escapa de mi cárcel, no pasa desapercibido. Sobre todo si lo encontramos en un monasterio dedicado a Fors, precisamente. Me pregunto quién te llevó allí. Me temo que tus monjes no se han mostrado muy comunicativos.

—¿Dónde están? —pregunté echando la silla hacia atrás y levantándome.

Imaginé a los monjes en la cárcel de Blackcreek: las ratas correteando por encima de su comida mientras ellos dormían, el dolor que aquel durísimo suelo de piedra les causaría a sus viejos huesos.

El murmullo de la conversación que resonaba alrededor de la mesa se apagó inmediatamente.

El rey me indicó con un gesto que me sentara.

—Siéntate, Luciérnaga. Tus monjes están bien. Están en su monasterio, siguiendo con sus vidas, como hacían antes.

Me lo quedé mirando con dureza, parpadeando, deseando poder leer la verdad en esos ojos vacíos.

—No te creo.

El silencio atrajo la atención sobre los demás invitados. Todos me estaban mirando. Me esforcé por recuperar la compostura, volví a sentarme y los invitados retomaron la conversación.

—¿Crees que están aquí, en mi calabozo? —preguntó en voz baja—. ¿Que quizá los esté torturando para sacarles información? Búscalos tú misma.

—Podrías tenerlos en cualquier parte. La cárcel de Blackcreek no está muy lejos del monasterio.

El rey bebió un poco de vino y dejó la copa en la mesa con cuidado.

—Es bueno que comprendas el peligro que representas para tus seres queridos.

De pronto deseé no haber aprendido a querer nunca, ser libre del peso de los sentimientos, como había sido en la cárcel, donde lo único que sentía era odio.

—Dime lo que ocurrió en la palestra —me pidió en voz baja.

Me quedé mirando mi regazo fijamente, mis nudillos blancos resaltaban sobre la tela del vestido. Cualquier información que le diera podía ser utilizada en mi contra, podría evitar que destruyera el trono.

Cuando vio que seguía en silencio, el rey suspiró y se recostó en la silla.

—Me ves como a un enemigo —dijo—. Sin embargo, cuando yo te miro, no veo una enemiga. Lo que veo es potencial.

Negué con la cabeza. Otra persona más que quería utilizarme. Y ahora era justo la persona que quería destruir.

Jugueteó con la copa.

—Algo te ocurrió en mi palestra justo antes de que asestaras el golpe ganador. Se te pusieron los ojos negros.

Me asaltó un recuerdo, la cuentacuentos del bosque. Dijo que el minax se te metía debajo de la piel, te ponía los ojos y la sangre negros, te convertía en un ser despiadado y sanguinario, dispuesto a hacer lo que él quisiera a cambio de provocarte una agradable sensación de oscuridad.

Tomé un sorbo de vino maldiciendo el temblor de mi mano.

—Sabes que te pasó algo. Algún día confiarás en mí lo suficiente como para explicármelo. Pero primero un gesto de buena fe. Yo hago algo por ti y tú haces algo por mí.

—¿Qué vas a hacer por mí?

Esperó hasta que obtuvo toda mi atención.

—Te daré la oportunidad de enfrentarte al capitán que asesinó a tu madre. De matarlo, si lo prefieres.

Inspiré hondo. ¿Cómo podía decir aquello con el hombre sentado a solo unos metros?

—¿El capitán que estaba a tus órdenes y que seguía instrucciones? ¿Me lo entregarás?

—Sí.

—¿Por qué? —Noté cómo se me tensaba un músculo del cuello—. ¿Por qué ibas a hacer algo así?

—Ya te lo he dicho. Para demostrarte que puedes confiar en mí. Además, si me das lo que quiero, seguiré recompensándote. No hay ningún motivo por el que no podamos encontrar formas de beneficiarnos mutuamente.

Estaba perdida, confundida, distraída. Había bajado la guardia, me había sentado allí y había hablado con el rey como si fuera una invitada más, como si él fuera mi anfitrión cordial. Sentí una gran rabia en el pecho. Bajé la mano y lancé una fina ráfaga de calor hacia la mesa. Esta crepitó un momento; cuando se enfrió, apareció una grieta. La hendidura se desplazó por el centro de la mesa, de una punta hasta la otra.

Se hizo el silencio y lo miré a los ojos con el pecho agitado. Él me fulminó con la mirada, repleta de una ardiente oscuridad. Si esperaba que me disculpara iba a quedar muy decepcionado. Me alegraba de haberle agrietado la mesa. Quería partirla por la mitad.

Levantó la mano. Me preparé para recibir el golpe, pero la posó en la mesa y proyectó una fina racha de hielo en dirección a la grieta que la reparó automáticamente. Después me cogió la mano y la colocó sobre la mesa para que mi calor fundiera la superficie. Noté un hormigueo en la piel al sentir el

frío.

Aparté la mano a toda prisa y el rey volvió a colocar la suya en la mesa para congelar el agua. La superficie quedó plana y perfecta, como si no hubiera ocurrido nada.

—¿Lo ves? —dijo el rey—. El hielo y el fuego pueden colaborar. Quizá sea una lección.

Me quedé mirando la mesa fijamente, la grieta que había borrado con tanta facilidad. Me pregunté si a mí también me eliminaría con la misma facilidad cuando ya no le resultara útil.

—Como no tienes hambre, puedes retirarte, Luciérnaga.

Me levanté sin decir una sola palabra y caminé hacia los guardias ignorando todas las miradas que se clavaron en mi espalda. Cuando se abrieron las puertas, el rey volvió a hablar.

—Volverás a luchar dentro de tres días.

—*T*engo que darle las gracias por una cosa —dijo Doreena en voz baja—. Usted mató al asesino de mi hermano.

Habían pasado tres días: me parecía una eternidad. Estaba todo el tiempo en mi habitación, con alguna visita ocasional de Doreena que rompía la monotonía. Como era el día de mi combate, me había ayudado a ponerme la túnica roja, recién lavada: ya no olía ni a sudor ni a sangre. También se las había ingeniado para conseguir el mismo antifaz que había utilizado la primera vez. Llevaba un guantelete de cuero y acero en la mano izquierda para proteger mi dedo lesionado.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

Se le movió la garganta al tragar saliva.

—Gravnach mató a mi hermano. Solo tenía catorce años, era demasiado joven para saltar a la palestra. Pero nuestra familia era muy pobre y Lorca estaba decidido a ganar el dinero del premio. Él... —Se llevó una mano a la boca y cerró los ojos antes de continuar—. Era el miembro más joven de la familia. Mi madre se volvió loca de pena. Perdí a mi hermano y a mi madre a manos de un monstruo. Y ahora usted lo ha matado. Y se lo agradezco.

Me conmovió su gratitud, aunque no la merecía. Yo solo había intentado sobrevivir. Pero comprendía muy bien su sed de venganza, más de lo que podía expresar.

Me miró con una expresión suplicante.

—No suelo hablar de esto, pero sentía que debía darle las gracias. Si le dice a alguien que he hablado mal de alguno de los campeones, me castigarán.

—No se lo diré a nadie, Doreena. Y me alegro de que su muerte te proporcione paz. Pero yo solo hice lo que debía hacer. No me quedaba opción.

Cuando estuve vestida con el pelo suelto a la espalda, ella se levantó y me

miró con un brillo feroz en los ojos.

—Hoy os animaré, señora, me da igual lo que piensen los demás.

Algunos minutos después, los guardias me guiaron por el patio. El calor emanaba de mi piel en oleadas nerviosas mientras intentaba ignorar los gritos de «¡Muere, sangre de fuego, muere!».

Ahora ya sabía lo que podía esperar de la palestra, pero no tenía ni idea de si conseguiría volver a sobrevivir. Y eso que se me había colado debajo de la piel durante el primer combate podría volver a aparecer. Estaba nerviosa, confundida, casi frenética mientras paseaba de un lado a otro dentro del nicho, agradecida de que los demás luchadores me evitaran y de tener espacio suficiente para relajar los nervios.

—Ten cuidado, Luciérnaga —dijo Braka—. O combustionarás antes de entrar en la arena.

Me paré y me volví hacia ella. Recordé al hermano de Doreena. Si dejaron pelear a un chiquillo en esa ocasión, podrían volver a hacerlo. No podía imaginar nada peor que tener que matar a un niño.

—¿Alguna vez has tenido que luchar contra un inocente? —pregunté—. ¿Alguien que sabías que no debería estar en la palestra? Imagino que en su día fuiste una campeona.

Negó con la cabeza y los carámbanos que tenía en el pelo se sacudieron un poco.

—Yo luché hace muchos años, cuando reinaba el rey Akur. Entonces era distinto. Solo participaban guerreros experimentados.

Abrió la boca y volvió a cerrarla, quizá replanteándose algún comentario. Percibí por su expresión abierta que, al igual que Doreena, no me odiaba por ser una sangre de fuego.

—Hoy podrás llevar espada —dijo al fin ofreciéndome una funda de cuero.

Miré el arma con cierta repulsión, ya conocía la sensación del acero frío en la mano, y lo lejos que estaba de mi calor natural.

—No se me da muy bien manejar la espada.

Se encogió de hombros.

—Lo ha decidido el rey.

Desenvainé la espada y comprobé cuánto pesaba. Estaba bien equilibrada y tenía un buen tamaño para mí: no era mucho su peso.

—Esta vez eres una campeona —dijo Braka—. Tienes que salir a saludar a la multitud con los demás. Es la tradición.

Seguí a la procesión a través del oscuro interior del nicho, que debía de extenderse a lo largo de todo el perímetro del recinto. Al cabo de poco, estuvimos al otro lado, en el punto por donde había visto venir la procesión el día anterior. Delante de la puerta había un grupo de hombres con lanzas que sujetaban las riendas de sus caballos blancos, adiestradores forcejeando con animales que tiraban de sus correas, y luchadores de todas las formas y tamaños, desde hombres y mujeres harapientos encadenados, hasta guerreros con brillantes armaduras y cascos de acero.

El presentador de pelo blanco se abrió paso por nuestras filas y entró en la palestra, donde corrió hasta colocarse en el centro. Hoy llevaba una túnica bordada de color cobalto con franjas de piel blanca, y lucía un montón de joyas brillantes en el cuello y en los dedos. Saludó al público como había hecho la vez anterior, recordándoles que honraban al rey animando a sus campeones y abucheando a sus enemigos. Cuando terminó de hablar, los guerreros armados con lanzas que iban a caballo iniciaron el desfile. Los campeones los seguimos a pie, y yo cerraba la marcha. Detrás de nosotros venían los animales exóticos y sus sudorosos adiestradores.

El polvo se levantaba a nuestro paso y bailaba a la luz del sol. Encontré el palco del rey, su túnica blanca con bordados dorados brillaba a la reluciente luz del sol. Iba girando la cabeza para seguir cada uno de mis pasos. Por el rabillo del ojo vi a Marella, que lucía un vestido turquesa. Pero no dejaba de mirar al rey. Cada vez me costaba más no prestarle atención.

—Tenemos un regalo especial para las buenas gentes de Fors —anunció el presentador—. Un espectáculo jamás visto. Hoy nuestros campeones y contrincantes se enfrentarán a una complicación adicional. También pelearán Sizar, el raro y peligroso tigre de hielo, y Brux, el gran toro y mascota ancestral de las tribus del norte. ¡Y a ellos no les importa si arañan o cornean a un campeón o a un contrincante!

Hizo un gesto en dirección a los animales con una gran sonrisa en la cara. El tigre paseaba de delante hacia atrás enseñando los dientes y rugiéndole a la multitud. El toro resopló y pateó el suelo tirando del yugo que sostenían los hombres que tenía a ambos lados.

—Un campeón, un contrincante —dijo el presentador—, y dos bestias en cada combate. Si las bestias sobreviven, pasarán al siguiente combate. Pero solo un hombre o una mujer, o quizá un animal, saldrá vivo de la palestra.

El público se deshizo en vítores y aplausos.

Me había quedado pálida. Empecé a temblar y me apoyé contra un pilar de madera del nicho esperando a que el mundo dejara de girar. Había personas que iban a morir para el entretenimiento del público. Quería apartar al presentador de un empujón y gritarles a todos.

—Pero antes de sacar a nuestros campeones... Los animales parecen un poco hambrientos, ¿no os parece? Quizá puedan llenarse el estómago con un par de traidores.

La multitud volvió a rugir.

Sacaron a la arena a dos hombres encadenados. Cuando pasaron por mi lado, me di cuenta de que uno me resultaba familiar.

—Clay —jadeé sin poder creer que podía tratarse del hijo del carnicero, el chico que me había dado mi primer beso, el mismo que les había dicho a los soldados que yo era una sangre de fuego y que acabó con mi vida tal como la conocía.

Parecía que habían pasado cien años desde la última vez que lo había visto, pero definitivamente era Clay. Tenía una nariz torcida difícil de olvidar, se la había roto en una pelea. Recordaba cómo lo había regañado mi madre por no haber acudido antes a ella para que lo curara, antes de que el hueso hubiera empezado a soldarse.

Vacilé. Podía dejarlo entrar en la palestra y no volver a verlo en mi vida. Pero era de mi pueblo y no me importaba lo que hubiera hecho. Estaba en aquel lugar terrible, igual que yo.

—Espera —le dije al guardia que sostenía su cadena—. Por favor, le conozco.

—A nadie le importa, Carbonilla. Apártate.

Braka, que estaba hablando con uno de los luchadores, se volvió con las manos en las caderas y le lanzó al guardia una mirada fulminante.

—Una de las campeonas del rey te ha hecho una petición. Puedes pararte un minuto.

El guardia la miró igual de mal, pero fue el primero en apartar la mirada.

—Solo un minuto.

Agradecí el gesto de Braka asintiendo y corrí tras Clay. Me observó con desprecio, pero después abrió los ojos sorprendido.

—¿Ruby?

—¿Qué ha pasado? —le pregunté sin rodeos—. Los ayudaste a entregarnos a mí y a mi madre, pero ahora dicen que eres un traidor.

Negó con la cabeza con una mirada muy intensa en los ojos.

—No pretendía traicionaros a ti y a tu madre.

—¿Antes o después de avisar a los soldados?

—Yo no lo hice —contestó con urgencia—. Pero una vez que estuvieron en el pueblo, no me quedó otra opción. Amenazaron con matarnos uno a uno si nadie les decía donde vivía la sangre de fuego. No sé cómo supieron lo tuyo.

—Tú lo sabías. No te costaría deducir que yo soy una sangre de fuego cuando..., después de tocarme. Y yo no maté a tu hermano. ¡Intenté salvarlo!

—Ya lo sé, pero... no quería que me tacharan de traidor. Mi familia hubiera sufrido..., ya lo sabes. Y te juro que no vinieron por mí.

—Pero estás aquí. ¿Qué ha pasado, Clay?

Los guardias empezaron a tirar de su cadena.

—Escucha, Ruby —susurró él inclinándose hacia mí y arrastrando los pies contra los tirones del guardia—. Aquel día me cambió. No pude olvidar lo que te había pasado. Lo que había hecho. Así que me marché del pueblo y encontré otras personas que estaban hartas de la crueldad del rey. Llevan un año reuniendo apoyos. —Se volvió y escupió en el suelo—. Esto es lo que pienso del rey hielo que ocupa el trono.

El guardia le asestó un golpe en la espalda. Clay se tambaleó. Alargué la mano para agarrarlo del brazo.

—Se acabó la charla —dijo el guardia.

Y se llevó a Clay a la arena.

Así que había sido otra persona la que había avisado a los guardias para que vinieran al pueblo. Él solo me había delatado porque no le había quedado más opción. Por poca gracia que me hiciera excusarlo, tenía que reconocer que lo habían aterrorizado, que se había visto atrapado entre las espadas y las antorchas, y había tenido que proteger a sus seres queridos.

Los adiestradores se habían metido en un nicho y ahora había una verja entre ellos y los animales para que estuvieran a salvo cuando los soltaran. Cuando liberaron al tigre me di cuenta de que Clay y el otro prisionero seguían teniendo las manos encadenadas. No tendrían ninguna oportunidad.

El tigre se sacudió y le rugió al adiestrador que se había quedado detrás de la verja antes de dar media vuelta y saltar a la palestra. El otro prisionero corrió hacia el nicho, pero lo apuntaron con las brillantes lanzas desde dentro y tuvo que dar media vuelta. Clay se quedó en el centro de la arena con los ojos cerrados y moviendo la boca. Parecía que estuviera rezando.

Algo cobró vida en mi pecho: rabia, amargura, dolor. Todas esas emociones se arremolinaron y proyectaron un calor que se extendió por mis extremidades.

El tigre acabó de explorar los confines del recinto y fijó toda la atención en Clay. Se acercó lentamente, olfateó el aire y rugió antes de lanzar un zarpazo de prueba con la pata. Sus garras alcanzaron el pantalón harapiento de Clay, le hizo un agujero en la tela y un corte en el muslo. El olor a sangre pareció enfurecer al animal. Volvió a arañarlo y después se abalanzó sobre él con la boca abierta.

Antes de darme cuenta de lo que hacía, empecé a correr en dirección al brillante sol de la palestra.

Clay movió las manos hacia el tigre y lo golpeó con la cadena que tenía entre las muñecas. Mientras corría hacia él, los gritos y los abucheos se fundieron hasta convertirse en un zumbido incesante. Desenvainé la espada y se la clavé al tigre en el lomo cuando se abalanzaba de nuevo sobre Clay. El animal rugió y se dio la vuelta enseñándome sus enormes dientes afilados. Pegué la espalda a la de Clay y aguardé con la espada desenvainada.

—¿Qué estás haciendo? —siseó detrás de mí.

—Venimos del mismo sitio —le contesté mientras el tigre se plantaba ante nosotros con los ojos ardiendo de furia—. Eso significa que voy a luchar contigo.

Antes de que pudiera contestar, el presentador habló desde el palco que quedaba a mi izquierda.

—Por lo visto, la sangre de fuego no puede esperar a entrar en acción. ¿Qué os parece si lo ponemos un poco más interesante y añadimos un contrincante?

El público rugió encantado con la propuesta y una figura salió corriendo desde el nicho con la cara cubierta por un casco con celada. Al mismo tiempo, soltaron al toro blanco y su yelmo cayó al suelo. Su lomo curvo se elevó en el aire seguido de una coz; después corrió en dirección al prisionero que estaba intentando trepar por la pared de hielo del final de la palestra. Las personas que veían el espectáculo desde los palcos se reían y le tiraban piedras. Algunas de ellas alcanzaron al toro, lo que todavía enfureció más al animal. El toro clavó los afilados cuernos en la espalda del preso. El hombre cayó al suelo y se quedó tendido, inmóvil.

Entonces el toro se volvió hacia la figura con el casco y cargó contra él. El hombre se quedó allí plantado con la espada preparada; en el último segundo, se apartó hacia la izquierda al tiempo que apuntaba hacia la derecha con el

acero, de forma que el ímpetu del toro topó con la punta de la espada. El animal aulló de dolor y rabia. Giró sobre sí mismo para volver a cargar.

El tigre seguía moviéndose por la arena. Cada pocos segundos avanzaba y reculaba. Yo no dejaba de proteger a Clay mientras atacaba al animal con mi espada. Me di cuenta de que de cerca podía contar las costillas del tigre. Sentí una punzada de lástima por aquella pobre bestia mal alimentada: solo era otro juguete del rey.

Me di la vuelta y vi que el toro ya estaba en el suelo: una espada pendía sobre su cabeza. Me volví justo cuando el guerrero le asestaba el golpe final. La multitud le vitoreó.

—No puedes salvarme —me advirtió Clay—. Solo una persona saldrá viva de esta palestra.

Negué con la cabeza y traté de ignorar sus palabras.

El contrincante limpió su espada llena de sangre en la piel blanca del toro y avanzó hacia mí. Cambié de posición y puse a Clay a mi espalda para poder ver al hombre y al tigre al mismo tiempo. Cuando apunté al guerrero con la espada, el tigre aprovechó el momento y cargó hacia nosotros. Utilicé la mano izquierda para lanzar una ráfaga ardiente contra el animal. Se retiró. Tracé una línea de fuego entre nosotros.

—Guarda un poco para mí —dijo el contrincante.

Reconocí su voz incluso antes de que se quitara el casco de acero. Cuando descubrió su rostro, la grada rugió de alegría.

Era el capitán Drake.

Levanté la espada, pero él enfundó la suya y alzó las palmas. Esperé mientras se acercaba. Se detuvo a pocos metros de distancia.

—Tú quemaste a mis soldados y después me obligaste a perseguirte por medio país —dijo—. Algunos de los hombres que quemaste están hoy en los palcos. Ellos me animarán mientras vengo su dolor.

—Tú mataste a mi madre —le contesté mientras el calor palpitaba por mis dedos y se vertía en el acero—. Hoy te quitaré la vida por haberte llevado la suya.

—Puedes intentarlo —dijo levantando la voz por encima del rugido de la multitud.

Hizo algunos movimientos diestros con la espada para demostrar su habilidad. Después se dio media vuelta y les hizo una reverencia a una mujer que se inclinaba sobre las gradas en su dirección y a una niña que tenía los

ojos del capitán y el mismo color de cabello. «Su mujer y su hija», pensé. La niña de la que había presumido en la cena con el rey.

«¿Alguna vez has tenido que luchar contra un inocente?», le había preguntado a Braka. Bueno, el capitán no era inocente. Tenía las manos manchadas con la sangre de innumerables víctimas. Y, sin embargo, tendría que matarlo delante de su esposa y de su hija. No quería eso. Me habían educado para valorar la vida, para conservarla. No podía ser la responsable de que la hija del capitán tuviera que presenciar cómo moría su padre.

Mi mirada desesperada encontró al rey en su palco, su túnica con bordados dorados y su cabello lo hacían brillar como si fuera una especie de visión celestial. Su mirada era oscura y directa: mantenía la postura relajada.

—No quiero esto —dije con claridad, mis palabras resonaron por encima del silencio expectante.

El rey esbozó una sonrisa de medio lado; su mirada de incredulidad burlona me atravesó. «Sí que lo quieres —decía su mirada, que era suave y triunfal a partes iguales—. Pero no quieres admitirlo.»

Marella estaba sentada a su lado. Se inclinó un poco hacia delante, agarraba con fuerza los reposabrazos del asiento y tenía los ojos violeta desmesuradamente abiertos. Ella debía de saber que aquello no estaba bien. Pero tenía una expresión extraña en la cara, un destello de algo que no sabía reconocer afilaba sus delicados rasgos. ¿Expectativa? ¿Excitación?

El capitán se rio.

—¿Le estás suplicando al rey? Qué patética. ¿Tanto miedo te doy, Carbonilla? Lo que yo pensaba. Solo tuviste suerte contra Gravnach. Le falló el corazón mientras peleaba y su muerte no tuvo nada que ver contigo.

—No quiero matarte —dije despojándome de mi confusión y dándole la espalda al palco del rey.

—Por suerte, yo no tengo tantos escrúpulos.

Levantó la espada. Extendí la mía para bloquear su golpe, pero calculé mal el arco que iba a dibujar su arma, que me alcanzó en la parte superior del brazo. Siseé dolorida y me tambaleé hacia atrás.

El capitán esbozó una sonrisa satisfecha enseñando los dientes.

—Eres malísima con la espada. La sostienes como si estuvieras cortando un asado.

Antes de que pudiera tomar aire, hizo una finta hacia la derecha y atacó hacia la izquierda; la espada cortó las correas de cuero y mi piel. Me llevé

una mano al goteo de sangre cálida.

—Me lo estás poniendo muy fácil, sangre de fuego —me advirtió el capitán.

Entonces me cortó un mechón de pelo tras una rápida maniobra. La brisa se llevó los pelos como si fueran la pelusa de un álamo. El público se rio y vitoreó ante la exhibición de precisión del capitán.

Grité frustrada; tiré la espada al suelo y le lancé una espiral de fuego directamente a las mallas. Aulló y maldijo mientras golpeaba la tela.

Me apuntó al corazón con la espada. La esquivé. Lo mantuve a cierta distancia con una serie de flechas crepitantes que aterrizaron a sus pies.

La multitud entonó su cántico.

—¡Muere, sangre de fuego, muere!

El capitán empezó a caminar en círculos a mi alrededor con una mirada asesina en los ojos. Era la misma mirada que había visto antes de que acabara con la vida de mi madre: una expresión despreocupada, pero ligeramente satisfecha.

Entonces apareció un borrón por detrás de él. Me había olvidado completamente de Clay, hasta que vi cómo sus muñecas encadenadas se cernían sobre la cabeza del capitán. Del golpe, lo hizo caer de rodillas.

—Esto es por mi pueblo, escoria —exclamó Clay escupiéndole al capitán.

—¡Clay, no!

Me desplacé para apartarlo, pero el capitán reaccionó a una velocidad cegadora. Todavía de rodillas, hizo girar la espada a su espalda y deslizó la hoja por la tripa de Clay antes de que yo pudiera siquiera respirar. El chico clavó sus ojos abiertos en los míos antes de desplomarse en el suelo.

Grité sintiendo el dolor en el estómago como si fuera el mío. La oscuridad brotó de mi corazón y se extendió por mis extremidades. Mi mente se volvió clara. Mis ataques empezaron a ser más rápidos y más precisos.

Utilicé la cola de dragón. Esta vez apunté al pecho del capitán. Lo alcancé como si se tratara de un látigo y le abrasé el peto de metal. A continuación otro golpe y otro más. Una serie de flechas de fuego, un cálido viento retorcido que levantó el polvo del suelo de la palestra y se le metió en los ojos. Utilicé todos los ataques que conocía e improvisé algunos más, uno detrás del otro; luego volví a empezar. Él cayó de espaldas y retrocedió. Extendí la mano y proyecté una ráfaga de calor hirviendo hasta su espada.

El capitán aulló y soltó el arma.

Era mi oportunidad. Podía acabar con él de una vez por todas. El asesino de mi madre estaría muerto y yo, finalmente, podría liberarme de él.

Por el rabillo del ojo vi a dos personas encorvadas sobre la barandilla: la esposa del capitán, con el rostro contraído y el cabello cubierto por un pañuelo; y su hija, con los ojos abiertos como platos y la trenza descolgándose sobre su hombro.

Me detuve. La niña se quedaría exactamente como yo, sumida en el dolor, sin poder pensar en otra cosa que no fuera la venganza. Odiaría a todos los sangre de fuego para siempre. No había forma de poner fin a aquel ciclo de venganza.

—Finge tu muerte —dije volviéndome hacia el capitán—. Te lanzaré una ráfaga de fuego. Deja que te tumbe y quédate en el suelo. No descubrirán que sigues vivo hasta que sea demasiado tarde. No quiero matarte.

Mientras vacilaba, él se había recuperado y había cogido la espada; la sostenía completamente decidido.

—Debes de estar loca, Carbonilla. Yo sí que te mataré.

—No tienes poderes de hielo. Sabes que no tienes ninguna oportunidad. Mira. —Gesticulé en dirección a las gradas sin dejar de caminar en círculos a su alrededor, manteniendo las distancias—. Tu hija está aquí. No quiero matarte delante de ella—. Tragué saliva y susurré palabras que jamás pensé que diría—. Eso no me devolverá a mi madre.

En sus ojos relució un brillo calculador.

—No necesito hielo. El hielo no ayudó a tus monjes cuando saqueamos su monasterio y los atravesamos con nuestras espadas.

Se me enfrió la piel. El mundo se tambaleó bajo mis pies.

—No te creo.

—Porque no quieres creerme. Y te voy a decir otra cosa que no te va a gustar, Carbonilla. Te oí hablando con ese chico de tu pueblo. Te estaba diciendo la verdad. No fue él quien nos llamó. Fuiste tú.

—Ahora sé que estás mintiendo.

—Teníamos un campamento temporal en el monte Vex, justo al noroeste de tu asqueroso pueblo. A ti te gustaba salir al bosque a hacer fuego, ¿verdad? Para practicar tus truquitos.

—No pudisteis haberme visto.

—Dos de mis hombres te vieron en el bosque metiendo las manos en el fuego, pero no te quemaste.

Me atacó con la espada, pero yo salté hacia atrás tratando de no perder el equilibrio.

—La gente de aquel pueblo ni siquiera sabía que yo era una sangre de fuego, maldito bastardo.

—El chico sí que lo sabía. Le pagamos muy bien por su confesión. Aunque ahora tampoco es que vaya a servirle de mucho.

Si lo que había dicho era cierto, era peor de lo que había pensado. Lo que había atraído a los soldados no era solo que fuera una sangre de fuego, ni tampoco que hubiera intentado salvar al hermano de Clay. Había sido mi despreocupación, mi insistencia en practicar a pesar del peligro que suponía para todos los que me rodeaban, incluida mi madre, la persona que más quería. Ella pagó mi egoísmo con su vida.

Un movimiento me devolvió al presente. Mientras el capitán me distraía, el fuego que bloqueaba al tigre se había extinguido. El hombre saltó hacia un lado cuando un borrón de rayas azules y blancas se abalanzaba sobre él desde un lado. Sus pesadas patas impactaron sobre mis hombros y me tiraron al suelo. Me quedé sin aire en los pulmones y el tigre me llenó la cara de babas. Me acercó la cara al cuello: tenía unos dientes largos, brillantes y mortales. Me puse tan nerviosa que tuve ganas de ponerme a gritar.

Antes de que pudiera hacer acopio de calor, la punta de una espada atravesó el cuello del animal. La criatura hizo un terrible ruido de asfixia y le empezó a salir sangre por la boca. Se desplomó encima de mí y se quedó inmóvil.

Rugí y jadeé mientras me esforzaba por quitarme aquel peso muerto de encima. Apareció otro par de manos que retiraron la carcasa. El capitán estaba allí plantado, bloqueando la luz del sol.

—Quería tener la satisfacción de matarte yo mismo —dijo levantando la espada.

El tiempo se ralentizó. La oscuridad se arremolinó en mi pecho y el mundo cambió, se convirtió en una pintura en blanco y negro.

Vi a mi madre, la espada del capitán suspendida sobre su cabeza, la expresión de su cara cuando la golpeó con el arma. Mis propios gritos en los oídos cuando se desplomó en el suelo nevado. En ese momento, tenía la misma mirada. Esa mirada de asesino. Iba a morir. Me convertiría en una anécdota de la que presumiría con una jarra de cerveza en la mano, rodeado de calidez y familiares. Algo que yo jamás tendría porque él me lo había

arrebatado.

Se volvieron a extinguir todas mis dudas, así como desapareció la conciencia del bien y del mal. Solo existía el objetivo, su oscuro corazón palpitante, y mi fuego. No había miedo, ni rabia, vergüenza o arrepentimiento. Solo poder, un poder que surgía de mí y me llenaba. Tuve la sensación de que mi aliento se apoderaba de todo el aire de los cielos y que mi rabia fundía el sol hasta convertirlo en cenizas. Yo lo era todo y nada. Nadie podía detenerme. Yo era la oscuridad en carne y hueso.

Levanté la mano. El fuego surgió en apenas un segundo.

El capitán se estremeció y se sacudió: cada uno de sus espasmos se alargó eones. Al final, la espada se le cayó al suelo y el polvo flotó alrededor del arma en granitos blancos que reflejaban la luz del sol.

Cuando se desplomó lentamente, me sentí extasiada. Jamás había sentido una felicidad mayor.

Me levanté y miré al público, las siluetas de las personas y sus caras se movían despacio, negro, blanco y gris. Coreaban algo. Cada uno de sus corazones era una mancha negra en su pecho.

Me volví y vi al rey en su palco. Él era gris; su corazón, negro. Pero mientras lo miraba, se oscureció, se le afilaron los hombros y le salieron cuernos en la cabeza. En su lugar había una bestia sombría que me llamaba. Yo quería formar parte de ella. Ella era yo. Y yo era ella. Di un paso adelante.

Me lanzaron algo desde la grada, algo que me impactó en la cabeza y esparció unas semillas. Me caí de rodillas y el mundo volvió a la normalidad. El color regresó de golpe, como empujado por una ráfaga dolorosa. Me dolía todo el cuerpo. Grité al advertir la terrible pérdida. El poder había desaparecido.

Lamenté mi agonía, la separación era insoportable.

La voz del presentador resonó desde el borde de la palestra.

—La sangre de fuego ha vuelto a ganar. ¡Tres hurras por la Luciérnaga!

Nadie me animó, pero los gritos de la multitud retrocedieron, como una ola volviendo al mar. Percibí vagamente lo confundidos que estaban de ver que una sangre de fuego había vuelto a salir victoriosa.

El capitán estaba tendido a mi lado con los ojos todavía abiertos a causa de la sorpresa. Le salía un reguero de sangre de la boca. Yo había hecho aquello. Aquel hombre estaba respirando y luchando hacía solo un momento, pero ahora estaba vacío e inmóvil.

Escudriñé la multitud. La esposa del capitán estaba inclinada hacia delante y temblaba de dolor. Su hija, por otra parte, no derramaba ni una sola lágrima. Había demasiado odio en sus ojos como para dejar espacio a las lágrimas. La había convertido en mí.

—Él mató a mi madre —susurré, como si eso fuera a cambiar las cosas.

Su padre había desaparecido, junto al dinero con el que se ganaban el sustento. La obsesión crecería y la consumiría. Era lo mismo que me había sucedido a mí.

—Luciérnaga —dijo la voz del rey desde su palco a mis espaldas.

Me volví justo a tiempo de ver cómo echaba la mano hacia atrás para después extenderla y lanzarme varias flechas de hielo. Me desvié de la trayectoria, pero un enorme trozo de hielo afilado, grande como una espada, apareció navegando por el aire y se clavó en el suelo a escasos centímetros de mi cabeza.

La multitud aplaudió.

El rey sonrió.

—Una campeona aterradora. Y, sin embargo, como todo el mundo puede ver, sus poderes no pueden igualarse a los míos. La más consumada y poderosa de los sangre de fuego se acobarda ante mí. ¡Observad el poder del trono de Fors!

Extendió ambos brazos y de sus manos salieron lazos de hielo que recubrieron las paredes de la palestra con una nueva capa de hielo. La multitud jadeó y aplaudió. El rey echó los brazos hacia delante y todo el suelo de la palestra quedó cubierto de hielo. De sus manos nació una lluvia mortal, pedazos afilados de hielo que me obligaron a agacharme y a taparme la cara y la cabeza. Unos cuantos de los proyectiles me atravesaron la tela de la túnica y me arañaron la piel.

La oscuridad se arremolinó en mi interior y el mundo volvió a ser blanco y negro. Me volví para mirar al rey, pero ya no había ningún corazón negro que pudiera utilizar como objetivo: solo era una figura oscura.

Al cabo de solo unos segundos, la lluvia terminó, pero el público seguía vitoreando al rey.

Me tambaleé hasta el nicho donde me esperaba Braka. Cuando nos miramos a los ojos, ella se sorprendió y reculó.

—Tus ojos...

—¿Qué? —pregunté.

Ella ladeó la cabeza y parpadeó.

—Me ha parecido... nada.

Entumecida y temblorosa, cojeé hasta adentrarme en el nicho.

—Lo has vuelto a conseguir, Luciérnaga —dijo Braka—. Aunque no me explico cómo lo has hecho.

Y yo tampoco podía hacerlo. Estaba más asustada de lo que lo había estado en mi vida.

*L*os guardias volvieron a acompañarme hasta mi habitación. Me apoyé en la puerta cerrada.

Tenía un sabor amargo en la lengua. Contuve el aliento todo el tiempo que pude sabiendo que, cuando respirara, el tiempo volvería a correr y sentiría las afiladas garras del dolor haciéndome jirones el corazón.

Resbalé hasta el suelo y encogí las piernas hasta pegarlas a la respiración irregular de mi pecho.

Perder a Clay había sido como volver a perder a mi pueblo, como verlo arder. Pero había sido mucho peor escuchar las confesiones del capitán sobre el monasterio. Saqueado. Arrasado. Los monjes muertos.

¿Por qué no se habían protegido? El hermano Thistle con sus absurdos y nobles ideales y sus esperanzadas profecías. ¿Acaso se creía inmune a la ira del rey? Me había rescatado de la cárcel y había muerto por ello. ¿Y dónde estaba Arcus? Él había afirmado que quería mantenerme a salvo. ¿Se había olvidado de mí?

Estaba perdiendo, poco a poco, la felicidad que había sentido después de matar al capitán. El cambio que Braka había visto en mis ojos. De pronto, la venganza me parecía superficial, un fuego que en su día había ardido con fuerza, pero que ahora había quedado reducido a cenizas. Esta vez la oscuridad había sido más intensa, más fuerte. Si seguía luchando en la palestra (si seguía matando), ¿me perdería para siempre?

Si todas las personas a las que quería habían desaparecido, ¿me importaría?

Me levanté como pude, me quité el antifaz, lo tiré y me tumbé en la cama con la armadura puesta.

Oí cómo se abría la puerta y se cerraba.

—Ahora no, Doreena —dije.

—Soy yo.

Volví la cabeza con esfuerzo.

—Tampoco quiero verte a ti.

Marella se deslizó por la habitación: su figura esbelta con el vestido turquesa que crujía a medida que ella avanzaba. Podía oler la combinación de agua de rosas y jabón en su piel, un fuerte contraste con mi peste a sudor y sangre. Me di cuenta de que me dolía el brazo, de que me palpitaba el tobillo; me había llevado una mano al corte que tenía en el costado, aunque no había sido consciente de mis heridas hasta ese momento.

Se levantó la falda y, con cuidado, pasó por encima del reguero de sangre que había dejado en el suelo. Me hice un ovillo dándole la espalda.

—Sigues ganando —dijo al fin con una pizca de orgullo en la voz—. Ya te dije que no eras débil.

—Ganar es lo que me está matando. Cada vez que gano, pierdo una parte de mí misma. Ya no puedo seguir haciéndolo.

—Entiendo que estás sufriendo y que te sientes perdida. Pero te curarás, física y mentalmente.

—Tú no lo entiendes.

—Estoy segura de que tienes razón. Pero eres demasiado importante como para abandonar —dijo estrechándome el hombro antes de dejar caer la mano—. ¿Qué hay en tu corazón, Ruby? ¿Solo hay fuego? ¿O hay algo más?

Abrí y cerré la boca varias veces antes de conseguir hablar.

—¿A qué te refieres?

—Creo que ya lo sabes. En la palestra. Algo te ayudó a vencer a tus contrincantes. Y esa es la clave para lograr lo que las dos queremos. ¿Comprendes lo que estoy diciendo?

—No.

—Sabes más de lo que estás admitiendo. Pero quizá no sea un buen momento. —Se inclinó y se puso en pie. De sus dedos colgaba el antifaz que yo había tirado—. No tienes que ponerte la máscara conmigo, Ruby —me dijo irónica y seria al mismo tiempo—. Puedo ver a través de ella.

Dejó el antifaz en la cama y se marchó ondeando con elegancia sus faldas perfumadas.

Algún tiempo después, me despertó un siseo. Me puse tensa. Me di cuenta de que me había quedado dormida con la armadura puesta. Me froté los ojos

y volví la cabeza sobre la almohada. Por debajo de mi puerta se estaban colando unas sombras en forma de bucles con aspecto de humo y forma caleidoscópica para después unirse al otro lado, como si un recipiente transparente se llenara de agua negra. Se fue formando desde las piernas hasta acabar plantada delante de mí: una criatura oscura y sólida. Y, sin embargo, tuve la sensación de que, si intentaba tocarla, me caería en un vacío infinito. Era más grande que un hombre, tenía los hombros afilados y unos cuernos en la cabeza que no dejaban de cambiar de forma. A veces imitaban la de una corona.

Me quedé tumbada en la cama, congelada de miedo. La silueta avanzó. Con cada paso que daba emitía un susurro extraño, como si fuera la nota más baja que puede tocar una flauta. Cuando llegó a la cama, se detuvo y se inclinó sobre mí.

—Auténtico recipiente —dijo con una voz de mil campanas—. Tú y yo nos uniremos cuando tu corazón esté vacío de color, cuando una oscuridad absoluta habite tu alma. Sentirás una libertad que jamás has sentido.

Alargó la mano hacia mí y yo intenté gritar, pero acabé incorporándome cuando oí que alguien llamaba a mi puerta. Me agarré a la colcha de la cama con los ojos atentos. La habitación estaba vacía.

Se abrió la puerta. Doreena entró con sus pequeños pasos, sus suaves zapatos marrones no hacían ningún ruido.

—¿Puedo ayudar a mi señora a quitarse la armadura?

Respiró hondo cuando vio la sangre seca; se puso a murmurar sobre la vagancia de la curandera de la corte, que debería haber llegado hacía rato. Se apresuró a quitarme el peto con cuidado. Yo seguía sentada, rígida. Era incapaz de quitarme de la cabeza la imagen de aquella criatura que había alargado la mano hacia mí. ¿Había sido real o solo un sueño?

—¿Ocurre algo, señora? —preguntó Doreena.

Supuse que debía de tener una expresión horrorizada en la cara, me relajé y le aseguré que solo estaba cansada. La amabilidad de su presencia se estaba llevando parte de las sombras de mi mente.

Al final apareció la seria curandera de la corte y me examinó la herida del costado con consternación.

—Este corte es bastante profundo —dijo en un tono receloso, como si yo me hubiera herido a propósito—. Necesitas puntos.

La bebida que me dio para aliviar el dolor sabía fatal y no era tan efectiva

como el té del hermano Gamut, pero me alivió un poco. Cuando acabó de coserme y vendarme las heridas, me miró el tobillo con rabia.

—Tendrás que descansar una semana, por lo menos. Y ponte hielo en el tobillo.

—Bueno, es algo que por aquí no escasea —murmuré.

No esperé que me permitieran descansar como había recomendado la curandera. Pero pasé unos días aburrida y cada vez más frustrada. Quería explorar el castillo, descubrir más cosas sobre el trono y planificar una estrategia sobre lo que debía hacer a continuación. Estaba tumbada boca arriba en la cama intentando que no se me abrieran las heridas.

La curandera venía cada día a cambiarme los vendajes, mientras que Doreena me traía la comida y se quedaba a hacerme compañía cuando tenía tiempo. A veces traía algo de costura y se quedaba a trabajar mientras me explicaba lo que había pasado aquel día. Los rumores se extendían rápidamente por el castillo, se propagaban como una enfermedad entre cortesanos y sirvientes por igual.

Por lo visto, el rey había recibido la visita de unos dignatarios de Safra que le habían suplicado que se planteara firmar un tratado de paz. A las pocas horas, vieron a los embajadores marcharse a caballo del castillo, con los hombros caídos en señal de rendición. Algunos testigos dijeron que solo un dignatario consiguió llegar al pie de la montaña, que el rey había dispuesto la muerte de los demás como castigo por su temeridad, dejando uno con vida para que pudiera llevarle el mensaje del rey hielo al rey Remus del este.

El hermano Thistle me había explicado, durante una de nuestras clases, que el ejército de Safra era bastante grande y estaba bien entrenado. Por lo menos antes de que comenzara la guerra. Pero, por lo visto, al rey no le preocupaba que fueran una amenaza. Su ejército, conducido por generales sangre de hielo, se había apropiado de los activos más valiosos del reino (minas y depósitos minerales del noroeste). Solo tenía que defender su posición.

Lo que parecía preocupar al rey eran las rebeliones. En el castillo se decía que había reclutado a más espías y había empezado a pasar más tiempo en la sala de la guerra acompañado de sus consejeros. Pero Doreena dijo que los rumores se basaban en la esperanza, no en los hechos. Porque, según señaló, ¿quién iba a atreverse a rebelarse contra el rey hielo?

Por desgracia, no pudo explicarme más cosas sobre el trono de las que ya sabía. Cuando descubrí que la chica sabía leer, intenté convencerla de que fuera a la biblioteca real y buscara libros sobre el trono, pero la mera idea de hacerlo hizo que se estremeciera. Me conformé leyendo los enormes volúmenes que me traía un sirviente con los saludos del rey: páginas de la historia militar de los reyes de hielo de los últimos mil años. Por lo menos, me ayudaban a dormir.

Marella no vino a visitarme. Me pregunté si seguiría teniendo planes para mí o si habría perdido el interés. Quizás hubiera decidido que mis heridas significaban que no era tan fuerte como ella había esperado.

Al final, después de la semana de descanso que me había prescrito, la curandera se sintió satisfecha con mis progresos y declaró que podía hacer vida normal. Pocos minutos después de que se marchara, apareció un guardia que entró en la habitación con gran estruendo.

—¿No sabes llamar a la puerta? —pregunté con aspereza dejando uno de los gruesos libros de historia.

Me lanzó una mirada amarga.

—Tienes que cenar con el rey.

Me llevaron de nuevo al aseo para que me bañara y me vistiera, con ayuda de Doreena. Esta vez, el vestido era de un tono de azul igual al de los huevos del petirrojo, y tenía unos lazos blancos que zigzagueaban por debajo del pecho y la cintura. Doreena me puso unos pendientes con complejas filigranas y piedras azules. Me rizó el cabello y me dejó la melena suelta. Después me extendió una cera por los labios: me los dejó muy brillantes.

—Está preciosa —dijo Doreena—. Esta noche el rey está en peligro.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—Al verla así, puede enamorarse de usted.

Me estremecí.

—Muérdete la lengua.

Ladeó un poco la cabeza.

—No sería la primera vez que un rey sangre de hielo se enamora de una sangre de fuego, ¿sabe?

Sus palabras me recordaron la conversación que había mantenido con Arcus la noche que nos sentamos juntos bajo la luna creciente; apenas había podido verle el perfil con aquella luz tenue, su capa flotaba azotada por el viento, su ojo brillaba bajo las estrellas cada vez que me miraba. Había sido

la primera vez que había confiado lo suficiente en mí como para hablarme de su pasado. También me había hablado del rey sangre de hielo que se había enamorado de una sangre de fuego. El recuerdo me provocó un aleteo en el estómago.

—Nunca he oído decir que una sangre de fuego llegara a convertirse en reina. ¿El pueblo la aceptó?

—Bueno... —Me miró un momento, pero luego apartó la mirada—. En realidad, la historia tuvo un final trágico. La reina fue asesinada. Se dice que una noble que estaba enamorada del rey se puso celosa y conspiró para matar a la reina. Murió el día del primer aniversario de la pareja.

Me estremecí.

—Qué historia tan horrible.

Ella asintió, pensativa, con el ceño fruncido.

—Las relaciones entre fuego y hielo no suelen acabar bien.

Me quedé muy quieta mientras terminaba de arreglarme el peinado, pero no pude evitar pensar en el destino de la pobre reina sangre de fuego.

Pocos minutos después, los guardias me dejaron en el comedor. La luz de las velas brotaba de un candelabro helado y flotaba por las paredes recubiertas de hielo. El aire olía a carne asada y especias.

Esta vez no había hombres bien vestidos ni cortesanas: solo estaba el rey, sentado a la cabeza de la mesa, con el pelo bañado en el oro que proyectaba la luz de las velas. Clavé los ojos en la silla que había ocupado el capitán la última vez que había estado en aquella sala. Me había sentado solo dos sillas más allá y había deseado que estuviera muerto. Ahora lo estaba: yo lo había matado.

El rey iba vestido de negro. El color contrastaba tanto con su piel pálida y con su pelo que me recordó el momento en el que la palestra y el mundo se habían convertido en un tapiz en blanco y negro. Pero las velas seguían siendo doradas y las paredes estaban teñidas de azul. Respiré hondo y aparté el recuerdo de mi mente.

Una vez más, el rey hizo un gesto para señalar la silla que tenía al lado. Me acerqué despacio, con el corazón acelerado, y me senté sobre la piel blanca.

A pesar de lo austero de su imagen, era muy atractivo. Me temblaban las manos en el regazo. La última vez que me había sentado allí, me había mentido sobre los monjes. Sentí el impulso de abalanzarme sobre él y cogerlo del cuello. Quizá de quemarlo allí mismo. Pero irradiaba poder incluso

estando lejos del trono. Era algo que había comprobado en la palestra. Mi fuego no tenía ninguna oportunidad contra él.

Me miró detenidamente. En sus labios se adivinaba una ligera diversión, pero tenía los ojos entornados. Eran unos ojos muy raros, básicamente negros, con un finísimo círculo de color azul marino en el borde.

—Esta noche estás todavía más bella, Ruby.

Me puse tensa cuando le oí decir mi nombre con tanta familiaridad.

Se reclinó en el asiento.

—He cumplido con mi parte del acuerdo —dijo con tranquilidad—. Te he entregado al capitán. ¿No te sientes agradecida?

—No quería matarlo. No de esa forma.

—No de esa forma —repitió haciendo un gesto desdeñoso con la mano mientras recorría con la mirada mi figura tensa—. Eres muy quisquillosa, Luciérnaga. Querías matarlo y lo has hecho. Eso es lo único que importa.

—Su esposa estaba mirando —dije con los labios entumecidos—. Y también su hija pequeña. Y me dijo que los monjes están muertos. Que tú lo ordenaste.

Frunció el ceño. Pareció pensativo antes de volver a un gesto despreocupado.

—Quizá lo hubiera olvidado. No sé.

No me sorprendió que hubiera perdido la cuenta de todas las muertes (¿cómo podría nadie recordar tantas?), pero la forma despreocupada en que lo dijo me sorprendió.

Rasmus hizo un gesto con la mano y apareció un camarero que le llenó el plato de comida. Cuando el sirviente se dispuso a hacer lo mismo por mí, puse la mano encima del plato y lo fulminé con la mirada hasta que se marchó. El rey me estuvo mirando un buen rato con los ojos entornados: ambos en silencio y muy quietos.

Se levantó y me cogió la muñeca con fuerza. Su piel fría me quemó más de lo que podría hacer el fuego.

—Me estás haciendo daño —le dije tratando de soltarme.

—Tu contacto también me duele a mí —contestó con una voz tan áspera como su mano, y me acercó a él—. Pero es un dolor que me gusta.

Arcus me había dicho en una ocasión que mi contacto lo inquietaba, que lo incomodaba porque penetraba sus defensas y le hacía sentir cosas que no quería sentir. Pero aquello era distinto. La piel del rey me hacía daño. Y la

mía le hacía daño a él. Que aquello le provocara placer era retorcido.

Me arrastró hasta la pared opuesta a la cabeza de la mesa, después presionó un hueco casi invisible de la pared de piedra que debía de ser una especie de mecanismo. Se abrió una puerta escondida. Entramos en un túnel estrecho iluminado por antorchas. El techo era tan bajo que él tenía que agachar la cabeza.

—Este túnel es solo para mí —dijo con la voz sofocada por la estrechez del espacio. A medida que íbamos avanzando por el túnel, fue aflojando la fuerza con la que me apretaba la muñeca—. Estás disfrutando de un gran privilegio al verlo. Lo hago para demostrarte lo mucho que confío en ti.

Se me despertaron los sentidos. Yo no había hecho nada para ganarme su confianza. Y, sin embargo, allí estaba. Tenía que aprovecharlo.

Un minuto después, llegamos a otra puerta. El rey la empujó y salimos a la sala del trono; estaba envuelta en la luz de las antorchas y las sombras. El cielo que se veía por la ventana era un telón negro para una noche sin luna. El trono era una presencia enorme y amenazante. El hielo resbalaba por él y se extendía por el pasillo. Supe que seguía por todo el castillo, que llegaba incluso a la palestra. La primera vez que lo había visto, había pensado que era como un grupo de venas conectadas a un corazón. Ahora, mientras observaba las sombras que recorrían las paredes, me di cuenta de que el minax vivía en el trono, pero se desplazaba por el hielo que estaba conectado a él.

Reprimí un jadeo cuando noté que aquella fuerza invisible me robaba el fuego.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —pregunté con la voz amortiguada por la presión de las sombras—. Pensaba que íbamos a cenar.

—Te has negado a comer. Estoy cansado de los juegos. Aquí es donde quieres estar realmente. Te lo concedo, es un regalo.

Tiró de mí hasta que estuvimos a un metro del trono. Su poder oscuro palpitaba contra mí. Quería encogerme, huir, pero al mismo tiempo notaba una atracción irresistible, como una polilla a la luz.

—¿Lo sientes? —me preguntó pegándose la mano al trono—. Poder en estado puro. El trono fue creado por el mismísimo Fors como regalo para los sangre de hielo. ¿Lo sabías?

—Sí —susurré notando cómo el frío se me extendía por el brazo—. Pero Fors es tu dios, no el mío. A mí me quema.

—También recibimos otro regalo de su hermano, Eurus. Hay quien dice

que fue la maldición de un hermano celoso que quería destruir la creación de Fors. Pero, en realidad, es un regalo de poder que solo pueden sentir los elegidos. Para liberarlo del todo, se necesita a la persona adecuada. Alguien que fue creado para detentar un poder así de grande.

—La Hija de la Oscuridad —murmuré tirando de la mano que me tenía cogida.

—Sí. Cuando heredé el trono, él me dijo que debía encontrar a la hija. Juntos, ella y yo proyectaremos la oscuridad a todo el mundo. Y con ella, estaré completo.

En sus ojos ardía una gran intensidad, una excitación que no había visto nunca. Negué con la cabeza. Mi cabeza se retorció mientras comprendía el auténtico significado de lo que me estaba diciendo.

—No soy yo. Yo no soy la Hija de la Oscuridad.

Me tocó la barbilla con sus dedos helados. Me ladeó la cabeza hasta que lo miré a los ojos bajo aquella luz parpadeante.

—La profecía dice que la Hija de la Oscuridad tendrá grandes poderes. He puesto a prueba a los sangre de hielo y a los sangre de fuego más poderosos. Tú eres la primera que ha demostrado tener una conexión con el trono. Deja de resistirte, Ruby: jamás volverás a sentir dolor.

Negué con la cabeza.

—Pero los demás sí. La gente está sufriendo y tú no lo ves. El trono te ha robado la piedad. Te has convertido en un monstruo.

—No soy ningún monstruo —dijo acariciándome la mejilla con el pulgar—. Juntos, seremos como dioses.

—¡No quiero ser una diosa! —Aparté la barbilla de sus dedos—. Yo quiero ser sanadora como mi madre.

No había sido consciente de aquel deseo hasta que lo expresé en voz alta. Quería haber sido bendecida con el don de los curanderos, con su paciencia gentil, en lugar de poseer aquel montón de emociones que iban asociadas a un poder que mataba y mutilaba.

—Lo niegas, pero matar te proporciona placer. Deja que la oscuridad se interne un poco más profundamente en ti y se funda contigo después de cada nueva muerte.

Me estrechó contra su pecho y me besó. El frío y el calor se fundieron con la oscuridad y crearon una llama nueva. Tenía los labios duros, pero se calentaron bajo los míos: sentí una excitación retorcida. Me posó la mano en

la cara y la enredó en mi pelo. La dura piedra de su anillo se me clavó en la mejilla.

Dejó resbalar los labios por mi barbilla y los deslizó por mi cuello. Noté su caricia fría. Una ráfaga de sensaciones me nubló los pensamientos: placer y aversión a partes iguales. Le puse las manos en los hombros para apartarlo, pero no lo hice. El rey levantó la cabeza y sonrió.

—Mi Luciérnaga sangrienta —susurró pasándome las yemas de los dedos por los labios—. Creo que solo con una pelea más ya estarás preparada. Cuando dejes que el minax se funda contigo, su poder se multiplicará por diez. Y lo compartiremos juntos.

—No pienso fundirme con él.

—Ya lo has estado haciendo en mi palestra. ¿No has notado cómo te ha ayudado? Te da poder para matar. Y, cuando lo haces, lo fortaleces. Y ello proporciona la felicidad absoluta.

Sus palabras me recordaron el sueño, esa silueta oscura que me dijo que nos fundiríamos cuando mi corazón fuera negro.

—Pero el minax ya forma parte de ti —dije.

Negó un poco con la cabeza.

—Me aconseja, me presta el poder del trono, alivia mi preocupación. Sí, gracias a la corona, comparto parte de su poder. Pero no puedo fundirme con él por completo, no como tú. Cuando tú y el minax seáis uno, nos convertiremos en el dirigente perfecto para el reino perfecto. Ninguna rebelión podrá levantarse contra la unión de nuestros poderes. Ningún país se atreverá a desafiarnos. Y cuando el minax esté dentro de ti, ya no viviremos atrapados en el castillo. Podremos ir adonde queramos y su poder vendrá con nosotros.

Ahora entendía por qué el rey me había obligado a pelear en la palestra. Allí podía manipularme con facilidad, obligarme a matar o morir. Y cada vez que lo hacía, se abría una nueva grieta en mi alma que dejaba entrar más oscuridad. ¿En qué me convertiría si permitía que me transformara en la criatura que parecía tan decidido y excitado por crear? Era igual que cuando Eurús creó sus sombras, el bien y el mal no existían: solo el placer del acto de la creación, de poder controlar a otro ser.

Intenté separarme de él, pero me sentía como si estuviera atrapada en el ámbar. Levantó la mano y me acarició el cuello. Sentí una oleada de placer nauseabundo.

Una sombra enorme se levantó del trono, tenía los hombros puntiagudos y dos cuernos enormes que le salían de la cabeza. El minax parecía más sólido que en la palestra, tenía la misma forma, pero había ganado corpulencia y tamaño, como si fuera más corpóreo.

Una de las sombras se convirtió en una mano negra que se extendió y me acarició la punta del dedo, provocando un hormigueo oscuro que me trepó por el brazo y el pecho. El dolor desapareció y se transformó en un poder embriagador. Se estaba llevando todo el dolor que sentía; lo reemplazaba con una especie de alegría absoluta y vacía. Quería dejarme llevar por ese abrazo. Quería olvidarme de todo y entregarme al olvido.

Tardé algunos segundos en darme cuenta de que había recuperado el calor. El minax me había devuelto mi fuego.

La voz de mil campanas que había oído en mi sueño me susurró en la cabeza: «Fusiónate conmigo. Juntos seremos libres».

De repente sentía el impulso abrumador de utilizar mi fuego contra el trono, fundir hasta el último pedazo de hielo, hasta que solo quedara un charco.

Liberar el minax.

Antes de que pudiera reaccionar, Rasmus volvió a besarme, con más fuerza e insistencia. Mi mente se esforzó por aferrarse a algo sólido, algo que me estabilizara en medio de aquella confusión. Entonces me atravesó un recuerdo, otro par de labios, fríos pero ardientes, que se movían sobre los míos. Por un momento, fue Arcus quien me besaba. Sentí sus mejillas bajo las palmas de las manos, los sedosos mechones de sus cabellos en las yemas de los dedos. Vi cómo sus labios se posaban sobre los míos. Recordé otras imágenes que me asaltaron con fuerza y rapidez: su perfil en la oscuridad, el temblor en su voz cuando me dijo que no quería dejarme marchar, la convicción con la que creía en mi fuerza.

Cuando la esperanza y el anhelo crecieron en mi interior, la criatura oscura tembló y se retiró. Pero seguía atenta, preparada para regresar a mí. Me aproveché de su retirada, empujé al rey con todas mis fuerzas, corrí hacia las puertas y las golpeé con los puños.

Me llegó una risa. No sabía si se trataba del rey o de la sombra que se cernía sobre el trono.

Cuando el rey lo ordenó, los guardias abrieron las puertas, me agarraron de los brazos y me volvieron a llevar a mi habitación.

Me senté en la cama y me rodeé con los brazos. El rey había visto la oscuridad de mi interior. No podía negar que estaba allí. La había aceptado, igual que a él. No solo al dejar que me besara. Es que, además, le había devuelto los besos. Cerré los ojos, me sentía avergonzada. Por mucho que quisiera negarlo, había disfrutado, casi tanto como había gozado matando en su palestra. Y ahora el minax me estaba hablando, me decía que nos fusionáramos, que nos convirtiéramos en uno. Ya no podía seguir convenciéndome de que la visión que había tenido solo había sido un sueño. Aquella criatura era cada vez más poderosa, más sólida. Cuanto más tiempo me quedara allí, más mataría.

Me tapé la cara con las manos y me mecí adelante y atrás. ¿En qué me había convertido?

Incluso en ese momento seguía anhelando esa oscuridad y su sinuosa caricia. Era como el té del hermano Gamut, que aliviaba todo el dolor, pero mil veces más potente. Me moría por borrar toda la preocupación y el dolor. Incluso a pesar de lo mucho que me repugnaba lo que ello conllevaría.

Odiaba al rey. Lo odiaba con toda mi alma. Y, aun así, él había conseguido despertar algo en mí: una sed de poder que no podía controlar.

Me levanté de la cama de un salto y me puse a pasear de la pared de piedra a la puerta de madera. Cuando el hermano Thistle me había explicado el plan, con la luz del sol de la tarde colándose por la ventana de la sala capitular, había parecido muy seguro. Solo tenía que entrar en el castillo y destruir el trono.

Ahora que ya estaba en el castillo, nada era tan sencillo. No podía matar al rey porque el trono lo protegía. No podía destruir el trono porque no tenía ningún poder estando en su presencia, excepto cuando estaba en contacto con el rey.

Una parte de mí solo quería rendirse. Dejar que mi próximo rival me venciera. Por fin podría reunirme con mi madre en el otro mundo.

Si de verdad era la Hija de la Oscuridad, al mundo le convenía más que estuviera muerta, antes que convertirme en alguna forma de poder indestructible al lado del rey.

La idea se quedó allí suspendida, oscura, potente e innegable.

Por desgracia, no creía que la oscuridad me dejara morir. En las últimas dos

peleas, se había colado en mi interior para apoderarse de mí cuando mi vida corría un grave peligro. Cada vez era más fuerte. Aunque luchara contra aquel poder sombrío, no sabía si podría vencerlo.

Dejaría que la oscuridad se apoderara de mí. El rey había ganado.

Me vino una imagen a la cabeza con la brusquedad de una cortina que se abre para dejar entrar la luz del día: era mi abuela explicando historias delante del fuego. Vi cómo se movían sus labios, sentí su mano en mi cabeza. Cuando la historia terminaba, solía darme algún consejo: «Siempre hay luz en la oscuridad. Quizá solo sea un puntito, pero está ahí. Síguelo y encontrarás la forma de salvarte».

Si me dejaba llevar por la oscuridad, estaría renunciando a mi elección. Tenía que ser más fuerte. Podía enfrentarme al minax y a lo que tuviera planeado para mí. No pensaba volver a matar, por muy fuerte que fuera el impulso.

Perdería en la palestra, pero ganaría la batalla contra el rey. Si yo moría, destruiría su esperanza de encontrar un recipiente para el minax. Y quizás otro sangre de fuego, alguien más poderoso que yo, más inteligente y fuerte, llegaría después y destruiría el trono.

Pero no sería yo.

—Encontraré la luz, abuela —susurré.

—¡**R**uby! —gritó Braka.

Parpadeé y percibí esos sonidos e imágenes de la palestra que tan bien conocía. Estaba medio mareada y un poco entumecida ante la perspectiva de lo que tenía que hacer.

—¿Qué?

—Tu rival —dijo con una mirada seria en los ojos grises—. Se hace llamar Kane. Se rumorea que es un guerrero experimentado que ha vuelto de las guerras. Al igual que Gravnach, la única arma que emplea es el hielo. Mantén las distancias y busca las zonas que deje sin protección; céntrate en sus puntos débiles.

Alcé las cejas, la sinceridad de sus palabras me alejó de la niebla de la resignación.

—Braka, ¿me estás dando consejos? Ten cuidado o los demás pensarán que te caigo bien.

Sonrió y volví a ver que le faltaba un diente.

—Claro que me caes bien, Luciérnaga. Eres valiente y fuerte. Además, tienes unos poderes que, bueno, sinceramente, me confunden. Creo que puedes triunfar en cualquier pelea. Al final, hasta te ganarás al público.

Fruncí los labios.

—Lo dudo mucho. Estoy viendo como preparan los tomates mientras hablamos.

Se rio.

—Tienes algo —dijo meditabunda—, algo que crece en las personas. Como los carámbanos.

Le sonreí.

—Yo no tengo nada que ver con los carámbanos.

Guardó silencio mientras pensaba.

—Pues como los hongos.

Me reí.

—Mucho mejor.

Me dio una palmada en la espalda y el gesto jovial retumbó en todo mi cuerpo.

—No tengas miedo, Luciérnaga. Todavía no has perdido.

El combate que se estaba disputando duró más de lo normal, en la palestra luchaba una de las pocas guerreras sangre de hielo que había visto en mi vida. Los dos rivales eran de un tamaño similar, pero la mujer tenía ventaja gracias a su poderoso hielo, aunque el rival masculino se servía de la fuerza bruta para aventajarla de vez en cuando. Todavía me ponía enferma ver los combates. Las náuseas me lo reafirmaron. Significaba que no me era indiferente que se perdiera una vida, por lo menos todavía.

Percibí un olor floral que me resultó familiar y me di la vuelta. Me encontré con Marella plantada a mi lado: parecía una diosa, con un vestido plateado y flores de seda bordadas en la falda. En su elaborado peinado llevaba algunas de esas mismas flores. En las orejas y en los dedos lucía gélidas gemas engastadas en plata; las joyas reflejaban los rayos de luz procedentes de la palestra.

—He venido a desearte suerte —dijo esbozando una sonrisa deslumbrante.

—Aprecio el gesto —le dije colocándome el antifaz—. Pero no necesito suerte. No la quiero.

Torció el gesto.

—Tienes razón. La suerte es para los mediocres. Tú eres perfectamente capaz de destruir a este contrincante, igual que has hecho con los demás.

Sus palabras me provocaron una punzada de frío en la nuca.

—No voy a destruir a nadie. Ya no puedo seguir haciendo esto.

Frunció el ceño.

—No tienes elección, Ruby. No es culpa tuya que te veas obligada a hacerlo. Es matar o morir.

—Exacto. Y cada vez que mato, algo se apodera de mí. Una oscuridad que no puedo controlar. —Hice una pausa—. He decidido no volver a matar.

—Quizá tu culpabilidad...

—No es culpabilidad. Creo que se trata del minax del trono. —Esperé a ver su reacción, pero siguió inexpresiva—. Seguro que piensas que me he vuelto loca, pero...

—Ya sé lo del trono —se limitó a decir—. Ya te lo dije. Conmigo no tienes por qué llevar máscara. Te estaba invitando a confiar en mí y que me permitieras ayudarte.

—¿Cómo puedes ayudarme?

—Llevo la mitad de mi vida preparándome para este día, leyendo los libros más antiguos de la biblioteca de mi padre, investigando el trono, escapándome por las noches para consultar con eruditos. —Sonrió al ver mi expresión de preocupación—. Puede que mi padre sea un predicador rancio y viejo, pero su mayor tesoro es su colección de libros. Conozco las historias de la antigüedad. Y he visto con mis propios ojos que hay más verdad en ellas de lo que piensa la mayoría de la gente.

Me llegó el clamor de la multitud, pero no me volví para ver qué lo había provocado. Estaba demasiado ensimismada con las revelaciones de Marella.

—El rey Akur experimentó un gran cambio durante su reinado —explicó—. Su mujer y sus hijos se dieron cuenta. Mi padre y los miembros más cercanos de su corte lo vieron. Y también lo vio el erudito real, que creía que el trono era la auténtica causa de nuestra guerra contra los sangre de fuego. Él creía que la maldición del trono había despertado y cada vez era más influyente. Le dijo al rey que mientras siguiéramos tratando injustamente a la gente de Sud, los conflictos nunca terminarían. Y entonces la esposa del rey Akur fue asesinada, cosa que demostró la verdad que escondían las teorías del hermano Thistle. El único motivo por el que no fue ejecutado por sus opiniones, por su traición, fue que era de la misma sangre que el mayor terrateniente de las provincias del este. Si el primo de Thistle, lord Tryllan, hubiera retirado su apoyo al rey, habría supuesto un desastre para las guerras de la frontera. Así que desterraron a Thistle a un monasterio en ruinas en el monte Una. Y él y sus predicciones cayeron en el olvido.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes? —pregunté en tono acusador—. Te lo habría explicado todo.

—No sabía si podía confiar en ti. Tienes un vínculo con Raz. Te mira de una forma especial, nunca lo había visto mirar a nadie de esa manera. —Vi un breve destello de emoción en sus ojos—. Hay muchos motivos por los que podrías decidir delatarme. Y no quería arriesgarme. Pero ahora estás hablando de morir en la palestra hoy: el riesgo es mucho mayor. Para todos nosotros.

—¿Entonces crees que puedo destruir el trono?

Me cogió de las manos, tenía los dedos fríos, pero no congelados.

—Sé que puedes hacerlo, Ruby. Hoy es el solsticio de verano, cuando tu poder es más intenso. Si tiene que ocurrir algún día, debe ser hoy.

«Solsticio.» Recordé al hermano Thistle diciendo que solo faltaban tres semanas para que llegara, pero habían pasado los días y yo había perdido la cuenta.

—Pero, Marella, tengo miedo de perderme, de no querer destruirlo. Se fusionará conmigo. ¿Y en qué me convertiré luego?

Noté cómo se le tensaban los dedos y su voz se volvió urgente.

—Fusionarte con él es la única forma de destruirlo. ¿No lo ves? Si lo haces, podrás utilizar su poder en su contra. No necesitas solo tu fuego. Necesitas tu oscuridad. Eso es lo que te hace especial.

—¿Cómo lo sabes?

—He visto a muchos sangre de fuego luchar y morir en esta palestra. Y nunca he visto que ninguno hiciera lo que puedes hacer tú. El minax te ha elegido.

—Oh, que Sud me ayude —susurré separando las manos de las suyas para llevármelas a la cara.

—Ya sabes que es verdad. Por eso habías decidido no pelear hoy. Te asusta pensar en lo que te convertirás. Pero te prometo que tú eres más fuerte. Puedes fusionarte con el minax y seguir controlándolo. Puedes hacerlo, Ruby.

—Te equivocas. No voy a arriesgarme.

Me di media vuelta.

—Entonces deja que te diga algo que quizá te haga cambiar de opinión. Tu rival de hoy, Kane: es uno de los soldados que saqueó el monasterio.

Me volví de nuevo hacia ella.

—¿Qué?

Asintió.

—Pregunté por él, con la esperanza de poder descubrir sus debilidades: supe que fue uno de los hombres que le asignaron al capitán Drake cuando fueron al monte Una. He oído decir que fue muy cruel. Fue una carnicería, Ruby. Y... el joven de las cicatrices también murió.

—¿Arcus? —jadeé.

Asintió con los ojos llenos de tristeza.

—Un guerrero sangre de hielo que luchó como un loco para proteger el monasterio, a pesar de que no tenía ninguna posibilidad. Mató a una docena

de soldados antes de que los arqueros lo abatieran con sus flechas en llamas.

Se me nubló la vista. Las flechas en llamas no habrían bastado para superar su hielo, pero Arcus habría sentido un miedo atroz. Debían de haberlo dejado fuera de juego, habrían debilitado su concentración. Sentí que podía ver el momento en el que había caído.

No me di cuenta de que me había inclinado hacia delante hasta que noté que Marella me abrazaba con fuerza.

—Lo siento mucho, Ruby —me susurró—. No iba a decírtelo. Pero ahora ya sabes por qué Kane no puede salir vivo. Merece morir.

Jadeé y me estremecí. Noté cómo me desintegraba en un millón de pedazos, pero era incapaz de evitarlo.

—Puedes hacerlo. Destruye a Kane. Destruye el trono. Si no, esta oscuridad jamás acabará.

Me estrechó una última vez y me separó de ella. Después se puso a mirar la pelea con una expresión pesarosa. Seguí la trayectoria de su mirada y vi que ambos rivales estaban en el suelo: el presentador levantaba la mano sin vida de la guerrera sangre de hielo. El público rugió y entraron unos cuantos sirvientes a la palestra que se llevaron los cuerpos. Tras ellos solo quedó un reguero de sangre azul. Por lo visto, la mujer sangre de hielo había ganado, pero lo había pagado con su vida.

El presentador hizo una señal.

Salté a la soleada palestra.

Percibí los abucheos y los improperios habituales; la lluvia de comida podrida y las piedras aterrizando en los límites de la palestra. Pero me sorprendió oír un par de voces que gritaban: «¡Luciérnaga!». Yo era ajena a todo, como si estuviera flotando por encima de mí, como si fuera una espectadora que no tuviera nada que ver con todo aquello. Deseé no tener que volver a sentir.

Di media vuelta y vi al rey en su palco. Ahora Marella estaba sentada a su izquierda: parecía una muñeca pintada; su vestido plateado flotaba por encima de los reposabrazos de su sillón esculpido en hielo. Él llevaba una túnica negra con bordados plateados. Me pregunté si la mujer habría elegido la ropa a conciencia para ir a juego. Parecía que, de una forma muy sutil, ella siempre estuviera tratando de llamar su atención. Recordé lo que había dicho

sobre cómo me miraba el rey. En ese momento, me di cuenta de a qué se refería. Rasmus inclinó la cabeza: la intensidad de su mirada hizo que mi piel vibrara. Me lo quedé mirando fijamente. A mi pesar, me atraía: por las sombras que se movían en el hielo que asomaba por detrás de él.

Cuando llegué al centro de la pista, se abrieron las puertas del extremo opuesto. De ellas emergió una figura. Llevaba una armadura de cuero negro con hebillas metálicas y un casco de acero con el protector rectangular para la nariz y dos más para las mejillas que le llegaban hasta la barbilla: las únicas aberturas estaban a la altura de los ojos y la boca. Vestía una capa negra que le colgaba por la espalda. Era más alto y más corpulento que el capitán, pero no tanto como Gravnach. No llevaba espada.

«La única arma que emplea es el hielo», había dicho Braka. Me estremecí al recordar que Marella había afirmado que debía fusionarme con el minax para destruirlo. Había prometido encontrar la luz: aunque significara morir. Pero eso había sido antes de saber que ese hombre era un asesino. El asesino de Arcus. No había nada en el mundo que pudiera salvarlo de morir a mis manos.

Se paró a unos tres metros de mí y me hizo una reverencia. Adopté mi postura de lucha y levanté los puños. Él alzó los suyos. Empezamos a caminar en círculos.

Pocos segundos después, el público empezó a corear:

—¡Muere, sangre de fuego, muere!

Sin embargo, el guerrero sangre de hielo no hizo nada: quizás estuviera estudiándome, esperando alguna pista que le indicara la intensidad de mi poder. Yo no era tan paciente. Le lancé una ráfaga de fuego a los pies.

Se apartó de un salto ágil y contraatacó con una ráfaga de hielo que aterrizó también en el suelo, justo delante de mí. Levantó una nube de polvo.

Provoqué un tornado de calor que lo rodeó. Él extendió las manos y el aire se dispersó con un siseo.

De mis manos emergieron varios molinos de fuego. Él los bloqueó todos con los protectores de acero que llevaba en las muñecas y me lanzó una ráfaga de aire frío.

—Crees que esto es un juego, ¿verdad? —dije, haciendo girar las manos para mandarle dos remolinos de aire tan calientes que el agua del aire se convirtió en vapor. Dejó que pasaran de largo sin apenas reaccionar, como si fuera una brisa de primavera—. Pero lo que no sabes —continué lanzándole

una nube de calor ardiente— es que no saldrás vivo de esta palestra.

Se me calentó el pecho y lancé una serie de ataques: rayos, flechas de fuego y una feroz cola de dragón en rápida sucesión. El crujido del látigo resonó en el hielo. Los bloqueó todos sin esfuerzo. El público se rio y empezó a animarlo.

—¡Kane! ¡Kane! ¡Kane!

La rabia me puso tensa. Su hielo era todavía más poderoso que el de Gravnach.

Le lancé un rayo de fuego al casco. Esta vez lo alcancé. Se tambaleó hacia atrás antes de mandar una ráfaga de aire helado que hizo que me temblaran las piernas mientras me esforzaba para no perder el equilibrio.

Nuestros ataques eran cada vez más rápidos. Extendí una sábana de calor. Él se cubrió de una capa de hielo protector. Fundí el hielo con mi aire caliente: después lo atacé con otra cola de dragón. Él congeló el suelo bajo mis pies justo cuando yo me estaba moviendo. Se me torció el pie al resbalar y me caí. Intenté levantarme, pero me volví a caer al suelo.

Kane se acercó a mí. Su silueta bloqueaba la luz del sol. Volví la cabeza y vi que el rey se asomaba al palco. Marella estaba justo a su lado. Y, entre ellos, flotaba una figura oscura: su cabeza y sus hombros puntiagudos crecían y cada vez eran más afilados. No había pruebas de que nadie más pudiera verlo, pero yo podía sentir su presencia, incluso con los ojos cerrados.

Mientras notaba como aumentaba la oscuridad, le solté otra ráfaga de calor. No sé si se debió al solsticio, o a la oscuridad que se internaba en mí, o sencillamente a que mi odio por fin me había liberado de las restricciones, pero mi fuego parecía quemar con más fuerza que nunca. A Kane se le prendió la túnica: tuvo que lanzar una ráfaga de escarcha para sofocar las llamas.

Después me alcanzó con una racha de hielo que siseó hasta convertirse en una nube de vapor inofensiva, después me lanzó una serie de carámbanos al tiempo que gritaba en mi dirección. Los pedazos de hielo se fundieron en la nube de aire caliente que me rodeaba como un escudo.

Me había vuelto muy poderosa, brillaba como una esquirra de sol. Estaba segura de que podía matarlo solo con mi fuego. Pero quería sentir el olvido que solo podía proporcionarme el minax.

—Ven, oscuridad —susurré—. Utilízame para matar a este asesino.

El guerrero sangre de hielo se paró a unos metros y habló.

—Entonces es verdad. Te he perdido.

Sin embargo, sus palabras no significaban nada: estaban perdidas en un glorioso zumbido de poder. Y ya no me importaba si tendría la fuerza suficiente para controlar al minax después. Lo único que me importaba era dejarme llevar por la venganza.

Me cambió la visión: el mundo se convirtió en esa familiar imagen en blanco y negro. El sonido se redujo al latido de mi corazón y a la respiración de mi contrincante. De mi mente brotaron unos tirabuzones negros como el ónice que buscaban el palpitante bulto negro de su pecho.

—No me obligues a hacerte daño —dijo el guerrero: sus palabras sonaban distantes, como gotas de lluvia repicando contra un cristal.

Le lancé una ráfaga regular de fuego y él la bloqueó con una columna de hielo. Entre tanto, los sinuosos hilos de sombra empezaron a dibujar círculos y espirales que se estrechaban alrededor de su corazón.

—Por favor, Ruby —dijo.

Su hielo no dejaba de crecer y me empujaba hacia atrás: me estaba obligando a acabar con aquello de una vez.

Pero alguna parte de mí había registrado que conocía la voz de ese guerrero.

Conocía esa voz.

Pero era imposible. Estaba muerto. ¿Había perdido la cabeza?

—¿Arcus? —jadeé, temblando debido al esfuerzo que tuve que hacer para reprimirme.

—Me alegro de que me recuerdes —contestó.

Su intento de hacerse el gracioso quedó hecho añicos cuando la emoción le quebró la voz.

La sorpresa me hizo temblar. Retiré la mano y detuve la corriente de fuego. Él hizo lo mismo: ambos reculamos por el esfuerzo. El fuego era mucho más fácil de controlar que la oscuridad. Seguía enroscándose alrededor de su corazón. Rugió de dolor y se llevó una mano al pecho. Yo gruñí al esforzarme por controlar el frenesí asesino que crecía en mi interior. «Encontraré la luz.» Hice un esfuerzo enorme, concentré toda mi energía en esos hilos sinuosos, los retiré y los aparté. El mundo recuperó sus colores con un audible pop.

—¿Eres tú de verdad? —susurré intentando verle la cara por los huecos del casco.

Lo observé. Hombros anchos, más anchos de lo que recordaba. Pero tal vez fuera por la armadura. Y el casco, ¡ese maldito casco que le ocultaba el rostro! Me debatía entre la esperanza y el miedo a estar equivocada.

Dejó caer una mano.

—Ya te dije que serías una amenaza en cuanto consiguieras un poco de control. Aunque he oído decir que a la gente de por aquí todavía no les caes del todo bien.

La alegría que sentí en un primer momento se convirtió en ira cuando pensé en lo que había estado a punto de pasar.

—¡Podría haberte matado! —grité, pero me salió una vocecita alta y débil, me acerqué tambaleándome hacia él y me lancé a sus brazos.

Me abrazó con tanta fuerza que no podía respirar, pero no me importaba.

Una voz resonó desde un palco. Era el presentador. Su túnica magenta era una mancha de color que destacaba sobre el hielo incoloro.

—¡Campeones! La palestra no es un baile de parejas. —El público se deshizo en carcajadas y gritos de asentimiento—. ¡Esta gente ha venido a ver sangre! ¿Tenemos que mandaros unos cuantos contrincantes para separaros?

—Arcus —susurré mirándolo a los ojos—, las puertas no se abrirán hasta que muera uno de los dos. Tienes que matarme.

Abrió los ojos de sorpresa y después los entornó.

—¿Te has vuelto loca, Ruby?

—No, escucha —le supliqué—. El hermano Thistle tenía razón sobre el trono, pero se equivocó conmigo. Yo no soy la Hija de la Luz. Soy...

—Solo otra sangre de fuego con mal genio. —Sonrió para darle énfasis y volvió a tenderme la mano—. Relájate, Ruby. Ya sé que no has logrado destruir el trono. Pero he conseguido apoyos: estamos rodeados. Tenía que dejar pasar un poco de tiempo para que tomaran posiciones sin levantar sospechas. Y, para serte sincero, no estaba seguro de tu lealtad. He oído rumores sobre ti y sobre el rey... —Me miró a los ojos antes de seguir—. Bueno, no quería hacerte daño. Siento haber tardado tanto en...

—¡Eso da igual! —No podía creer que me estuviera hablando con esa tranquilidad, como si no pasara nada—. Escucha. La maldición está en el trono...

Mientras hablaba, se abrieron las puertas y de ellas empezaron a salir luchadores. Venían de todas partes portando lanzas, espadas, mazas y lanzando ráfagas de escarcha y hielo.

Arcus me empujó y se colocó delante de mí, como si quisiera protegerme del caos que se cernía sobre nosotros. Respiró hondo, se cogió el casco con ambas manos, se lo quitó de la cabeza y lo tiró al suelo. Sus movimientos eran deliberados, lentos, pero muy decididos. Levantó las manos con las palmas hacia fuera. El poder emanó de él. Tenía un porte majestuoso. Los luchadores redujeron el paso y se detuvieron a nuestro alrededor.

Una nube de polvo y rocío flotaba en el aire. La multitud se inquietó.

—Buena gente, ¡escuchadme! —gritó por encima del estrépito—. Me dirijo a vosotros no como luchador campesino, no como guerrero, no como campeón.

«No, no era un campeón cualquiera», pensé. A pesar de su estatura, que podía compararse con la de cualquiera de los campeones del rey, tenía una actitud orgullosa que dejaba bien claros sus orígenes nobles. Ahora más que nunca.

—¡Me dirijo a vosotros como el hombre que debería tener el derecho legítimo a ocupar el trono de Fors!

Escuché las palabras, pero mi mente no pudo asimilar el significado. Estaba fingiendo ser otra persona: tenía que estar mintiendo. Y siguió hablando.

—Me dirijo a vosotros como Arelius Arkanus, hijo de Akur, hermano mayor de Rasmus. Un asesino me quemó y me dieron por muerto. Pero no fallecí.

Retrocedí, tenía el corazón desbocado, pero todavía no era capaz de entender lo que sucedía.

—He vivido para luchar —dijo Arcus, su voz destilaba más poder que nunca—, para regresar con el pueblo al que tanto amo. Ahora vuelvo con vosotros y me presento como vuestro fiel servidor. ¡Regreso a vosotros como el legítimo rey hielo!

*E*l tiempo perdió el significado. Los sonidos de la palestra se disiparon y desaparecieron en un rugido distante.

Arcus se cernía sobre mí, tenía la cara descubierta: todo el mundo podía verla. Sus cicatrices resaltaban a la brillante luz del sol de la tarde. Era como mirar a un desconocido. Se dirigió al público y les decía cosas que yo solo comprendía a medias: les recordaba que dependía de ellos, de su pueblo, la elección del rey que debía ocupar el trono. Tenían que luchar a su lado, pues él sería un rey justo y siempre recordaría su lealtad.

Les habló con la habilidad de un orador experimentado, convincente y seguro, con los hombros echados hacia atrás y la barbilla bien alta. Aquella misteriosa figura que se ocultaba bajo una capucha había desaparecido. Aquel joven que me tenía miedo había desaparecido. La persona en la que había llegado a confiar, cuyas cicatrices había acariciado con suavidad, cuyos labios me habían besado con aquella dulce y ardiente presión, había desaparecido.

Delante de mí había un rey. El rey hielo. Alto y despiadado, dispuesto a ocupar su lugar en el trono y a ejercer su poder.

Se me puso la piel de gallina. Esta vez no habría esperanza. Arcus irradiaba un poder absoluto, un zumbido de una energía que, latente, había esperado la oportunidad de liberarse. Esa energía flotaba en el aire que lo rodeaba, siempre había sido así. Aunque yo no me había dado cuenta hasta ese momento. Rasmus extraía su poder del trono, pero Arcus tenía fuerza interior. Él se valdría del poder del trono y lo multiplicaría por diez.

Luego se volvió para mirarme. Su fría mirada azul se suavizó; me miró a los ojos con una profunda calidez.

Sacudí la cabeza. La imagen de un rey invencible en el trono se disipó como la niebla de la mañana. Se trataba de Arcus. Quizá fuera el hermano de

Rasmus, pero continuaba siendo la misma persona que había conocido. Le tendí la mano y me la cogió, me puso de pie y me empujó contra su pecho. Sonrió.

—Mi fardo de astillas —dijo con suavidad—. Me alegro de volver a tenerte entre mis brazos.

Una ráfaga de hielo explotó a los pies de Arcus y cayó de rodillas.

Me volví hacia el origen del hielo y me encontré frente a frente con el palco del rey. Rasmus tenía las manos extendidas: nos estaba clavando los ojos y en ellos ardía una intensa ira.

—¡Matad a ese impostor! —gritó Rasmus, y sus palabras resonaron por toda la palestra—. Mi hermano está muerto. Lo que estáis viendo es un usurpador. ¡Matadlo o se os acusará de traición!

Muchos espectadores desenvainaron las espadas, sacaron porras de debajo de sus ropas raídas y bajaron por las gradas hasta saltar a la palestra.

Mientras Arcus se levantaba y me estrechaba contra él, forcejeé para soltarme.

—¡Ve!

—Para, Ruby —dijo—. Son mis rebeldes, personas que han elegido luchar para mí. Y puede que haya más que quieran seguirnos.

Tenía razón. Cuando los hombres cargaron contra los soldados del rey, las espadas chocaron y provocaron una cacofonía ensordecedora de acero. Los que tenían poderes lanzaban rachas de escarcha y hielo en una vertiginosa exhibición de blanco reluciente.

Había estallado una revolución. Me volví hacia el palco real, pero no podía ver a través del bosque de cuerpos.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Arcus—. No puedo garantizar tu seguridad, ni siquiera entre mis aliados.

Se puso en pie y me cogió de la mano para arrastrarme hacia un lateral de la arena, hasta un nicho opuesto a la entrada en la que yo solía esperar para salir a pelear. Alguien lanzó una ráfaga de hielo a mis pies que me hizo tambalear. Arcus me llevó hasta un recoveco en sombras.

Me giré para mirarlo.

—El rey acabará enseguida con tu pequeña revolución. Entonces empezará contigo. ¿Por qué has sido tan tonto? Este no era el plan.

—Esto siempre formó parte del plan, pero no era la parte que te incumbía. Llevo un año reuniéndome en secreto con mis simpatizantes. Pero no

teníamos planeado entrar en el castillo hasta que el trono estuviera destruido.

—Y sabes que eso no ha ocurrido. ¡No tendrías que haber venido!

Negó con la cabeza.

—Ese plan cambió en cuanto te marchaste del monasterio sin mí. No podía dejar que te enfrentaras a esto tú sola. Hemos venido lo más rápido que hemos podido..., aunque no estaba del todo seguro de qué lado estabas. Oí decir que te habías convertido en una campeona. Que se te veía muy unida al rey.

Nos miramos a los ojos. Los suyos me hacían una pregunta que no estaba segura de que quisiera oírme contestar.

Le puse la mano en la nuca; él puso las suyas en mi espalda.

—Mi lealtad no ha cambiado, si es lo que me estás preguntando. Estoy contigo.

Mientras hablaba, se me erizó el vello de la nuca. Un dedo invisible me acarició la clavícula y noté un hormigueo en la piel. Una sombra amorfa escondió el sol como si fuera una mancha en movimiento. Se me apelmazó la garganta. Los tirabuzones oscuros se internaron en mí y se llevaron el dolor y las preocupaciones para reemplazarlos por una sensación de energía ilimitada. El mundo perdió los colores. Arcus se volvió gris claro con un contorno negro. Le veía el corazón con claridad: era oscuro y claro.

—Mátalo.

Era esa voz resonante que tan bien conocía, intensa e incontestable. Haría cualquier cosa para satisfacer a esa voz.

«No.» Liberé mi mente con un grito agudo. El mundo recuperó el color, pero no del todo, seguía pintado con tonos apagados, me quedé medio dentro y medio fuera de la realidad. Los tirabuzones negros lamían los contornos de mi conciencia.

—¿Ruby? —dijo Arcus frunciendo el ceño con fuerza.

El sentimiento iba aumentando, la sed de sangre era cada vez más intensa. Había dejado entrar al minax. Y ahora no sabía cómo expulsarlo. Y ansiaba la muerte de Arcus. Notaba ese picor en los dedos, las ganas de extenderlos y enviar esos hilos oscuros hasta su corazón. Estaba perdiendo el control por segundos.

—¡Suéltame! —rugí empujándolo por el pecho—. El minax se está adueñando de mí. Ahora no puedo explicártelo. ¡Tengo que destruir el trono antes de perder el control y hacerte daño!

Me soltó sorprendido. Di media vuelta y me dirigí hacia la palestra. El nicho que daba acceso al castillo estaba en el lado contrario. Tenía que conseguir abrirme paso entre la multitud.

—¡Ruby! —gritó Arcus: su ira estaba teñida de miedo.

Pero yo solo pensaba en una cosa: «destruye el trono». Marella me había dicho que aquel día era más poderosa que cualquier otro. Y ahora, mientras el rey estaba distraído, podría ser mi única oportunidad. Aunque fuera una oportunidad pequeña, tenía que intentarlo.

Me interné en el gentío, a mi alrededor había un ruidoso remolino de espadas y hielo. Esquivé varios golpes y tuve que agacharme: a veces evitaba por poco el choque entre los soldados y los partidarios de Arcus, impecables túnicas azules con armaduras contra hombres vestidos con harapos de campesino. Me abrí paso entre ellos: a veces tenía que utilizar rachas de calor o llamas para protegerme de las esquirlas de hielo que lanzaban a la cara de sus rivales. Tardé varios minutos en llegar al nicho donde Braka y sus campeones luchaban con feroz y musculosa eficiencia.

—¡Lucha por Arcus! —le grité a Braka.

Sus trenzas heladas bailaban mientras bloqueaba, pateaba y dibujaba peligrosos arcos con la espada. Cuando vi su mirada de incompreensión, me di cuenta de que ella conocía a Arcus por un nombre distinto.

—¡Lucha por Arelius Arkanus!

—No puedo, Luciérnaga —admitió bloqueando los golpes de tres hombres a la vez—. ¡Somos los campeones del rey!

—¿Y quién es el verdadero rey?

La pregunta se quedó flotando en el aire mientras yo me internaba en el nicho. No tenía tiempo de quedarme a convencerla.

Recorrí el túnel hasta el patio, donde se estaba librando una gran batalla. Lo que estaba ocurriendo en la palestra no era nada comparado con la contienda que rugía fuera del castillo. Los choques del acero destacaban por encima de gritos y aullidos. Los arqueros disparaban flechas desde las almenas. Los lobos de hielo protegían a sus señores, se contorsionaban y brincaban enseñando los dientes con los ojos inyectados en sangre. La sangre oscurecía los adoquines del suelo, el olor metálico se mezclaba con el hedor a sudor y miedo.

Cuando llegué al muro del castillo, los guardias estaban cerrando las enormes puertas principales. Me concentré en las armaduras y las espadas:

lancé una ráfaga de calor contra el metal. Dos de los guardias soltaron las armas y gritaron. Uno de ellos aguantó y se abalanzó hacia mí entre gritos. Me hice a un lado, proyecté una ráfaga de calor en el aire que lo envolvió en una nube de niebla y pasé de largo por su lado. Las puertas siguieron cerrándose por inercia. Cuando lo hicieron, las atranqué con una pesada barra de hierro para dejar fuera a todo el mundo.

Los pasillos estaban vacíos. La mayoría de los guardias del castillo estaban en la contienda que había fuera. Sin embargo, estaba convencida de que las puertas de la sala del trono seguirían vigiladas, así que me dirigí directamente al pasaje secreto del comedor.

Corrí hasta la pared donde estaba oculta la puerta y deslicé la mano por la pared en busca del mecanismo. No lo encontré.

—¡Ruby!

La voz sonó amortiguada, pero me resultaba familiar.

Se oyó un clic: entonces la puerta se abrió un poco y apareció alguien dentro del pasadizo. Era Marella, por la grieta de la puerta vi uno de sus ojos violetas y la elegante curva de su cuello.

—¿Te estás escondiendo aquí? —susurré.

—Ya te dije que mi padre había sido consejero de tres reyes. Conozco todas las estancias secretas, las escaleras olvidadas y los túneles del castillo. No sabía si el rey te lo había enseñado, pero esperaba que sí.

—Ven.

Abrió un poco más la puerta y empezó a alejarse.

Entonces recordé lo que me había dicho: que Kane era uno de los soldados que había saqueado el monasterio y que Arcus estaba muerto. La agarré del hombro y le di media vuelta.

—¿Por qué me has mentado?

—Silencio —siseó—. ¿Quieres que nos descubran los guardias? No podemos hablar en el túnel.

—No pienso ir a ningún sitio contigo. No confío en ti, Marella. ¿Por qué me has dicho que Arcus estaba muerto?

Suspiró.

—Estabas hablando de abandonar, de dejarte vencer. No podía dejar que hicieras eso, Ruby. Necesitaba que pelearas.

—Habría bastado con decirme que Kane había estado en el monasterio con el capitán. No tenías por qué decirme que mi mejor amigo había muerto.

¡Podría haberle matado! Cuando pienso en lo que ha estado a punto de pasar por tu culpa...

Me sonrió con complicidad.

—¿Estás segura de que solo es un amigo, Ruby? Vi la cara que pusiste cuando pensaste que había muerto.

Di un paso hacia ella. Marella reculó extendiendo las palmas de las manos.

—Y sí, supongo que fui más lejos de lo que debería, pero quería que te enfadaras. Quería que invocaras tus pensamientos más negros, que desataras tus emociones más oscuras. Es la única forma de que el minax se fusione contigo. Es el único modo de destruir el trono. Sigues queriendo destruirlo, ¿verdad?

—Claro que sí —admití esforzándome para no castigarla por lo que podría haber provocado—. Pero eso no significa que te perdone.

—Lo siento, Ruby —dijo, por fin parecía arrepentida—. No sabía que era... Arcus. ¿Así es como lo llamas? No tenía ni idea de qué le había ocurrido cuando te cogieron en el monasterio. Sinceramente, ni siquiera estaba segura de que fuera el rey. Solo tenía alguna sospecha. Venga, estamos perdiendo el tiempo.

Dio media vuelta y se marchó, y esta vez yo la seguí. Destruir el trono era más importante que la rabia que me provocaba su traición. Tanto si me gustaba como si no, necesitaba sus conocimientos.

—¿De verdad crees que puedo hacerlo? —le pregunté mientras nos desplazábamos medio caminando medio corriendo por el estrecho pasadizo—. Siempre que he estado en la sala del trono, me ha costado mucho conectar con mi poder. La única esperanza que tengo es que el trono esté más débil sin la presencia del rey.

Se detuvo y dio media vuelta, me cogió de la muñeca y me la estrechó con un gesto tranquilizador.

—Puedes hacerlo, Ruby —dijo transmitiéndome su convicción—. Deja que el minax se fusione contigo. Cuando seáis uno, compartiréis el mismo poder. Es la única forma de destruir el trono y darnos la oportunidad de vencer. Así habrá esperanza para... —Se le apagó la voz.

—¿Rasmus? —pregunté en voz baja. Me miró a los ojos—. Es evidente que te preocupas por él.

Se le dilataron las aletillas de la nariz.

—Quizá no debería. Incluso antes de subir al trono, ya tenía cambios de

humor. Era impredecible y..., bueno, era problemático. Pero me preocupaba por él de todas formas, siempre ha sido así. —Apretó los labios—. Cuando se convirtió en rey, se transformó en alguien que no reconocía. Su insignificante crueldad se hizo monstruosa; su imprevisibilidad dio paso a terribles cambios de humor; su mal humor... —Negó con la cabeza—. Le perdí. Si destruyes el trono, tendré una oportunidad de recuperarlo. De recuperar al verdadero Rasmus, quiero decir. Quizá pueda ayudarlo a volver a ser alguien merecedor de amor.

Aquella confesión me impactó: tanto la idea de que amara a Rasmus como el hecho de que confiara en mí.

Llegamos a la salida del pasadizo: estábamos a tiro de piedra de la amenazante silueta del trono.

—Tienes que hacerlo, Ruby —susurró—. Hay cosas que todavía no he tenido la oportunidad de explicarte, pero sé mucho más de lo que puedas imaginar sobre el trono. Lleva esperándote todos estos años. Si fracasas, ya no habrá esperanza. Y a mí me matarán por haberte ayudado.

—Sí —concedió una voz sedosa—. Pero no será una gran pérdida.

Una figura se levantó del trono: su pelo rubio estaba rodeado por un halo de luz que se colaba por la ventana y rebotaba en el hielo.

—Marella, mi querida traidora.

La invitó a acercarse.

—Yo no te he traicionado —dijo con el rostro ceniciento—. Estoy intentando salvarte.

Él soltó una carcajada corta e incrédula.

—Tú no te preocupas más que por ti misma. Quizás hayas engañado a Ruby, pero yo te conozco muy bien. Acércate. Quiero ver esas preciosas lagrimitas que tan bien fabricas mientras suplicas por tu vida.

Ella se dio la vuelta y corrió hacia el túnel. Cuando tocó la puerta de piedra con la mano, gritó. El hielo le cubría los dedos y se los fusionaba con el pomo. Alargué la mano para fundir el hielo, pero noté aquel peso tan familiar en el pecho que escondía mi fuego.

—Pareces sorprendida de verme —me dijo Rasmus esbozando una sonrisa. Intenté tranquilizarme y me acerqué a él.

—¿No estás liderando la batalla de tus hombres?

Entornó los ojos.

—Recompensaré a los leales y colgaré a los traidores. Las batallas fortalecen el poder del trono.

Hablaba con una satisfacción despreocupada, como si hubiera compartido una información ancestral por mera curiosidad.

—Cuando la gente muere debido a la violencia, el trono se fortalece y me confiere más poder. —Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el hielo—. ¿Qué pensabas hacer aquí, mi preciosa Luciérnaga?

—Quería el poder del trono que me habías ofrecido.

Abrió los ojos con sorpresa.

—¿Ah, sí? Pues acércate.

Se aproximó, me rodeó la cintura con una mano y me acercó al trono. Cuando me pegó la mano al hielo, un poder oscuro se internó en los dedos, ascendió por el brazo y me recorrió un placer gélido.

—Tú perteneces al trono —dijo deslizándose una mano por la espalda para acercarme—, y el trono me pertenece a mí. Y eso significa que eres mía, Ruby.

Me cogió de la barbilla y acercó mi cara a la suya. Superada por las sensaciones, con los nervios alerta al sentir el contacto del trono bajo la mano, no pude hacer más que sacudir la cabeza.

Me posó los labios en la sien palpitante y proyectó chispas líquidas en mis venas.

—Guárdalo en tu corazón —susurró, las palabras me atravesaron la piel.

—Suelta a Marella —conseguí decir—. Ella no tiene nada que ver con esto.

Miró con los ojos entornados a la chica, que estaba intentando escapar. Se le habían formado carámbanos en la cabeza.

—¿No te lo ha dicho? —preguntó—. Lady Marella conspiró contra mí con mi propio capitán. El capitán aceptó llevarte a la cárcel de Blackcreek, en lugar de traerte aquí, a cambio de un montón de dinero que serviría para pagar sus deudas de juego. Ella te escondió de mí.

Lo miré sorprendida.

—Por eso me lo entregaste en la palestra. Porque te traicionó.

—No lamento su muerte.

—¿Alguna vez has lamentado la muerte de alguien?

Alzó una de sus cejas pálidas y reprimió una sonrisa.

—Ella me traicionó. Me espía. —Deslizó un dedo por mi barbilla. Cuando percibí una parte de mi calor, me di cuenta de que, cuando el rey me tocaba a mí y al trono al mismo tiempo, recuperaba mis poderes, por lo menos una parte—. Tendrán que expiar su culpa. Dejaré que la mates tú cuando termine de interrogarla. Eso aumentará tu poder.

Las sombras del trono se volvieron más espesas. Fui capaz de recuperar los poderes suficientes como para mandar una ráfaga de aire cálido a las manos de Marella. La joven se liberó del hielo y se marchó corriendo por el pasadizo. El taconeo de sus zapatos resonó en el silencio.

Rasmus me cogió de los hombros y me sacudió.

—Estás desperdiciando tu poder.

Me besó. La presión provocó una explosión que me recorrió el cuerpo. Un placer que arrasó con todas las preocupaciones y los miedos, todas mis dudas sobre lo que debía o no debía hacer. Solo quedó felicidad y oscuridad.

Una sombra se elevó y se cernió sobre nosotros.

—¿Me deseas? —preguntó Rasmus con los labios pegados a los míos mientras dejaba resbalar la mano por mi espalda y pegaba las caderas a las mías.

Me dejé llevar por el éxtasis: una parte de mí quería decir que sí. Deseaba la oscuridad. Deseaba el poder. Deseaba la felicidad. «Tú me das todas esas cosas, por eso te deseo.»

Sin embargo, algo parpadeó en los confines de mi mente: un recuerdo cálido. La mayoría de las personas a las que quería habían desaparecido, pero había alguien que me necesitaba, alguien que me atraía más que la oscuridad y el poder. Vi unos ojos con docenas de tonos azules que pasaban del frío al calor en un segundo. Me había dicho que tenía que olvidarlo, pero había vuelto y ahora dependía de mí. No podía darle la espalda a Arcus. Mientras Rasmus me besaba y me conectaba a su oscuridad y a la del trono, el calor regresó de golpe a mi pecho. Lo proyecté hacia la mano que tenía apoyada en el trono: el fuego fluyó de mi corazón a través de mis brazos hasta aquel escarpado pedazo de hielo. La superficie empezó a fundirse y apareció en el hielo un agujero en forma de mano. Las gotas de agua aterrizaron a mis pies. Rasmus respiró hondo y me apartó. En sus ojos brilló una expresión austera y vulnerable justo antes de que se le volviera a endurecer el gesto.

—¿Por qué has venido realmente?

Deslizó la mano y selló la puerta con una brillante capa de escarcha antes de ofrecérmela. Reculé hacia la puerta de forma instintiva.

—¿Alguna vez has amado a alguien, Ruby?

La pregunta me pilló por sorpresa. Pero necesitaba que siguiera hablando: hacer tiempo mientras intentaba pensar en una salida.

—Quería a mi madre. A... mi abuela.

—¿Y ahora? ¿A quién amas ahora?

Vacilé.

—Amo... a mi gente.

—Ni siquiera los conoces. ¿Por qué querrías conocerlos?

—Por un millón de motivos que jamás podrías comprender.

—¿Entonces te parece que encajas? —preguntó—. Yo me crie con mi

gente y nunca encajó con ellos. Mi poder era débil comparado con el de mi hermano. Mi padre me odiaba por ello. Solía recubrirme con pedazos de hielo, lo suficiente como para provocarme un dolor insoportable, pero no lo bastante como para matarme. Pretendía hacerme más fuerte, potenciar mis poderes.

Tragué saliva.

—Eso es terrible.

—Me alejé de todo el mundo. Nunca nadie me comprendió. Jamás me aceptaron. Cuando subí al trono, los consejeros creyeron que podrían reírse de mí: metían la mano en los cofres reales, me difamaban a mis espaldas, querían convertir mi reino en una farsa. Pero el trono comprendió mis miedos y me ayudó a matar a algunos de ellos delante de los demás. De pronto, empezaron a respetar mi poder. La oscuridad me proporcionaba felicidad y se llevaba mi dolor, igual que se lleva tu calor. Alimenta cosas calientes: pasión, odio, violencia.

Me llevé la mano al estómago y reprimí las náuseas. Mi propio odio y la violencia que había desplegado habían alimentado el trono que había venido a destruir.

—Pero yo seguía congelado —prosiguió—. El trono no tiene cura para eso. Cuando te vi en mi palestra, cuando vi cómo quemabas los corazones de tus rivales sin dudar un segundo, pensé: «Ahí está. Ella es fuego. Ella es calor. Está hecha para mí». Descubrí tu dolor, tu tristeza, ya sabía cómo oscurecerte el corazón para hacerte más fuerte.

El trono me seguía atrayendo y, por poco que me gustara, sus palabras también.

—Ya soy fuerte —dije—. Pero de una forma distinta. —Respiré hondo y recordé que era hija de una curandera—. Quizá tengas una oportunidad. Él siempre ha querido que te cure.

Entornó los ojos.

—¿Quién?

Hice un gesto de impotencia.

—Arcus. Él quería que yo acabara con la maldición y te curara. No sé cómo podemos hacerlo, pero quizá podamos averiguarlo.

El rey se acercó, despacio, como si se estuviera acercando a un perro salvaje. Le temblaba la voz y sus ojos brillaban como el ónice pulido.

—Tu forma de decir su nombre, Ruby... Sentí cómo te separabas de la

oscuridad, de mí, para proteger a mi hermano cuando deberías haberlo matado—. El dolor asomó a sus ojos, tan rápido como un relámpago: se oscurecieron más que antes—. ¿Por qué no lo mataste?

Extendí las palmas de las manos.

—Nunca quise matar a nadie.

—Ya habías matado antes. ¿Por qué no a él, Ruby?

Me sentí como si estuviera cayendo en una trampa.

—Es mi amigo.

Rasmus me cogió la barbilla con los dedos índice y pulgar y apretó con fuerza.

—¿Por qué no has querido matarlo?

—Nunca le haría daño a Arcus —dije apartándolo con todas mis fuerzas, ya no pensaba en curar—. ¡Antes preferiría morir!

Se hizo un espeso silencio palpitante. El rey habló con un tono frío como el acero.

—Si rechazas el trono, me rechazas a mí. No tienes la fuerza que yo necesito. Y detesto la debilidad.

Hizo un gesto con la mano hacía mí: quedé cubierta de hielo hasta la cintura. Intenté calentar mi piel, pero el hielo espesó y empezó a trepar por mi cuerpo.

—Adiós, Ruby —dijo—. Ya sabes que tu muerte aumentará el poder del trono. No será un completo desperdicio.

*L*as puertas temblaron cuando algo impactó contra ellas y el hielo con el que el rey las había sellado se empezó a agrietar con cada golpe. Entonces se abrieron y entró Arcus con la respiración acelerada, la cabeza descubierta y una espada cubierta de sangre en la mano.

Rasmus, preparado para atacar, alcanzó a Arcus con una ráfaga de hielo que lo empotró contra la pared de piedra. La siguiente racha impactó en su mano y le obligó a abrirla. La espada hizo un sonido metálico al caer al suelo; se congeló cuando quedó cubierta por un espeso bloque de hielo.

—Suéltala —dijo Arcus con un tono relajado que contrastaba con la furia de su mirada. Se separó de la pared y dio unos pasos—. Así podremos hablar como hermanos.

—¿No crees que está preciosa toda cubierta de hielo? —preguntó Rasmus con diversión—. Quizá me la quede como estatua y la ponga en el patio. Fuego atrapado en hielo. ¿No crees que es una metáfora muy elegante?

—El trono te controla —dijo Arcus con un tono de voz grave y uniforme mientras avanzaba lentamente.

Rasmus soltó una carcajada.

—El trono es mi aliado.

Arcus se paró a algunos metros y me miró; quizás estuviera buscando sangre o alguna señal que le indicara que estaba herida. Cuando no encontró nada, el alivio se le reflejó en la cara.

—No soy tu enemigo, Raz. Podemos encontrar una forma de liberarte de la maldición.

Rasmus esbozó una sonrisa feroz y le enseñó los dientes.

—Fors y Eurus también son hermanos. Eurus hizo que el trono fuera más poderoso, como un regalo.

—Lo envenené con sus celos —dijo Arcus.

—Tú tenías miedo de tu propio trono. ¿Por eso no has vuelto hasta ahora?

—¡Contrataste a alguien para que me matara! Discúlpame por no tener muchas ganas de volver.

Rasmus negó con la cabeza.

—No fui yo. Yo no era más que un niño.

Arcus parpadeó varias veces.

—¿Me estás diciendo que no fuiste tú quien envió a aquel asesino? No puedo creerte.

—Puedes creer lo que quieras. —Rasmus se volvió hacia mí y habló con un énfasis febril—. Y no la necesito.

El hielo trepó por mis labios y me cubrió la boca, lo que me impidió respirar. Forcejeé presa de un pánico cegador. Unos segundos después, mi aliento acalorado fundió el hielo que tenía alrededor de la boca. Tomé varias bocanadas de aire y observé el enfrentamiento entre hermanos.

—Suéltala, Raz —ordenó Arcus con severidad. Tenía una actitud dominante, de hermano mayor y de rey—. Podemos firmar la paz. Pero, si la matas, morirás.

—Solo tengo que levantar un dedo para pararle el corazón —dijo Rasmus en voz baja—. Solo un aliento. Un pensamiento, incluso. Ni siquiera sabrás que lo he hecho hasta que sea demasiado tarde. Otra sangre de fuego muerta a la que nadie echará de menos.

Me concentré en mi corazón e intenté proyectar calor, fundir el hielo que me rodeaba. Apenas respondió logré un parpadeo, una llamita.

—La echaré de menos.

La voz de Arcus era dura, amenazante, pero había en ella un punto de desesperación.

—Yo te añoré —dijo Rasmus—. Durante un tiempo.

—Dijiste que nunca quisiste el trono. Podemos destruirlo juntos. Puedes reinar a mi lado, ser mi mano derecha.

—Ya reino ahora —dijo Rasmus levantando la voz.

Arcus respiró hondo.

—Admito que fui orgulloso. Y mi orgullo me impidió creer en la maldición. Vi cómo papá se volvía paranoico y cruel, pero culpé a las guerras, a las presiones de reinar. Cuando asumí el trono, luché contra la certeza de que estaba cambiando, de que me estaba corrompiendo...

—Te estaban perfeccionando —espetó Rasmus—. Fortaleciendo. Si lo

hubieras aceptado, los límites habrían desaparecido y te habrías convertido en alguien mucho más poderoso.

Arcus negó con la cabeza.

—Te has perdido. Esa cosa —señaló hacia el trono— te ha comido por dentro.

—De lo único de lo que se alimenta mi trono es de los espíritus de los traidores y los sangre de fuego.

Movió la mano y la presión del hielo me hizo gritar. Arcus me miró con horror y palideció.

—Quédate con el trono —jadeó Arcus—. Me la llevaré lejos, al otro lado del océano. Renunciaré a mi título. Lo que tú quieras. Pero deja que me la lleve.

«No.» Intenté negar con la cabeza, pero el hielo me había inmovilizado el cuello. Quería gritarle a Arcus, chillar que no podía ofrecer eso. Si sabía algo sobre él, era que se mantenía firme, era leal. Abandonar a su pueblo lo mataría.

—Podrías volver —dijo Rasmus—. Tienes demasiados apoyos que podrían levantarse contra mí. Asesinarme.

—Yo nunca te he querido muerto. Lo que quería es que tu reino volviera a ser el que era. Que pusieras fin a las guerras, que empezaras a ayudar otra vez a la gente. Pero lo olvidaré.

Rasmus negó con la cabeza.

—No confío en ti.

Se hizo el silencio.

—Entonces mátame, si es lo que quieres. Pero suéltala primero. Dejaré que me mates cuando la vea salir de la ciudad sana y salva.

«No, no, no.»

Me volví loca por dentro. Abrí la boca, pero solo me salió un sonidito. Me iban a estallar los pulmones, la cabeza me latía por culpa del esfuerzo que necesitaba para mover las extremidades, para romper las paredes de hielo. Era como estar enterrada debajo de una montaña: cada uno de mis músculos trataba de estirarse en vano.

—Estarías dispuesto a morir... —Rasmus me miró. Luego observó a su hermano—. ¿Por ella?

—Sí, lo haría —dijo Arcus con firmeza—. Ese es el trato.

No, no podía dejar que lo hiciera.

La indecisión quedó suspendida en el aire, palpable como una niebla densa. Las sombras se desplazaban por las paredes. Algo susurraba desde el trono. Era un siseo sibilante apenas audible.

Rasmus sonrió. La expresión era tan fría que fue como ver sonreír a un cadáver.

—Solo has conseguido que tenga más ganas de matarla. —Se volvió hacia mí y me miró a los ojos—. No eres nada.

El hielo empezó a colarse en el interior de mi cuerpo. Se me congeló la garganta y el dolor se me clavó en el pecho, fue peor que la estocada de una espada: una sensación gélida que atravesaba mi calor. Me perforaba lenta, implacable e inevitablemente.

Por el rabillo del ojo, vi que Arcus se abalanzaba sobre Rasmus. El dolor me obligó a cerrar los ojos y me afligió pensar que Arcus no podría ganar. Gracias al trono, Rasmus era demasiado poderoso. «Sud, permite que acabe todo. Por favor, deja que acabe.» Me iría al otro mundo y estaría con mi madre. Sería libre.

Pero entonces recordé las palabras de Marella. La única forma de destruir el trono era unirme a él, dejar que el minax se fusionara conmigo. El trono de Fors se creó para repeler y debilitar a los sangre de fuego. En ese momento, yo era todo fuego. Pero si dejaba entrar la oscuridad, que ya se movía con libertad desde el trono hasta el hielo conectado a él, podría burlar sus defensas y destruirlo desde el interior.

«Ven, oscuridad», pensé.

Un siseo se apoderó de mis oídos y los hilos negros entraron por mis dedos, treparon por mis brazos y por mi cara. Sentí placer. Oí una pequeña explosión en los oídos y tomé una bocanada de aire, aunque seguía siendo incapaz de retorcerme contra aquella extraña sensación por culpa del hielo que me tenía atrapada. Entonces las sensaciones se relajaron y disminuyeron: mi cuerpo se fue acostumbrando a su nuevo ocupante. Con cierta sensación de triunfo, advertí que volvía a ser dueña de mi calor, que me rugía en el pecho y las extremidades con una explosión gloriosa y ardiente. Mi mente quedó liberada de cualquier preocupación, mis pensamientos se simplificaron. Eran más elementales. Solo sentía una intensa felicidad.

—Tú y yo somos uno —anunció una voz resonante. Procedía de mi interior—. Libérame y buscaremos a mi hermano en el trono de fuego, para que podamos alcanzar el destino que nuestro padre eligió para nosotros. Hija de la

Oscuridad, prepárate para ese día. Porque ya se acerca.

La estancia había perdido los colores: los gélidos tonos azules eran grises; los haces de luz que se colaban por la ventana eran completamente blancos. Me miré las yemas de los dedos y vi una nube de humo negro brotando de ellos.

Arcus y Rasmus se peleaban a algunos metros de distancia. Aunque Arcus tensaba los brazos tratando de contener a su hermano, Rasmus lo estaba asfixiando: le cedían las rodillas. Los observé con indiferencia mientras intentaba recordar qué era aquello que tanto había ansiado hacía solo unos segundos. Traté de moverme y me di cuenta de que seguía encerrada en el bloque de hielo.

«Rompe el hielo», pensé, y el hielo explotó en dos mitades que brillaron como si fueran gemas blancas que resbalaron por el suelo.

¿No había formado parte del rey hacía solo un momento y mi oscuridad había estado en su interior?

Él era mi aliado.

—Mi rey —dije, y mi voz resonó con aquella voz de mil campanas, evocadora y reverberante.

Le lancé un tornado de aire caliente a Arcus, que salió disparado varios metros: resbaló por el suelo y su armadura chirrió con estruendo.

Caminé poco a poco hacia Rasmus. Él me miró fijamente con unos ojos que ya no eran tan negros; en ellos se veía un contorno azul oscuro. Respiró hondo.

—Te has fusionado con el minax.

—Somos uno —contesté con mi extraña voz nueva.

Él alargó la mano lentamente, me la puso en la nuca y tiró de mí para besarme. Jadeó cuando nuestros labios se encontraron.

—Te arde la piel —dijo.

Pero volvió a besarme y yo me pegué a él para devolverle el beso.

—¡Ruby! —exclamó Arcus.

Mi nombre era el sonido de la traición.

—Ha elegido, hermano —contestó Rasmus apartándome un mechón de pelo de la mejilla—. Ha elegido el poder.

—Yo soy el poder —le corregí señalando el trono.

En él ya no se veía ni una traza de sombra. El minax había abandonado el trono y estaba en mi interior. Éramos uno. Y no pensaba abandonar aquel

poder tan increíble. Pero una parte del minax seguía conectada con Rasmus. Él continuaba teniendo parte de mi energía sombría. Y no quería compartirla. La quería toda para mí.

—Abandona al rey —le dije al minax.

Una soga de sombra salió de él para venirse conmigo. Rasmus se inclinó hacia delante y se apoyó en las rodillas para no perder el equilibrio.

—No te lo lloves todo, querida —dijo Rasmus, tembloroso—. Tenemos que compartirlo.

Vacilé. No quería renunciar ni a un ápice de aquella sensación. El minax habló en mi cabeza: «Tú me has liberado. No tendrás que compartir tu poder durante mucho tiempo. Dale solo el que necesita para matar a su hermano y nos alimentaremos de su dolor y su odio. Saldremos de aquí siendo más fuertes».

Asentí, le toqué la mejilla a Rasmus y vertí una parte de la oscuridad en él.

—Gracias —dijo sonriendo.

—Mátalo —le ordené.

Rasmus echó las manos hacia atrás y las extendió hacia delante. Golpeó a Arcus con una impresionante racha de hielo. Arcus se volvió y el hielo le impactó en el hombro al tiempo que levantaba la mano para lanzar su ataque.

—Necesito más —susurró Rasmus, y le volví a tocar para darle mi energía negra.

Cuando parte de la oscuridad me abandonó, el mundo ganó color y vi a Arcus con otros ojos.

—Le estás haciendo daño —dije inexpresiva.

El minax me había dicho que aquello me haría más fuerte, pero noté una vaga sensación de incomodidad que ni siquiera el olvido podía borrar.

—Sí —dijo Rasmus apretando los dientes—, preferiría que muriera más rápido.

Se le tensaron los músculos mientras lanzaba una ráfaga de hielo tras otra. Uno de los fragmentos de hielo le cortó la piel del cuello a Arcus: su aullido de dolor resonó en la estancia. Arcus se llevó una mano a la herida para contener la hemorragia mientras peleaba con la otra.

Seguí observando hasta que Arcus se cortó la mano. El dolor le arrancó un aullido y se hizo un ovillo para que los ataques le impactaran en la espalda.

—Algo va mal —dije cogiendo a Rasmus de la muñeca y bajándole el brazo. Su hielo se arremolinó hasta el suelo y se detuvo—. No quiero que

muera.

Rasmus me miró a los ojos; los suyos volvían a ser prácticamente negros.

—No dejes que se debilite tu resolución. Estamos muy cerca.

—Ruby —dijo Arcus sentándose; sangraba por todas partes y jadeaba exhausto—. Ayúdame.

—No —dijo Rasmus—. Debe morir para que podamos quedarnos con su poder. Juntos seremos invencibles. Hazlo, Ruby. Demuéstrame tu fuerza.

Me asaltó una oleada de emoción. Solo vacilé un segundo, levanté la mano y dejé que mi fuego explotara contra Arcus. Él lo recibió con hielo. Cuando las dos columnas se fusionaron, crearon un fuego blanco y azul que flotó hacia el cielo como un géiser.

—Fuego helado —jadeó Rasmus, riendo encantado—. El fuego que puede quemar cualquier cosa. Se decía que solo podía crearlo un ser divino, pero aquí estás, haciendo cosas de dioses. Sabía que eras especial. —Se volvió—. ¡Ni siquiera tú estas a su altura, hermano!

Sumó su hielo a las columnas y los tres chorros se unieron y crearon un deslumbrante torbellino blanco con el centro azul. Utilizó la fuerza de su hielo para flexionar la llama y el centro azul empezó a desplazarse inexorablemente hacia Arcus.

—Cuando lo alcance —dijo Rasmus, sonriendo—, no será más que una mancha en el suelo.

De pronto, me atravesó una advertencia interior, una burbuja que se formó en mi corazón e hizo que me doliera el pecho.

Era Arcus.

Arcus.

Se proyectaron mil imágenes en mi cabeza. Arcus sacándome en brazos de la cárcel, Arcus salvándome de mi propio fuego al meterme en el arroyo, Arcus ayudándome a entrenar. Recordé la primera vez que le había mirado a los ojos, la primera vez que me había sonreído, lo mucho que me había sorprendido descubrir todo lo que había en su interior: cosas que él mismo ignoraba. Y él había cambiado por mí, o por lo menos lo había intentado. Había controlado su impaciencia después de la primera clase de lucha. En la forja, me había enseñado cómo el acero necesita las llamas. Sin querer, había compartido su vida interior conmigo, su amor por la historia de nuestros pueblos, lo mucho que le preocupaba el sufrimiento de la gente. Me había apartado muchas veces, pero ahora sé que solo estaba intentando protegerse

de sentimientos que eran demasiado intensos para poder negarlos o controlarlos. Yo me había sentido igual, me había desviado de mi camino debido a lo mucho que deseaba su atención, su confianza e incluso su contacto.

Recordé cómo me había besado y que había dicho que quería protegerme, que no quería dejarme marchar. Me había demostrado una y otra vez lo mucho que se preocupaba por mí, tanto si lo había dicho como si no. Y yo había acabado descubriendo sus profundidades, tan distintas de lo que había imaginado al principio. Era muy sensible, igual que yo. Se había convertido en una persona vital para mí.

Se había ofrecido a morir por mí. Y yo haría lo mismo por él. Sabía, en lo más profundo de mi alma, que no lo lastimaría por nada del mundo.

La avalancha de sentimientos me ayudó a recuperar el control y a volver a encontrarme un poco a mí misma. Encontré una esperanza, algo cálido y brillante a lo que me había agarrado cuando las cosas parecían perdidas. Me rodeé de ese sentimiento y cambié de posición acercándome un poco a Arcus para poder inclinar el fuego helado hacia Rasmus. El centro azul empezó a desplazarse hacia él.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó con los ojos como platos.

—Fundir tu trono.

Cada segundo que pasaba notaba cómo ganaba más control y me deshacía de la influencia del minax. Aquello era lo que había venido a hacer. Había ido hasta allí a destruir la maldición.

—¡No!

Rasmus utilizó su hielo para bloquearme. Le lancé una ráfaga de calor que lo desplazó por la sala, se golpeó la cabeza contra la pared y cayó al suelo.

Me volví de nuevo hacia el trono y dejé que mi calor creciera. Pero el trono me rodeó el corazón e intentó arrebátarmelo. El propio Fors había diseñado su naturaleza para debilitar y destruir sangre de fuego.

—Puedes hacerlo —me animó Arcus—. No te contengas. ¡Suéltate!

Vacilé mucho durante un momento, recordé todos los desastres del pasado: mi pueblo, mi madre, las primeras veces que había intentado dominar mi fuego, cómo me había dejado controlar por el minax, que me hubiera convencido para que matara a Arcus hacía solo un momento.

Pero yo era más fuerte. No había dejado que se apoderara de mí. Había seguido controlando la situación incluso mientras sentía la presencia sombría

en mi mente. Mis poderes, ya fueran de fuego o de oscuridad, ya no eran salvajes. Ahora era yo quien los controlaba.

—Arcus —jadeé—, cúbrete de hielo.

Escuché cómo se formaba una capa de hielo. Con el rabillo del ojo, vi que Arcus había lanzado una ráfaga de hielo para cubrir a su hermano, que estaba inconsciente en el suelo, después se cubrió él también de hielo.

Y entonces me dejé ir.

Mi corazón latió una vez, dos, y sentí la terrible presión de innumerables puestas de sol. El color naranja me abrasó los párpados, un fuego blanco me engulló con ondas tortuosas. Estaba cien veces más caliente que las llamas de las que me había rescatado Arcus cuando me quemé la ropa junto al arroyo del monasterio. Fue como estar metida en un pozo de lava burbujeante.

Me concentré en la silueta negra del trono. Seguía intentando arrebatarme el calor. Era un tirón insistente y agitado que me hacía sentir como si alguien estuviera intentando arrancarme el corazón del pecho. Pero yo no era una sangre de fuego cualquiera. Tanto si había nacido para aquel destino o no, había conseguido controlar al minax que tenía dentro. Podía hacer aquello.

Invoqué cualquier pensamiento de calor y fuego que tenía en la mente y en el corazón. Dejé que aquella presión intensa creciera en mi interior hasta que fue insoportable. Después el trono estalló. La explosión me lanzó hacia atrás y me empotré contra un pilar de hielo. Aturdida, vi que el trono solo estaba medio fundido. Y repetí la maniobra. Dejé crecer mi calor tal como me había enseñado mi abuela. Lo controlé como me había enseñado el hermano Thistle. Me dejé ir como me había enseñado Arcus. Fui extrayendo calor una y otra vez, presioné contra sus resistencias, dejé que mi poder creciera. Y lo liberé con una seguridad embriagadora que no había sentido nunca.

Me resbalaba el sudor por la cara y me temblaban las manos. Grité por el esfuerzo que tuve que hacer para generar tanto calor. Al final, el hielo que quedaba en el trono se hinchó como una cuba rebosante y después estalló en una nube de minúsculas gotitas de agua que sisearon, se convirtieron en vapor y llenaron el aire de hilillos de luz.

El minax se enroscó en mi interior conmocionado al ver el espacio vacío donde había estado el trono, el que había sido su hogar durante mil años. Percibí su confusión, su breve sensación de pérdida, pero sus sentimientos se convirtieron en euforia cuando comprendió la libertad de la que gozaba al poder vivir dentro de mí. Se asentó en mi interior presionando los límites de

mi conciencia.

Escuché un ruido como de cristal roto. Arcus estaba rompiendo la capa protectora de hielo que lo había aislado de mi fuego. Se acercó a mí y lo escuché vagamente llamándome por mi nombre. Noté cómo me posaba las manos en los hombros. Pero mi conciencia estaba desapareciendo: era como un puñado de granos de arena absorbidos por el mar.

La voz de mil campanas habló. Cada una de sus palabras resonaba triunfante.

—Mi verdadero recipiente, tú me has liberado. Ahora seremos uno para siempre.

Cuando la oscuridad se me extendió por el pecho, me di cuenta de que antes no había estado empleando todo su poder conmigo. Me había dejado destruir el trono porque quería que lo hiciera. Había sido parte de su plan. Y ahora estaba creciendo, estaba consumiendo mi identidad y mi verdadero yo.

Necesitaba ayuda, alguien que tuviera un poder que fuera más allá de mí, alguien con el pelo y los ojos dorados que ya había ayudado a Arcus, alguien a quien había visto cuando estaba perdida en los bosques blancos asolados por la tormenta de nieve. Si realmente se había tratado de la vidente, la profeta que había curado a Cirrus, ahora necesitaba su ayuda.

—Sage —dije. Alguna parte de mi espíritu, alguna parte que tenía más conciencia que mi mente, brotó hacia fuera—. Ayúdame.

La voz de mis visiones me habló al oído.

—Para llenarte de luz, solo tienes que elegir. Elige perdonarte. Elige amar.

Sus palabras me dieron una energía que me ayudó a pelear con más fuerza contra las sombras. Me obligué a concentrarme en cosas que procedían de la luz: amor, esperanza y curación, nuevos comienzos y perdón. Imaginé la vida que quería vivir, en lugar de pensar en el dolor y la culpabilidad del pasado. Me imaginé a mi madre, sonriendo orgullosa, al lado de mi abuela: ambas me abrazaban. El amor era una fuerza purificadora, como el fuego.

Me entregué a ella.

Me llenó una cegadora luz dorada. Me palpitó un grito en los oídos, un aullido de agonía inhumano. Y entonces la oscuridad que había habitado en mi interior se liberó: fue como si alguien cortara la cuerda de un tendedero y las sábanas salieran volando. Me habría caído, pero Arcus lo impidió al estrecharme contra su pecho.

El minax flotó por encima de nosotros. Intentó volver a internarse en mí,

pero me llené de pensamientos cargados de amor, me aferré a la luz.

La bestia sombría parpadeó. Pasó de ser opaca a transparente. Resultaba obvio que se esforzaba por conservar su estado sólido. Se estremeció al empujar hacia delante y después retrocedió, como si quisiera volver a mí, pero supiera que no podía.

Vi un movimiento por el rabillo del ojo. Rasmus había roto el hielo y se estaba arrastrando por el suelo hacia nosotros. Estaba temblando, tenía la cara de un gris enfermizo y los ojos completamente azules y llenos de dolor.

—Vuelve a mí, minax —dijo con la voz ronca.

Parecía tan débil que ya no sentía ningún miedo respecto al que había sido un rey tan poderoso.

—No puedes dejar que se fusione contigo —dije—. He sentido todo su poder. Si lo invitas a entrar, te eliminará por completo. No sobrevivirás.

Negó con la cabeza.

—De todas formas, me estoy muriendo. —Levantó los brazos—. Ven, minax, mi único amigo. Vuelve a mí.

La bestia sombría solo vaciló un momento antes de dirigirse hacia Rasmus. Arcus se abalanzó sobre él.

—¡Raz, no!

Aunque Arcus alcanzó a su hermano, la oscuridad ya se había adueñado de Rasmus, le había vuelto a poner los ojos negros. El rey suspiró aliviado y esbozó una sonrisa temblorosa.

—Lo único que importa es el poder —susurró.

Entonces frunció el ceño y echó la cabeza hacia atrás presa de una intensa agonía. Se le marcaron todas las venas y el azul se volvió negro, como el petróleo. Las venas se extendieron por su cuerpo como si fueran afluentes y arroyos, se conectaban entre sí y se hinchaban. Rasmus gritó y empezó a arañarse mientras miraba fijamente el techo, como si buscara alguna esperanza de salvación. Se convulsionó con violencia y después se desplomó flácido en el suelo cuando el minax volvió a salir de su cuerpo y se quedó flotando por encima de nosotros. Parecía más fuerte, más opaco y sólido que la vez anterior. Se desplazó hacia Arcus y yo me lancé delante de él con las palmas de las manos abiertas.

—Sage, protégenos —dije entre dientes.

El minax se sacudió como si se estuviera riendo.

—No lo necesito: es el rey que luchó contra mi influencia cuando asumió el

trono. Me he alimentado de otro rey. Eso me dará sustento hasta que encuentre a mi próximo huésped. Aunque tú eres mi verdadero recipiente, Hija de la Oscuridad. Cuando te asole la desesperación, cuando hayan desaparecido todos tus seres queridos, tú y yo volveremos a ser uno. Esto te ayudará a recordarme.

Noté cómo algo me abrasaba la piel junto a la oreja izquierda. Entonces la presencia del minax desapareció.

El mundo giró y se volvió a poner en su sitio. Tomé una dolorosa bocanada de aire. Estaba a cuatro patas en el suelo. Intenté hablar, pero tenía la garganta seca y hecha trizas.

Abrí los ojos y me encontré frente a dos ojos de hielo: en ellos brillaba un millón de tonalidades de azul, desde un cálido lago de verano, hasta una fría mañana de invierno.

—¿Eres tú, Ruby?

Arcus dijo mi nombre con cautela: noté la caricia de su aliento.

—Sí, el minax se ha ido —dije—. De momento.

—¡Gracias a Tempus que estás bien! —Me abrazó. Apoyé la cabeza en el hueco que encontré entre su cuello y su hombro. Algunos minutos después, volvió la cabeza hacia la forma inerte de su hermano. Noté su aliento estremecido contra el cuello—. Era mi hermano.

—Lo sé. Lo siento mucho.

Había pasado varios meses soñando con matar a Rasmus. Pero Arcus había querido que lo curara. Y no había sido capaz de hacerlo. Abracé a Arcus con todas mis fuerzas mientras él temblaba; noté la humedad de sus lágrimas frías en la clavícula. Pasé un buen rato acariciándole el pelo. Me asombraba su capacidad de amar, incluso después de aquella traición. Cuando se tranquilizó, le di un beso en la mejilla.

El sol se había escondido detrás de la montaña. Una luz débil se filtraba en la sala del trono y hacía bailar las motas de polvo. Las sombras eran cada vez más largas, pero ahora solo eran sombras. La estancia parecía distinta. La presencia maligna del trono había desaparecido.

—Tengo que ocuparme de algunas cosas —dijo Arcus con un gran suspiro—. Mis aliados han ganado la batalla, pero hay quienes no verán con buenos ojos lo que ha ocurrido aquí. Podrían acusarme de haber matado a mi hermano para hacerme con el poder.

No le dije que había habido un momento en la palestra en que había

pensado lo mismo, que Arcus codiciaba el poder del trono.

—Pero no le has matado tú.

—No tienen por qué creérselo —dijo—. He de convencer a los que eran fieles a mi hermano de que me deben lealtad. No será fácil.

—Ojalá pudiera ayudarte, pero, como has dicho antes, por aquí no me tienen mucho cariño.

Esbozó una sonrisa ladeada y me tocó la mejilla.

—Hay quien sí.

Me recorrió una sensación agradable y ligera. Cerré los ojos al percibir la avalancha de emociones y pegué la mejilla a la palma de Arcus mientras le presionaba la mano con la mía.

Apareció una antorcha. Marella estaba en la puerta.

—¿Dónde está Raz? —preguntó, pero por su expresión dolorida quedó muy claro que se lo imaginaba.

Arcus gesticuló hacia el cuerpo sin vida de su hermano. Marella se llevó la mano al corazón mientras lo miraba. Parpadeó y cerró los ojos.

No importaba que Rasmus la hubiera amenazado, tenía que recordar que ella le conocía de toda la vida.

—Lo siento —le dije.

—Has destruido el trono, como debías —contestó Marella con la voz entrecortada. Respiró hondo unas cuantas veces, se estremecía, era evidente que se estaba esforzando para no perder la compostura. Después hizo un gesto cargado de frustración hacia la puerta—. Deja de vacilar, padre. No querrás que el nuevo rey piense que eres un cobarde.

Lord Ustathius entró en la sala y le hizo una reverencia a Arcus. Parecía un poco perdido.

Marella encendió las antorchas de la pared e iluminó el lugar donde el trono se había erigido durante generaciones. Lo único que quedaba era un contorno negro justo donde había estado. La estancia parecía cavernosa sin su amenazante presencia. Intenté no mirar el cuerpo de Rasmus y me concentré en Marella.

—Marella, Rasmus dijo que le pagaste al capitán para que me llevara a la cárcel de Blackcreek. ¿Es verdad?

Vaciló antes de extender las manos en un gesto cargado de sinceridad.

—Discúlpame, Ruby. Fue lo único que pude hacer en ese momento. No pude evitar los saqueos, pero por lo menos conseguí que el capitán Drake alejara del rey a los sangre de fuego.

—¿Por qué has dicho eso? —preguntó su padre; parecía tener las mejillas

más hundidas de lo que recordaba. Le temblaban las manos—. Acabas de admitir una traición.

Marella tenía una expresión irónica en la cara.

—No creo que a este rey le importe que yo intentara salvar a Ruby del odio de Rasmus. ¿Verdad, rey Arelius Arkanus? ¿O ahora tengo que llamarte Arcus?

Arcus cambió de postura. Me apoyó la mano en el hombro en un gesto posesivo.

—Siempre me has llamado Arkanus. No espero que eso cambie. Y yo no te castigaré por intentar proteger a los sangre de fuego. Pero ¿por qué lo hiciste?

—Siempre he tenido un interés especial por las profecías de Dru, así como por la historia de nuestro pueblo y la de los sangre de fuego.

—Uno de los textos decía que una sangre de fuego poderosa destruiría el trono maldito, aunque puedo asegurarte que aquí nadie creía que el trono estuviera maldito, aparte del hermano Thistle. Y yo. Yo siempre lo noté.

—¿Y dónde están todos los demás? —pregunté con la voz entrecortada—. ¿Los sangre de fuego que salvaste?

Se le ensombreció la mirada.

—Me temo que ya no quedaban muchos. Para cuando el capitán aceptó trabajar para mí, ya habían huido o los asesinaron. Tú eres la única que encontré. Le di las gracias a Fors por ese milagro.

—Mató a mi madre, Marella.

Apartó la cara.

—Nunca pensé que sería tan brutal. Lo siento, Ruby. —Me volvió a mirar, tenía una expresión arrepentida, casi suplicante—. Pero por lo menos te salvé a ti. Y cuando te trajeron aquí, me aseguré de que Rasmus te diera la oportunidad de pelear. Venciste a todos tus rivales. Entonces supe que eras la sangre de fuego de la que hablaban los libros, la que podía controlar la oscuridad en lugar de sucumbir a ella. —Una sonrisa le iluminó el rostro y acentuó su belleza—. Y ahora somos como hermanas, ¿no? Nunca olvidaré que destruiste el trono. Y tú no debes olvidar que yo te ayudé.

La conmoción y el cansancio estaban empezando a apoderarse de mí. Apenas era capaz de procesar lo que estaba diciendo Marella. Y menos aún sabía cómo me sentía al respecto. Se me revolvió el estómago, rugí y me llevé una mano a la tripa. Me estaba mareando. Escuché cómo Arcus le pedía a Marella que fuera a buscar a un médico: los pasos de la joven se alejaron de

la estancia seguidos de los de su padre y su voz reprobadora, que desaparecía por el pasillo.

Dirigí la mirada hacia el espacio vacío que había ocupado el trono. El minax se había cernido sobre él, triunfante. Y me había advertido que volvería a por mí cuando estuviera más débil. Cuando desaparecieran todas las personas a las que yo quería.

¿No había perdido ya suficiente? Mi madre, mi hogar, meses de mi vida. Ya solo me quedaba Arcus. No importaba lo mucho que me había esforzado por cerrarme a él, se había convertido en una necesidad para mí. La mera idea de perderlo era demasiado terrible.

—¿Qué es eso? —dijo Arcus deslizando los dedos por la piel junto a mi oreja—. Parece un... corazón. Un pequeño corazón negro.

—Debe de ser una quemadura.

Pero yo sabía que el minax me había marcado. Sentí náuseas. No podía pensar en aquello en ese momento. Lo único que quería era reposar sobre aquellos brazos tan reconfortantes.

Arcus me acarició la mejilla, siseó y apartó la mano a toda prisa.

—Ruby, estás ardiendo. Estás muy caliente, incluso para una sangre de fuego. Tenemos que meterte en agua.

Asentí e hice ademán de levantarme. Pero el mundo giró como una peonza. Alguien me arrancó de su superficie para enviarme al cielo negro.

Gemí y empujé la mano que me mojaba la frente con un paño húmedo frío. Odiaba el frío. Quería arder. Yo era fuego.

Un suspiro.

—Siempre has sido obstinada. Temo que eso acabe contigo.

Luché contra la pesadez que me nublaba la mente y abrí los ojos. Vi una cara arrugada con la nariz ganchuda. Su propietario sonrió: le faltaban unos cuantos dientes. Los mechones de pelo blanco de su cabeza prácticamente calva brillaban como filamentos a la luz del sol. Tenía una expresión beatífica en el rostro, parecía un mensajero de los dioses. Y como sabía que el hermano Gamut estaba muerto...

—¿Estoy en el cielo? —pregunté.

Mi voz era áspera como una roca.

—Si estuvieras muerta, ¿crees que estarías soportando que alguien te

mojara con el agua fría que tanto odias?

Recuperé los sentidos de golpe. Seguía viva. El hermano Gamut estaba vivo. Si el capitán había mentido sobre el hermano Gamut, quizá también había mentido acerca de otras personas. Me incorporé con un rugido y rodeé su cuerpo menudo con los brazos.

—No sabes lo contenta que estoy de verte sano y salvo.

Se rio y respiró hondo.

—Te arde la piel, Ruby.

Lo solté y me dejé caer en el suave colchón llevándome las manos a la cabeza, que no dejaba de darme vueltas. Al final me di cuenta de dónde estaba: en una habitación que no había visto nunca, con cortinas de gasa alrededor de la cama y pesadas cortinas ante las ventanas abiertas.

—¿Dónde estoy?

—En el antiguo dormitorio de la reina. —Esbozó su sonrisa mellada e hizo un gesto con la mano para señalar una puerta de la pared—. Tiene una puerta que lo conecta con el dormitorio de Arcus. Tenéis suerte de que esté tan contento de veros porque si no, podría poner en entredicho su falta de prudencia.

Antes de que pudiera responder a sus bromas me asaltaron las náuseas.

—Creo que voy a vomitar.

—Ya solo te queda agua en el estómago. Es lo único que has sido capaz de conservar. Has pasado por una situación traumática y tu cuerpo está empezando a curarse. He estado aquí sentado contigo desde que llegué y no he dejado de hablarte con la esperanza de que despertaras. Me alegro de que por fin hayas decidido hacerlo.

—¿Cuántos días?

—Arcus nos mandó buscar antes de entrar en la ciudad. Llegamos el día después de que cayeras enferma. Llevo tres días a tu lado.

—¿Y antes de eso estabais en el monasterio? ¿A salvo?

Unió sus cejas espesas.

—La mayoría estamos bien. Después de que vinieran los soldados... —Me miró a los ojos y suspiró—. Pensábamos que el hermano Lack no conocía la salida de las catacumbas. Nos debimos de equivocar. Cuando los soldados te encontraron, nos interrogaron. Pero Arcus regresó enseguida. Él y el hermano Thistle utilizaron su hielo contra ellos. Los más jóvenes y capaces ayudaron a pelear.

—¿Y ganasteis?

—Escapamos. Después, Arcus se marchó para llevar a sus seguidores hasta el castillo. El resto nos ocultamos en las cuevas de las montañas hasta que Arcus nos comunicó que podíamos volver al monasterio. Pero quería que el hermano Thistle estuviera con él cuando todo terminara, alguien en quien confiar y que pudiera aconsejarle. Y yo me ofrecí para cuidar de los heridos en la batalla.

—Hermano Gamut, no me estás mirando a los ojos. ¿Qué me ocultas?

Negó con la cabeza, las palabras le salieron lentas y costosas.

—Perdimos algunos hermanos y hermanas en el enfrentamiento.

Me dijo los nombres de sus amigos fallecidos, entre ellos el del jovial hermano Peele. Le sostuve la mano con fuerza mientras hablaba y las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—Pero el resto estamos bien —me aseguró—. La hermana Clove se rompió el brazo, pero se está recuperando. Ahora todos la ayudamos más.

—Yo también la ayudaré —dije incorporándome y respirando hondo—. En cuanto me recupere, volveré contigo. Ahora mi hogar es el monasterio.

—Me alegro de que veas el monasterio como tu hogar. He tenido que tomarme muchas tazas de mi propio té para aliviar la preocupación que sentía por ti.

—Ya no tienes por qué preocuparte. Pero cuéntame más cosas, por favor. Necesito saber qué me he perdido.

Me dio otra palmadita en la mano y se volvió a separar haciendo una mueca de dolor.

—Solo si me prometes que dejarás que te pase el paño por la cara y el cuello. Ni siquiera los sangre de fuego tienen que estar tan calientes.

Siguió humedeciéndome la frente, las mejillas y el cuello con el paño frío mientras hablaba. Yo le interrumpía a menudo y él contestaba mis preguntas: a veces me pedía que guardara silencio mientras acababa de argumentar algo.

Lo intenté, pero la paciencia no es mi fuerte.

Mientras dormitaba en mi estado febril, Arcus había convencido a la mayor parte de la nobleza de que él era el legítimo rey. No tuvo que esforzarse mucho para convencerlos de que una maldición había estado oscureciendo el país, pues la gente ya llevaba mucho tiempo sintiendo esa verdad en el corazón. Pero Arcus todavía tenía que enfrentarse a una nación asolada por la guerra. Había ordenado a sus ejércitos que se retiraran de los países vecinos y

había enviado embajadores a empezar el largo proceso de lograr la paz con otros reyes y reinas. El hermano Gamut dijo que a la gente le llevaría tiempo perdonar. Los oscuros apetitos del minax habían sido encarnados por el rey hielo. El nuevo monarca tendría que recorrer un largo camino hasta recuperar la confianza de su pueblo.

—Pero ¿está bien? —pregunté nerviosa—. ¿Cómo lleva lo de la muerte de su hermano? Hermano Gamut, tendrías que haberlo visto. Parecía... destrozado.

—Lo sé, hija. Veo su tristeza. No es él mismo.

Nos quedamos sentados en silencio. Entonces se abrió la puerta y entró Arcus, que miró al hermano Gamut. No llevaba capucha: se le veían perfectamente los ojos. Hoy eran del color de un lago helado salpicado de nieve. Tenía una expresión seria, sombría, con las mejillas hundidas, como si llevara varias semanas sin dormir. Parecía que hubiera envejecido años en los últimos días.

—Yo cuidaré de ella un rato, hermano —dijo Arcus con pesadumbre mientras cerraba la puerta—. Todavía faltan unas horas para la coronación.

Cuando me miró, abrió los ojos como platos.

—¡Está despierta!

—Ahora puedes hablar directamente conmigo —contesté.

—Ruby —jadeó, acercando su corpulenta figura a mí con tanta precaución que me pregunté si temía que saliera volando como un pajarillo asustado.

Me conmovía y me sorprendía al mismo tiempo pensar que después de todo lo que había pasado, pudiera seguir viéndome frágil.

Me dio la mano: estaba fría. Me estremecí, pero era por la sensación de su contacto, no por el frío, que me trepó por el brazo y me puso la piel de gallina.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó con delicadeza.

Intenté apartar la mano convencida de que él debía de estar muy incómodo con tanto calor. Me la cogió con más fuerza.

—Como un conejo al horno —contesté.

La diversión le arrugó los ojos y volvió a parecer más joven.

—Tú eres el fuego. Controla las llamas.

—Ah, pero eso requiere autocontrol. Y ambos sabemos...

—Que tienes muy poco —concluyó con una sonrisa ladeada que no ayudó a bajarme la temperatura.

Hablaba con despreocupación, pero yo advertía las líneas de tensión en su mandíbula y en los hombros.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—El hermano Thistle ha estado cuidando de mí como si fuera una gallina clueca. Si sigue así, lo encerraré en el calabozo.

—Te quiere.

—Y yo también le quiero.

Se puso serio y me pregunté si querría decir algo más, pero entonces miró al hermano Gamut, que estaba distendidamente sentado en el sillón orejero. Pareció pensarlo mejor.

—Lo siento mucho, Arcus —dije retorciendo la colcha con los dedos—. No tendría que haber entrado en la sala del trono sin ti. Si hubiera esperado, quizá...

Negó con la cabeza bajando las cejas.

—Nada de lo que ocurrió fue culpa tuya. —Hizo una pausa—. Ayer se celebró una pequeña ceremonia. Le incineramos con su túnica y algunas de sus cosas favoritas de cuando era niño.

Asentí. Probablemente Arcus prefiriera recordarle así: como el niño que fue en su día.

—Nos hemos salvado todos gracias a ti.

—¿Entonces por qué me siento una fracasada? —pregunté apartando la mirada—. Ahora el minax anda suelto. Ya no está atrapado en el trono. ¿Quién sabe que caos será capaz de crear ahora que lo he liberado?

El hermano Gamut, pensando quizá que había aumentado la tensión, carraspeó y se levantó.

—Necesito ir a por algunas hierbas para preparar tu té especial. ¿Te apetece?

—Mucho —reconocí con sinceridad—. No tienes ni idea de cuánto lo he añorado.

El monje le hizo una rápida reverencia a Arcus y se marchó de la habitación. Cuando la puerta se cerró, Arcus se sentó en el sillón sin soltarme la mano.

—Tú no fracasaste —dijo—. Tú liberaste al castillo de la maldición.

—Pero el trono le confería poder al rey hielo. —Le miré a los ojos—. Sin él, serás más débil.

Entornó los ojos mientras pensaba en lo que le había dicho.

—El trono le daba poder al rey, es verdad, pero no siempre se utilizaba de forma justa. Llevaba mucho tiempo oscureciéndose, por lo menos desde el reinado de mi padre. Mi padre fue... terriblemente cruel con mi hermano.

—Rasmus me lo explicó.

Le estreché la mano.

Arcus agachó la mirada para mirar nuestras manos entrelazadas.

—Mi intención es no limitarme a usar mi hielo. También quiero aprovechar mi capacidad para hablar con la gente y persuadirles para que piensen igual que yo.

Sonreí.

—Porque eres tan locuaz...

Esbozó una sonrisa de medio lado y se le frunció la cicatriz. De pronto, sentí ganas de repasarla con el dedo.

—Antes se me conocía por lo persuasivo de mis argumentos.

Nos quedamos allí sentados compartiendo un apacible silencio durante un minuto.

—¿Por qué no me dijiste quién eras realmente? —pregunté.

Frunció los labios. Me miró a los ojos: tenía una expresión intensa.

—Era un secreto. Revelarlo podía significar la muerte de los monjes. Estaba utilizando el monasterio para esconderme. Para mí era un lugar aislado y seguro donde vivir mientras conseguía aliados. Rasmus podría haber volcado su ira sobre los miembros de la orden. No podía arriesgarme. Aunque supiera que podía confiar en ti... Ruby, sí que confiaba en ti, tenía más que ver con lo que podrías contar si te capturaban.

—Lo entiendo —dije—. Yo también me preocupo por los monjes.

Se recostó en el asiento y me acarició el pelo; después me levantó la barbilla hasta que lo miré a los ojos.

—Ruby, quiero que sepas que había cambiado de opinión. Iba a decirle al hermano Thistle que teníamos que encontrar otra forma de hacerlo. Pero entonces... —Le tembló la mano—. Lo pasé fatal cuando volví al monasterio y descubrí que te habían capturado. Te seguí, pero ya estabas muy lejos. Cuando llegaste al castillo, necesitaba a más personas para combatir contra los soldados de Rasmus.

—Y lo hiciste. Ganaste.

—Las cosas no pintaban bien hasta que los campeones dijeron que iban a luchar por mí.

Sentí una oleada de cariño por Braka.

—Bien.

—Ya no son sirvientes del rey. Ahora son hombres y mujeres libres.

Sonreí orgullosa al nuevo rey. Arcus me devolvió la sonrisa y se me desbocó el corazón al ver aquella gloriosa imagen.

—Pensé que te gustaría —dijo acariciándome las manos.

Me armé de valor y le confesé a Arcus que el minax me había llamado «auténtico recipiente». Mientras hablaba, él me apretaba las manos.

—No dejaremos que se apropie de ti —dijo con la voz contenida por la emoción—. No pienso dejarle, Ruby. Lo juro.

Le estreché la mano: estaba intentando consolarme. Pero ¿cómo podíamos luchar contra algo que era tan efímero como la oscuridad?

—Pareces cansada —dijo con más suavidad—. Debería dejarte descansar.

Le solté la mano de mala gana.

—Tienes que prepararte para la coronación. Me habría gustado asistir.

Negó con la cabeza muy serio.

—Estás demasiado enferma. Cuando te baje la fiebre, podrás hacer lo que quieras. Hasta entonces, nada de visitas y nada de salir de esta habitación.

Recordé haberle dicho que él jamás podría controlarme, que si lo intentaba la situación se volvería en su contra. Pero él no era como su hermano, que se dedicaba a controlar a los demás por puro placer. Arcus era arrogante. Y era así porque sentía la necesidad de proteger a los demás. Y, en ese momento, exhausta, no me importó.

—Te pones muy majestuoso cuando das órdenes —le dije, incapaz de reprimir una sonrisa—. Me dan ganas de desafiarte porque sí.

Le brillaron los ojos.

—¿Y arriesgarte a una acusación por traición? ¿Quieres volver a vivir en una celda, señorita Fuego?

Me burlé de su expresión seria haciéndole una mueca.

—Eso no tiene gracia.

Arcus sonrió y se llevó una mano al pecho.

—Tus ojos me abrasan. Me encantaría ser la mitad de aterrador que tú cuando me enfado, mi pequeño infierno.

—Eres bastante aterrador cuando quieres serlo.

Suavizó la sonrisa.

—No para ti, espero.

Mi pulso reaccionó a la ternura de sus ojos.

—Solo cuando pensé que te ibas a sacrificar por mí. ¿Cómo se te ocurrió?
—Bajé la mirada, después me enfrenté a mi timidez y volví a mirarlo—. Me moriría si no pudiera volver a ver esa cara tuya tan atractiva.

De pronto me abrazó con fuerza, tenía el pecho agitado, la respiración acelerada, me volvió a dejar con delicadeza sobre las almohadas. Sus ojos, que antes eran de gélido color azul, ardieron cuando me miraron.

—Gracias, señorita Fuego —dijo, y su voz pareció estar cubierta de óxido—. Me llevaré esas palabras a la cama cada noche, a modo de consuelo.

La imagen de su pecho desnudo cubierto por una sábana me calentó las mejillas. Me dio un beso en la frente y empezó a levantarse.

—Arcus —dije, cogiéndole todavía una mano—, alguien me dijo que las cosas entre el fuego y el hielo nunca acaban bien.

No dije más, pero él pareció comprender la pregunta que quería hacerle. ¿Nuestro final sería tan trágico como el del rey hielo que se casó con una reina sangre de fuego?

Guardó silencio. Sentí que se me paraba el corazón. Pero entonces volvió a sentarse junto a mí en la cama, parecía más pensativo que confuso.

—Dudo que nuestras especies se hayan unido las veces suficientes como para que alguien pueda contestar esa pregunta. Estoy convencido de que el trono tuvo algo que ver en la muerte de la reina sangre de fuego. Yo no temo tu fuego y tu no temes mi hielo. Y además...

Cuando se inclinó hacia delante, me acerqué y levanté la barbilla. Agachó la cabeza y me dio un beso tan abrasador en los labios que su frío ardió más fuerte que mi fuego.

No me dolió, pero me quemó. Y no de una forma que me importara. Mi sangre despertó, me subió la fiebre y se me secó la boca. De mis labios surgieron unos minúsculos escalofríos que me recorrieron todo el cuerpo.

Arcus actuaba con delicadeza y descontrol. Era como si me estuviera demostrando algo, como si me estuviera entregando una parte de él. Me hizo sentir pura y querida. Me entregué a él para dejarle claro, con los labios y las manos acariciando sus mejillas, su pelo y sus preciosas cicatrices, que lo necesitaba de un modo que ya no temía demostrar.

Cuando nos quedamos sin aliento, se separó de mí y sonrió.

Le devolví la sonrisa.

Entonces volvió a besarme con delicadeza mientras ponía sus dedos bajo

mi barbilla.

—Cuando estoy contigo —susurró—, no me importa quemarme.

Agradecimientos

Si la gratitud pudiera expresarse con calor, estas páginas ya estarían ardiendo. Se dieron mil momentos distintos de buena suerte que hicieron que este libro se convirtiera en una realidad y hay una larga lista de personas responsables de dichos momentos. He aquí algunas de ellas.

Para empezar quiero dar las gracias a todas las personas de New Leaf Literary, en especial a mi intrépida agente, Suzie Townsend, que siempre encuentra las palabras apropiadas para mantenerme cuerda y enérgica. Sé lo mucho que hiciste para apoyar *Sangre de hielo*, y nunca lo olvidaré. Quiero mandar abrazos a los miembros originales de mi equipo, Jackie Kindert y Jaida Temperly, las primeras personas en encontrar mi libro y llevárselo a Suzie. Aquel día me tocó la lotería. Quiero darle las gracias a Kathleen Ortiz, por manejar de una forma tan fenomenal los derechos internacionales, así como a Sara Stricker, Danielle Barthel, Pouya Shahbazian, Joanna Volpe y Hilary Pecheone, por ser tan estupendas.

Le estoy eternamente agradecida a Deirdre Jones de Little Brown por creer en *Sangre de hielo* y por ser la mejor editora que podría haber deseado. ¡Trabajar contigo es una experiencia increíblemente positiva! Muchas gracias a la directora artística Sasha Illingworth, a la editora de Producción Annie McDonnell, a la correctora Christine Ma, a la mánager de Producción Virginia Lawther, a Emilie Polster y Allegra Green, de Marketing, a Kristina Pisciotta, de Publicidad, a la redactora jefe Alvina Ling, y a la editora Megan Tingley. ¡Sois todas geniales!

Al equipo de *Sangre de hielo* de Hodder & Stoughton, en especial a Emily Kitchin, Fleur Clarke y Rebecca (Becca) Mundy, gracias por vuestro entusiasmo incansable, vuestras fantásticas ideas de marketing y vuestra grandeza en general. ¡Magdalenas para todas!

Mi viaje hacia la publicación no empezó realmente hasta el día en que me

uní al RWA y al TRW. Y hay tantas personas a las que dar las gracias que no puedo nombrarlas a todas. ¡Pero quiero que sepáis que os aprecio mucho! Muchas gracias a Megan Rhodes por enrollar las cinco primeras páginas de *Frostblood*, golpearme en la cabeza con ellas y decirme: «¡Termínala!». Un millón de abrazos a Eve Silver, que fue muy generosa con los comentarios que me hizo sobre los primeros capítulos; me dio algún que otro codazo amistoso, buenos consejos y me guio. Gracias a Kelley Armstrong, por hacerme una crítica maravillosa de los primeros capítulos. Gracias a Molly O’Keefe, por ser la primera autora publicada en decirme que se me daba bien escribir y que tenía que seguir haciéndolo. Quiero mandarle abrazos infinitos a mi amiga Nicki Pau Preto por sus críticas, su conmiseración y las risas.

A las *lady* Seals, la «mesa de la confianza» original, ¿cómo podría vivir sin vosotras? Guida, Crystal, Sarah, Brooke y Anabel: debía de estar escrito en las estrellas que tenía que conoceros. Sois mis amigas de siempre, mis hermanas. Os quiero más de lo que soy capaz de expresar.

Hablando de personas sin las que no puedo vivir, gracias a mi otra «mesa de la confianza», el grupo de Pitch Wars 2014, en especial a Mara Rutherford, Nikki Roberti, Kristin B. Wright, Mary Ann Marlowe, Summer Spence, Ron Walters y Kelly Siskind, por sus maravillosos comentarios, su compasión infinita y su humor. Abrazos y besos para Kelly Calabrese, Jennifer Hawkins, Margarita Montimore y Kellye Garrett, por su amistad y por las risas. Brenda Drake, gracias por el tiempo y amor que dedicaste a las Pitch Wars, un concurso que ha cambiado las vidas de muchísimos escritores noveles. Muchas gracias a Sarah Nicolas, por elegirme y guiarme, y a Shannon Cooley, por sus excelentes comentarios y su apoyo.

Y gracias a la agentes Chamber of Secrets, en especial a Alexa Donne. Si no fuera por las miguitas de pan que me ibas dejando en el camino, todavía estaría perdida en el bosque de la revisión. Chocolate y abrazos para todas las personas de Swanky 17’s, por vuestros conocimientos, ánimos y apoyo. Muchas gracias a los primeros lectores de *Sangre de hielo*: Ryan Iler, Rebecca Bartlett, Emily DiCarlo e Isabelle Hanson. Un fuerte abrazo para mis compañeras de trabajo en ECL, en especial a Mary, Laura y Brittanie, por hacer que se me pasen los días volando. Y una mención especial a Tony Nespolon, un extraordinario profesor de lengua, que consiguió que la lectura y la escritura fueran tan fascinantes, así como a los miembros del club de lectura, Robin, Skye, Renai y Colleen: allí fue donde empecé a soñar con

escribir.

Quiero mandarle todo mi amor a mi madre, Nancy. Eres la madre más dulce del mundo..., y eso me convierte en la hija más afortunada. Tu amor por la lectura ha salpicado nuestras vidas. Tu amor incondicional y tu apoyo lo son todo para mí. ¡Y quiero darle las gracias a Dan por todo su apoyo y por mostrarse tan orgulloso!

Deseo mandarle todo mi amor a mi padre, Matt. Todavía puedo escucharte leyéndome *Ali Babá y los cuarenta ladrones* en el porche de la casa del lago. Me encantó que me explicaras que tu abuela era una gran cuentacuentos para que yo supiera que era algo que me venía de familia.

Más amor para mis hermanos, Erik y Mark, por ser los mejores hermanos del mundo. Y a los maravillosos Takakis y Stevensons: Fred, Donna, Jill, Todd, Zoe, Quinton y Heather.

Y por último, gracias a Darren, Nicklas, Aleksander y Lukas, por hacerme feliz cada día. ¡Os quiero un montón!

Título original: *Frost Blood*

© 2017, Elly Blake

Primera edición en este formato: marzo de 2018

© de esta edición: 2018, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

info@rocaebooks.com

www.rocaebooks.com

ISBN: 978-84-17092-37-5

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.